

El arte de romperlo todo

MÓNICA VÁZQUEZ

@electricnana



Mónica Vázquez Ruiz

El arte de romperlo todo



SÍGUENOS EN
megustaleer



[@Ebooks](#)



[@megustaleer](#)



[@megustaleer](#)

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial

*A mi familia.
Por nosotros.
Por la música.
Por todo lo vivido en las trincheras.*

Prólogo

No. No se trata simplemente de una novela que cuenta las aventuras y desventuras de una joven que decide huir de todo y marcharse al país en el que siempre quiso vivir. En *El Arte de Romperlo Todo* hay muchos caminos que seguir y muchas vidas entrecruzadas. Un manifiesto deseo de libertad, de sueños por cumplir y de ilusión persigue a Miranda, nuestra protagonista, que se convierte en un ser gris por culpa de individuos que pretenden arrebatárselo. En un momento en el que ya no puede más, cuando ella cree ser una mujer débil por no soportar la situación que le ha tocado vivir, tiene la valentía de empezar de cero y tratar de escribir su propia historia, la que ella siempre ha querido.

Es muy emocionante ver cómo a una chica normal, de esas que no salen en las portadas de las revistas, ni quizá en las de los discos porque no tiene el físico escultural y modélico que nos quieren vender a toda costa y que, se presupone, es lo que verdaderamente importa, la vida le va sonriendo poco a poco. En su país favorito encuentra a una nueva familia que la quiere por ser una chica adorable y, sobre todo, la respeta.

A lo largo de todas estas páginas, Mónica Vázquez nos presenta otra faceta de su carrera artística y me atrevo a decir que lo hace más desnuda que nunca. Aparecen infinitos momentos con tintes autobiográficos, clave para entender la trama, con personajes muy reales y que ella describe con una fortaleza que deslumbra. A través de una interesante, excitante y atractiva relación de amor y pasión, que narra con absoluta maestría, nos encontramos una crítica feroz a cierto sector de la industria musical.

Lo que Mónica grita es que, en los negocios, no vale o no debería valer todo. No se puede mentir. No se puede robar. Nadie tiene derecho a manejar a su antojo, y solo por beneficio propio, la carrera y la proyección artística de talentos como Miranda. Porque lo que viene después es tirarla a la basura y apartarla de la sociedad, borrarla por si ensucia o molesta. Destrozar la vida del ser humano a esos niveles también es un delito, que no se puede justificar con ningún tipo de contrato.

Y, si la autora publica su primer libro en el año en el que cumple treinta, ¿cuándo empezó a escribirlo? Quizá este sea el principio de su sueño hecho realidad. Esperemos a una segunda parte.

I

Septiembre de 2015. Sobrevolando algún punto indeterminado de Francia.

—¿Desea algo más, señorita?

Me pasé la mano por el pelo, desordenándome los rizos en un arranque de melodrama barato, y miré a la azafata con un derrotado parpadeo.

—Eh..., ¿más alcohol? ¿Es posible? —«Menuda pregunta más estúpida, por supuesto que es posible, siempre es posible tomar más alcohol», me contesté a mí misma con acidez.

—Bueno, estamos ya a punto de aterrizar señorita...

Me tenía lástima. La azafata me tenía lástima. Era oficial: había llegado a lo más bajo de mi existencia, a ese momento con el que compararía todos los demás momentos de mierda que estuvieran por llegar. «Por lo menos llevo pantalones. Quiero decir..., podría ser peor».

—No te preocupes... ¿Susana te llamas? —pregunté mirando la plaquita que llevaba en la solapa de la chaqueta. Me encantaba hacer preguntas estúpidas cuyas respuestas conocía. Porque en el fondo ser un poco gilipollas era una cosa que me causaba mucha satisfacción de vez en cuando.

—Sí —sonrió condescendiente.

—No te preocupes, Susana, tú ponme otro vodka que la tierra no va a desaparecer porque yo aterrice un poco más borracha. —La azafata borró su paciente sonrisa y me regaló un pequeño mohín de puro y maravilloso hastío. Me trajo la copa dos minutos después y la dejó en mi bandeja sin mirarme apenas.

—Gracias, Susana. Eres estupenda. Que no te diga nadie jamás lo contrario —le dije con el típico dedo índice acusador. La pobre azafata frunció el ceño y ladeó la cabeza. Escupió una raquílica sonrisa y desapareció con paso inquieto. Tardaría un tiempo en entender lo que le había dicho.

Pero ella realmente era estupenda... Seguro que sí, vaya. La que estaba siendo una imbécil de manual era yo. Hacía tiempo que cada vez que bebía me convertía en una extraña, mordaz y sutil, capaz de decir las cosas más terribles y sentir las cosas más feas de manera espontánea, sin pensarlo siquiera. Me dejaba llevar por el lado oscuro, me convertía en Sith Miranda y

destrozaba todas las cosas bonitas y sencillas que tuviera a mi alrededor. Era odiosa cuando bebía, pero me encantaba odiarme, así que estaba en un círculo vicioso constante en el que la pobre Susana se había visto envuelta por un instante, sin saberlo.

Sí. Susana era estupenda. La que era un despojo humano era yo, sentada en primera clase en un vuelo que no debería de haber cogido, destrozando mi vida sin pensármelo dos veces... Y sentaba francamente genial. Me llevé un puño al pecho en un gesto reflejo a lo Escarlata O'Hara. De haber alargado la otra mano habría podido arañar la tierra de Tara.

Me juré a mí misma que nunca me dejaría llevar por el dramatismo descolorido de los músicos que sienten cómo se disuelven sus almas en el tracatrá de la industria musical, pero ahí estaba. Apurando vodka en un vasito de plástico sobrevolando Europa, amarrada al asiento de un vuelo que en realidad no me podía permitir, con tan solo lo puesto, un bolso enorme y un puñado de excusas malísimas que apenas había alcanzado a esbozar a base de botellitas de alcohol de la Barbie que daban en el avión. La había liado parda, y ni siquiera podía fingir estar arrepentida.

No había podido evitarlo.

Sentía la imperiosa tentación de olvidar, correr, poner tierra entre mi futuro y yo. Estaba a punto de cumplir treinta años, y no pensaba cruzar esa puerta sin matar a quien había sido hasta entonces, antes de que ella me matara a mí.

Rematé el vodka con la poca determinación que me quedaba a esas alturas de la película y solté un brusco suspiro. Del uno a «tirarse del avión sobrevolando Francia», ¿cómo de estúpido era lo que estaba haciendo?

Sonreí. Un escalofrío de secreta satisfacción iluminó mi cuerpo. Me sentía como si estuviese respirando por primera vez en mucho tiempo. Llevaba años muerta en vida..., y me acababa de dar cuenta.

Pensar en la muerte me daba ganas de hacer cosas. Y de beber y fumar y tirarme a alguien en el baño, y de comerme un Big Mac.

Entrecerré los ojos dejándome llevar por la hipnótica visión de una preciosa y grasienta hamburguesa. No era capaz de recordar la última vez que me comí una. Pero de eso había ido mi vida los últimos siete años: de ignorar todo lo que quería hacer, y luego borrar lo mal que me hacía sentir dejar de ser quien quería ser. Y se me daba genial. Ese era mi verdadero talento: cantar, componer..., eran la tapadera perfecta para consolidarme como artista del olvido.

Había conseguido desarrollar un verdadero don, una especie de licencia artística que te tomas a la hora de dibujar tu vida, de cincelar tu visión de las cosas, estirando la realidad hacia el horizonte que más cuadra con tu mapa mental del mundo. No se trata de cambiar lo que ha pasado ni de mentirte a ti mismo: es más bien una libre interpretación de tu verdad; como si versionaras una canción antigua que, sabes, podrías rediseñar para que encajara un poco mejor con tu fondo de armario emocional.

Así que no, no me estaba engañando a mí misma cuando entré por la puerta del aeropuerto. No estaba mintiendo cuando apreté con esperanza el billete de avión contra mi pecho nada más comprarlo, ni tampoco cuando me repetía una y otra vez que no pasaba nada, que todo iría bien, que era un viaje para disfrutar, nada más. Simplemente estaba haciendo lo que mejor sabía hacer: fingir una estúpida verdad.

«¡A ver qué tal! », pensé con poca o ninguna fe en el futuro.

—Damas y caballeros, les habla su capitán. Son las 19:22, hora local. En unos minutos comenzaremos las maniobras de aterrizaje. Bienvenidos a Edimburgo.

Me asomé a la ventanilla. Ahí estaba. Edimburgo. Mi Camelot personal.

Ese maravilloso rincón del mundo en el que tenía la suerte de vivir mi estrafalaria abuela. Recordé la primera vez que la vi. Tenía cinco años y estrenaba vuelo de avión, país, abuela y maleta con ruedas. Vino a buscarnos al aeropuerto con un gato atado a una correa. Estaba segura de que fue la primera *hipster* en pasear a su gato, y entonces no existía Instagram para petarlo.

Solo de pensarlo me dolía un poquito.

Un zarpazo y medio después mi *miniyo* aprendió que los gatos pueden llegar a ser muy malas personas y que lo de la correa no era tan mala idea.

Después de ese viaje volvimos casi todos los veranos de mi tierna infancia, aunque mi abuela y su gato nunca nos hicieron mucho caso, la verdad. No tenía teléfono ni internet ni la más mínima intención de usarlos jamás, pero nos mandaba cartas a casa de vez en cuando y en Navidades me regalaba un juguetito de madera. Daba igual que al otro lado de Europa me estuviera comprando sujetadores, dejando mi primer trabajo, probando la cocaína o perdiendo la virginidad. Juguetito de madera. Siempre. Así que no podía decirse que tuviera una relación de verdad con mi abuela, no.

Solté un brusco suspiro cuando las ruedas tocaron tierra. Recogí el bolso de viaje del suelo y me enderecé en el asiento. Rebusqué en su interior, cerciorándome de que lo llevaba todo. No había sacado nada, pero era un gesto reflejo que había adquirido después de tantos kilómetros en furgonetas destartaladas, tantas horas en camerinos cutres y tanto *backstage* abarrotado de extraños. Un suspiro traidor se escapó de mi boca. Me acababa de ir y ya echaba de menos la vorágine, el ruido, los focos, el humo, el rock. Dios. ¡Era una yonqui! Iba a tardar más de lo que imaginaba en desengancharme, podía notarlo.

Aceleré el paso atravesando el aeropuerto con un rictus hecho sonrisa, o una sonrisa hecha rictus, intentando que el vodka no se quedase con lo mejor de mí.

Caminé decidida hacia la cola de los pasaportes. Nunca había sido muy de huir, pero tenía que admitir que tenía cierto *glamour*. Me sentía como un personaje secundario de la saga Bourne, de los que mueren en los primeros quince minutos pero, eh, ¡ahí están! Sonreí con picardía a la nada y me pasé la mano por el pelo intentando ordenar mis rizos un poco.

No tenía una melena tan arrebatadora como la de mi madre, pero tampoco podía quejarme. Mi padre solía decirme que me había quedado con lo mejor de las dos casas. Vamos, que era clavadita a él, con su pelo negro y sus ojos aún más negros. El único vestigio de mis raíces escocesas quedó reducido a mis rizos, unas cuantas pecas y una risa fácil. Mi madre sonreía y decía que no me preocupara, que por dentro era escocesa, medio humana, medio hada. Había leído demasiadas veces a Tolkien, sí. Por eso, cuando empecé a cantar y a hacer música y la veía emocionarse porque su niña hacía magia, decidí no contarle dónde se guardaban los conejos de las chisteras. El choque con la realidad cuando descubrí todo eso de los contratos discográficos, el *autotuning* y las mafias de los medios de comunicación fue devastador. Porque yo también había leído demasiado a Tolkien, y podía sentir cómo un trocito de mí se desintegraba, canción a canción, chanchullo a chanchullo, verdad a verdad.

Me giré levemente y vi la enorme cantidad de gente que se amontonaba detrás de mí. Me retorcí un poco. Me coloqué las bragas en un movimiento automático y clavé la mirada en el infinito.

Ahí estaba yo, Miranda Nieves, metiéndome mano en mitad del aeropuerto de Edimburgo y suicidándome profesionalmente porque «por qué no»... Sonreí desafiante a... nadie y salí del aeropuerto tranquilamente, como

si supiera adónde me dirigía. No tenía ningún plan, ningún horario ni escaleta. No tenía que estar en ninguna parte ni llegar a ningún lugar. Una profunda sensación de paz aletargaba mis sentidos. Me subí al primer autobús que salía hacia la ciudad y dejé que todas mis certezas desaparecieran.

Cerré los ojos. Fogonazos de mi vida anterior se materializaban a gran velocidad a mi alrededor en densas humaredas de angustia mientras mi consciencia parpadeaba queriendo desaparecer. La humareda empezó a despejarse y justo cuando me iba a quedar dormida, apoyada incautamente contra el cristal, un pellizco de pánico iluminó mi cabeza antes de que la oscuridad se hiciera definitivamente con mi cerebro. «¿Y si no lo conseguía? ¿Y si todo me salía mal? ¿Y si...?». ».

II

Seis meses antes. Abril de 2015. Oviedo. Antes de un concierto.

—Nieves, ¿estás preparada?

Miré a mi alrededor confusa. «¿Preparada?». Me ajusté la correa de la guitarra, comprobé que tenía batería y asentí con la cabeza. Preparada. Solté un rápido suspiro y miré a Tomás, mi *road manager*: el hombre que se encargaba de que mi mundo siguiera girando, el que me acompañaba a todas partes, se cercioraba de que todo salía bien en la carretera y se tragaba, siempre con una sonrisa, los buenos momentos, los no tan buenos y los malos malísimos. Los malos malísimos estaban empezando a ser un poco más numerosos últimamente. No sabía muy bien si era algo que pasaba de manera natural en la carrera de todo músico o si se trataba de algo un poco más propio de mi maravillosa, caótica y terrible circunstancia.

Nunca pensé que algo podía ser maravilloso y terrible al mismo tiempo hasta que, un buen día, me levanté y me di cuenta de que era músico. Me desperté a kilómetros de mi cama y me di cuenta de que la música había ido devorando poco a poco mi vida hasta que ya no quedó nada, y solo la tenía a ella, un par de cervezas calientes y restos de drogas ajenas en un camerino de mierda en un pueblo perdido de España.

El problema estaba en que no era un gran músico. Nunca lo sería. No tenía el talento, el tesón y la paciencia necesarios, y a veces me preguntaba si sentía siquiera la suficiente pasión por el escenario, el público y todo lo que hacía de la música el mundo que realmente era. Pero no podía evitar escribir canciones. Y escribía sin parar.

La verdad es que dos minutos antes de salir al escenario no era el mejor momento para plantearse ese tipo de cosas, pero no podía evitarlo. Se había convertido en una especie de macabra tradición secreta. Paladeaba la sensación de que no me merecía estar ahí, que nunca lo haría.

Ese era mi momento, a dos minutos de empezar a tocar, entre bambalinas, mirando cómo los técnicos hacían los últimos arreglos en un escenario en penumbra, mientras el público gorjeaba suavemente y esperaba a que empezara el espectáculo. Era mi momento de regodearme en mi patética verdad de no merecer las cosas buenas que me pasaban. Me recostaba en la

punzante certeza de que era pequeña e insignificante y me preguntaba: «¿Por qué habrá venido tanta gente a ver a una tipa tan mediocre?».

Me quité los brillos del maquillaje con la mano, me re Coloqué el escote y clavé la mirada en mis pies. Odiaba llevar tacones. Odiaba toda la ropa que tenía puesta en ese momento. Estiré la minifalda todo lo que pude para que no pareciera un puñetero cinturón venido a más y solté un amargo suspiro. ¿Por qué me dejaba convencer siempre? ¿Por qué me esforzaba tanto por cumplir las asquerosas expectativas estéticas de mi compañía? ¿Y por qué me hacían vestir como una prostituta de Denver adicta a los estampados y a los chicles de nicotina?

Levanté la mirada y me encontré con la de Tomás. Se movía con una calma hiperactiva, repasando cables, haciendo apuntes de última hora a los técnicos... Habíamos hecho esto tantas veces que los nervios se habían convertido en un pacharán de media tarde. Nos lo sabíamos todo de memoria, no nos hacía falta hablar, sabíamos qué teníamos que hacer, qué iba a pasar. Me sonrió suavemente, de dentro a fuera, leyendo en mi cara las ganas que tenía de salir corriendo por cualquier puerta. Intercambió unos cuantos gestos con el operador de escenario y me guiñó un ojo. La hora de la verdad.

«Primero un pie y después el otro», repetí para mis adentros. Era mi mantra de los últimos años. «Primero un pie y después el otro». Sin más. Solo seguir andando, hacia lo que quiera que venga.

Caminé hacia el escenario me recosté en la posibilidad de que a lo mejor esa vez no me sentiría como una puñetera estafadora. Pero lo dudaba. El mundo del espectáculo es sudor y purpurina, nada más. Y cada vez que jugaba a saber lo que hacía, cada vez que desempeñaba mi papel como se me pedía, me ahogaba en la pringosidad de la industria de la ilusión. La muerte de la realidad. La irresistible belleza infame de la ficción.

Lo odiaba y lo amaba en igual medida. No podía evitar estar allí. Toda esa locura era lo único que tenía sentido para mí. La música era el único idioma que entendía, las únicas palabras que encontraba. Sin ella habría estado perdida..., torpe, ciega, sordomuda, tarareando canciones de Shakira sin parar. Estaría atrapada dentro de mí misma. Hablando Shakira. Todo el rato.

El horror.

No tenía más opción que estar allí y ver cómo la industria me devoraba poco a poco, destruyéndome por dentro y por fuera. No tenía más opción que formar parte de aquello que me repugnaba mientras fantaseaba intensamente

con desaparecer.

—¡Damas y caballeros! ¡Chicos y chicas! Demos un fuerte aplauso a... ¡Nevada!

Salí de entre bambalinas con un saltito y levanté la mano, saludando al público, mientras me acercaba al centro del escenario del Teatro Filarmónica de Oviedo, donde me esperaba el temible presentador, un micrófono y los tres músicos que, aún no sabía muy bien por qué, habían accedido a ser mi banda.

Me acerqué con pasitos cortos al presentador. Le di dos besos y le miré con coquetería. Representar mi papel no era demasiado difícil. Solo tenía que convertirme en una persona que me diera infinita pereza e intentar no morir del asco.

—Ramón, no hacía falta que montaras todo esto. Si querías verme no tenías que haber hecho nada más que llamarme, tonto.

Le di una juguetona palmadita en el pecho y el público se desternilló de la risa. «Ay, esta Nevada, ¡qué graciosa es!», podía escuchar rebotando en sus cerebros.

¿Por qué me prestaba a ser tan ridícula? ¿Por qué seguía haciendo el capullo de escenario en escenario? Llevaba tanto tiempo haciéndolo que empezaba a salirme solo. Y eso me aterrorizaba.

Pero eso era parte de mi trabajo, me dijeron: ser y hacer todo lo que los demás no pueden siquiera imaginar. «Debes cumplir los sueños de tu público, darles todas esas experiencias que querrían tener, vividas por ti, cosas que les ayude a distanciarse de sus aburridas vidas». Me sentí un poco sucia la primera vez que me lo dijeron, como si me prostituyera por aceptar esa visión de la realidad que ridiculizaba esas maravillosas vidas sencillas, tanto más grandes que la mía, llenas de una libertad y de una sinfonía de colores que yo, desde lo alto de aquel escenario, no sentía.

Esa maldita frase se convertiría con el tiempo en una sentencia, y esa leve sensación de suciedad se transformaría en una grumosa ceniza que contaminaría todo lo que aún quedaba por venir, condenándome a terminar jornada tras jornada entre las sábanas de algún gélido hotel después de pasar horas haciendo cosas que no quería hacer, cantando cosas que no quería cantar y estando con gente con la que no quería estar. Todo por intentar hacer bien un trabajo que ni siquiera se las apañaba para darme de comer.

El presentador me cogió de la mano con un ceremonioso gesto de teatralidad victoriana:

—Por favor, Miranda... ¿Te puedo llamar Miranda?

—Tú me puedes llamar como quieras, Ramón.

—Ah, Miranda. No me digas esas cosas que me pongo tonto.

—Ja, ja, ja, oh, Ramón. —Solo de escucharme a mí misma me daba asco a veces.

—Por favor, Miranda, estamos deseando escuchar tus temas nuevos. ¿Nos prometes que cantarás algo de tu nuevo disco? ¿Aunque sea solo una canción?

—Bueno, Ramón, ya sabes que el nuevo material es todo sorpresa, no podemos desvelar nada... —mentí descaradamente. En realidad no tenía nada que desvelar. Esa era la puta verdad. No tenía nada nuevo.

—Por favor, Miranda, por favor... —El público empezó a corear al ritmo del presentador.

—Bueno, bueno, vale, lo haré por vosotros, pero, ¡shh! ¡Que no salga de aquí! ¿De acuerdo? —«Y vamos a tocar las canciones que teníamos preparadas, que son las únicas que tenemos ensayadas mis músicos mercenarios y yo», pensé con despótica amargura.

—De acuerdo, ¡de acuerdo! No diremos nada de nada, ¿verdad, chicos?

El público rugió varias frases y gritos al mismo tiempo y el presentador aprovechó ese pequeño momento para lanzarme una mirada de lo más lasciva e inapropiada. Giré la cabeza, haciéndome la tonta, para enfrentarme al público con una sonrisa pulida a base de horas de espejo y sesiones de fotos. He ahí otro de los grandes talentos que había desarrollado como artista: el de hacerme la tonta siempre que la situación lo requiriese.

Cuando comencé a bucear en aguas un poco oscuras, a adentrarme en este bosque de personas sucias e intenciones embarradas, me di cuenta de que era bastante torpe. No me enteraba de las cosas y a veces me encontraba en situaciones extrañísimas de las cuales no sabía salir. Así que cuando empecé a percatarme de cómo funcionaba el mundo, cuando vi cocaína donde antes veía restos de azúcar, opté por la vía fácil: decidí hacerme la tonta y la olvidadiza. Así podía escapar con rapidez y sin dificultad de situaciones potencialmente desastrosas para mi reputación, lo que, pronto aprendí, sería una de mis posesiones más valiosas. Junto con mis bragas.

—Bueno, Miranda, os dejo a solas... —Lanzó un pícaro guiño al público y se dirigió hacia el extremo derecho del escenario—. Un fuerte aplauso para Nevada. ¡Que empiece el espectáculo!

El teatro aplaudió una vez más, como si todo Oviedo saludara. Hice un

gesto a mis músicos y empezamos a tocar. Era mi sexto evento de charlas, música y chorradas varias en lo que llevaba de año. Los odiaba: la gente iba más para hacerse la foto que para escuchar nada. Era moderneo puro maquillado de barato intelectualismo de propaganda, pero un músico nunca puede decir que no a un concierto. Sobre todo si le pagan.

Así que ahí estaba, de escenario en escenario, como un feriante retirado, con el corazón desgastado de tanto amar algo que nadie comprende.

Pero coges aire, cierras los ojos y cantas, canción tras canción, sintiendo cómo las ganas de tocar las que quedan se van retorciendo dentro de ti, llorando en una esquina mientras desgranas los acordes de una canción y empiezas la siguiente, tirando fuertemente de tu alma, obligándola a saludar con una sonrisa y seguir andando.

«Primero un pie y después el otro», repito en mi cabeza constantemente, como una oración que nadie escucha, como la fórmula mágica que nada trae consigo. Como el pasaporte que aprietas con fuerza contra el pecho, y que no te lleva a ninguna parte.

III

Septiembre de 2015. Edimburgo. Recién aterrizada.

Llegar por la noche a una ciudad que no es la tuya descoloca a cualquiera. Pero en mi caso, que conocía Edimburgo al dedillo, la sensación de volver a poner pie en la ciudad más bonita que jamás había visto cuando ya no había nadie para escuchar el eco de mis pasos me abrazó con la ternura de un amante paciente que te espera con Netflix abierto. Inspiré fuertemente el frescor de la noche veraniega escocesa y eché a andar camino del hotel que había reservado para las primeras tres noches. Aún no tenía muy claro qué iba a hacer, pero pensaba regalarme tres noches con sus respectivos días de no pensar.

La ciudad se perfilaba rebelde en el horizonte, negro sobre negro. Edificios de carbón que se resistían a desaparecer en la aplastante oscuridad reflejaban pequeñas gotas de luz que se encendían y apagaban aquí y allá. El leve rumor de la noche, eternamente joven, subía por las paredes del hotel hasta mi habitación, tentándome a darme una ducha rápida y unirme a la fiesta. Pero esa noche no. Esa noche necesitaba hundirme en lo más profundo de mi cama alquilada y lamentarme por cosas que de nada servía lamentar. Sentirse desgraciada es increíblemente reparador llegado ese punto de no retorno en el que decides romperlo todo y mandarlo a la mierda. Ese punto era ahora mi hogar.

Aún no podía creer que me hubiese largado sin más. Sin decir nada. Me froté los ojos con infinito cansancio. ¡Ni siquiera había avisado a mis padres! No es que fueran a preocuparse demasiado; hacía mucho que había cogido la manía de desaparecer de sus vidas. Cuando mi hermana pequeña, Fiona, empezó a encontrar excusas para ir al baño cada vez que comía y los demás comenzamos a encontrar cicatrices en sus brazos, yo me escurrí por la puerta de atrás con una maleta llena de terror dispuesta a no compartir mis pequeños sufrimientos con nadie más, sintiéndome incapaz de hacerme cargo del dolor de mi hermana. Hui de la responsabilidad de formar parte de mi familia, como una cobarde. Apenas podía coger aire para respirar yo misma.

Desde entonces iba algún que otro domingo con dulces y regalos. Mi obligación en la vida era, básicamente, ser feliz y aparecer de vez en cuando

para infectar a los demás con mi asqueroso positivismo de pega. A veces hasta daba resultado. A veces hasta yo misma me lo creía.

Al día siguiente llamaría. Me puse la alarma en el móvil para no caer en la tentación de hibernar y me quité la ropa, sintiéndome tan cansada de repente que la idea de lavarme la cara me parecía una absoluta tortura. Puse una manta en la cama, decidida a dejar la ventana abierta, y me metí debajo de las sábanas en pudorosa ropa interior. Sentí la tentación de desnudarme completamente, pero acababa de llegar; algo tenía que dejar para el día siguiente.

Hay un lugar especial en el cielo para los que se despiertan antes de que suene el despertador, y ese día, víctima de una irresponsable ventana abierta, mis ateridos dedos me consiguieron un billete a ese maravilloso lugar desactivando la alarma del móvil media hora antes de mi amanecer programado. Mala decisión dejar esa maldita ventana abierta. La obsesión por el salvaje aire fresco que desprendía Edimburgo pudo con mi sentido común y el molesto carraspeo en la garganta era testigo. «Mal, Miranda. Muy mal».

Me revolví entre las sábanas y clavé la mirada en el trocito de cielo que veía cómodamente desde la cama. «Mierda». Ese era el día en el que tenía que comportarme como una adulta y como una profesional. Era el día de las llamadas. Dios, cómo odiaba hablar cuando no tenía nada que decir, o demasiado que gritar.

En dos minutos cronometrados informé a mi padre de la estupenda noticia de que me había ido un par de días a Edimburgo a hacer unas entrevistas y que visitaría a la abuela. Y que lo mismo aprovechaba y me quedaba una temporadita para componer cosas nuevas.

Quedaba lo difícil. Tenía que llamar a Tomás y pedirle disculpas por dejarle tirado en mitad de la gira. Y luego debería llamar a Rodrigo, mi representante, para decirle que se podía meter por el culo todas sus mentiras y los horribles conjuntos de poligonera jubilada que me hacía llevar. Pero para eso necesitaba como mínimo ducharme, ponerme guapa y desayunar después de una noche de sexo salvaje con un hombre maravilloso. Y no me había dado tiempo ni a cepillarme los dientes, así que esa llamada tendría que esperar.

Recé para que Tomás no cogiera el teléfono.

—Hola. Has llamado a Tomás Roldán. Ahora mismo no puedo atenderte.

Por favor, deja tu mensaje después de la señal. *Piiiiii*.

—Ah, eh, hola Tomás. Soy... Miranda. Te llamo... Bueno, te llamo porque ya habrás visto que no estaba en los ensayos del Dcode... y... quería pedirte disculpas por irme así, sin avisar..., pero es que después de la gala de la radio yo..., no lo sé..., exploté. En fin..., lo..., lo siento mucho, ojalá no hubiera sido así. Ojalá hubiera sabido hacer todo esto mejor, pero no sabía cómo sin que...

—Ha superado el tiempo máximo para dejar su mensaje. Si quiere escuchar su mensaje, pulse o diga 1. Si quiere empezar de nuevo, pulse o diga 2. Si está usted contento con su mensaje y quiere colgar, pulse o diga 3 — interrumpió el contestador con una irritante voz de tía sabelotodo.

—Pero ¡qué mierda...! —espeté con rabia.

—Lo siento. No le he entendido. Si quiere escuchar su mensaje...

—Que sí, que sí. Que te calles ya. Elijo la opción dos. DOS.

—Ha elegido la opción uno.

—¡No! ¡Dos! ¡He elegido la opción dos! —Antes de que pudiera cagarme en toda la familia de la señora del contestador empezó mi caótico discurso de disculpa.

Me oí titubear y me di pena a mí misma. Ni siquiera había sido capaz de decirle —al hombre que se comía todas mis miserias conmigo, que me llevaba y me traía y siempre tenía un abrazo dispuesto y un chiste preparado para mi consumición— lo que sentía y necesitaba decir.

Colgué el teléfono. No era el mejor mensaje del mundo, pero al menos era sincero y dejaba entrever bastante bien el estrés emocional que estaba experimentando, así que ni tan mal.

Sonreí, derrotada. Casi podía ver a Tomás ahí, delante de mí, como el día en el que le conocí. Alto, con vaqueros oscuros y camiseta negra, una mata de pelo castaño desbaratado y una mirada firme e infantil al mismo tiempo, como si le acabasen de contar que no, no podía ser un caballero de la Mesa Redonda. Me acerqué a él con la sensación de estar conociendo por primera vez a un hermano, y la música, mi recién estrenada discográfica, dejó de darme tanto miedo. Cada kilómetro que recorríamos juntos era un chiste, una anécdota nueva que contar tras los conciertos. Era el mejor *road manager* del mundo, y lo supe el día en que le conocí.

Chasquéé la lengua, me levanté de un salto y tiré el móvil a la cama. Había llegado el momento de volver al mundo. El momento de meterme en la ducha, ponerme la misma ropa del día anterior y bajar a la calle en busca de

tiendas donde poder comprarme algo nuevo y bonito que ponerme esa noche. Y una lencería. Era imperativo lo de encontrar una lencería. Si iba a tener que pasar por la huida, las llamadas, las dudas y los remordimientos..., si iba a tener que enfrentarme a todo ese pequeño abismo de mierda y pegajosa burocracia, iba a necesitar unas Bragas del Mal. De esas que molestan, no cumplen ninguna función en realidad, son carísimas y cortas como cortas la etiqueta siempre queda una parte que rasca..., pero que cuando te quitas los pantalones pareces una puñetera visión y por arte de magia consiguen que seas Marilyn por una noche y te lleves a casa al más guapo del bar.

Sí. Necesitaba unas Bragas del Mal. Varias, de hecho. Miré mi cartera con aire abatido y me mordí el labio. «Da igual. Si me quedo sin comer toda la semana, me quedo sin comer toda la semana, pero necesito lencería fina y la necesito ya. Porque soy una mujer del patriarcado y necesito sentirme sexi para validar mi existencia». Chasquéé la lengua. A lo mejor solo me hacía falta un par... Y el resto del dinero me lo podía gastar en alcohol. «¡Sí!».

Me metí en el baño con aire decidido. Todo me iba a ir fenomenal. «¡Y no se hable más!».

IV

Abril de 2015. Oviedo. Después de la actuación.

Abrí la puerta de la habitación del hotel y me dejé caer en la cama, rendida. No estaba a más de cinco minutos en taxi del Teatro Filarmónica, pero el viaje se me hizo eterno.

—Nieves, nos vemos abajo en diez minutos, ¿vale? Algo tendremos que cenar, digo yo.

—Seh, diez minutos. Abajo. Vale —murmuré con la cara enterrada entre las almohadas.

—Hablo en serio, Miranda. No me hagas subir a por ti. Si no bajas no cenas.

—Que sí, que sí. Diez minutos, lo prometo. Me quito las botas y bajo.

—Muy bien, así me gusta. Voy a avisar a los chicos para que estén preparados.

—¿Fernando y Julián se han quedado? —pregunté sorprendida. Eran músicos mercenarios, de esos que contratas para un concierto que ensayan dos veces, lo clavan, cobran y normalmente huyen en cuanto se termina la actuación para conducir hacia un nuevo concierto, un nuevo cheque.

—No, Julián y Javier.

—¿Están aquí? —Me incorporé rápidamente en la cama—. ¿Y eso?

—Bueno, ya sabes que Louis tenía una actuación en Pamplona ayer. Estos dos fueron en su coche, cuando terminó el concierto recogieron todas sus cositas de visuales que hacen ellos y en el último momento decidieron pasar por Oviedo antes de volver a Madrid. Imagínate. El caso es que se vienen a cenar. Venga, prepárate.

—De acuerdo, de acuerdo...

Tomás cerró la puerta y tiró hacia su habitación, siempre a solo un par de puertas de la mía, para dejar sus cosas y hacer su religiosa llamada a casa y al restaurante en el que llevaba pensando desde que sabía que teníamos concierto en Oviedo. Probablemente nos llevaría a uno de esos restaurantes maravillosos de piedra y madera, con bancadas y mesas grandes para compartir con desconocidos, que por supuesto son todos asturianos porque los turistas no tienen huevos de encontrar un sitio tan molón. Sonreí. Tomás

se sabía todos los puñeteros trucos de la vida. Con una media sonrisa y la certeza de saber más que tú de todo, hacía lo que le daba la gana.

Me quité los tacones, la minifalda y la camiseta. Me arranqué el sujetador con relleno y lo tiré al suelo. Lo miré con asco. No pensaba recogerlo. «Ahí que te vas a quedar, capullo. No te vas a volver a Madrid conmigo, que lo sepas». Recordé la repulsiva mirada de deseo del presentador y me estremecí. «Qué asco, joder».

Quitó todo vestigio de maquillaje de mi casi pecosa cara y me recogí el pelo. Me puse unos vaqueros y las deportivas. Me había quitado cinco años de un plumazo. Cogí una camiseta vieja de la maleta y una sudadera y dejé la cazadora de cuero sobre la cama. Salí por la puerta con la sensación de haberme liberado de algo muy pesado después de llevarlo sobre los hombros tanto tiempo que empezaba a pensar que la carga era realmente mía. Ya ves tú.

Pulsé el botón de recepción en el ascensor y me miré en el espejo que tenía detrás. Bufé ante mi reflejo y me estiré la sudadera, intentando encontrarme la gracia, pero nada. Cambié de pose cuatro veces, fingiendo reír con deleite para encontrarme bonita. «¿Por qué no me pareceré a mi madre?, ¿por quéeee?», me lamenté.

Se abrieron las puertas y me apresuré en parecer aburrida.

—¡Miranda! Qué rápida eres. La primera primerísima. ¿Qué tal el evento-concierto? —me saludó Javier.

—Una mierda. —Le sonreí, encantada de tenerle ahí—. Ya sabes, lo de siempre: canté, aplaudieron, volví a cantar, volvieron a aplaudir y luego me dejaron irme a casa.

—Cómo eres, Miranda, de verdad, con lo que te gustan a ti estas cosas de molar —me picó Félix.

—Qué idiota eres —dije en una corta carcajada—. Lo bueno es que ya se terminó, ahora solo queda cenar y que nos paguen.

—Y que baje Tomás, Miranda, y que baje Tomás, que al fin y al cabo es el que paga la cena.

—¿Se habrá afeitado el bigote? Es algo que me persigue por las noches. El bigote de Tomás —confesó muy serio Javier.

—Ahora lo verás. —No podía parar de reír.

Tomás bajó en ese preciso instante, como si tuviéramos el poder de invocarle con las risas, y saludó a los chicos con la masculina palmadita de siempre, los cuatro chistes de rigor y las prisas de ir a comer, «la parte más

importante del rock, Nieves, la parte más importante del rock».

Tomás, Javier y Félix eran parte del equipo humano de la discográfica con la que estaba trabajando. O para la que estaba trabajando. A veces no lo tenía del todo claro. Kooling Art era una de las compañías musicales con mayor fama del panorama internacional, y cuando me llamaron para empezar a trabajar juntos no pude evitar sentirme increíblemente halagada, hasta el punto de que cuando nos sentamos a hablar de cifras, contratos y confusos papeles que firmar, me limitaba a sonreír, y sonreír muy fuerte.

Todo me parecía maravilloso. Caí en el error —como lo hacen todos, imagino— de pensar que mi camino sería diferente al de los demás. Que mi música iba a encontrar un hueco en el mundo, que iba a gustar e iba a poder cantar, componer y viajar para llevar mi trabajo a todos los rincones del planeta..., y que todo eso iba a suceder rápido y limpiamente. «Menuda chorrada».

Llevaba siete años aguantando mierda, y después de cinco años de baches, desilusiones y ácidas lágrimas de impotencia, las cosas dejaron de importarme. Desarrollé una especie de ataraxia selectiva que me dejaba respirar cuando terminaba de trabajar, y, aunque me agotaba todo el juego de pretender ser lo que los demás querían que fuera, me repetía una y otra vez que había trabajos mucho peores, que esto no estaba tan mal.

Entre semana me escondía de la música en los trabajos basura que conseguía pillar aquí y allá para pagar facturas y comer de vez en cuando. Me pasaba la vida huyendo de mí misma, borrándome a base de soledad o vodka. O las dos cosas. Cuando salía del trabajo me encerraba en mi piso y no quería saber nada de nadie a no ser que se llamaran Kindle, Netflix o Telepizza. Y cuando salía, lo hacía a matar. Bebía tanto que a veces me costaba recordar si había bebido vodka o era el vodka el que me había bebido a mí.

Me asqueaba mi propia vida. Me dejaba completamente vacía y terriblemente agotada. Fingía hablar, pero no decía nada. Reía sin aire, comía sin ganas. El alcohol y el silencio eran mis mejores amigos.

Me aferraba con fiereza a la idea de que algún día alguien me rescataría de mí misma. De mis chorradas. Y mientras, ahí estaba. Haciendo giras que no significaban nada, pidiéndome una triste ensalada tras otra y confiando en que el concierto del siguiente fin de semana sería un poco mejor. Perdiéndome en horas de furgoneta mientras repasaba mentalmente todas las cosas que tendría que hacer el lunes siguiente cuando volviera al mundo real y al trabajo que lamentable y realmente me daba de comer y me permitía el

lujo de dedicarme a un oficio que me arañaba el alma y la cuenta de ahorros al mismo tiempo. Mi vida no tenía ningún sentido y empezaba a dudar de que llegara a tenerlo jamás.

Jugué con la comida de mi plato bajo la reprobatoria mirada de Tomás. Cuando me daba por pensar en mi vida, me resultaba imposible comer.

Los chicos charlaban animadamente sobre el concierto de Louis Holt. Había sido un éxito en taquilla, y el ambiente, inmejorable. Todo lleno de niñas modernas en *shorts* y gafas de sol a las tres de la mañana. Era el artista más importante de la compañía, el que se llevaba y el que traía la mayor cantidad de dinero. El sultán de la oficina que marcaba los tiempos para todos los demás. Suspiré. Él era el planeta Tierra; Kooling Art, la Luna, y el resto, motas de polvo interestelar vagabundeando por el espacio, sin más.

Recordaba perfectamente el día en que Louis Holt entró en mi vida.

Era martes, estábamos todos reunidos en la sala grande de la oficina, llevábamos unas dos semanas trabajando en un proyecto precioso para lanzar mi primer disco y unas cuatro tazas de café de sobreexcitada inspiración.

Después de cinco años marraneando mi proyecto, haciendo conciertos de mierda, componiendo para otros y colaborando en proyectos ajenos, por fin había llegado mi momento. No cabía en mí de la ilusión. Íbamos a grabar mi primer disco y a planificar una gira bestial para promocionarlo. No dejaba de imaginarme cómo sería la portada, el diseño del escenario, el *setlist* de los conciertos... Ensayaba sin parar, no me separaba de mi guitarra y componía canciones como si me las regalasen por las esquinas. Decir que estaba ilusionada con todo aquello sería como afirmar que el fuego está algo así como caliente.

Estábamos repasando las canciones que iban a salir en el disco cuando, de repente, entró en la sala un señor desconocido. Le miré sorprendida, esperando la reacción de los demás, que se limitaron a seguir la conversación, como si nada. El desconocido se sentó en un rincón de la habitación, detrás de Tulio, el director de la oficina, que se removió nervioso en la silla. Como una imbécil, seguí hablando:

—Y esta es la canción que quiero que sea el single del disco. Yo creo que es la mejor, a ver qué os parece a vosotros.

Puse la canción, y esperé la reacción del equipo. Les vi mover la cabeza siguiendo el ritmo, sonreír e intercambiar miraditas de secreta aprobación. El desconocido se inclinó sobre Tulio y le borró la sonrisa con un comentario que nadie más pareció escuchar. Rodrigo, el representante adjudicado por la

oficina de entre sus filas para llevar mi carrera, afiló la mirada y apretó los labios. Tulio le hizo un gesto brusco con la mano. Algo estaba pasando.

—Eh..., sí, Miranda. Está..., está genial la canción... pero... —Tulio miró a mi representante esperando a que continuara.

—Sí, pero a lo mejor no es exactamente lo que tu proyecto necesita —terminó de sentenciar Rodrigo.

—¿Cómo que..., cómo que a lo mejor no es lo que mi proyecto necesita? La he compuesto yo y siento que es perfecta, es LA canción y el tipo de tema que tengo que cantar. Ya hemos hablado de esto mil veces. Esto es lo que soy y lo que quiero proyectar... No entiendo... —Estaba absolutamente descolocada. «¿Qué cojones...?».

—Ya. Sí. Está claro que es tuya, Miranda. Eso no lo niega nadie —dijo con tonito de querer que los demás lo dudaran—. Pero ahora mismo estamos intentando lanzar una idea de ti un poquito más... comercial, y esto no termina de cuadrar con todo lo que estamos haciendo.

—Pero..., pero si no estamos haciendo nada... —Mis ojos se entrecerraron en intensa confusión. No entendía nada—. Todavía no hemos empezado a trabajar de verdad... Hasta ahora todo ha sido... promocional. Vacío...

—Miranda. No te pongas así. Lo que intentamos decir —interrumpió Tulio— es que queremos lo mejor para ti, y lo mejor para ti no siempre va a poder ser exactamente lo que quieres hacer.

—¿Y eso qué significa *exactamente*? —desafié.

—Pues que no vemos esta canción ni como tu single ni como parte de tu repertorio y vamos a... facilitarte unos temas que creemos que encajarán mucho mejor contigo y tu... imagen —terminó Rodrigo con un movimiento de manos lento que pretendía abarcar la totalidad de mi existencia. Tulio intercambiaba miraditas de prudente satisfacción con el desconocido de la esquina. No podía creerme lo que estaba pasando.

—¿Qué? —Podía notar todas las miradas clavadas en mí. El equipo entero intentaba tragarse su sorpresa y desconcierto y cerrar filas alrededor de su director. Querían parecer un frente unido, pero se notaba a la legua que no tenían ni la más mínima idea de qué mierda estaba pasando. Igual que yo—. Pero yo..., yo compongo mis propias canciones. ¡Es lo que hago! Y esta... ¡es la mejor que tengo! Es lo mejor que he hecho en... ¡meses!

—Miranda, no te pongas así. Solo queremos lo mejor para ti —me soltó Tulio con kilos y kilos de sucio paternalismo.

—Tienes que aprender a aceptar las críticas. —Rodrigo quería morir joven, estaba claro. A sus treinta y algo, con su pelo oscuro cortado a lo militar y sus cetrinos ojos gris oscuro parapetados detrás de unas gafas de montura fina de metal, podría haber sido un hombre agradable, atractivo incluso, si no hubiera resultado ser un gilipollas integral, y por esa misma razón uno de los *managers* con más renombre en el mundo de la música.

Tener renombre en el mundillo no era en absoluto algo bueno, pero tardaría bastante en averiguarlo, así que cuando le conocí, imbécil de mí, me pareció feroz y exitoso. Me desagradaba y me fiaba de él en la misma medida, y en reuniones como aquella quería partirle la cara y que él mismo se diera cuenta de que merecía la pena luchar por mí. Quería que me quisiera, lo confieso, aunque fuera un poquito, y levantara la voz y dijera: «¡Basta! ¡Miranda tiene razón!». Pero eso, por supuesto, no pasaba nunca.

El desconocido se sonreía en su esquina. Me miró con una mezcla de curiosidad y lástima, tremendamente entretenido. Cerré la carpeta. Cogí mi móvil y los trágicos restos de mi café y salí por la puerta. Mi proyecto se paralizó durante semanas y lo siguiente que supe fue que un tal Louis Holt tenía algo maravilloso que proponerme. Y yo, como una idiota, me lo creí.

Volví a la oficina entonces con la sensación de que se haría justicia, que me encontraría con caras amigables y miradas cómplices y todo saldría a pedir de boca. Pero en lugar de todo eso me encontré con el maldito desconocido, mi *manager* y el jefe.

—Miranda, siéntate, por favor. Queremos presentarte a una persona muy especial —dijo Tulio. Les miré con desconfianza—. Este es Louis Holt, y tiene algo muy interesante que proponerte.

Así que ese era el nombre del desconocido. Genial. Ahora ya podía darme mala espina con nombre y apellido. Había algo en él que me desagradaba y me intrigaba al mismo tiempo. No podía explicármelo y no tendría tiempo de analizarlo antes de que trocearan mi mundo.

—Eh..., bien. Aquí me tenéis.

—Bueno, no sé si lo sabes, Miranda, pero Louis es un artista muy famoso. Lleva años triunfando en las radios más comerciales..., trabajando con todos los grandes...

—Pues no. No lo sabía —corté tajante el discurso de Rodrigo. «Hala, que sepa el tío este que no es la nata montada de ningún pastel», pensé. Louis sonrió para sí y alzó un poco la cabeza.

—Bueno, el caso es que le han llamado la atención las canciones que nos

enseñaste el otro día y..., como no van nada bien para tu proyecto, Louis se ha ofrecido a hacerles un hueco en el suyo..., retocándolas, claro, tienen mucho trabajo aún, pero es una gran oportunidad para que se escuche tu trabajo, Miranda..., llegarás a un público que de cualquier otra manera jamás habrías llegado... Cualquier músico daría un brazo por esta oportunidad... Desde luego tienes mucha suerte —me intentó vender malamente Tulio.

Había dejado de escuchar. Así que para eso había ido a la anterior reunión, para ver qué canciones podía rapiñar. ¿Qué era una oportunidad para mí? Las iba a cantar él, a vender como suyas, al público le importa una mierda quién compone las canciones.

Sabía lo que venía a continuación.

—Ya sabes que por contrato nosotros tenemos el control sobre tu desarrollo artístico... Por tu bien, porque tenemos más experiencia y solo queremos lo mejor para ti: sabemos qué es lo que te conviene. Así que te lo comentamos para que estés más cómoda y sepas qué está pasando con tus obras, nada más...

—Y vamos a darle tres de las tuyas a Louis... para empezar —continuó Rodrigo—. Pensamos que así crecerás como artista y como autora y conseguirás hacerte un nombre como compositora: podrás componer para más gente. Es una muy buena oportunidad para ti, Miranda.

—Es tan buena que no hemos dudado ni un segundo en aceptar —terminó Tulio.

Maldito, maldito contrato de mierda. Cuando lo tuve entre las manos por primera vez estaba tan cegada por las posibilidades, por las puertas que supuestamente me abrían, que no lo leí con el cuidado necesario. Era incapaz de imaginar que alguien pudiera ser tan mezquino o cruel, tan despreciable como para coger mis sueños y limpiarse el culo con ellos una y otra vez. Pero eso es lo que hacían en Kooling Art. Por supuesto, no era la primera vez que me quitaban mis mejores canciones para dárselas a otros artistas más vendibles, y tampoco sería la última. Y me quedaba aún la escalofriante cantidad de tres años más con esos monstruos sin corazón ni ética. Nunca llegaría a ser una artista con futuro ni presente. Me había convertido en la gallina de los huevos de oro, la vaca fea y decepcionante que era sistemáticamente ordeñada por la discográfica.

No podía más.

Si por lo menos hubiese visto una gran cantidad de dinero por derechos de autor cada vez que mis canciones sonaban en radio o en televisión..., pero

ni siquiera eso. Redactaban los contratos editoriales de tal manera que la discográfica siempre se quedaba con el pedazo del pastel más grande, y añadían un tanto por ciento para el artista que me robaba la canción, para agradecerle su generosidad. Y tras cinco años de ser la autora de canciones ajenas, de ver cómo otros triunfaban a mi costa, seguían sin llegarme ofertas para componer para artistas de fuera de la compañía.

Curioso. Muy curioso.

—Ya veo. —Fruncí los labios con furia—. Ya. Veo. Pues si lo tenéis tan claro, ¿para qué cojones me habéis hecho venir? —Louis Holt sonrió desde su todopoderosa silla—. Idos todos a la mierda.

—Miranda, hacemos lo mejor para tu carrera. Todos los artistas empiezan así... Ya sabes que te queda un largo camino por recorrer, tienes mucho que... evolucionar... —Me repasó con la mirada llena de fría tristeza el cabrón de Tulio.

Sabía perfectamente a lo que se refería. No era ni alta ni guapa ni tenía unas curvas perfectas. Era una chica normal, con un cuerpo normal, y todo el mundo sabe que si hay algo terrible en la industria de la música es ser jodidamente normal. Según Kooling Art, yo no tenía ningún futuro como artista porque era anodina, así que tenía que explotar mi faceta de compositora. Detrás de una mesa. En la oscuridad de un estudio. Donde nadie pudiese ver que era tan asquerosamente normal.

¡Joder! Yo no me veía tan mal. No era muy alta. Vale. Y tenía el típico cuerpecillo de «chica normal conoce Netflix». Sí. Pero tenía la piel pálida y con muchas pecas..., no las suficientes como para que fuera una cosa exótica y fabulosa, pero, ¡eh!, ¡eran pecas! ¡Y mi pelo! Una larga cascada de grandes rizos negros, que caían en destartalada armonía hasta mi cintura y que cuidaba con mucho mimo desde que tenía memoria. Vale, sí: no era una chica explosiva, no era llamativa..., pero ¡no creía que mi normalidad pudiese llegar a ser un problema tan grande!

¡Y tampoco era que el tal Louis Holt fuera una belleza! Pero, claro, él era un hombre. A él con salir medianamente misterioso en las fotos de promoción le valía. La que tenía que prostituir su imagen y amor propio repetidamente en eventos y redes sociales era yo. Y aún mantenía la dignidad suficiente como para negarme categóricamente a convertirme en una triste y vacía anécdota sexual de desconocidos.

Tampoco es que hubiese sabido hacerlo de haberlo intentado, para ser sincera.

Salí de la oficina dando un portazo. Decidí mandar a la mierda sus ideales de belleza, su necesidad de tener siempre lo más *cool* entre sus patéticas filas de artistas vendidos a la idea de éxito de la tele y las radios, las chicas oxigenadas, las tetas operadas, las extensiones y los tacones. Decidí hacer todo eso, pero era una guerra diaria, y no siempre ganaba.

Abandoné el solomillo a su suerte y me despedí de los chicos con infinito cansancio en la mirada. Tomás me clavó una mirada de preocupación, esquivé sus preguntas con sonrisas superficiales y escapé. Salí a la calle tropezando con mis ganas de dejar ese amargo tren de pensamientos detrás. «Ya basta», me repetí por millonésima vez.

Había empezado a llover. Las gotas rebotaban contra mis mejillas y caían al suelo de piedra y niebla, arrancando un lamento de sosegada pena a la ciudad. Oviedo tiene ese encanto de regalarte nostalgia cuando la necesitas.

Vagabundeeé entre las calles peatonales del centro histórico y decidí empaparme en silencio un poco más. Caminé hasta que ya no pude llorar más, me subí al primer taxi que vi y me dejé llevar por el traqueteo del coche hasta el hotel mientras perseguía gotas por el cristal.

Polvo interestelar.

Pero parecía que finalmente, dos años después de aquella fatídica reunión, tras un total de siete años trabajando en la oscuridad del universo, había llegado mi momento. Ahora, después de cinco años componiendo temas que no decían nada para artistas que no decían nada y otros dos arrastrando la condena de una caricatura de mí misma por toda España, huérfana de mis mejores canciones a manos de un gilipollas..., ahora que ya estaba absolutamente asqueada de todo, había llegado mi puñetero momento. Esta era mi gran gira. Mi gran oportunidad. Todo dependía de ella.

Mi futuro entero en el mundo de la música colgaba de las faldas de un montón de conciertos encadenados en el silencio de largas horas de furgoneta, regaliz, cigarrillos robados y Coca-Cola. Hacía demasiados años que esperaba ese momento, y ahora que estaba allí, siguiendo con el dedo las metas que había dibujado en el mapa, con las fechas y estaciones que íbamos a recorrer durante los próximos meses, me acurrucaba en la oscuridad de mi habitación de hotel intentando callar el atronador murmullo de mi corazón que me decía: «¡Corre! ¡Corre y no pares jamás!».

V

Septiembre de 2015. Edimburgo.

Tres tiendas de segunda mano y dos lencerías después empezaba a estar preparada para enfrentarme a la vida. Vacié las bolsas encima de la cama que una mano invisible había hecho mientras estaba de compras y esparcí el contenido por la colcha. Estas minivacaciones no podrían durar mucho, pero qué coño. Tenía que elegir el conjunto perfecto. Algo que me hiciera sentir yo misma, para variar.

Miré por la ventana. Elegí los únicos vaqueros que tenía, una camiseta gris y los botines bajos que acababa de comprar. Me recogí el pelo en un moño alto mal hecho y me puse las gafas de sol. Parecía una motera venida a menos, una leyenda del rock que nadie se molestaría en recordar. Le sonreí a mi reflejo y metí móvil, cartera y llaves en la pequeña mochila negra que había comprado a juego con mi futuro.

Beeep. Beeep. Mi móvil vibró con pereza.

Diana: Hagas lo que hagas...

Yo: Olvídate las bragas?

Diana: Joder, es que eres una artista hasta para inventarte los refranes.

Diana: Dónde estás?

Yo: En Edimburgo.

Diana: Y se puede saber qué cojones estás haciendo allí?

Yo: Me encantaría poder decírtelo, Di A

Diana: En serio.

Yo: Huir. Creo, imagino, no sé.

Diana: De qué?

Yo: De todo.

Diana: Suena bien. Me puedo unir?

Yo: Por favor hazlo.

Diana: OJALÁ. No puedo, tengo mil reuniones de mierda. Pero qué vas a hacer? Dónde vas a vivir? Tú no eras pobre, artista o algo así?

Yo: Pues vaya. Menudo coñazo eres. No tengo ni idea de qué voy a hacer, pero planeo ocupar la casa de mi abuela y ya veré qué hago después.

Diana: Qué envidia me estás dando, guarra.

Yo: Y más guarra que voy a ser.

Diana: Nooooo.

Yo: Síiiii.

Diana: ¿¿¿Te has comprado unas Bragas del Mal????

Yo: Seh.

Diana: Dios, vas a tope. Quiero los detalles escabrosos cuando las Bragas del Mal hagan su magia.

Yo: Jajaja. Estás enferma. Cuenta con ello.

Cerré el WhatsApp con media carcajada.

Eliminé el pensamiento pornográfico que empezaba a materializarse en mi cabeza y me preocupé por averiguar qué me apetecía hacer. Iba a pasar mi primer día de huida y lo quería hacer bien. No me podía saltar ninguno de los clásicos, porque ya me había pasado lo de desayunar con una mimosa con demasiado champán y así no se hacen las cosas.

Veinte minutos andando y una tienda de telefonía después, ya tenía mi tarjeta de teléfono de prepago escocesa y una leve sensación de ahorro que me permitiría tomarme un par de cervezas de más con la total confianza de estar haciendo el bien en mis finanzas personales. Me hice una foto a mí misma con cara de inmensa felicidad y la mandé al grupo de WhatsApp de la familia. «Así, que vean que todo va fenomenal».

Mamá: Pero qué guapa hija. Bienvenida a tu segunda casa. *Have fun, dear.*

Bloqueé la pantalla del teléfono y miré a mi alrededor en busca de una cafetería con pinta de hacer buen café. A unos veinte metros había una prometedor pastelería con mesas. Aceleré el paso y me metí antes de que empezara la leve llovizna de «hola, qué tal, estás en Escocia». Me senté a una mesita al lado de un enorme ventanal, para poder mirar la lluvia con infinita nostalgia, y pedí un capuchino. Saqué la *tablet* de la mochila y con un profundo suspiro decidí enfrentarme a mi correo electrónico, Facebook, Twitter y demás herramientas del diablo. Tenía miles de menciones en las redes sociales por el plantón que le había dado a todo el mundo la noche anterior.

Que si no había ido al Dcode. Que si me había vuelto loca. Que si debía

de haber muerto porque si no, no había otra explicación...

Hice una foto de mi reflejo en el empapado cristal y la publiqué en Instagram sin ningún mensaje. No había explicación posible, así que... para qué intentarlo. Además, un poco loca sí que estaba, eso había que admitirlo.

Abrí el navegador, entré en Gumtree y me puse a buscar cosas verdaderamente importantes... como posibles trabajos a los que mandar mi raquítrico y absurdo currículum. Nada más licenciarme conseguí un buen trabajo de creativa publicitaria, que es lo que decidí estudiar en la universidad. Pero desde que empecé a hacer música, apenas había conseguido mantener un par de trabajos temporales de becaria. Parece ser que hacer música invalida todo lo anterior. Cantar te mina el cerebro. Eso debe de ser.

Me rasqué la barbilla, dubitativa. ¿Realmente quería seguir haciendo lo mismo que hacía en Madrid? ¿Quería seguir trabajando en la industria de convencer a los demás de que quieren algo que yo quiero que quieran? Sacudí la cabeza. No. Este viaje se trataba de volver a empezar. Suspiré, dejé la *tablet* sobre la mesa y cogí la taza de capuchino con las dos manos. No. Tenía que encontrar otra cosa que me apasionara tanto como la música, que se me diera tan bien como el *marketing* y que me hiciera feliz... como el café. Di un lento sorbo y sostuve la taza justo delante de mi cara. «Café... Humm...».

Dios. Podía sentir cómo mi sangre se aceleraba correteando por mis venas. Tenía que conseguir un trabajo en una cafetería, en un bar, en un pub... Poner cervezas, tomarme otras, echarme unas risas. Vivir al día. Sencillamente, vivir. Sonreí y cogí la *tablet* con ganas.

No había demasiadas ofertas en el mundo de la hostelería, siempre es uno de los más populares para buscar trabajo, pero me las arreglé para encontrar unos cuantos bares que parecían molar. Embellecí un poquito mi currículum e hice hincapié en eso de que aprendía rápido y se me daba genial gestionar el estrés y la improvisación. Era verdad. Si tuviera que contar la de veces que había dado conciertos sin ensayarlos, o se me había estropeado la petaca y no podía oírme a mí misma cantar en macroconciertos... O las ocasiones en las que los músicos me habían fallado en el último momento, se habían estropeado los micrófonos o habían muerto los monitores... En fin, que era una experta en capear temporales y salir del paso.

Sonreí con autosuficiencia. Aunque sabía que todo aquello formaba parte de mi pasado, no podía evitar sentir que iba a formar parte de mi presente toda mi incoherente vida.

La pantalla de la *tablet* empezó a inundarse de notificaciones de «me gusta» y de comentarios en Instagram. Abrí la aplicación para comprobar si la foto que acababa de subir cumplía con mis siempre cambiantes estándares de calidad y desactivé las notificaciones. Quería que me quisieran, pero no quería quererlo. Ese había sido mi dilema desde el principio. ¿Cómo aceptar y querer la parte de mí misma que me hacía sentir más vergüenza? Me parecía patético. Ahora, con un delicioso café entre las manos, observando cómo Edimburgo caía rendido ante una magnífica tormenta, nada de eso parecía tener la más mínima importancia. La de tiempo que había malgastado pensando en cosas en vez de vivirlas, hacerlas, o mejor aún: arrepentirme de ellas...

Un titilar de luces justo delante de mí, al otro lado de la carretera, me robó la atención de mi cerebro. Llovía copiosamente, así que no podía leer muy bien el letrero verde y negro, pero por las vidrieras cuadradas, la fachada de madera y la portentosa entrada, parecía un pub. Un hombre rubio se peleaba con un cartel de madera con ofertas intentando colocarlo delante de la puerta, empapándose enterito. Podía ver cómo la ropa se le iba pegando al cuerpo y según fruncía el ceño porque la cosa no estaba saliendo como quería. Me mordí el labio, intrigada. Tenía los hombros anchos, los brazos fuertes y delgados, la cintura fina y ese gordo jersey gris que en cualquier otra ocasión no le habría hecho ningún favor ahora contrastaba fieramente con sus pantalones oscuros, su pelo rubio y la intensidad de sus gestos. Por un momento, por medio segundo quizá, la calle entera pareció oscurecerse y solo se le veía a él: el ceño fruncido, los brazos en tensión, los labios apretados en un silencioso disgusto.

Obligué a mis ojos a mirar a otro lado, a cualquier otro lado, y solté un brusco suspiro, sorprendida conmigo misma. Mi pasión por los hombres era un hecho que no se podía negar, como también lo era mi talento natural para fijarme en los más problemáticos y la muerte gradual pero segura de mis ganas de aguantar chorradas a cambio de sexo.

Sacudí la cabeza, molesta conmigo misma, y recordé, un poco por encima, a Pablo el profesor de esgrima, Lucas el abogado, y Mateo el publicista. Mis tres últimos desastres amorosos. Sí, decididamente estaba mucho mejor soltera. «Los hombres solo traen problemas...», dijo una miniyo con pinta de bibliotecaria resabiada en algún rincón de mi cabeza.

Me tragué un suspiro y clavé la mirada en el café. Estaba a miles de kilómetros de distancia de la persona que había sido. Era el momento de

volver a empezar.

VI

*Abril de 2015. En algún punto de la carretera entre Oviedo y Madrid.
Volviendo del concierto.*

—Tomás, ¿qué te pareció el concierto?

Me miró como si no entendiese la pregunta.

—¿Como que qué me ha parecido?

—Sí. Que si te ha gustado.

Ladeó un poco la cabeza y me miró con cara de evaluar cuál era el nivel exacto de paciencia que debía tener conmigo para esa conversación, con un gesto prestado de ser padre de niña preadolescente.

—Pues ha sido interesante. Es un bolo. Me gusta más cuando haces otro tipo de espectáculo, pero hay que hacer de todo, ya sabes.

—Sí, ya sé.

Pero ahí estaba, la confirmación de mis sospechas. Fue un concierto mediocre. Yo fui mediocre. Todo fue..., pues eso, mediocre.

De entre todos los insultos que existen, mi favorito siempre fue «pusilánime». Es un insulto que usa una persona que ni siquiera se va a tomar la molestia de insultarte de verdad, así de insignificante eres. Y me apasionaba poder usarlo sin descanso. Un universo pusilánime me rodeaba constantemente y me molestaba cuando, sin darme cuenta, formaba parte de él por medio segundo..., haciendo un trabajo mediocre..., y no importándome una mierda. ¿Qué clase de persona hace eso? Pues un pusilánime. Pues yo a veces.

—A ver si cuando volvamos a Madrid me pongo a trabajar en cosas nuevas. Creo que estoy harta de hacer esto, todo el rato lo mismo.

—¿Crees que estás harta?

Sonreía para sí, porque lo que decía no tenía mucho sentido. Para variar.

—Sí, no sé. Es que..., no me gusta. No me gustan estas canciones. Este «rollo». Creo que ya no tiene nada que ver conmigo. Me he dejado llevar demasiado hacia esto, me he dejado arrastrar..., soy superdébil.

—Miranda —me interrumpió—, no seas así. Has hecho música que te venía bien en el momento, la que tenías que hacer, vaya, que a la gente le ha gustado y nos hemos echado unas risas, has hecho un montón de bolos...,

está bien. Esto es un trabajo y a veces hay que cumplir, sin más.

—Sí, pero es una mierda, Tomás, es música de ascensor barato y...

—Basta. Déjalo estar. Lo pasado, pasado está. Si no te gusta lo que haces ahora, intenta cambiarlo cuando vuelvas. Pero no pienses más en lo que podías haber hecho ayer, en lo que podía haber pasado. No te va a servir de nada.

—Sí. Eso es cierto. Muy cierto.

—Habla con Rodrigo y Tulio. A ver qué pasa. Y si quieres hacer otro tipo de música, hazla. Punto. Yo... —Tomás se revolvió en el asiento—, sabes que no tengo mucho peso ahí pero..., si necesitas que te acompañe o algo a las reuniones..., no sé, dar el punto de vista de cómo son los directos..., lo mismo te puede ayudar.

Una oleada de ternura me sacudió por dentro. Era verdad: Tomás no tenía ningún control sobre el desarrollo artístico de mi carrera. Él solamente debía cerciorarse de que llegaba a los conciertos y de que todo salía bien. Era un solucionador de problemas, y era el mejor. Pero no le pagaban por opinar. Él lo sabía, yo lo sabía. El perro de mis vecinos lo sabía. Era complicado y engorroso para él intentar validar su opinión en la discográfica, pero se había ofrecido, porque así era Tomás. Porque después de años y años de chistes malos, cigarrillos compartidos y cervezas a medias... haces familia casi sin querer.

Me lanzó una mirada de cachorrillo preocupado y le sonreí como toda respuesta. Ese era mi marrón. Era mi problema de artistilla torturada, y tendría que solucionarlo la misma persona que me metió en este lío. Es decir: yo.

Dejé vagar la mirada por el paisaje, atropellando árboles, rasgándome la piel contra el asfalto, comiéndome las nubes. «Si quiero hacer otro tipo de música, solo tengo que lanzarme». Claro. Podría hacerla y guardarla para siempre en un cajón, para que la discográfica no me la robara y poder soñar despierta, mientras me forzaban a seguir fingiendo que era una quinceañera dopada. Me pasé la mano por el pelo y jugué con mis rizos. En mi cabeza empezó a sonar *Atmosphere* de Joy Division y me dejé envolver por ella.

Otro tipo de música... ¿Y otro tipo de vida? Valoré la posibilidad de dejarlo para siempre, del todo. Me imaginé cómo sería mi vida si intentara conjugar mi existencia en una declinación completamente distinta. Me costaba.

Claro que tampoco parecía tanta locura. Me imaginaba trabajando en una

librería, en una cafetería..., en algún sitio que oliese a grandes historias y donde no hubiese nunca demasiado ruido. Me imaginaba echando de menos la carretera, los conciertos, las pruebas de sonido, las risas con Tomás. Y lo echaría mucho de menos. Pero qué se le va a hacer. No se puede tener todo. Seguramente de haberme atrevido a hacer otro tipo de música esa habría sido mi vida. Una vida maravillosamente sencilla y delicada. Una vida de verdad.

—Oye, ¿y los chicos? ¿Se levantaron temprano? ¿Están en la carretera ya?

—No lo sé, la verdad. Yo les dejé en sus habitaciones anoche, borrachos, y ellos sabrán, ya son mayorcitos.

—Ya..., pero pobres... Nos hemos ido sin ellos así, sin más...

—Pues claro. Nosotros tenemos nuestra hoja de ruta, ellos la suya —sentenció Tomás. Nadie, jamás, podía cuestionar su amada hoja de ruta, en la que todo estaba cuidadosamente calculado y medido. Estaba casi segura de que tenía alguna especie de trastorno obsesivo compulsivo con esas rutas—. ¿No será que te hace tilín alguno, Nieves?

—Pero qué dices. Mira la carretera, anda.

—Que nada. Confiesa.

—¡Y dale! Que no hay nada que confesar, no seas pesado. Ya sabes que estoy medio muerta de cintura para abajo.

—Jajaja. Pero qué exagerada. ¡Que te conozco mejor de lo que te piensas...!

—Psf.

Refunfuñé y me removí en el asiento. Podía oír perfectamente cómo Tomás seguía riéndose dentro de su cabeza. Le sonreía a la carretera con ese gesto de haber estado allí antes y conocer perfectamente el camino de vuelta a casa. Qué tío. Siempre sabía adónde iba.

Que si me gustaba alguno... No era una pregunta estúpida. Estaba segura de que si me hubiese dado la más mínima cancha emocional, probablemente me habría enamorado de un par de personas en la industria musical. Pero si hay una cosa más difícil que ser una mujer justamente valorada en esta industria es ser una mujer justamente valorada en esta industria que hace lo que quiere. Y nada más violento y complicado que compartir trabajo, estrés y horas de furgoneta con tensión sexual en el aire. O tensión de cualquier tipo. No merecía la pena.

A ver, que si me hubiese encontrado con, yo que sé, Thor, lo mismo me habría dado por arriesgarme. Pero no. Así que cerré esa puerta con doble

llave. Dadme una camiseta de cuello vuelto y unos pantalones anchos y vámonos a la playa.

Llegamos a Madrid mucho antes de lo que esperaba. Ni siquiera me había dado tiempo a desaparecer en mi cabeza, mi actividad favorita cuando viajo en coche. Me quedaba muy callada, escuchaba las canciones por dentro y me acurrucaba en la preciosa buhardilla hippie de mi cabeza, entre cojines, plumas de colores y luces de Navidad. Pero me entretuve demasiado mirando la carretera, pensando en cosas reales, y perdí mi oportunidad. Ahora tendría que bajar del coche, coger mis cosas y echar a andar hacia el mundo real. Hacia mi minúsculo piso en el barrio de Chamberí.

Al menos vivía en un barrio de verdad, de los de toda la vida. No había caído en el terrible cliché de mudarme al barrio de los pseudoartistas de Madrid, el de los modernos; ese barrio que no se puede permitir ningún músico a no ser que seas una copia barata de Alejandro Sanz.

Así que, por lo menos, no me cruzaba con *wannabes* cuando bajaba al supermercado de la esquina, ni tenía que pelearme por la última cerveza del chino de abajo con algún moderno desesperado por parecer interesante. También podía ir a la librería y comprar el libro que quisiera de cualquier escritor ruso sin tener que apuntarme a una larga lista de espera. Y en las tiendas de segunda mano pone «segunda mano» y no «vintage».

Entré en el piso y dejé todo en el suelo al lado de la puerta. Ya lo colocaría en su sitio en otro momento. Cero mensajes en el contestador. No sabía ni para qué tenía uno. Lo compré en un arranque de nostalgia noventero y ahí estaba, haciendo bonito. Abrí el portátil. Ningún *email* interesante. Encendí el calentador del agua y me quité las botas. Cogí el primer libro de la estantería y empecé a hojearlo. Tenía que hacer tiempo hasta que el calentador funcionara, así que tenía que ser inteligente y coger un libro que no me apeteciera mucho leer. No sería la primera vez que, haciendo tiempo, me daban las cuatro de la mañana, y ni ducha ni cena ni nada.

Empecé a desnudarme lentamente en el salón, tirando la ropa según paseaba, leyendo en voz alta trocitos del libro que había cogido. *El guardián entre el centeno*. Qué pereza me daba a mí misma a veces.

Dejé vagar la mirada por la habitación... ¿Qué tenía que hacer mañana? Cogí el iPhone y abrí el calendario. «Mierda». Tenía un montón de reuniones en mi trabajo de persona de verdad. Completamente desnuda, empecé a barajar la posibilidad de no ir a ninguna. ¿Lo notaría alguien? «Total, solo soy una becaria del departamento creativo, a nadie le importará». Coqueteé

con la idea de quedarme el lunes entero remoloneando en la cama. No, tenía que ir a trabajar. Obligarme a desayunar, arreglarme y salir de casa era lo único que me mantenía amarrada al mundo. Eso y la canción del Mercadona.

Cerré el libro, apagué el móvil y me despedí de la ensoñación de mi rutina. Me lavé el pelo en la raquílica ducha, peleándome con la poquísima presión del agua, maldiciéndome una vez más por tener tan poco dinero y vivir en aquel cuchitril reconvertido en mi pequeño castillo personal. Pero me encantaba. El cuchitril me encantaba.

Me sequé el pelo y jugué con mis rizos un rato con la mirada clavada en mi reflejo del espejo del dormitorio, imaginándome dentro de alguna canción. Me puse el pijama y me metí en la cama con un largo suspiro. Me encantaba dormir, y más cuando estaba cansada de verdad. Cerré los ojos olvidando que en unas horas tendría que abrirlos de nuevo y sonreí en la oscuridad.

Tener trabajo es el mejor invento desde el pan de molde. Por mucho que digan los modernos y los poetas, levantarte para formar parte del mundo mola. Y aquel era el primer trabajo que tenía posfama que me gustaba. No había sido fácil conseguirlo, la verdad, pero nada que merece la pena es sencillo. Al menos eso es lo que había decidido creer desde que ciertas cosas básicas empezaban a costarme más de lo normal.

Y todo por culpa de la televisión —todo en este mundo es culpa de la televisión si lo piensas bien—. Sales una vez en algún programucho y para el público ya eres famoso, especial, y vives en un mundo sin facturas en el que no necesitas comer ni vestirte. Pero los que estamos al otro lado de la pantalla sabemos la verdad: salir en la tele no significa absolutamente nada.

El público empezó a imaginarme como un alien del mundo del arte, infiltrado en parámetros cotidianos para algún tipo de misión extraña, como para empaparse de lo mundano con la frivolidad del que se siente superior al paisaje, y después componer canciones lamentándose por cosas que nunca ha vivido.

Estaba completamente descolocada, y todo el vocabulario aprendido hasta el momento —de felicidad, éxito y normalidad— ya no valía de nada. Mandaba mi currículum a todas partes, y la primera impresión siempre era positiva. Al fin y al cabo tenía estudios superiores, idiomas, y había tenido un trabajo guay. El primer filtro lo pasaba con cierta facilidad.

Las entrevistas tampoco eran tan complicadas, no era mundialmente

conocida, pero una vez conseguido el trabajo, siempre había alguien que terminaba reconociéndome.

Claro que también, ya me valía, eligiendo un nombre artístico tan parecido a mi apellido... En cuanto veían mi nombre completo, las probabilidades de que me reconocieran eran bastante altas.

Y entonces todo cambiaba. Las miradas de complicidad se convertían en envidiosa curiosidad, escudriñaban todo lo que hacía esperando pacientemente a que la cagara, y claro, me ponía nerviosa, y la cagaba. Las sonrisas de superioridad que se intercambiaban entre los compañeros cuando eso sucedía eran legendarias.

Con los jefes era peor. Les encantaba saber que tenían a un pequeño prodigio de cualquier mierda bajo su mando, a su entera disposición. Me podían dejar encadenada a la mesa hasta las tantas de la noche si les parecía oportuno, y siempre tenían batallitas que contar a los colegas sobre «esa estrella del pop que parece algo en la pantalla, pero luego en persona es de lo más normalilla, por no decir fea directamente».

Ya había pasado por tres puestos de trabajo diferentes y empezaba a estar bastante harta.

Así que ahí estaba, arreglándome para incorporarme a la jornada laboral del cuarto y último trabajo que estaba comenzando ese año. Me habían contratado como becaria y chica para todo en una empresa de *marketing* y organización de eventos. No era el trabajo de mi vida, pero me tenía ocupada y me quitaba tiempo de preguntarme qué cojones estaba haciendo con mi vida. El salario no estaba mal para ser una becaria de mierda y me pillaba cerca de casa. Y mis compañeros habían descubierto quién era hacía un par de meses y, en vez de ser unos auténticos capullos, se lo estaban tomando como una excusa más para hacer el idiota en la oficina, sin más. Me tomaban el pelo, me hacían cantar en todos los cumpleaños como si fuera Marilyn Monroe y me habían asignado la labor de ir a hablar con el de contabilidad siempre que había un marrón con las cifras porque era muy fan mío y nunca me decía que no a nada. Así que ni tan mal.

Me miré en el espejo con aire dubitativo. Decidí dejarme el pelo suelto, me eché un poco de perfume y salí de casa. Arreglarse para ir a trabajar me parecía bastante absurdo. Ya tendría ocasión de disfrazarme para el próximo concierto. Que era dentro de dos semanas. «Qué bien». Y encima era la gala de la World Radio Mix, la emisora más famosa del país. Moderno puro y duro, mucha laca, niñas de dieciséis que quieren tener treinta y cinco y

mujeres de treinta y cinco que quieren tener dieciséis. Suspiré, cerré con llave y comprobé la puerta. Por si acaso el karma se quería vengar.

Cogí el autobús con el mismo aire distraído de siempre, sin mirar por dónde iba, canturreando lo que fuera que Spotify me estaba poniendo en reproducción aleatoria de una de las mil quinientas listas que tenía creadas. Troté hasta la puerta del edificio de la oficina embelesada por cuán azul era el cielo aquella mañana y llamé al ascensor con aire resolutivo.

Metí la llave en la cerradura y abrí la puerta con suavidad. No era la primera vez que llegaba tarde ni sería la última, pero no me gustaba vanagloriarme en el pecado de que me diera exactamente igual, así que era muy silenciosa y caminaba siempre de puntillas hasta mi mesa, con ganas de ser invisible y poder controlar el caprichosísimo pasar del tiempo. Porque lo de llegar tarde era culpa del confuso juego que se traía el espacio-tiempo, no mía.

Mi trabajo era una mierda, y la oficina era más o menos como cualquier otra. No había estado en todas las oficinas del mundo, pero se amoldaba bastante a una visión global de lo que viene a ser una oficina. Paredes blancas, cubículos con mesas, techos altos con halógenos..., todo blanco. Y sillas, por supuesto. Sillas de oficina de las que tienen en exposición en Ikea. De las baratas.

Dejé las cosas sobre mi mesa y miré el móvil, molesta. Llevaba vibrando una media hora. Mateo. Por supuesto. Sentí una leve punzada de culpabilidad. Demasiado leve, me fijé.

Mat: ¿Qué tal el concierto, preciosa? ¿Todo bien?

Me repateaba que escribiera todo perfectamente en WhatsApp. «Puñetero redicho..., qué te cuesta cometer algún error gramatical, inventarte alguna palabra... ¡Qué te cuesta!».

Yo: Ey A Todo bien, gracias. Llegué un poco tarde, por eso no te escribí. Qué tal el finde?

Mat: No te preocupes. Lo entiendo. Pues por aquí todo bien. ¿Te apetece que cenemos juntos hoy y nos ponemos al día?

Yo: Uhm... venga! Me apetece un kebab... o telepizza! Vente a casa y ponemos una peli... y nos acurrucamos un rato...

No quería ser una lanzadera, pero, vamos, el plan de quedarse en casa a cenar y ver una película con tu novio creo que deja bastante claro el tipo de plan que tienes en mente...

Netflix.

¡Digo sexo! Sexo y después Netflix.

Mat: Uf, no. Mejor vamos al Saturn Café. Hay un plato nuevo de delicias de caviar que quiero probar. Te recojo en la oficina a las 7pm. Cenamos temprano, ya sabes. ;)

Miré a mi alrededor, derrotada. Y me miré a mí misma. Apenas me había arreglado y Mateo me quería llevar a uno de los restaurantes más chic de Madrid. Estaría lleno de famosos y artistas..., gentecilla de la prensa rosa con aires de grandeza y periodistas con pocos escrúpulos. Cualquier cosa me apetecía más que meterme en ese zoo humano. Suspiré.

Yo: Ok. Nos vemos a las 7pm.

Sabía que dijera lo que dijera al final acabaríamos yendo, así que me ahorré una aparatosa conversación por WhatsApp, peleándome con el autocorrector y con la perfección de Mateo al otro lado del teléfono y claudiqué. Me pasé la mano por el pelo y decidí no pensar más en ello. Total, ¡todavía quedaban horas para que tuviera que ir! Pero antes de que pudiera darme cuenta, ya eran las seis y media de la tarde, se me había olvidado comer y me rugían las tripas con fiereza. «Dios, tengo que conseguir algo de comida antes de que venga Mateo a por mí». No soportaba verme comer con hambre.

Paré un momento mi frenético e incoherente movimiento de manos y me quedé en blanco. ¿Qué estaba buscando? «Ah, sí, comida». Fruncí los labios. ¿Cómo podía ser que mi novio no soportara verme comer? Era una fobia un poco rara de Mateo, tenía que admitirlo, pero nunca le di mayor importancia. Cuando quedábamos para ir a sitios solía ser antes de comer, o después, para aperitivos o copas. De modo que siempre podía comer tranquilamente en la soledad de mi casa. Pero hoy habíamos quedado a cenar... en un sitio caro... Un destello de pánico iluminó mi cabeza cegándome por un momento. No sería capaz de... «No. Por supuesto que no». Me reí de mí misma tan solo por pensarlo y toda la tensión desapareció de los hombros en un segundo. Por supuesto que no me iba a pedir en matrimonio. Menuda estupidez.

Era una idea absurda. Si ni siquiera entendía por qué estábamos juntos, la idea de estar casados era una verdadera locura. Mateo era un hombre sofisticado, moderno, elegante y un poco demasiado delgado. No tenía nada que ver conmigo. Pero me gustó su forma de coger la copa, cómo respondía al teléfono y cómo se pasaba la mano por el perfectamente moldeado pelo cuando se impacientaba. Siempre iba vestido de forma impecable, y cuando estaba con él sentía que de alguna manera me contagiaría de todo ese

glamour que emanaba en cada movimiento. Pero no había suerte.

Yo seguía siendo una chica sencilla, un poco desastre, que nunca acababa de acertar con el conjunto. Mi pelo, indomable y siempre rizado, hacía lo que le daba la gana. Si me ponía tacones altos, tropezaba, y si me echaba mucho maquillaje, parecía una prostituta de cincuenta años que aún luchaba por ligarse al camarero de veinte que iba para *quarterback* con beca en una buena universidad pero se lesionó en el instituto en algún pueblo perdido de Estados Unidos y tuvo que aprender a hacer mojitos. Así que siempre iba con la cara lavada, el pelo suelto y unos botines cómodos.

Excepto cuando quedaba con Mateo. Entonces hacía el titánico esfuerzo de pintarme, ponerme unos tacones no demasiado altos y recogerme un poco el pelo. Pero hoy no había hecho nada de eso. No le iba a gustar.

Mateo: Hola, Miranda. En cinco minutos estoy ahí. ¿Estás preparada?

Esa era su manera de decirme que bajara ya a la puerta a esperarle en la calle, que él sí que no iba a esperar en doble fila por mí.

Yo: Sí! Preparada!

Le mentí descaradamente en un patético intento de castigarle por ser tan jodidamente perfecto. Recogí mis cosas, me asomé al baño para echar un último vistazo a las pintas que llevaba y me rendí ante lo inevitable. Bajé los ocho pisos del edificio dando golpecitos con el pie en el ascensor. Una parte muy perversa de mí estaba deseando que Mateo me viera y pusiera el grito en el cielo. Como un lord inglés al que no le han servido el té a su gusto. Sonreí a la nada y bajé del ascensor mucho más animada.

Mateo y su flamante TT pararon en la puerta de la oficina y casi pude sentir la mueca que ambos pusieron mientras me acercaba a ellos. Odiaba ese coche, pero él me odiaba aún más a mí, así que me subí con pretendida educación, restregando la suela de los zapatos contra la alfombrilla con ilusión. Llegamos al restaurante sin haber intercambiado más de cinco palabras y nos sentamos a la mesa en silencio. Justo en la mitad del restaurante. Chasquéé la lengua con desagrado y cogí la carta con hambre.

—Miranda, me he permitido el lujo de pedir por los dos antes de llegar, así no tendríamos que esperar tanto a que nos sirvieran. Espero que te parezca bien.

Le miré con los ojos abiertos como platos. Como los platos que no me iba a poder comer, quiero decir.

—Eh..., sí, claro. Y... ¿qué has pedido exactamente? Hoy tenía un poco de hambre...

—Las delicias de caviar de las que te hablé, por supuesto. He leído en *Gut Kila* que son un *must*.

A veces me dejaba flipada lo increíblemente gay que podía llegar a sonar. Sobre todo cuando hablaba de su amadísima revista *Gut Kila* —la biblia de todos los modernos que quieren molar con tanta intensidad que si algún día decidiesen unir sus fuerzas podrían eclipsar al sol— y cuando decía cosas como que algo era un «must».

Un nada oportuno mohín de disgusto se hizo con mis labios y Mateo me reprendió con la mirada.

—Miranda, solo intento expandir un poco tu mundo. Deberías agradecermelo. Siempre puedes tomarte una pizza en casa, pero no podrás probar este plato en ningún otro lugar. Y sonrío un poco, por favor, que la gente nos está mirando.

La gente nos estaba mirando, efectivamente. Pero no por nuestra conversación. Miraban con desprecio mis botines desgastados, mis rizos, mis vaqueros y mi camiseta a rayas. Parecía un marinero recién llegado de faenar al que habían dejado tal cual en mitad de Tiffany's. No pintaba nada en ese lugar.

—La señorita Nieves querría una copa de vino blanco, por favor. — Mateo me miró por un instante—. ¿Te parece bien, querida?

—Sí, claro. Gracias, Mateo. —Le sonreí tímidamente. «Querida», me dice. Me entraron ganas de reír. Pero lo había hecho aposta, claro. La gente solía cambiar de actitud cuando decía mi nombre. Básicamente porque a pesar de que no fuera realmente famosa, Mateo siempre me llevaba a sitios donde el culto a la fama era tal que siempre sabían quién era, y de paso se aseguraba de que supieran que estábamos juntos.

Las delicias de caviar en cuestión resultaron ser dos patéticas excusas para cobrarnos un pastizal. Para cuando terminé el raquíptico plato, estaba casi más hambrienta que cuando entré por la puerta del restaurante. Mateo ponía los ojos en blanco con cada bocado. Con los tres, quiero decir. Como si no pudiera contener el éxtasis de comer algo tan delicioso. A mí la verdad es que no me supo a nada, y me sorprendí a mí misma mirando el móvil y haciendo cábalas: ¿estaría el kebab de la esquina abierto para cuando llegara a casa? Me mordí el labio. «Por favor, señor, que esté abierto...».

—Miranda, ¿te pasa algo? ¿No te ha gustado el plato?

—No, no es eso... Estaba... realmente delicioso. —«Eran tan poca cosa que ni siquiera me di cuenta de qué sabor tenía, mira»—. Pero..., bueno, es

que se me olvidó comer hoy y traía mucha hambre, nada más. —Sonreí compungida.

—Miranda..., tienes que cuidar la línea y educar tu paladar. No es cuestión de comer más, sino de comer mejor. Mira, tienes que...

—Mateo —le interrumpí—, tienes razón, no te disgustes. Gracias por traerme aquí. —Todo menos una discusión, por dios. Y menos en público.

—No me interrumpas, Miranda. —Odiaba que dijera mi nombre con cada puñetera frase, como si estuviéramos en una película de gánsteres de los noventa—. Tienes que aprender a ser más paciente con las críticas.

—Más paciente con las críticas..., humm... —Sabía que debía callarme y dejarlo pasar, pero, joder, ¡tenía mucha hambre!—. ¿Sabes cómo podría ser más paciente? Si me dieran algo de comer en este puñetero lugar. A lo mejor así sería mucho más paciente con tu constante paternalismo, querido —dije muy suavemente con una deliciosa sonrisa en los labios.

Había ido demasiado lejos, lo sabía. A Mateo no le gustaba nada que le llevaran la contraria, y menos yo, claro, una chica tan poco elegante y prácticamente nada famosa. Apretó los puños. Se debatía entre discutir y dejarlo pasar, oteando el restaurante nervioso, por si nos estaban mirando. Ladeé la cabeza, abrí los ojos, puede que por primera vez desde que conociera a este individuo, y me llevé las manos a la boca. Sabía que era un frívolo de la leche, pero realmente solo me quería por... ¿mi fama? Pero ¡si yo no era nadie!

Corrección: no era nadie AÚN.

Ahora entendía esas largas horas de tienda en tienda mirando ropa, que insistiera en acompañarme a la peluquería, y aquellos *tours* de estilistas que nos dimos en más de una ocasión. Estaba intentando... ¿adiestrarme? ¿Convertirme en la famosa perfecta? O en la que él necesitaba, vamos. Me levanté de la silla de un salto y miré a mi alrededor, sin saber muy bien qué hacer. Mateo me observaba con auténtico pánico. Destilaba disgusto, asco y miedo en igual medida desde su perfecta postura. Me invitó a sentarme de nuevo con una sonrisa perfectamente esculpida en la cara. Pero esta vez pude ver la crispación en su mirada, el impaciente movimiento de sus manos y quise correr. Cogí mi bolso.

—Miranda, ¿qué estás haciendo? Todavía queda el postre. Te prometo que te va a gustar.

Le lancé una mirada helada.

—Lo dudo mucho, Mateo. Me marchó.

—Pero, Miranda, ja, ja, ja. Cómo eres, mujer... —dijo para el resto del restaurante, con un teatral gesto de disculpa social.

—Mateo, déjalo. Me marcho. Y..., mira, no me llames mañana. Tengo que pensar muchas cosas.

—Pero... —La cara de Mateo se convirtió en la de un niño pequeño a punto de enrabiarse. Miró alrededor, queriendo evaluar si debía o no seguir hablando, y al hacerlo comprobó que todo el mundo estaba mirando. Incluida la redactora jefe de *La Vita*, la revista del corazón más importante del país. Se vino arriba—. Está bien. Muy bien, Miranda. Como tú quieras. Yo solo quería ayudarte en este mundo tan cruel que nos rodea. Quería enseñarte a disfrutar de la vida. Pero haz lo que quieras. Sigue siendo una fracasada, si es lo que deseas.

—Pues mira, sí, es lo que quiero. Gracias por entenderlo, Mateo. —Le sonreí con auténtico deleite. Sabía perfectamente qué estaba haciendo y no le iba a dar la satisfacción de montar una escena—. Gracias por la cena y por estos maravillosos cuatro meses.

—De nada. De nada, Miranda. La gente como yo a veces hacemos favores a los demás, es lo menos que podemos hacer por la gente menos agraciada. —El párpado izquierdo le temblaba de la rabia.

—Qué considerado. Que seas muy feliz. Adiós. —Cogí la chaqueta que me tendía el encargado de sala del restaurante que, muy inteligentemente, había visto que me quería marchar mucho antes que Mateo.

—Eso. Márchate. Seguirás siendo una doña nadie. ¡A nadie le importas, Miranda Nieves! Eres una amargada sin ningún tipo de talento, eres... ¡emocionalmente inaccesible y muy mala en la cama! ¿Sabes? No sé qué hacía perdiendo el tiempo contigo. ¡Nunca llegarás a nada en la vida! Ya lo verás... ¡Ya volverás arrastrándote! ¡Y yo ya no estaré aquí! ¿Me oyes? ¡Ya no estaré!

Salí por la puerta, acompañada de todas las miradas del restaurante. «Eso espero, Mateo. Espero no volver a verte nunca más», pensé sonriendo para mí. Cogí un taxi, muy locamente, como si pudiera permitírmelo, y me fui a casa sintiéndome más mujer de lo que me había sentido en toda mi vida.

Pagué y salí pitando hacia mi casa. Una indescriptible sensación de apremio y nervios se apoderó de mí mientras aceleraba el paso. Y de repente lo vi.

El kebab de la esquina seguía abierto.

Alabado sea el Señor.

VII

Septiembre de 2015. Edimburgo.

Había llegado el momento. Mis tres días de desaparecer del mundo bebiéndome toda la cerveza de Edimburgo habían llegado a su fin. Abrí la cartera con un corto suspiro. Había sido maravilloso dejar de formar parte del mundo, durmiendo, paseando, comiendo y pateándome todos los bares que rodeaban mi pequeño hotel... sin ningún plan, sin ninguna agenda. Viviendo, sin más. Pero no podía posponerlo más. Tenía que ir a casa de la abuela. Me había pulido todo mi dinero y necesitaba encontrar un trabajo para poder beber más. Me senté en el borde de la cama y dejé vagar la mirada a través de la ventana, saltando de tejado en tejado.

Hacía años que no veía a mi abuela. Cuando era pequeña iba con mi familia a pasar una semana cada verano —explorábamos la ciudad y nos perdíamos en la magia escocesa de soñar despiertos con dragones y hadas—, pero al cumplir dieciocho años empecé a tener amigas y creerme guay, y dejé de ir. Dejé de soñar.

Eso sí, cuando me vi en el aeropuerto de Madrid —con un pequeño ataque de pánico golpeándome en las sienes como si un orangután hiperactivo estuviera luchando por salir de mi cabeza—, me acerqué al mostrador, abrí la boca y solté: «Un billete para Edimburgo YA, por favor». Así que de alguna manera seguía siendo mi casa lejos de casa.

Recogí mis cosas, lancé una lánguida última mirada a mi ya exhabitación de hotel y solté un suspiro de lo más dramático. Ir a casa de mi abuela significaba muchas cosas, entre ellas tener que contarle al menos parte de la verdad a alguien. Habría preferido abrazar fuerte un cactus y bañarme en vinagre después.

Dejé la llave y una sonrisa abatida en el mostrador del hotel y eché a andar sin rumbo fijo, intentando recordar dónde estaba la casa de mi abuela sin mirar la aplicación de mapas del móvil.

Ahí estaba 34 Glen Street. Una magnífica puerta de madera maciza daba paso a un pequeño patio interior con enormes enredaderas que subían hacia el tejado y un montón de ladrillos de piedra desperdigados por el suelo, abandonados a su suerte. Ese patio, como muchos otros del barrio, era el

resultado de la rehabilitación de los raquíticos callejones que separaban la puerta principal, reservada para la gente bien, y las entradas traseras, para el resto del mundo.

Me acerqué de puntillas a una de las pequeñas puertas de color arcilla que parecían estar ahí de casualidad, como si no quisiera molestar, y llamé suavemente con los nudillos. Clavé la mirada, expectante, en el pomo de la puerta. No pasó nada. Volví a llamar. Nada. Miré a mi alrededor, molesta y repentinamente avergonzada, como si estuviera haciendo un *casting* y acabase de soltar un gallo atronador. Y entonces lo vi. Un botoncito enano asomaba entre las hojas de una de las enredaderas. Respiré profundamente y llamé al timbre, sin saber muy bien si quería que me abrieran o no.

Dos eternos minutos después una señora que parecía una fotocopia trasnochada de mi madre abrió la puerta. Sus ojos azules eran un poco más oscuros, y sus rizos color bronce se deshacían en bucles color plata, escapándose de un moño bajo hecho un poco de cualquier manera, pero podía ver la nariz estrecha y recta de mi madre, sus infinitas pecas y su misma cara en forma de corazón. «Setenta y cinco años y aún es bonita, la muy jodía», concluí.

—Ah, hola, querida. Pasa.

Mi abuela se hizo a un lado, invitándome a entrar, como si fuera lo más normal del mundo que estuviera allí. Se apartó un largo rizo con infinita pereza. ¿Se lo habría dicho mi madre? Imposible, esta mujer no tenía ni teléfono ni internet. ¿Cómo narices iba nadie a avisarla de nada? Nunca entendí muy bien cómo podía mi abuela vivir así, pero con el paso de los años la idea de vivir a orillas del mundo me iba pareciendo cada vez más y más... atractiva. A lo mejor por eso había corrido a casa de mi abuela, porque necesitaba huir de mi vida de hiperconectividad.

—¿Quieres una taza de té?

—Eh... Sí, claro, por qué no.

—¿Té de menta?

—Té de menta está bien, sí. Gracias.

—No me cuesta nada, querida, no me lo agradezcas. De todos modos iba a hacer uno para mí.

—De acuerdo...

Desapareció detrás de una cortina que intentaba parecer una puerta y eché un vistazo a mi alrededor. El salón era pequeño, pero muy acogedor. Había un sofá de dos plazas, un minidiván y un sillón enorme. Buena combinación.

Todo estaba lleno de cojines de mil colores diferentes, y en la mitad de la pared del fondo, una chimenea preciosa de piedra y metal que apenas se veía con la cantidad de mantas a medio hacer, libros, plantas y revistas desperdigadas por todas partes. Miles, miles de plantas. En algún rincón desconocido del salón sonó un «miau». Abrí los ojos en *shock*. ¿Era mi abuela una de esas viejas locas con mil gatos? ¿Sería el mismo puñetero gato que me atacó salvajemente cuando era pequeña? Pero ya era mayor entonces. «¡Debería estar muerto!». Me estremecí. Dios, ¿dónde me había metido?

—Toma, querida, tu té.

—Gracias, abuela.

—Tsk. No me llames abuela, por favor. Llámame Agatha.

—De acuerdo..., Agatha.

—Así está mejor —asintió complacida.

—Abu..., Agatha, ¿cuántos gatos tienes?

—¿Gatos? Yo no tengo ningún gato —dijo con aburrida sorpresa. Sí, es una emoción real que solo mi abuela domina.

—Pero si he oído...

—Mmm..., espera —me interrumpió con una mueca—. Azúcar. ¿Quieres azúcar?

—Pues sí. Sí, la verdad es que sí...

—Espera, que te lo traigo. —Y volvió a desaparecer con mi taza detrás de la misteriosa cortina cortando mi frase y mi esperanza de obtener alguna respuesta.

Era el momento de buscar la procedencia del inquietante «miau». Lo más probable es que no fuera el mismo gato. Ya había pasado mucho tiempo y ya era viejo cuando me surcó la cara de un zarpazo el muy cabrón. ¿Cuántos años viven los gatos? Me revolví en el asiento intentando alcanzar con la mirada todos los rincones de la habitación, pero entre las revistas, las mantas y los cojines que parecían surgir del propio suelo, era imposible comprobar si allí había o no un gato. ¿Sería cosa de mi imaginación?

—Miau...

—¡Me cago en la...! —Me levanté de un salto intentando adivinar de dónde había venido el maullido.

—¿Decías algo, querida? —preguntó mi abuela desde la cocina.

—No, nada, nada ab..., Agatha. No decía nada.

—No tengo azúcar, pero te he echado un poco de canela en el té.

—Ah... Bueno...

—Qué pasa, ¿no te gusta la canela?

—No, es que... soy un poco alérgica.

—¡Qué vas a ser tú alérgica! No digas chorradas y bébete el té.

—No, abuela, de verdad que no puedo. Soy alérgica de verdad, de ir al hospital si la pruebo.

—Tsk. —Mi abuela chasqueó la lengua en desaprobación—. Da lo mismo, seguro que Mister White quiere tu té. ¿Míster White? Míster Whiiiiite.

—¿Quién es Míster...

Un enorme gato blanco salió de la nada y saltó encima de mis piernas, demandando su té con canela.

—Ah, ahí estás. ¿Por qué no me contestabas?

—Ah... Agatha. Tienes..., tienes un gato entonces. ¿Es tuyo o... de algún vecino?

—¿Qué dices, niña? Yo no tengo ningún gato.

—Eh... ¿Míster White?

—Míster White no es ningún gato, es un amigo. —Me reprendió con la mirada—. Un antiguo amor de la universidad de hecho. ¿Verdad que sí, Colin? Claro que sí... —dijo melosa mientras acariciaba al gato.

Ahí estaba. Mi gran miedo de que mi abuela se hubiese convertido con los años en una vieja tarada era real. Era cierto. Y no había más que mirarlo. Era el mismo puto gato que intentó matarme cuando era pequeña. Fruncí los labios y solté un brusco suspiro. Tenía que pasar de página, al menos por ahora.

—Bueno, te preguntarás qué hago aquí —dije nerviosa.

—No, la verdad es que no.

—Pues... he venido... ¡a visitarte, abuela...! ¡Agatha!

—Chorradas. Si apenas nos conocemos. Has venido para huir de algo. ¿Me lo vas a contar?

—Eh..., preferiría no tener que hacerlo... —dije sorprendida ante la precocidad de mi abuela.

—Está bien. Tampoco me importa demasiado. Pero, bueno..., ahora que estás aquí podremos pasarlo bien y conocernos un poco mejor. Tú, Míster White y yo, ¿verdad que sí?

—Cla-claro que sí. Claro que sí. Los tres. Juntitos —respondí con cierto deje de ansiedad en la voz.

—No te preocupes, chiquilla. Colin le coge cariño a la gente enseguida.

Ya verás. Imagino que querrás una habitación en la que dormir, ¿no?

—Pues..., sí, la verdad es que eso sería genial, Agatha, porque no tengo mucho dinero. Y tengo que buscar un trabajo. Mañana por la mañana me pondré a ello.

—Muy bien. Así me gusta. Una niña con espíritu. Vamos a ver en qué habitación te ponemos... —dijo mi abuela mientras dejaba el té en la mesita de centro y se levantaba—. ¿Qué te gusta más: la astronomía o la alfarería?

—Eh..., ¿la astronomía? —Intenté ocultar mi inquietud con una educada sonrisa.

—Muy bien. ¡Buena elección! —Y echó a andar subiendo tres tramos de escaleras sin parar, para llegar a una enorme buhardilla sin puerta ni intimidad.

—Wow... —dejé escapar mientras miraba a mi alrededor. Nunca antes había estado en esa parte de la casa. ¡De pequeña nunca me dejaron siquiera mirar las escaleras! Me concentré en respirar.

La buhardilla era magnífica. La escalera, grande y elegante, aterrizaba en mitad de la habitación con una preciosa balaustrada de madera de roble oscura, trabajada al estilo colonial. Dos enormes ventanales en el techo dejaban entrar aluviones de luz y en uno de los lados de la habitación unas puertas francesas de cristal daban a un pequeño balcón que asomaba por encima de las demás casas de la calle. La enorme habitación estaba llena de cachivaches extrañísimos, muebles destartalados y sábanas tapando cajas y sillas desemparejadas. Un espejo de pie que se adivinaba maravilloso asomaba entre colchones viejos y un bulto enorme en la esquina, tapado por mantas y cojines, tenía la sospechosa forma de un piano. ¡Un piano! ¡Cómo cojines lo habrían subido hasta allí!

La abuela abrió las puertas francesas y se asomó al balcón. Un precioso y probablemente carísimo telescopio se apoyaba majestuoso sobre un trípode negro con remates dorados. Parecía muy antiguo y era arrebatador. Apenas podía apartar la mirada de él.

—A tu abuelo también le encantaba. En cuanto lo vio, tuvo que comprárselo. Sí. Así fue.

—¿Mi abuelo? —dije sorprendida mientras acariciaba aquella obra de arte.

—Ah, sí. A veces olvido que nunca le conociste... Sí. Era un apasionado del universo. Solía decirme eso de que éramos polvo de estrellas. Que cuando muriese él sería una y estaría allá arriba esperándome... Tonterías de esas.

Pero, oye, en polvo se convirtió, eso sí. Le tengo encima de la chimenea en un bote de cacao. Mira, en eso no se equivocaba.

Miré a mi abuela. Horrorizada. Estaba claro que de ella no había sacado mi patológico romanticismo.

—Entonces esta habitación..., ¿era de mi abuelo?

—Básicamente, sí. Se tiraba aquí todo el día. Lo convirtió en su casa. Y ahora será la tuya. Fíjate tú qué bien, porque la antigua habitación de tu madre ahora es un invernadero. —Soltó una corta risa—. Bueno, te dejo sola para que te acomodes. Imagino que estarás cansada. A las siete cenamos. Míster White y yo somos muy puntuales, ¿verdad que sí? Claro que sí. Sí, sí, sí —dijo mientras bajaba las escaleras haciéndole carantoñas al terrible gato.

El silencio se apoderó de la buhardilla. Era un espacio inmenso, lleno de telarañas y posibilidades. Solo de pensar en las cosas que podría hacer allí me entraba la risa tonta. Podría poner una cama grande, un armario abierto, un sofá, una televisión enorme y por supuesto un escritorio para mi ordenador, un micrófono y un teclado para poder componer y grabar cómodamente y... Un momento. Chasquéé la lengua con desaprobación. Había huido de Madrid para dejar mi vida anterior y ahora que estaba pensando en empezar una nueva ¿ya planeaba cómo hacerle un hueco a la música en ella? No tenía remedio.

Todo eso tendría que esperar.

Revoloteé entre los innumerables montones de cajas que se apilaban sin ton ni son por la habitación. Empecé a levantar las sábanas blancas que tapaban bultos imposibles intentando adivinar qué habría debajo. ¿Una cama quizá? ¿Un sofá? ¿Un armario tirado? Ah..., un diván. Muy útil. Uno por uno se fueron desvelando frente a mí los gustos mobiliarios de mi abuelo. Una mesa redonda, tres sillas, un aparador, un espejo rectangular enorme, una cama de matrimonio, un baúl gigante y un escritorio enorme de madera maciza que parecía tener un par de siglos por lo menos. Era un buen sitio por el que comenzar, desde luego. Había que limpiar mucho pero... era una habitación muy bonita, espaciosa y, sobre todo, muy luminosa. Estaba llena de historias, podía sentirlo. Y lo más importante: era gratis. O al menos eso esperaba...

Me llevé las manos al cuerpo de manera instintiva buscando mi guitarra que, obviamente, no encontré. Solté un brusco suspiro. Esto iba a ser más complicado de lo que me imaginaba.

Un reloj dio las siete debajo de una de las numerosas sábanas que aún

quedaban por quitar. Mierda. Se había hecho de noche y ni siquiera me había dado cuenta. Palpé mis pantalones en busca de algo indefinido sin saber muy bien qué hacer. ¿Tenía que bajar? ¿Y si me quedaba allí arriba? Solo de imaginar una cena con mi abuela y aquel asqueroso gato me entraban escalofríos. Mis tripas rugieron con fuerza dando por finalizado el debate. Tendría que aprender a vivir con esos dos más tarde o más temprano, así que mejor en ese momento, que tenía hambre. Bajé las escaleras corriendo para no pensármelo más y me planté en la cocina con una vaga intención de ayudar, dándome cuenta de que ni siquiera sabía si mi abuela cocinaba o si pretendía que lo hiciera yo. A lo mejor era una costumbre escocesa que los invitados cocinaran... A todo esto: ¿era yo una invitada? Quiero decir: era su nieta, pero como si fuese una desconocida que se acaba de plantar en su salón con hambre, vamos.

—Ah, ya estás aquí —dijo mi abuela con cierta sorpresa—. No sabía si ibas a bajar por ti misma o si iba a tener que ir a buscarte.

¿Era eso... una crítica a mi supuesta impuntualidad?

—He bajado en cuanto el reloj de arriba dio las siete ab..., Agatha.

—El reloj de arriba está diez minutos atrasado. Tu abuelo lo atrasó para no llegar nunca a tiempo a cenar. No sé si lo hacía para intentar castigarme o para ahorrarse el pasar un rato con su esposa. Siempre me decía lo mismo que me has dicho tú: «He bajado en cuanto el reloj dio las siete», como un robot tonto. De cualquier manera, ese pequeño arreglo nos vino bien a los dos, la verdad. No nos aguantábamos.

Miré a mi abuela con una mezcla de horror, sorpresa y pena. Solo de imaginar un matrimonio que necesitara de ese tipo de triquiñuelas para no pasar tiempo juntos y así ser más felices... me entraban escalofríos. Nunca había pensado en el matrimonio como una posibilidad real, pero ahora sí que no. Nada de casarse. Nada de componer. Nada de...

—Querida, ¿quieres un poco de vino con la cena o prefieres sorbete de piña?

—¿Sorbete de piña?

—Pero no lo digas con duda, niña. En inglés las afirmaciones no suenan a preguntas. Esto no son los Estados Unidos esos. En Escocia se habla con propiedad.

—Eh. Sorbete de piña, sí, gracias, Agatha.

—Deja de darme las gracias todo el rato. Hace mucho que dejé de hacer cosas que no quería hacer. Si hago algo es porque me da la gana, nada tiene

que ver contigo.

—Ok... —Abrí mucho los ojos como una buena adolescente flipando con una norma estúpida de la sociedad—. ¿Te puedo ayudar en algo? ¿Pongo la mesa? ¿En dónde... cenamos?

Míster White me miraba desde lo alto del quinto escalón, interrumpiendo el maravilloso fluir de mi confundida mente. Di un paso hacia delante intentando cruzar la puerta-cortina de la cocina y desaparecer de su campo de visión en un solo movimiento justo cuando Agatha salía con dos esbeltos y curvilíneos vasos de cristal. Por dios. ¡Esos vasos eran más atractivos que yo! Me quedé congelada e hice una foto mental a un momento que, entonces, me parecía imposible volver a vivir: mi abuela emergiendo de entre las entrañas de una colorida tela naranja y fucsia con dos hijos de Adonis hechos vasos mientras un enorme y peludo gato blanco con cara de señor mayor estreñado evaluaba muy seriamente la posibilidad de asesinarme en cuanto cayera la noche.

Qué ingenua. Todas las noches serían iguales a partir de entonces.

Seguí a mi abuela hacia el salón. Había servido la cena en una pequeña mesa circular al lado del ventanal que daba al jardín interior del edificio, aquel minipatio desvencijado que me dio la bienvenida unas cuantas horas antes. La mesa camilla, porque así la habría llamado de estar en Madrid, tenía un horrible mantel que parecía querer ser una jungla descolorida por el tiempo pero sin conseguirlo, dando una apariencia de submundo amarillo mohoso que empañaba la experiencia. Las sillas eran altas, de mimbre antiguo, con unos cojines cuyo estampado verde lima no tenía nada que ver con el de la mesa.

Los platos, desemparejados y con los bordes un poco maltratados, ofrecían un sinfín de manjares que era incapaz de identificar. Los olores no se correspondían con el aspecto de la comida. Me pareció reconocer un estofado fucsia, un puré de patatas verde y un conglomerado multicolor de verduras que olía a coliflor, pero parecía... un puñetero estofado de carne. Sea como fuere, olía bien. Me encogí de hombros, me acerqué el atractivo vaso de sorbete a los labios y me lancé a la aventura. Dios. Qué rico estaba. Tenía..., ¿tenía alcohol?

—Eh..., ¿esto tiene alcohol?

—Pues claro. Es un sorbete. ¿Qué esperabas?

—La verdad es que no esperaba nada...

—¿Entonces por qué te sorprendes?

—No lo sé..., no pensé...

—Ah. Que me ves vieja.

—No es eso, ab...

—Pues que sepas que las viejas también vivimos la vida, querida — afirmó con cansada superioridad—. Y en esta casa lo único que no lleva alcohol es el agua, y el agua es para las plantas. Espero que te guste la comida. —Me sonrió misteriosa.

Tenía que reconocerlo. Estaba muy impresionada. Mi abuela preparaba unos copazos de infarto, y la verdad es que la comida tenía una pinta estupenda. La idea de cenar todos los días con ella empezó a dejar de ser tan terrible. A una de malas, siempre podría repetir de sorbete y a lo mejor hasta le encontraba el punto al gato. Le lancé una amistosa mirada a Míster White mientras daba otro sorbo a mi bebida. No. Va a ser que no. Nunca le encontraría el punto al gato.

—¿Y bien? ¿Cuáles son tus planes?

—¿Mis planes?

—Claro. No pretenderás vivir de mi generosidad eternamente, ¿no?

—No, por supuesto que no, pero aún no he pensado bien...

—¿Pensado bien? Querida, las cosas no hay que pensarlas, hay que hacerlas. ¿Es que no te ha enseñado nada tu madre? —Puso los ojos en blanco en señal de profunda desaprobación.

—Sí, sí. Mamá siempre me dice que me deje llevar por la vida, que me lance a por mis sueños, que al final de todo se sale.

—¿Y qué estás pensando ahora?

—La verdad es que no tengo ni idea de qué quiero hacer con mi vida.

—¿Ya no quieres hacer música?

—No —contesté tajante—. La verdad es que... me he ido de Madrid para distanciarme de esa parte de mi... —¿misma?— vida.

—Ah... Entiendo. En ese caso te recomiendo que cojas cualquier trabajo. Cualquier trabajo es mejor que ninguno. Lo más importante que tienes que hacer con tu vida es vivirla. Moverte, probar cosas, beber, reír, amar, volver a empezar. Lo demás da igual.

Miré a mi abuela con cara de haber descubierto América. Sí. Cualquier trabajo era un sitio tan bueno como cualquier cafetería con ventanales y mirada intensa para volver a empezar. De hecho, era mejor. Sonreí a Agatha por encima de mi copa mientras apuraba las últimas gotas. Mañana mismo empezaría a buscar algo. A la mañana siguiente empezaría a vivir mi vida.

Me movería, probaría cosas, bebería, reiría y amaría, a quien fuera, una farola, daba lo mismo. A la mañana siguiente mi vida volvería a comenzar.

—Deberías empezar mañana mismo. No te dejes llevar por la apatía. Te voy a poner otro sorbete, dame tu vaso.

—Sí, sí... —Sí a todo, joder. ¡Claro que sí!

Este iba a ser mi año. ¡Este iba a ser mi año! Podía notarlo. Mi estómago bailaba con la idea de empezar una vida nueva, llena de aventuras y sorpresa. De repente la casa me pareció maravillosa. El mantel, las sillas... y el puñetero gato. ¡Sí! Miré extasiada por la ventana, deseando empezar a patearme las calles en busca de mi propio destino.

Definitivamente, mi abuela era una gran coctelera.

VIII

Un impertinente rayo de sol se hizo con mi cara. Dios. Qué dolor... Me revolví en la cama, buscando la manera de hundirme de nuevo en la oscuridad, en el oscilante sueño que me llevaba de la mano por las calles de París después de una maravillosa cita con un bombero pintor *freelance* que había creado una empresa que construía pozos de agua limpia por toda África. Era un hombre precioso. Su rostro y su palpitante recuerdo en mi piel soñada se iban desvaneciendo, víctima de un nuevo día, mientras me desperezaba entre las sábanas.

Abrí los ojos sin tener muy claro si los tenía o no. Un poderoso zumbido aprisionaba mis sentidos. Me sentía rehén de mis propios músculos. Me deshice con dificultad de las sábanas preguntándome vagamente dónde estaba y cómo había llegado hasta allí. Una risa hecha tos seca se escapó de lo más profundo de mi ser. No. No era la primera vez que me despertaba con las mismas preguntas, y estaba segura de que no sería la última. Al fin y al cabo el mundo del rock tenía esas cosas... Sonreí a la mañana con cansada picardía. El mundo del rock...

Mierda. El mundo que acababa de dejar atrás.

—Joder.

Salí de la cama como pude y me acerqué a la ventana, buscando con la trasnochada mirada algo que difícilmente iba a encontrar. Usé la mano de visera y dejé a mis ojos divagar de tejado en tejado. Edimburgo. Casa de mi abuela. Empezar una nueva vida. Ser feliz. Sorbete de piña.

Bajé la mano, cerré los ojos y me dispuse a resetear mi cabeza. Así no podía empezar un nuevo capítulo, con tristeza en el anterior. Forcé una sonrisa, confiando en que el gesto crearía la emoción, y me metí en el modesto baño de la buhardilla. No pensaba empezar mi nueva vida con el pelo sucio.

Media hora más tarde bajaba las escaleras con muy poca seguridad en mí misma, pero limpia. Era la primera vez que me despertaba en aquella casa y no tenía muy claro qué debía hacer. ¿Habría desayunado ya mi abuela? ¿Qué tomaría esa mujer para desayunar? ¿Habría café? «Que haya café, por favor, *diosito*», dije con pretendido acento latinoamericano en mi cabeza. No sabía qué me iba a encontrar cuando bajase, pero lo que sí sabía era que mi

impresión inicial de mi abuela estaba cambiando por minutos.

Había amanecido tan bruscamente y tan resacosa que no había procesado la evolución de mi entorno. Alguien había hecho la cama de arriba. Alguien había limpiado un poco, me había quitado los zapatos y me había arropado la noche anterior. Y tenía muy claro que Míster White no podía ser.

Así que solo quedaba mi abuela. ¿Sería posible que le gustara la idea de que yo estuviera allí? Cuando abrió la puerta no parecía nada encantada por la visita, eso estaba claro. Pero detalles como ese, la cena, el sorbete de piña, los consejos que no habían sido pedidos..., me hacían pensar que, de alguna extraña manera, mi abuela se alegraba de tenerme allí.

—Ah, buenos días, querida. ¿Quieres tostadas?

Agatha estaba sentada a la mesa camilla embutida en una esponjosa bata naranja chillón y unas pantuflas rosas. Desde luego esta mujer para combinar colores era única.

—Buenos días. Sí, por favor.

—Hay tostadas en la cocina, zumo de naranja y...

—¿Café? —pregunté esperanzada.

—Café. Sí. Por las mañanas tomamos un poco de café siempre, ¿verdad, Míster White? Una costumbre que nos pegó tu abuelo, que en la repisa de la chimenea descansa —dijo con una suave floritura de la mano mientras desviaba la mirada hacia la ventana—. ¿Ya sabes qué vas a hacer hoy?

—Eh..., sí —le contesté desde la cocina. Elegí una de las tazas de desayuno más desgastada, con pinta de haber vivido muchas noches en vela con un buen libro y un buen fuego en la chimenea. Eché una generosa cantidad de humeante café recién hecho y unas gotas de leche. No me molesté en buscar azúcar, recordaba bien la historia del día anterior. Encontré miel biológica y eché un poco sin pensar. Miel biológica. ¿Cómo narices es la miel normal si no es biológica? Qué miedo...—. Voy a buscar trabajo.

—Muy bien, muy bien. ¿Por dónde vas a empezar?

—Pues —cogí unas tostadas y volví al salón— ... pensaba dar un paseo primero, ya sabes, para mirar de tienda en tienda...

—¿Sigues pensando que cualquier trabajo valdrá?

—Para empezar... sí. Pero me gustaría poder hacer algo que tenga que ver con mis gustos personales..., algo como trabajar en una cafetería..., un museo..., una librería...

—Hmmm..., me gusta cómo piensas. Acaba de desayunar y vete. Y cómprate un periódico cuando vuelvas, para buscar ofertas ahí también.

—Tú... ¿quieres que te compre algún periódico o algo?

—¿Yo? ¿Yo para qué quiero un periódico? No estoy buscando trabajo.

—Pues para informarte..., saber qué pasa en el mundo...

Mi abuela empezó a vibrar suavemente hasta explotar en una aparatosa carcajada. Se llevó la mano al pecho mientras parecía reír por primera vez en años.

—¡Para informarme dice! Jajaja. ¡Qué ocurrente eres, querida! ¡Deberías ser cómica!

Miré a mi abuela con los ojos abiertos como platos mientras una sonrisa cómplice me asomaba entre los labios. La verdad es que tenía gracia la señora.

Media hora después recogí los restos del desayuno, me lavé los dientes y salí por la puerta con una suave sensación de incertidumbre, como si fuera a olvidarme de dónde estaba la casa, y de repente volviese a estar sola, otra vez, sin ningún lugar al que ir. Los nervios me pellizcaron el estómago y eché a andar. Pasara lo que pasara, lo afrontaría con valor. Como si fuera un personaje de ficción. Como si fuera la princesa de una rebelión intergaláctica contra un imperio opresor, por ejemplo.

Era un día precioso. El sol lamía las fachadas de una ciudad que parecía de cuento. Sabía perfectamente que eran edificios muy antiguos que habían aguantado los estragos de un montón de siglos, pero no podía quitarme de encima la sensación y la alocada idea de que estaba en un parque temático creado específicamente para mí.

Decidí probar suerte en Victoria Street. Era una locura, por supuesto. Era la calle más bonita y emblemática de la ciudad, con su doble piso y las estrechas tiendas que parecían encadenarse las unas a las otras, como queriendo abrazar a la ciudad entera y a cualquiera que pasara por allí.

Cada tienda era más encantadora que la anterior. Cada fachada tenía un color distinto y cada escaparate contaba una historia más caótica y ridículamente deliciosa que cualquiera que hubieras soñado jamás. Pasear por ella era como seguir ese camino de baldosas amarillas y robarle a Dorothy su momento de gloria. Esa calle conseguía sacarte de ti mismo para meterte en un mundo lleno de posibilidades, de delicados microcosmos que bailaban frenéticos, chocando entre sí, arrancando destellos de complicidad hasta en la persona más sosa y con menos imaginación del universo. Victoria Street es

un reducto de magia y posibilidades en un mundo en el que todos lo saben todo y nadie hace nunca nada.

Me acerqué dubitativa al primer escaparate. Se trataba de una tienda de artículos de broma. Salté de artilugio en artilugio, imaginándome cómo sería ponerme, usar, tirar o explotar cada uno de ellos. Una bobalicona sonrisa infantil se hizo con mis labios.

—¿Quieres probar algo? —alguien intentaba hablar conmigo.

—Perdona, ¿qué dices? —pregunté apartando la mirada del escaparate, reticente. «Dios». Me quedé sin habla. Estaba delante del hombre más guapo que había visto jamás.

—Digo que si quieres probar algo. —¡Era tan guapo que era hasta bonito! ¿Podía un hombre ser hermoso?

—Eh... —Había olvidado todo el inglés que sabía—. Yo...

—Entra si quieres. Hay más cosas dentro. —Me sonrió. Me fusiló con su belleza, vaya—. Mira, pasa, tengo de todo. Pelucas, disfraces, artículos de broma... —Le seguí dentro de la tienda.

—¿Y tienes..., tienes novia? —dije sin darme cuenta. Rio, sorprendido.

—Pues... sí. También tengo de eso. Ya te digo que en esta tienda lo tienes todo. —Me sonrió simpático, para quitarle hierro al asunto.

—Vaya, qué bien. Un sitio así me viene bien, lo mismo hasta yo también encuentro una novia..., digo un novio..., quiero decir..., ejem..., porque no tengo... —«Por favor, Señor, este es un buen momento para llevarme contigo...».

—Seguro que encontrarías uno rápido, una chica tan graciosa como tú. —Y me dio unos golpecitos en la cabeza, como si fuera un puñetero chihuahua—. Bueno, echa un vistazo y si necesitas algo, me dices. —Se marchó hacia el mostrador y me dejó ahí, en medio de la tienda. «Necesito una muerte rápida, ¿tienes de eso?». Sacudí la cabeza, cansada de mí misma.

Vagabundeé durante unos minutos entre los estantes, fingiendo estar absolutamente sumergida en la búsqueda de un tesoro imposible intentando parecer interesada en el mundo en general. Valoré la posibilidad de preguntarle si estaban buscando a alguien para ayudar en la tienda pero deseché el pensamiento en cuanto terminó de formularse en mi cabeza. Salí de allí con un apresurado «hasta luego gracias que tengas buena tarde adiós» y subí la calle un poco más.

Una tienda de mapas y artilugios de medición llamó mi atención. Parecía el despacho soñado de Indiana Jones; todo lleno de focos antiguos, escritorios

de madera, libros de tapa dura y banquetas altas hechas de cuero. Entré, arrancando un tañido de campana con la puerta, y me lancé en busca del arca perdida. Sonreí maravillada. Cualquier cosa de aquella tienda habría satisfecho las expectativas del *instagramer* más moderno de Europa.

—Buenos días, ¿puedo ayudarte? ¿Estás buscando algo en concreto?

Un señor mayor, de unos mil años más o menos, me miraba inquisitoriamente detrás de un mostrador enorme de madera y cristal. Estaba encorvado sobre un libro el doble de grande que él, con una lupa y cara de pocos amigos.

—Pues... —dudé. Aquel hombre parecía una mezcla entre Smeagol y el conde Olaf. Antes de abrir la boca ya sabía que era una mala idea—. En realidad estoy buscando trabajo... —terminé con un hilillo de voz.

Me miró de arriba abajo como pensaba que solo podía hacerlo una abuela despechada porque no la visitas lo suficiente o a un adolescente con más de mil seguidores en las redes sociales y sonrió con acidez.

—Lo siento. Ahí no puedo ayudarte. —Cogió unas gafas de la mesa y se las puso para poder mirarme mejor—. Pero ¿cuántos años tienes? ¿Treinta? Lo mismo deberías dejarte de tonterías y tener hijos. Tic, toc, niña. Tic, toc —sentenció golpeándose la muñeca con un dedo torcido por el reumatismo y la mala sangre.

Retrocedí sin querer, traspasada por la gratuidad de la insinuación, por la sutil violencia de su pretendido y heredado derecho a opinar. Sonrió, encantado por el efecto que acababa de tener en mí. El puto viejo ese.

—Hagamos un trato. Usted se muere y yo tengo un hijo. ¿Qué le parece? —Alcancé la puerta en dos zancadas—. No se mueva, ¿eh? Que voy a por el padre.

Le vi lanzarme una mirada de horror y desaprobación justo antes de salir y cerrar con un portazo. Exhalé fuerte el aire que había estado conteniendo sin darme cuenta y me alejé con la satisfacción de haberle roto la estúpida campanita de la puerta.

Podía volver corriendo a la ridícula tienda de artículos de broma y... «Basta, Miranda, basta». Me latía el mundo alrededor del cabreo que llevaba, porque no había escapatoria, huida posible, para lo que me atormentaba. Siempre habría alguien que se creería con derecho a opinar sobre mí, sobre mi cuerpo, sobre mi vida.

Tropecé con mi enfado. Necesitaba un minuto. Un pequeñísimo instante de paz. Terminé de subir Victoria Street y giré a la derecha, sin mirar por

dónde iba. Sabía más o menos dónde estaba y con eso me valía. Vagabundear es como posarte en un instante de tu vida sin querer mirar, sin pretender ver más allá del vaivén de tu cuerpo negándose a quedarse atrás. Y eso era justo lo que necesitaba; existir un ratito, sin más.

Caminé sin rumbo durante un par de horas más hasta que mis pies empezaron a protestar y, de alguna manera, encontraron el camino a casa sin preguntarme siquiera.

Tres días después seguía sin haber suerte. Cada negativa era como un latigazo en el epicentro de mi autoestima. Estaba tan abatida que empecé a valorar la idea de descargarme una aplicación para ligar en el móvil y buscar a un hombre rico con el que casarme. Pero entonces recordaba que no era muy bonita y me hundía un poquito más.

Ese había sido siempre mi gran fallo, el bache definitivo: era demasiado normal. Y si era poca cosa para ser una estrella del pop, cómo cojones pretendía llamar la atención de un rico multimillonario. «A lo mejor uno que esté muy viejo...». Sacudí la cabeza. «Por favor, Miranda, que la gente mayor no tiene Tinder, por dios». Y así terminó mi posible carrera como mujer florero.

Era martes y no daba un duro por mí. Llevaba el periódico arrugado debajo del brazo, como si el tenerlo conmigo fuera a ayudarme de alguna manera, como si se tratara de un amuleto de palabra impresa que me haría más alta, más lista, más estupenda. Había rodeado con líneas y líneas de bolígrafo verde las ofertas que no sonaban absurdas cuando las leía en voz alta y había trazado una ruta en el móvil para optimizar cada paso que daba, casi contra mi voluntad.

Taché las cinco entrevistas que había preparado para el día y me dispuse a hacer lo que mejor sabía hacer: vagabundear. Terminé rondando la Royal Mile, haciéndome la despistada, como si fuese la primera vez que lo veía todo, otra vez. Entré en el cementerio, paseé de lápida en lápida, intentando imaginar cómo serían las vidas que acompañaban a esos nombres tan estafalarios y exquisitos. Me imaginé a mí misma ahí, atrapada bajo la tierra con ellos. Sin nada más que vivir. Sin nada más que llorar. Un escandaloso escalofrío se hizo conmigo y casi tiré el periódico sin querer. Salí de allí decidida a seguir intentándolo, porque, bueno, pasara lo que pasara, siempre estaría a tiempo de morir.

Subí la calle, en busca de comercios con encanto y cafeterías bonitas. Al fin y al cabo, si iba a trabajar detrás de una barra o un mostrador, al menos

que fuera un sitio bonito, ¿no?

Seis cafeterías preciosas después volví a plantearme lo del eterno descanso. Miré mi reflejo en el escaparate de la séptima cafetería, abatida. «No, no puedo rendirme. ¡La princesa Leia nunca se habría rendido!», pensé en un desesperado intento por volver a sentirme como el primer día que salí a buscar mi destino y un trabajo, cuando puse el pie en la calle decidida a comerme el mundo y liderar una rebelión que lo cambiaría todo.

Abrí la puerta y me dispuse a ser rechazada una vez más. Pero esta vez, antes de que me sirvieran otro rechazo, decidí pedirles un café con leche primero. Para irme pobre y sin futuro, pero calentita.

Y allí sentada, bebiendo a sorbitos un café delicioso, me di cuenta de dónde estaba. ¡Era el Elephant Cafe! Me giré rápidamente sobre mí misma. ¡En esa cafetería fue donde J. K. Rowling escribió Harry Potter! Y yo ahí, a mi rollo, deprimida y sin darme cuenta.

—Guau...

—Hola, ¿puedo servirte algo más?

Volví la mirada. Una chica joven, más o menos de mi edad, me sonreía con una bandeja en las manos y una pregunta en la mirada.

—Eh, no, gracias... Perdona, ¿este es el Elephant Cafe de verdad? ¿El de J. K. Rowling?

—Sí —sonrió educadamente la chica—. Lo es. ¿Eres fan?

—Pues sí... Es que no me había dado cuenta hasta ahora..., venía tan concentrada buscando trabajo que ni me había fijado.

—¿Buscas trabajo?

—Sí, la verdad es que sí.

—¿Y qué tal te va? Eres nueva en la ciudad, ¿no? —Dejó la bandeja en mi mesa y recogió los restos del café del anterior comensal.

—Sí, soy española. Solo llevo aquí un par de días. Y si te soy sincera, no me va. Quiero decir que no encuentro nada de nada. Creo que mi perfil es muy poco interesante..., a nivel laboral, quiero decir. En Facebook tengo un montón de amigos.

—Me lo imagino. —La chica rio con sinceridad—. Siento mucho que no tengas suerte... —Me escaneó con la mirada en dos segundos. Podía ver cómo un engranaje de millones de piezas funcionaba a toda velocidad en su cabeza—. Oye, mira..., aquí no hay trabajo, imagínate, vienen cientos de personas a la semana intentando trabajar en este sitio... Pero... no lo sé, a lo mejor te puedo echar una mano.

—Wah... —No podía creer mi suerte—. ¿En..., en serio? Eso sería... ¡genial!

—Mi turno acaba en media hora. Si me esperas, hablamos. —Había algo de sorpresa, decisión y complicidad en su voz. Como si no se acabase de creer lo que ella misma estaba diciendo.

—¿En media hora? Joe, ¡qué suerte tengo! —sonreí más allá de mis posibilidades. —¿Cómo te llamas? Perdona, qué modales los míos...

—Elizabeth..., pero todo el mundo me llama Lizzy —me devolvió la sonrisa con cierta nostalgia.

—Lizzy. Encantada. Yo soy Miranda. Y... la poca gente que me llama, me llama Miranda. «Eh, tú» si tengo un mal día.

—Eres graciosa. Me gusta —rio Lizzy—. Nos vemos en media hora en la puerta, ¿de acuerdo? Tengo que volver al trabajo. —Se ajustó la coleta y cogió la bandeja que había dejado en mi mesa—. Ha sido un placer conocerte.

—El placer es todo mío. ¡Muchas gracias! —Le devolví la sonrisa mientras volvía al trajín de su rutina laboral, atendiendo mil mesas a la vez.

¿Era eso normal? ¿Era todo el mundo en Edimburgo increíblemente amable y cercano y dispuesto a echarme una mano sin conocerte de nada?

Me revolví en la silla, emocionada. Tenía ganas de saltar, reír, dar palmas. Solté un profundo suspiro y de repente caí. Mierda. No le había preguntado cómo exactamente iba a echarme una mano. Porque estaba hablando de conseguirme un trabajo, ¿verdad? Entrecerré los ojos. No estaría intentando ligar conmigo, ¿no? Sacudí la cabeza, intentando invocar a mi sentido común. «Por supuesto que estaba hablando de ayudarte a encontrar curro, idiota». ¡Ajá! Pero ¿qué trabajo? Que en realidad se suponía que me daba igual pero... ¿y si era algo chungo? Como... limpiador de peceras, o sexador de pollos. ¿Y si la oferta era de ayudante de despiece en una carnicería? Un escalofrío me recorrió la espalda. A lo mejor por eso me lo había ofrecido a mí, una perfecta desconocida, en vez de a una amiga suya. Que no estaba la cosa como para ir regalando trabajos a cualquiera.

Media hora después me retorció las manos con nerviosismo en la puerta de la cafetería. A lo mejor debía decirle que no hacía falta, que acababa de recordar que tenía un tío segundo muy rico que justo había muerto esa misma mañana en la India o algo así. Meneé la cabeza. No, claro que no. Necesitaba

ese trabajo, fuera el que fuese.

—Ey. Estás aquí. Genial.

Lizzy se había quitado la camiseta del uniforme y se había puesto una camisa a cuadros y una cazadora de cuero. «Ayayay...», rio una parte de mi cerebro. Sacó un paquete de cigarrillos mentolados y me ofreció uno. Negué con la cabeza.

—Bueno, tengo un posible curro para ti. —Se puso el cigarro en la boca y lo encendió.

—Ajá... —Una alarma me estalló en la cabeza.

—Lo mismo no es lo que andabas buscando, pero creo que te puede interesar.

—Ya veo... —Era incapaz de decir más de dos palabras.

—Pero antes quiero saber qué tipo de persona eres. Ya sabes, conocerte un poco mejor. Saber cómo eres por dentro. —Exhaló lentamente, clavándome la mirada.

—Claro... —Una de dos, o estaba ligando conmigo o esta muchacha rubia era la hija desconocida de Jack el Destripador y justo llevaba una bolsa de basura negra gigante en el bolso. Que le venía bien, vamos.

—Yo... la verdad es que no suelo hablar así con desconocidos, pero..., bueno, digamos que estoy en un momento de mi vida en el que necesito hacer cosas que nunca antes había hecho.

—Mm—hmm...

—Yo..., bueno... —Bajó la mirada a sus zapatos, como si ellos tuvieran que seguir con la conversación en su lugar. De repente todo mi miedo se esfumó junto con mi absurdo monólogo interior. Lizzy estaba apoyada contra la pared, al borde de las lágrimas, luchando por seguir entera, y entendía perfectamente cómo se sentía—. No estoy en el momento más genial de mi vida ahora mismo.

—Yo tampoco... —me oí decir sin querer. Lizzy levantó la cabeza, con un leve gesto de alivio en la cara.

—He dejado mi trabajo... y ahora... todo es una mierda, vaya. Yo..., pensarás que soy gilipollas, pero..., bueno... —Le dio una profunda calada a su cigarrillo—. Me enamoré del imbécil de mi jefe. Tuvimos un lío y luego se lio con mi mejor amiga...

—Joder...

—Sí. Fue genial.

—Menudo imbécil.

—Nah. Él es un tío, sin más. —Lizzy sonreía con amargura—. La imbécil soy yo, que pensé que había cambiado. Se lio conmigo mientras aún estaba casado. ¡Por supuesto que me lo iba a hacer a mí en cuanto pudiera! Pero ¿con mi mejor amiga? Son unos hijos de puta los dos... —Tiró el cigarrillo y lo pisó con rabia—. ¿Sabes lo que te digo? Que se merecen el uno al otro. Que se pudran juntos.

—Menudo cuadro..., lo siento...

—Sí, bueno. —Lizzy metió las manos en los bolsillos de su cazadora y se apartó de la pared—. Nunca llegas a conocer a alguien, ¿verdad?

—Verdad.

—Lo que más me jode es que tuve que dejar mi trabajo, ¿sabes? Me encantaba mi curro. Soy restauradora de arte... y trabajaba en el castillo. Trabajaba en el puto castillo. Pero... la presión era muy grande. Él, ella... y todos nuestros amigos... pasaron de todo esto. No quisieron opinar. Llevo sin verlos meses... —Sonrió con amargura—. Estoy muy sola. Te he visto y me he visto a mí misma. Así que... pensé que estaría bien echarte una mano.

—Eh... —No sabía qué decir—. Sí. Te lo agradezco. Si sirve de algo, creo que yo también lo habría hecho por ti.

—Sí, creo que sí. —Ladeó la cabeza—. Siento que podríamos ser amigas. ¿Tú qué opinas?

—Pienso que podríamos ser buenas amigas —dije sonriendo—. Yo también estoy hundida en la mierda, así que por lo menos vamos conjuntadas.

—Sí —rio Lizzy—. Anda, vamos a conseguirte un trabajo para que puedas invitarme a cervezas. Eso es lo que hacen los amigos, ¿no?

—¿Despotricar sobre sus vidas, conseguirse trabajos mutuamente y beber cerveza? Firmo.

—Vamos —rio, y echó a andar sin esperar mi respuesta—, mi tía nos está esperando. Le mandé un wasap antes para decirle que íbamos para allá. —Asentí con la garganta seca—. No estarás nerviosa, ¿verdad?

—Eh..., la verdad es que sí, un poco.

—No lo estés. Mi tía es una mujer encantadora, ya verás. Te gustará. También ha estado en la mierda un par de veces. Ven. Es por aquí.

Giró a la derecha metiéndose por una calle muy estrecha. La luz fue desapareciendo gradualmente según nos adentrábamos más y más en aquel callejón del inframundo. Tropecé en la semioscuridad.

—¿Estás bien? —me preguntó Lizzy desde las tinieblas de Mordor—. Perdona, te estoy llevando por las calles más feas de la ciudad..., es el

camino más rápido, enseguida llegamos.

—No pasa nada. ¿Estamos cerca?

—Muy cerca, sí. Ya verás, te va encantar.

Lo dudaba. Si ya lo dudaba hacía un rato, en ese momento ya estaba segura de que había cometido un terrible error saliendo de la cama esa mañana. ¿Quién era esta tía que sin conocerme de nada me ofrece un trabajo? Habíamos tenido un momento de película, ahí en un callejón. Podía haberme matado pero al final no lo hizo. Pero ¿qué clase de persona hace eso? Un escalofrío me desbarató la espalda y casi tropiezo otra vez. «A lo mejor debería hablar con ella..., descubrir sus veladas intenciones para conmigo...», dijo esa parte de mi cerebro que había visto una y otra vez todos los episodios de Sherlock Holmes.

—No me has dicho el negocio que tiene tu tía...

—Ah, ¿no? Bueno —sonrió—, ahora lo verás.

Ya está. Su tía era una hechicera escocesa que necesitaba la sangre de una virgen para sus conjuros y con la cara de pánfila que tenía me había confundido con una de esas. Iba a morir. Estaba segura.

—Ya llegamos.

Y tan rápido como la certeza de mi muerte se apoderó de mi cerebro, así lo hizo la luz con mis ojos. De repente, sin saber muy bien cómo, estábamos casi al final de la Royal Mile, la calle principal de la ciudad antigua de Edimburgo. Cientos de personas revoloteaban a nuestro alrededor yendo y viniendo. El suave atardecer dio paso a la tenue iluminación de las farolas, que coqueteaban con las sombras de portal en portal. Hacía poco más de una semana, yo era una de esas personas que salían y entraban en tiendas y pubs, coloreando una ciudad maravillosamente oscura y ocre, y, no sabía muy bien por qué, me daba la sensación de que habían pasado años desde entonces. Era una persona diferente, eso estaba claro. En solo un día había crecido..., me había convertido en...

—Mira, ahí es —dijo Lizzy interrumpiendo mi soliloquio mental pseudoexistencialista.

—¿Dónde...?

Seguí con la mirada el dedo de mi nueva amiga hasta una fachada vieja y de color verde justo delante de mí, al otro lado de la calle. Me resultaba extrañamente familiar. Como si hubiera soñado con aquel sitio. Si hubiese sido tan solo un pelín más fantasiosa, ya habría escrito en mi cabeza el comienzo de una película maravillosa en la que nuestra protagonista, una

sagaz joven de gran corazón y espíritu indomable, viajaba por el tiempo para salvar vidas y salvaguardar el destino de la humanidad. Respiré hondo e instintivamente me inflé como un noble mimado montando en su caballo nuevo.

Nos acercamos a paso ligero. ¿Era un pub? ¿Una tienda de ropa...? ¡No! ¡Era una librería! Crucé la puerta con cierta solemnidad. Era una enorme, preciosa y magnífica librería. Alcé la mirada, intentando abarcar la totalidad de la estancia y hacerme una idea aproximada de la cantidad ingente de libros que habría allí, y el aire escapó de mis pulmones. La segunda planta estaba abierta, de manera que se asomaba a la primera como si de un patio interior se tratara, acumulando estantería tras estantería, aglutinando libros en hileras estrechas que subían más de dos metros. Había escaleras correderas de madera, de esas que tantas veces había visto en películas y me moría por probar desde que era niña, y macetas con flores repartidas por todas partes.

Una fascinada sonrisa se iba haciendo poco a poco con mis labios mientras descubría detalle tras detalle: las plantas trepadoras que abrazaban las cuatro columnas que sustentaban el segundo piso, las magníficas escaleras de metal negro que subían en forma de caracol, las maravillosas vidrieras que parecían del siglo pasado, la oscura madera labrada que lo enmarcaba todo de un encanto atemporal... Parecía un cuento. Un portal hacia un mundo mil veces más bonito que el nuestro.

Así me encontró una señora con el pelo corto y rubio recogido un poco de cualquier manera en la nuca. Me miraba divertida, por encima de unas pequeñas gafas de ver de cerca de color rosa fosforito.

—Hola Lizzy. ¿Quién es tu amiga?

—¡Hola, tía! Esta es Miranda. La acabo de conocer hace un rato. Está buscando trabajo... Es graciosa, pensé que te gustaría. Y te la he traído.

—Hiciste bien, Lizzy. ¡Estoy harta de trabajar con gente seria que piensa que las librerías tienen que ser sitios serios! Hola, querida —dijo sonriéndome con la mirada—, me llamo Magda. Pero todo el mundo me llama Maggy. —Alargó la mano con la esperanza de estrechar la mía. Su mano era pálida, pequeña y muy delgada..., a su lado la mía parecía la de un leñador. Se la estreché con cuidado de no romperle nada. Era la primera vez en mi vida que yo era más grande y fuerte que alguien. No tenía muy claro cómo debía actuar—. Se puede saber mucho de una persona según su apretón de manos, querida. —Me guiñó un ojo y con un pequeño apretoncito en los dedos se deshizo de mi tacto. De repente me puse nerviosa, tontamente

consciente de mi cuerpo como nunca antes lo había estado.

«Pero vamos a ver, Miranda, has cantado delante de miles de personas, ¡millones! ¿Y te pones nerviosa por cómo le has dado la mano a una señora? Bueno, vale, a lo mejor no has cantado delante de millones de personas..., pero aun así».

—¿Y a qué te dedicas, querida? ¿De dónde eres? ¿Qué haces en Edimburgo? Uy, qué de preguntas tengo... —rio la señora—. Perdóname, no siempre tengo la oportunidad de conocer gente nueva. Salgo poco de casa y de la librería...

—¡No pasa nada, no pasa nada! —me apresuré a contestar al ver la turbación de la mujer. Definitivamente me gustaba esa señora. Maggy—. Pues soy..., era... —músico, músico, eras músico, di «músico»— periodista... musical... en Madrid, España. Y... necesitaba un cambio de aires. Mi abuela vive aquí..., quiero decir que es de aquí, y he pensado en pasar una temporada con ella..., así también la conozco un poco mejor. Siempre he querido conocer bien a mi abuela. —Pero ¿qué estaba diciendo? No podía creerme lo que estaba saliendo por mi boca..., pero lo peor de todo es que tenía sentido, sonaba genial y lo más importante: me gustaba. A lo mejor parte de esa historia era real. A lo mejor las razones por las que pensaba que había venido no eran las únicas que me habían llevado a...

—¿De España? Pero ¿cómo puede ser eso, niña? Con lo bien que hablas inglés... —dijo Maggy interrumpiendo mis pensamientos.

—Sí, jeje, bueno. Mi abuela es escocesa, claro, y mi madre también..., y en casa siempre hablamos inglés con ella..., aunque habla español casi perfecto..., pero dice que no es lo mismo, que no es la misma persona, que necesita su idioma. La verdad es que nos ha hecho un favor enorme a mi hermana pequeña y a mí, porque ser bilingüe es una maravilla para —cantar pop, cantar pop en inglés— encontrar trabajo de cualquier cosa.

—¿Tienes una hermana pequeña? —se interesó cálidamente Maggy.

—Sí. Tiene solo un par de años menos que yo. A veces pienso que en realidad ella es la mayor, aunque haya nacido yo antes... —Una amarga sonrisa se hizo conmigo mientras me acordaba de mi hermana. No podía evitar pensar en ella sin preocuparme y sentir una inexplicable vergüenza que me revolvió el estómago, dejándome en la boca un ligero sabor a bilis y culpa. Maggy me miraba con cara de querer entender—. Es..., tiene una constitución un poco delicada..., siempre está enferma. Me preocupo mucho por ella...

—No hace falta que te expliques, querida. La familia es la familia, y es siempre lo primero —me dijo con candor.

—Bueno, tía..., entonces ¿cuándo puede empezar? —preguntó Lizzy con viveza.

Estaba claro que se sentía orgullosa de su caza. Le había traído a su tía una criatura extraña que hablaba más de la cuenta y que le haría compañía en sus aburridos días en la tienda. O sea, yo. Y me parecía fenomenal. Sonreí abiertamente a Lizzy. Había sido una suerte increíble haberme sentado en su sección de mesas de la cafetería. ¿Qué habría pasado si hubiera elegido otra ventana, otra mesa?

—Pues mañana mismo. ¿Podrías venir mañana, Miranda? ¿Te gustaría?

—¡Me encantaría! —respondí sin pensar. Estaba realmente ilusionada. Solo de imaginarme a mí misma pasando horas y horas rodeada de libros y plantas, leyendo, conociendo gente, hablando con Maggy..., me parecía el mejor trabajo del mundo.

—¡Fantástico! Está decidido entonces. —Me sonrió con auténtico calor maternal—. No hemos hablado de sus honorarios, pero tengo que avisarte de que, lamentablemente, la librería no da para grandes aspavientos..., así que tendrás que conformarte con un sueldo normalito..., si te parece bien.

—Oh... —Me quedé en silencio un segundo, esperando que mi cabeza tuviera algo que decir al respecto, pero en ese momento sonaba una canción de Abba y no me estaba haciendo mucho caso—. Sinceramente, Maggy..., no me importa. Mientras que me dé para vivir, me encantaría trabajar contigo..., para ti, quiero decir. —Sonreí, complacida de haberle ganado esa batalla a mi cabeza, que andaba en otras cosas en ese precioso y maravilloso instante.

—Fantástico... —Me dio un ligero abrazo—. Pues te espero aquí mañana a las ocho... de la mañana, claro. —Se rio de su propia ocurrencia y desapareció entre las grandes mesas de exposición que sostenían decenas de libros en promociones especiales.

—Vamos, Miranda, ¡tomemos una cerveza para celebrar tu nuevo trabajo! Y así nos conocemos un poco más. Necesito una nueva mejor amiga. La anterior se acostó con mi ex y hay poca sangre fresca por aquí... ¡Así que me vienes genial! —sentenció Lizzy con una sonrisa de oreja a oreja—. Venga, que me vas a invitar tú. ¡Que me lo he ganado! —dijo divertida.

—Por supuesto que sí, Lizzy. Te has ganado todas cuantas quieras. Elige tú el sitio, que a mí me da la risa. —Le di un golpecito amistoso con el

hombro y lideré la marcha hacia la salida.

Aquel iba a ser realmente el mejor año de mi vida.

Media hora más tarde estábamos sentadas en el bar más raro que había visto en mi vida. En realidad la palabra «raro» no daba para describir aquel lugar..., antro..., museo..., yo qué sé qué era aquello. Pero lo importante era que me gustaba. Me encantaba, más bien. La cerveza estaba fría, la música era genial y la compañía inmejorable. Estábamos sentadas a una mesa cerca de la ventana, en la sala más grande de aquel entramado de atmósferas y habitaciones. Decenas de pequeñas estancias estaban interconectadas entre sí por pequeños pasajes arcados, como si fueran un montón de pequeñas cuevas de piedra, pasadizos secretos entre rincones olvidados en el tiempo en los que podías olvidarte de ti mismo cerveza en mano. Aquella pequeña maravilla arquitectónica correspondía al más que ingenioso uso de la estructura más baja del viejo puente del casco antiguo de la ciudad, así que pasado, presente y futuro coqueteaban a sus anchas en aquel insospechadamente extenso bar. Era... increíble.

Lizzy no dejaba de pedir cervezas. Y siempre pedía cervezas distintas. «¡Tienes que haberlas probado todas para ser una auténtica escocesa!». A la cuarta pinta yo ya me sentía más escocesa que la puñetera Mary Queen of Scots, a quien me empeñé en llamar tataratarabuela. Porque, quién sabe, lo mismo tenía razón y todo.

No era capaz de entender todo lo que estaba pasando a mi alrededor, pero Lizzy y yo nos contamos nuestras vidas en verso, con todo lujo de detalles bochornosos, arropadas por la vibrante camaradería que nace de cotillear entre pinta y pinta. En algún momento de la noche empezó a unirse a nosotras un montón de gente. Caras nuevas, diferentes grados de dureza en ese maravilloso acento que tienen en Escocia, enjambre de risas, palmadas y alguna que otra miradita. No tenía del todo claro si eran amigos de Lizzy o gente que simplemente se unía a las risas en plan «pasaba por aquí y he olido cerveza», pero hablé con un montón de personas e hice algo parecido a bailar con otro montón. Y bebí de más, como buena medio escocesa que era, como buena persona que celebra que está viva.

En algún rincón de mi cabeza empezó a sonar *Some Nights*, de Fun. Y fue como si la noche comenzara de nuevo. Perdí el control de mis emociones, me dejé llevar por el torrente de luz y colores que sentía retorcerse dentro de mí, queriendo escapar de las expectativas, de mis ridículas inseguridades. Me subí a la primera mesa que vi, me miré a mí misma, allí subida, bailando una

música que nadie más escuchaba, y me parecí deliciosamente patética... cantando tan alto que el dj del bar puso la canción que cantaba. Mi canción. Bailé como si aquella mesa fuera el tambor perfecto que llevaba toda la vida buscando, alcé los brazos y grité a la pequeña multitud que vibraba con mi salvaje zapateo, mitad flamenco, mitad celta. De algún sitio saqué mi grito de guerra y, alzando las manos, volví al rincón de no pensar, al caótico cúmulo de yos que reían extasiadas sabiendo que por fin iban a dejar de existir para fundirse en una sola.

—¡Nuwandaaaaaaa!

Mi pequeña multitud rugió conmigo y me dejé llevar por última vez, lanzándome a la nada, rindiéndome a lo que quisiera que fuera a pasar, y lo que entonces me parecieron mil manos me recogieron en el aire y me llevaron al más absoluto paraíso. Quizá..., a lo mejor... yo, como individuo profundamente caótico, absurdo y dramático..., quizá tenía algo que merecía la pena ser compartido.

De alguna misteriosa manera llegué a casa. Tropecé con la puerta, que mi abuela sabiamente había dejado abierta, por si acaso su nieta era tan desastre como parecía ser, y un airoso Míster White me chistó desde las escaleras con auténtica desaprobación.

Escalé hasta mi habitación, me tiré encima de la cama y, rezando para que al día siguiente me despertara con tiempo suficiente para ducharme antes de ir al trabajo, me quedé dormida. No llegué ni al «que estás en los cielos».

IX

Mayo de 2015. Madrid. Gala de la emisora de radio World Radio Mix

Habían pasado dos semanas, dos maravillosas y gloriosas semanas desde que corté con Mateo y le hice el amor a un kebab para celebrarlo, y abrazaba mi soltería como niño diabético abraza una piñata.

Salí de la ducha peleándome con la toalla. Iba a llegar tarde. Seguro. No es que fuera de esas personas que son impuntuales por naturaleza, pero sí, lo era. De una manera u otra, siempre me las arreglaba para que me pasaran cosas. Quedarme sin champú, que se me acabara la batería del móvil y no sonara tal alarma, dejarme las llaves puestas por dentro..., ese tipo de cosas. Y me pasaba la vida luchando contra mí misma para estar a la altura de las expectativas de los demás.

Crucé mi raquítico piso en dos pasos y me dejé caer encima de la cama. Total, ya llegaba tarde. Qué más daba un cuarto de hora que media.

La gala de World Radio Mix estaba siempre a rebosar de artistas grandes y famosos. Nadie me iba echar de menos. La experiencia me había enseñado que lo de llegar puntual a una prueba de sonido conjunta, con muchos más artistas delante de ti en la escaleta, y muchos más detrás, era más por quedar bien que por otra cosa. Sobre todo si había mucha estrella del pop pululando. Siempre se producían retrasos. Era inevitable. Había demasiados factores en juego como para que las cosas salieran según la escaleta. Cables, petacas, *in-ears*, monitores, artistas, músicos, *managers*, técnicos..., toda una fauna de profesionales incomprensidos que luchaban por hacerse entender en un enjambre de acoples, cables y horarios desatendidos.

Clavé la mirada en el techo repasando mentalmente toda la ropa que tenía en el armario. No tenía muy claro qué ponerme. Me había acostumbrado, demasiado deprisa, a que Mateo me eligiera la ropa. Venía a casa por las mañanas, tomábamos un aperitivo y elegíamos la ropa para el día: prueba de sonido y existencia en general, y luego rebuscábamos en la parte más oscura y misteriosa de mi armario, donde Mateo solía meter vestidos, fulares, diademas y cosas extrañas sin que yo me diera cuenta para que me disfrazara en los conciertos.

Me incorporé con infinita pereza. Sí. Mateo podía ser un capullo integral

pero también había hecho cosas por mí en su egoísta cruzada por ser famoso. Había conseguido convertir uno de los aspectos más aburridos y tensos de mi trabajo en algo casi divertido: disfrazarse para los conciertos había sido un poco menos horrible cuando era él quien elegía mi ropa y me ayudaba a vestirme con un mojito en la mano. Convertirme en otra persona pasaba de ser algo doloroso a una estúpida convención social no optativa. A veces salía de casa con una corona de plumas en la cabeza. Otro día a lo mejor me había puesto un tutú azul eléctrico. Y cuando me miraba en el espejo ocurría la magia de no reconocermelo. Y eso ayudaba. Me distanciaba existencialmente del escenario, del público..., incluso de la música. A lo mejor sonaba un poco feo, pero esa distancia hacía que todo doliera un poco menos.

Pero ese día no estaba Mateo para hacer su magia. Abrí el armario y pasé la mano lentamente por mi ropa, como esperando a que pasara algo, a que mis prendas de vestir alargaran una manga y me dieran la solución a un problema aún por formular.

—¡Ding dong!

—¿Quién coñ...

—¡Miranda! ¡Soy yo! ¡Ábreme! —Ladeé la cabeza confusa.

—¿Yo?, ¿quién?

—Joder, Miranda. Soy Diana. Abre. Ya.

—Jeje. Vale, vale. No sabía que ibas a venir —dije quitando el cerrojo de la finísima puerta—. En realidad no sé por qué insistes en llamar si podrías tirar la puerta abajo de un golpe.

—Pues también es verdad —replicó Diana dejando una generosa bolsa de plástico en la mesa de jardín que hacía de mesa de comedor..., en mitad de la cocina, a medio metro del baño y otro medio de mi cama.

—¿Qué traes ahí?

—Ah... —susurró con picardía Diana—. Yo te enseño lo mío si tú me enseñas lo tuyo.

—No sé qué quieres decir con eso, pero sabes perfectamente que mi nevera está vacía. De hecho, si buscas «vacío» en la RAE, te sale una imagen de mi nevera.

—Bueno. Da igual. Yo traigo lo verdaderamente importante en la vida en esta bolsa. Me refería a tu armario.

—¿Mi armario?

—Sí, hija, sí. ¡Que ya no hay Mateo! ¡POR FIN! Ahora podremos vestirme como a mí me dé la gana. —Me miró con maldad—. Era bastante pelmazo el

tío ese, Miranda. No te decía nada porque por lo menos follabas, pero ¡fiu!

—Qué bestia eres, Diana. Si lo sé, no te cuento nada. —Me sonrojé en contra de todos mis principios.

¿Cómo explicarle a mi amiga de toda la vida que un imbécil integral me hacía sentir mejor conmigo misma? ¿Cómo decirle que el hecho de que alguien, quien fuera, me prestara la más mínima atención alimentaba la ilusión de que aún estaba viva? ¿Cómo decirle que Mateo, con toda su gilipollez, hacía más llevadero todo aquel baile de moderneo insustancial en el que se había convertido mi vida?

—Las cosas como son. Que si no ligas, que si no ligas..., aparece el primer pelele que no tiene clara su sexualidad y te lo tiras.

—Bueno, cuando hacía falta, lo tenía bastante claro... —Me toqué el pelo para darme un toque de *femme fatale*.

—Mírala, que se nos pone chula —rio Diana—. El caso es que me imaginé que después de cortar con Ágata Ruiz de la Prada estarías un poco atascada con tus ropajes, así que vengo a disfrazarme contigo y traigo... —rebuscó en su maxibolsa— a nuestro mejor amigo para este trabajo. Dile hola a Martín Codax.

—Oh, Martín... le amo. —Abracé la botella con solemnidad.

—Lo sé. Por eso te lo he traído.

—A ti también te quiero. Pero menos.

—Lo sé. —Se resignó elegantemente Diana—. ¡A por la ropa!

—¡A por la ropa!

De repente la idea de pensar en lo que me tenía que poner ya no me daba tanto miedo. No sé qué había hecho para merecer una amiga como Diana, pero daba gracias a todos los dioses por tenerla en mi vida.

Correteamos como dos colegialas hacia mi armario, con una taza de desayuno recién fregada cada una, a tope de vino blanco, bebiendo a pequeños sorbitos llenos de adoración aquel ámbar líquido que tan bien nos comprendía. Media hora y botella y media después bailábamos al ritmo de la Creedence Clearwater Revival, en una ruidosa competición por ver quién iba más disfrazada de las dos.

Diana llevaba mi famoso tutú azul eléctrico largo hasta las rodillas, unas botas de lluvia negras y un body rosa chicle. Para terminar de rematar el conjunto había elegido un sombrero de vaquero color negro con tachuelas plateadas y una pequeña mochila transparente que decía iba a llenar de Sugus y demás cosas importantes. Empezó por meter una de las cinco botellas de

Martín Codax que la muy bestia había traído.

Yo por mi parte llevaba un ajustadísimo mono negro de cuerpo entero de una tela que parecía ante desgastado y mate, nada de brillos extraños. Botas marrones country hasta la altura del tobillo, una capa corta de flecos color burdeos, el pelo suelto y una enorme corona de plumas blancas y naranjas que, tenía que confesarlo, me encantaba desde el momento en el que Mateo me la enseñó y yo fingí escandalizarme. Éramos un terrible y maravilloso cuadro, y así salimos de casa, llegando tarde a la prueba de sonido, pero vestidas, pintadas y felices. Y borrachas, claro.

El concierto tenía que comenzar. El estadio se había llenado por completo. Las butacas crujían complacidas en paciente expectación y la arena rugía con el ritmo de mil pies, que tamborileaban en el armonioso silencio de la espera. Las luces se apagaron. Un grito ahogado escapó de miles de gargantas a la vez. Un foco iluminó una porción muy pequeña del escenario, y el presentador de la gala, la fiesta, el concierto se llevó a los labios el micrófono y...

—¡Buenas noches, Madrid! ¡Bienvenidos a la fiesta de la música!
¡Bienvenidos a la fiesta de World Radio Mix!

El público enloqueció. Gritos, palmas, silbidos. Las chicas con los novios más pacientes se subieron a sus hombros y movieron los brazos en un desesperado intento por comunicarse con el presentador..., que ni siquiera era capaz de ver más allá de las dos primeras filas por culpa del foco.

En aquel momento no lo sabía, pero esa sería la última gran gala o parafernalia musical del estilo que iba a vivir. Me giré hacia Diana. Ella también batía palmas extasiada. Más por el vino que no habíamos dejado de beber que por otra cosa. Pero daba lo mismo. Estaba allí conmigo, y esa noche iba a ser legendaria. Esa noche iba a ser El Gozo.

Mi actuación iba en cuarto lugar. Tal cual llegué a la prueba de sonido, me choqué con Tomás. Me levantó la barbilla y en menos de medio segundo ya sabía cuán borracha iba. Chasqueó la lengua con desaprobación y me dio una botella de agua. Hacía mucho que habíamos llegado a un acuerdo en el que prometía no tomar nada hasta después de mis actuaciones. Concretamente desde aquella noche en Barcelona en la que, una hora antes de tocar, tuvo que sacarme de la piscina de un hotel que no era el nuestro en la que había decidido bañarme desnuda en pleno noviembre después de probar las setas por primera vez. Pero es que era mi primer festival, y me las dio el batería suplente de un grupo de *indie* electrónico británico que nunca

conseguí recordar. Tocaron a las cinco de la tarde y no fue a verles ni su puñetera madre. Como yo, vaya. Cómo decirle que no.

Y siempre había cumplido mi palabra, aun cuando las cosas empezaron a torcerse. Pero aquella noche me estaba despidiendo, a mi manera, y sin ser plenamente consciente de ello, de toda la pena, el dolor, las inseguridades, el arrepentimiento y la vergüenza de no ser la persona que quería ser. Así que estaba de celebración. Y no importaba cuánta agua bebiera: nada iba a borrar de mi mente y mi corazón la sensación de levedad tan absoluta que me envolvía.

Al principio todo parecía una inocente recuperación de la ruptura con Mateo, pero cuando pisé el escenario ya no lo tenía tan claro. Me acerqué al micrófono en penumbras. El público gorjeaba y de repente el foco me golpeó en la cara con fuerza, acallando los murmullos.

—Buenas... ¡Buenas noches, Madrid! —dije recuperando la compostura.

El público gritó en modo de respuesta y decidí que tampoco hacía falta hablar mucho más. Me giré hacia los músicos y les hice la señal de empezar a fingir que estaban tocando mientras el dj, que reinaba detrás de nosotros, ponía el *playback* sin voz de mi canción. Me llevé el micrófono a los labios y empecé a cantar con el corazón latiéndome fuertemente en el pecho. No entendía muy bien qué estaba pasando, pero para cuando canté la última nota, gruesas lágrimas caían por mis mejillas, y sonreí con la certeza de que algo, algo muy importante, había cambiado para siempre y para bien.

Diana y Tomás me miraban desde bambalinas. Una llena de felicidad, y el otro con la mirada suspicaz de quien sabe que algo más allá de su control está sucediendo. Algo importante. Le sonreí dulcemente, dejándome llevar por la avasalladora sensación de libertad que me recorría el cuerpo y grité. Fue un grito sin más. Un grito de guerra. Largo. Fuerte. Y apasionado. No podía esperar a ver qué iba a suceder en cuanto me bajara de aquel podio de ilusiones desgastadas, cuando me atreviese a pensar en mí como persona y no como producto. El público contestó a mi grito con un rugido ensordecedor que hizo temblar aquel muro de cristal dentro de mí, haciéndolo añicos, liberándome de mí misma. Y en ese instante pude sentir que mi vida podía comenzar de nuevo. Tenía otra oportunidad, si la quería.

Hice una profunda y sentida reverencia hacia aquel público que me había hecho el regalo perfecto sin saberlo y me bajé del escenario sintiendo que era el comienzo de una persona distinta.

No cabía en mí de la felicidad. Abracé a Diana con fuerza y miré a Tomás

con cariño. La de cosas que habíamos pasado juntos... Cogí la botella de vino que me ofrecía Diana y noté un leve amargor de despedida enredado en el dulzor del momento. Aún no era capaz de formular en forma de pensamiento las sensaciones que se arremolinaban en mi interior, pero sabía que, llegado el momento, ellas mismas encontrarían las palabras para existir y navegar mi vida.

—¿Nos vamos ya?

—Espera. ¿No vas a ver la actuación del otro artista de la oficina? —me preguntó Tomás con paciencia.

—Eh, ¿quién es? ¿Alguien más de la oficina toca hoy? Primera noticia.

—Claro, si es que nunca pasas por la oficina, así no te enteras de nada.

—Pero para eso te tengo a ti, así me ahorro ver los caretos de...

—Están todos aquí, por cierto —me interrumpió Tomás.

—Pues no será para verme a mí. Nunca vienen...

—Cómo eres, Miranda, por dios. Sí. Han venido para veros a los dos. —Reprenderme dulcemente era parte de su trabajo.

—Pues nada, nos quedaremos un ratito.

—Es el siguiente, creo. Sí. Le toca ahora, dentro de nada.

—Ok. Tenemos vino para un ratito, ¿verdad, Diana? —Mi amiga asintió tocando su sombrero, muy metida en el papel de vaquera esquizofrénica.

Sacamos la botella que nos quedaba y, como siempre, tiramos un poco al suelo, para brindar con los muertos, porque en alguna otra vida fuimos vikingas o rusas y cuando bebíamos nos dejábamos llevar.

—Damas y caballeros..., demos la bienvenida a... ¡Louis Holt!

El público se volvió loco. Loco en plan «Alejandro Sanz sale a tocar olvidándose los pantalones en casa». Y Louis Holt, la verdadera única apuesta del sello Kooling Art, mi sello, se hizo con el escenario. Cogió una guitarra acústica que alguien había dejado muy oportunamente en mitad del escenario, se la pasó por encima de su rubia cabeza y se acercó al micrófono.

—Hola, soy Louis, y este es mi nuevo single, *Till the end*.

—¿Su nuevo...? —alcancé a decir llena de confusión antes de que esa fotocopia barata de Nick Carter pero en mayor y alérgico al buen gusto empezara a tocar su canción..., mi canción. Aquel single que presenté semanas antes en la oficina. El single que todo el mundo despreció y me recomendó no elegir. El single que me robaron.

Me estaba dando un ataque nervioso. Abrí los ojos y busqué a Tomás con la mirada. Estaba casi tan sorprendido y asqueado como yo. Me miró con impotencia y rabia.

—Miranda..., yo... lo siento mucho. Lo siento. No tenía ni idea... ¿Estás bien?

No podía hablar. No podía contestarle. Mi cabeza luchaba por procesar todo lo que estaba pasando, todo lo que estaba sintiendo, pero era imposible. Ráfagas de dolor se hacían con mi tambaleante consciencia. Era un dolor físico, real. Sentía como si todo mi cuerpo estuviera ardiendo en intenso frío. Como si fuerzas opuestas tiraran de mí en mil direcciones distintas, y en candente violencia girara sin control, desgarrándome un poco más con cada seco tirón. Mi estómago se retorció, la cabeza me daba vueltas y un intenso sabor a bilis se deslizaba por mi garganta.

Vomitó.

Fuertes sacudidas golpeaban mi cuerpo mientras sacaba todo lo que tenía dentro, que era básicamente vino blanco, rabia sin digerir y lástima por mí misma.

Tomás me sostenía mientras vomitaba. Diana, incapaz de no sentirse un poco responsable, se retorció las manos mientras miraba alrededor, buscando algo que hacer para ayudarme a sentirme mejor. Pero no había nada que pudiera hacerme sentir mejor.

Levanté la cabeza, temblando, mi cuerpo hecho nervio, en absoluta tensión. Me deshice lentamente del abrazo protector de Tomás y le miré con lo que pretendía ser determinación. Me dejó libre, mirando con extrañeza cómo del dolor pasaba a una peligrosa furia casi automáticamente. Miré mi vómito.

Hasta aquí. No más.

Ahí, tirada en el suelo, quedaba mi antigua yo, regada en vino y mierda.

Se acabó.

Me erguí cuan alta era, que lamentablemente no era mucho, y lancé una mirada desafiante al futuro. La ira se hizo con mi nueva yo y tan rápido como vino, se fue, convirtiéndose en desdén y la absoluta certeza de que yo era mejor, mucho mejor, que todo aquello.

Lancé una sonrisa llena de cinismo al escenario, le di un corto abrazo a Tomás y salí por la puerta sin mirar siquiera a los empleados de mi compañía que desde la zona VIP aplaudían extasiados a su nuevo gran artista.

X

Septiembre de 2015. Edimburgo.

—Mmmhhhh...

—Miranda...

—¡Mmmmhhh!

—Miranda. ¡Arriba! Son las ocho de la mañana. Ya deberías estar despierta y desayunada. Vamos. —Mi abuela me zarandeaba sin el menor miramiento diciendo cosas que no entendía del todo.

—Que son las..., ¿qué...? —pregunté gangosa sin querer saberlo.

—Las ocho querida. Son las ocho.

—Las... ¡ocho! ¿Son las ocho? ¡Mierda! ¡Mierda! —grité, ronca de haber bebido tanto la noche anterior, peleando por deshacerme de las sábanas que se empeñaban en pegárseme a la piel.

—Sí, son las ocho. No hace falta ponerse así. El mundo no se va a terminar porque te hayas quedado dormida —me reprendió mi abuela con molesta indiferencia.

—Es mi primer día de trabajo, ¡mi primer día y llego tarde! ¡Tardísimo! —Me levanté de un salto y revolví confusa el armario prácticamente vacío buscando qué ponerme. Vaqueros y cualquier camiseta que me hiciera parecer mínimamente responsable y víctima de mis propias circunstancias me valdría.

—Dúchate primero si pretendes que la gente te conteste cuando le hables. Voy a hacer más café. —Agatha desapareció escaleras abajo mientras me lanzaba dentro de la pequeña ducha, temblando de los nervios, las prisas y la incipiente resaca que, sabía, me iba a acompañar en ese nada glorioso primer día de trabajo.

Bajé los escalones de dos en dos, con el pelo mojado y sin maquillar. Cogí la mochila, que había dejado en la escalera la noche anterior, y me bebí el café que me ofrecía mi abuela de un trago. Me quemé la lengua y, mordisqueando una magdalena casera que robé de la cocina, corrí calle abajo, esperando que, por algún casual, Maggy se hubiera quedado dormida también, o se le hubieran olvidado las llaves y hubiese tenido que volver a casa a por ellas... o que a lo mejor tuviera una cita para desayunar con un

apuesto señor y, claro, se le hiciera tarde perdiéndose en su profunda mirada.

¿Estaba Maggy casada? Giré a la derecha en la siguiente calle y me di cuenta de que no sabía absolutamente nada de mi nueva jefa. Lo mismo era una asesina en serie. Lo mismo era una traficante de drogas que usaba la librería como negocio tapadera para sus sucios tejemanejes. La idea me hizo sonreír. ¡Eso sería genial! Maggy, con su mirada dulce y maternal, las manos pequeñas, suaves y llenas de pecas, y una sonrisa casi infantil que te daba ganas de abrazarla fuerte..., una mafiosa. Reí con ganas y me llevé las manos a la cabeza, intentando contener el punzante dolor. Mierda. No iba a volver a beber jamás. O a lo mejor con no volver a reír me valdría.

Las luces de la librería estaban encendidas, por supuesto. La graciosa puerta de madera verde estaba entreabierta, dejando entrar un poco de la deliciosa brisa mañanera del otoño escocés, dulce y chispeante al mismo tiempo. Me acerqué a la puerta intentando recuperar el aliento al tiempo que miraba por primera vez el nombre de aquel paraíso perdido de los libros: The White Oak. Parecía más bien el nombre de una discoteca que el de una librería, pero quién era yo para juzgar nada, entrando a trabajar mi primer día tarde y de resaca.

Me toqué el pelo intentando arreglar un poco el lío de rizos mojados que adivinaba llevaría, y entré en la librería con un suspiro atravesado en la garganta. Todo estaba tal cual lo recordaba, lo que no era nada notable, ya que mis recuerdos eran del día anterior, claro. La luz se filtraba por las maravillosas vidrieras que subían y bajaban por los dos pisos de librería abierta y diáfana pero tan llena de libros que resultaba imposible moverse sin mirar antes alrededor con cierto miedo a romper algo.

Busqué a Maggy con la mirada.

—¿Hola? —Alcé la voz lo mínimo indispensable, sintiéndome como una intrusa en aquel paraíso de quietud—. ¿Hay alguien? ¿Hola? —Caminé despacio hasta el centro de la grandísima habitación. Pues no parecía haber nad...

—Hola, ¿qué puedo hacer por ti? —preguntó muy poco amablemente una voz masculina a mi espalda. Me giré rápidamente chocando con un desconocido, desparramando a nuestro alrededor el montón de libros que llevaba encima—. Mierda.

—¡Oh! Lo siento, ¡lo siento mucho! Déjame que te...

—Déjalo. Da igual. Ya lo recojo yo. En serio. Déjalo. —Me lanzó una mirada que no admitía discusión alguna. Me enderecé, muerta de vergüenza,

y, estrujándome las manos de los nervios, le miré mientras se afanaba en recoger los libros del suelo.

Si ya parecía que no estaba encantado de verme, después de ese pequeño regalo de torpeza patológica que le acababa de hacer, no cabía duda de que deseaba perderme de vista. Un desagradable ardor se adueñó de mi estómago. No llevaba ni dos minutos en mi nuevo puesto de trabajo y ya me estaba granjeando la enemistad de mis compañeros. Aunque acababa de llegar y el muchacho parecía enfadado de antes. A lo mejor su mal humor no tenía nada que ver conmigo. Y con lo mono que estaba así enfadado, la verdad es que no tenía nada que reprocharle. Una leve sonrisa escapó de entre mis labios. El desconocido alzó la mirada y ahí me encontró, parada como un poste de luz, mirándole con una sonrisita estúpida.

—¿Y bien? ¿Me vas a decir qué puedo hacer por ti? —dijo incorporándose.

Dios, qué alto era. Abrí los ojos con admiración. El desconocido afiló una sarcástica media sonrisa. Si yo aún no me había dado cuenta de que había estado mirándole todo el rato, ahora nos habíamos dado cuenta los dos.

—Ehm..., ah..., estaba buscando... a Maggy...

—¿Maggy? No está aquí ahora mismo. ¿Habías hecho un encargo o algo parecido?

—Eh..., no. No exactamente... Es que... hoy es mi primer día de trabajo —respondí retorciéndome las manos aún más. Como siguiese así me iba a arrancar la piel.

—Imposible. Si trabajases aquí habrías llegado hace... —Miró el reloj de cuero antiguo que llevaba en la muñeca— casi una hora. Y yo lo sabría.

—Sí, bueno, es verdad..., llego un poco tarde... —Podía notar cómo mi cara se encendía de rojo bermellón.

—¿Un poco? —Una corta risa ácida iluminó su cara. Sus ojos, de un profundo azul oscuro, permanecían fríos e impenetrables, dándole un aire de cruel misterio asquerosamente atractivo.

—Jeje —reí nerviosa—. Sí, tienes razón. Es supertarde... y... ¿cuándo volverá Maggy? Puedo esperarla..., no sé..., en aquella esquina, sin moverme. No tiraré nada, lo prometo.

El desconocido me miró como si no me hubiese visto antes. Paseó la mirada por mis rizos deshechos, la camiseta mojada por salir de casa sin secarme el pelo, los vaqueros ajustados que parecían desentonar completamente con mi aspecto desaliñado y las deportivas negras que me

había comprado hacía un par de días en un mercado de segunda mano. Una pequeña luz parpadeó en sus ojos, como si de una carcajada secreta se tratase, para después apagarse con una desalmada sonrisa llena de ironía, agotamiento emocional y pasotismo extremo.

—Mientras que no molestes, por mí puedes esperar a quien te dé la gana —dijo secamente el desconocido, dándose la vuelta sobre sus talones para desaparecer entre estanterías con el levísimo frufrú de sus pantalones vaqueros, demasiado viejos para ser suyos. —De acuerdo... —Mi voz parecía una mota de polvo flotando incauta entre figurillas de porcelana.

Me acerqué a la esquina más apartada del mostrador, intentando escapar de la mirada del desconocido, pegué la espalda contra la pared y metí las manos en los bolsillos para evitar tocar nada. Bajé la mirada al suelo, tratando de hacerme aún más pequeñita de lo que me sentía. No acababa de entender por qué quería desaparecer con tanta fuerza, pero no podía evitar fantasear con la idea de hundirme en la pared, atravesarla y salir corriendo calle abajo. Yo, que había conquistado escenarios tan grandes... ¡como el castillo de Edimburgo! Bueno, quizá no tan grandes pero... ahí, ahí.

Lancé una rápida mirada hacia el mostrador. El desconocido revolvía papeles con el ceño fruncido y la fuerte y vikinga mandíbula cuadrada apretada. Sus oscuros ojos azules parecían frustrarse buscando algo y toda su postura corporal daba a entender que no lo encontraba. El pelo corto, rubio oscuro o quizá castaño claro, le caía sobre la frente en clave de hombre descuidado que lleva posponiendo eso de cortarse el pelo unos cuantos meses. Era tan atractivo que difícilmente se le podía considerar guapo.

Levantó la mirada y se cruzó con la mía. Volvió a apartarla medio segundo después, tras haber comprobado que, efectivamente, no estaba moviendo ni un pelo. El contacto visual duró tan poco que no me dio tiempo a pasar vergüenza, pero podía notar cómo subía mi temperatura corporal y se enrojecían mis mejillas. No me hacía falta un espejo para imaginar la pinta que tendría. Dios santo. «¿Confirmamos que estoy gilipollas?», «Confirmamos, confirmamos». Mi estúpido cuerpo no iba a aprender nunca.

—¡Buenos días, James! —dijo una cantarina voz femenina a coro con la campanilla de la puerta que avisaba de visitas. ¿Era Maggy? Salí de mi esquina para asomarme por detrás de una estantería llena de libros para niños. ¡Sí! ¡Era Maggy! Qué bien. Ahora podría decirle que en realidad no he llegado tan tarde y que el idiota ese del mostrador no ha querido escucharme y no me ha dejado emp...

—Buenos días, mamá —contestó el desconocido llamado James.

¿Mamá? ¿Había... dicho... mamá? Tragué saliva y respiré hondo. Mierda. Pues si era su hijo había causado una pésima primera impresión a lo que viene siendo La Cúpula de Dirección. Los Jefes. La Gente Top.

—Hijo..., ¿ha venido hoy una chiquita morena muy mona? —Ay, me consideraba mona. Me sonrojé una vez más detrás de la estantería de literatura infantil.

—Eh..., sí. Creo que está detrás de esa estantería —dijo señalando sin mirar hacia mi escondite—. ¿Habías quedado con ella para algo? —Creí escuchar cierto nivel de interés en su tono de voz, pero a saber porque aquel hombre era como un témpano...

—Sí, sí. La contraté ayer. Tiene que empezar hoy.

—¿Cómo que la has contratado? ¿Sin consultarme?

—Hijo mío, no te pongas así. —Maggy le acarició la mejilla—. Solo quiero lo mejor para ti. ¡Quiero que salgas de aquí! Que tengas tu vida. ¡Tus sueños! Has sacrificado tanto ya... Tienes derecho a vivir, ¿sabes? Tienes derecho a querer cosas, a ser tú mismo.

—Pero mamá...

—De pero nada. No soporto ver cómo los años pasan y tú...

—Mamá, déjalo. Es mi decisión —replicó en un susurro aquel hombretón rubio.

—Pues no debería serlo. Soy tu madre. Yo aún te mando, jovencito. —Le plantó un rápido beso en la mejilla—. ¡Miranda! ¿Miranda? ¿Estás ahí? Ven aquí querida. —Salí como invocada por aquella dulce señora—. Miranda, te presento a James, mi hijo. Me ayuda a llevar este despropósito de negocio —dijo con una levísima risa—. ¿Verdad que sí, hijo?

—Sí, mamá. Hola, Miranda. Encantado de conocerte. —No estaba nada encantado.

—Pero si ya nos... —empecé a decir confundida—. Ejem; encantada de conocerte a ti también, James. —Recuperé la compostura, pensándomelo mejor. No iba a jugar a ese rarísimo juego en el que él me aterrorizaba con su maravilloso cuerpo de adonis celta, y yo tenía que ser, yo qué sé, una romana desvalida recién capturada por su ejército de bárbaros. No. Pero mi cabeza decidió formularse la hipótesis sin mi permiso y la verdad era que no estaba tan mal...

—¡Fenomenal! Pues hechas las presentaciones, James, por favor, explícale a Miranda qué es lo que tiene que hacer.

—Mamá, mejor nos lo explicas a los dos, porque no tenía ni idea de que necesitáramos otro par de manos más —contestó él, con una especie de dulce firmeza de padre.

—Ay, James..., no quiero discutir esto más. No quiero que estés aquí todo el día encerrado. A mí no me importa, porque al fin y al cabo no tengo nada más que hacer, pero tú eres joven..., tienes una carrera en la que pensar..., una vida... —Se notaba que no era la primera vez que tenían esa conversación. James soltó un rápido suspiro.

—De acuerdo, mamá. Como quieras —cortó su hijo—. Miranda, sígueme. —Eché a andar hacia el fondo de la librería. Maggy me dio un pequeño empujoncito, animándome a seguirle. Eché a andar, dubitativa.

—Este es el despacho —dijo mientras abría una puerta de madera maciza que parecía esconderse entre pilas de libros sin colocar— y aquí tienes el ordenador con el que hacemos todos los pedidos, archivamos todos los libros que entran y salen... Todo. La impresora. La estantería. En los archivadores azules guardamos los recibos de todos los pedidos. También los digitalizamos, pero a mi madre le gusta guardarlos en papel, así que tendrás que aprender a hacerlo de las dos maneras. Los verdes guardan las nóminas. Los blancos, las cuentas internas. No los toques. —James señalaba una cosa tras otra, sin duda pretendiendo que registrara toda esa información en mi cabeza a la primera—. Tu trabajo consistirá básicamente en regar las plantas, colocar libros, quitar el polvo y hacer lo que yo te diga, así que no creo que tengas que estar demasiado tiempo aquí sola. Me vale con que sepas qué cosas no se tocan. Los cajones de la mesa: no se tocan. Archivadores: solo cuando yo te lo diga y los que yo te diga.

—¿Y ese baúl de ahí? —pregunté irónica, sorprendiéndome a mí misma por ese destello de mi verdadera personalidad que acababa de conseguir hacerse un hueco en mitad del irracional miedo que me daba ese hombre.

—Ese baúl no se toca. Nunca —me contestó, mirándome molesto y un poco sorprendido por la interrupción.

—¿Y si se está quemando la librería? —Me estaba divirtiendo... ¿Me estaba divirtiendo?

—Si se está quemando la librería me avisas y sales corriendo, porque lo más probable es que sea culpa tuya —replicó cortante James—. Vamos. Te enseñaré las diferentes secciones que tenemos y cómo están colocadas. La mayor parte del tiempo que pases aquí estarás empujando este carrito —señaló un carrito de metal muy fino a rebosar de libros—, colocando

ejemplares en su sitio. ¿Ves este código en el lomo del libro? Él te dirá dónde colocarlos. Tendrás que aprender cómo funciona. No es complicado... pero lleva un poco de tiempo. Veremos cuánto tardas tú en pillarlo —dijo con una media sonrisa de lo más insoportable.

—Pues probablemente tarde menos de lo que tardas tú en pillar... — James se me quedó mirando mientras mi estallido de valor se deshacía en trocitos de miedo y sorpresa— cosas nuevas..., cuando las aprendes..., digo. Ejem. —Bajé la mirada notando cómo me ardía la cara de la vergüenza. Por qué, señor, por qué me diste una lengua tan larga.

—Ya puedes empezar. —Empujó el carrito hacia mí, se dio la vuelta y desapareció en el despacho.

Cogí el manillar y me tiré encima de los libros.

—Cómo. Puedo. Ser. Tan. Tonta. ¡Cómo! —dije para mí a media voz mientras golpeaba mi cabeza contra los libros. Una suave risa cantarina que parecía venir desde otro mundo rompió el incipiente silencio. Maggy sonreía divertida mientras se limpiaba las gafas. Había visto toda la escena y parecía estar sumamente contenta con el resultado de mi aparatoso desparpajo de niña consentida que no sabe comportarse con su jefe.

—Dios mío, Maggy..., ¡creo que me odia! —dije acercándome a ella, arrastrando el carrito detrás de mí.

—No te preocupes, pequeña, odia a todo el mundo.

—Pero, pero... —empecé a quejarme—. Espera, ¿cómo que odia a todo el mundo?, ¿cómo se puede odiar a todo el mundo?

—Bueno..., él... ha sufrido mucho. Todos lo hemos hecho. Pero no le hagas mucho caso. Céntrate en los libros y en tomar té conmigo. James..., bueno, James es James. No hay más. Lo único malo es que no se le puede rebatir mucho porque... lamentablemente siempre tiene razón.

Y vaya si la tenía. La primera semana de mi nuevo y flamante trabajo la pasé entera empujando el carrito de un lado a otro, recorriendo la librería como un pollo sin cabeza, sin la más mínima idea de qué estaba haciendo. James no me dirigió la palabra ni una sola vez, pero en ocasiones me lanzaba alguna que otra mirada de superioridad, con su correspondiente media sonrisa de «te lo dije» que estaba aprendiendo a odiar tan intensamente. Lo único que hacía soportable aquel calvario era que a Maggy todo eso le parecía la mar de divertido. Y cuando Maggy reía, iluminaba la habitación, James parecía rejuvenecer diez años con una tierna sonrisa que apenas duraba un segundo y la librería parecía otra. Me di cuenta de que, a pesar de lo insoportable que

James parecía, se desvivía por su madre, y eso me daba una excusa para poder aguantarle..., respetarle incluso, viendo la delicadeza con la que la ayudaba a subir y bajar escaleras, le abría la puerta o la arrastraba, autoritario, hacia la butaca más cómoda de la zona de lectura, en uno de los grandes ventanales de la planta de abajo, para que descansara.

Pronto incorporé a mis pequeñas funciones en la librería el encargo personal de hacer reír a Maggy, tomarme un café con ella por las mañanas y llevarle cada día un pequeño ramillete de margaritas salvajes que crecían en un pequeño parterre al lado de casa. Y así, casi antes de que pudiera darme cuenta, llegó el viernes.

XI

—Lo mismo deberías bajar el ritmo..., Nuwanda —dijo Lizzy con un tono burlón de lo más elocuente.

—¿Eh? —Apuré las últimas gotas de mi segunda cerveza, tanque, piscina de *lager*, y la miré como si fuera la primera vez que la veía jamás.

—Que como sigas así, vas a terminar como la primera noche que salimos. ¿Sabes que te has convertido en una pequeña leyenda del bar?

—¡Qué dices! —Entrecerré los ojos, no me creía nada—. No inventes, anda.

—Que sí, que sí. Mis amigos te llaman Nuwanda. No te sorprendas si se acaba convirtiendo en tu nuevo nombre. Aquí todos tenemos un mote, Miranda, y tendrás que aceptar el tuyo..., cuando surja, claro. —Lizzy dejó escapar una pequeña risilla—. Lo pasamos bien la otra noche, ¿verdad? —Una nube de nostalgia se hizo con sus ojos por un instante.

¿Un mote? ¿Yo? Me encogí de hombros mentalmente. No me importaba. Al fin y al cabo tener un mote era como tener un nombre artístico para la vida, y ya estaba acostumbrada a ese rollo. Levanté la mano y miré al camarero.

—Sí. Estuvo genial. Tus amigos son totales. Bueno, los que aparecieron cuando empezaste a llamar a todo dios borracha como una cuba, quiero decir. ¿Quieres otra, Liz? —pregunté con una sonrisa angelical.

—Mira que eres gilipollas. —Rio, vencida—. Sí, venga, pídemela otra. No puede ser que una española me gane a beber cerveza.

—Medio española..., pero de todos modos te sorprenderías. Algún día te llevaré a Madrid... y verás lo que es cervecar en condiciones —dije con la típica sonrisilla socarrona madrileña que Emoji ha sabido imitar tan bien.

—Lo que tú digas..., Wanda... —me picó mi nueva compañera de juegos—. Por cierto, he invitado a un par de los colegas del otro día a tomar algo con nosotras hoy. Y... es posible que también vengan mi hermano y mi primo..., no lo sé —dijo Lizzy, como queriendo comerse la última frase.

—Me parece genial. Con tal de que este camarero tan mono me siga poniendo cervezas, por mí puede venir hasta tu abuela. Es increíble que el trabajo que me da dinero para poder beber sea el mismo que me da razones para hacerlo. Joder. —Solté un brusco suspiro y me pasé la mano por el pelo,

intentando eliminar la sensación de estrés que se había apoderado de mí en un segundo—. Es que no soporto al James ese. En serio. Es un gilipollas de cuidado...

—Vaya. Gracias —masculló una voz de hombre que sonaba sospechosamente a...

—Miranda..., mira..., es... ¡James! Qué... alegría..., ¿verdad? —dijo Lizzy, colorada como un tomate.

Me giré muy despacio. «Que no sea él, que no sea él, que no sea él...». Pero, por supuesto, ahí estaban esos vaqueros gastados que tan bien conocía. «Dios..., ¿le estoy mirando el paquete sin querer? ¡Le estoy mirando el paquete sin querer! Y ahora que me he dado cuenta ya es queriendo, claro. Tengo que mirar a otro sitio, tengo que...». Subí la mirada hasta su levemente descolorida camiseta gris oscuro. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y estaba levemente inclinado hacia mí. Sus ojos azules brillaban entre divertidos y molestos.

—Cuando acabes el análisis clínico, me avisas, que me quiero sentar —dijo, el muy imbécil.

—Eh..., siéntate de una vez. James. Por favor. —Mi voz sonaba seca y el pretendido tono envenenado que quería emplear se quedó en un triste intento.

—Ah, Miranda. Este es mi hermano, Peter —dijo Lizzy, rompiendo el incómodo silencio—. Peter, esta es mi nueva amiga...

—Y mi empleada —cortó James.

—... Miranda —terminó Lizzy, mirando duramente a James.

—Encantado, Miranda. —Me sonrió. Se parecía mucho a Lizzy. Era rubio y tenía los ojos grises, como ella. Llevaba el pelo corto, tenía unas pecas maravillosas, los labios finos y una enorme sonrisa que invitaba a no dejar corresponder... a todo cuanto pidiese, porque en conjunto era un hombre encantador.

—Igualmente. —Me sonrojé sin querer con una tímida sonrisa de protagonista de cine mudo que bien podía haber sido ensayada. Pero no. Lo juro.

—Genial. Nos conocemos todos —bufó James—. ¿Podemos pedir ya? Necesito una cerveza.

—Pues pídetela. No molestes —dijo Lizzy, mientras nos miraba a su hermano y a mí como si estuviéramos jugando la partida más emocionante de ping-pong jamás librada.

Peter se sentó a mi lado, enfrente de su hermana, miró mi cerveza y

sonrió con aprobación.

—Muy bien, muy bien, pequeña española. ¿Cuántas lleváis?

—Pues Miranda va a por la tercera ahora, ¿verdad? —dijo Lizzy con un leve toque de orgullo.

—Verdad, verdad. —Sonreí azorada. Me sudaban las manos, estaba nerviosa y no paraba de tocarme el pelo. Seguía levemente sonrojada y todo me hacía gracia. Me gustaba Peter. Y llevaba dos cervezas. Todo podía pasar. «Ay, Dios...».

Históricamente, siempre que me gustaba un chico y me había tomado dos cervezas, hacía el idiota. Era matemático. Infalible. Mucho más que cualquier barra de labios que vendan por la tele. Mi cabeza empezó a recordar la última vez que viví una situación parecida. No quería hacerlo, pero el alcohol había tomado el control de mi cerebro y ya era demasiado tarde para dar marcha atrás en el recuerdo.

Puse los ojos en blanco mentalmente y, con un bufido, viajé en el tiempo.

Un concierto, unas copas de más, algún que otro traicionero chupito... y me acerqué con paso decidido a Daniel Falco, el bajista de uno de mis grupos favoritos. Estábamos rodeados por amigos comunes y para ser del todo sincera, apenas nos conocíamos. Pero yo, como buena fan, soñaba despierta con él. En mi cabeza llevábamos meses tonteando. Le conocía, más profundamente de lo que llegaría a conocer jamás a nadie. Había creado en mi cabeza una versión maravillosa de Daniel Falco, juntando todas las cosas que sabía de él, historias que me contaban y tonterías que intuía o me inventaba. Creía en él. Me hacía feliz aun no existiendo, y el hecho de que existiera un cuerpo al cual atribuirle mi maravillosa invención me hacía inmensamente feliz. Lo pasaba genial en mi cabeza, saliendo con él en mi mundo imaginario.

Y entonces me lo encontré. Le miré durante todo el concierto, mientras bebía cerveza con sus amigos, completamente ajeno al hecho de que yo existía. Y yo, con dos cervezas, un montón de risas y la terrible decisión de ser feliz y vivir en el mundo de mi cabeza, me tomé dos más, una copa y tres chupitos. Miré a mis amigas que, conocedoras de mi increíble cuelgue, me animaban con gestos, abrazos y palabras. «¡Tienes que hacerlo!», me decían. «¡Estáis hechos el uno para el otro!». «¡Seguro que tú también le gustas!», me aseguraban, chupito tras chupito.

Recuerdo que solté una carcajada de puro nerviosismo y, creyéndome víctima del destino, caminé con paso decidido hacia Daniel Falco. Le di un golpecito en el hombro. Se giró... y entonces farfullé como pude.

—¡Me encantas, Daniel Falco! ¡Me encantas! Quiero salir contigo..., quiero..., quiero...

—¿Perdona?

—Que..., que digo que me gustas. ¡Me gustas mucho!

—Ah..., genial... Perdona, ¿tú eres?

—¿No me recuerdas?

—No, perdona. No sé quién eres. ¿Nos conocemos?

—Eh..., sí.

—Vaya, lo siento. ¿Quién eres?

—Soy... Miranda... Miranda Nieves...

Llegados a ese punto yo sabía que tenía que morir. Sabía que si el mundo fuera justo, un rayo caería sobre mí, fulminándome, dejando una nubecilla de humo de color violeta, y todo el mundo lloraría mi pérdida. Todos los que supieran quién era, claro, entre los que, obviamente, Daniel Falco no estaba.

—Miranda Nieves... Perdona, es que no me suena de nada. ¿Eres periodista o algo?

—No..., soy músico. Me llamo Nevada..., en la música, digo.

—Nevada... Humm..., me suena un poco más... ¿De qué me suena? ¿Javier, de qué me suena el nombre «Nevada»? —le preguntó a un colega.

—Ni idea, tío. A mí no me suena de una mierda —contestó el otro mirándome con el desdén propio de considerarme un pedazo de carne un tanto mediocre.

—Joder, lo siento. Me quiere sonar, pero ahora mismo...

—Da..., da igual. Es igual. En serio. Yo... solo quería venir a saludarte...

—Pues hola... y muchas gracias... Tú... parece una tía genial. Y muy valiente... Muchas gracias... por decirme todo eso... y venir a saludarme, claro —dijo Daniel, un tanto incómodo.

—De..., de nada. Es... Bueno... Adiós.

—¿Quieres que te invite a algo? ¿Quieres un chupito? No..., quiero decir..., es genial que seas capaz de... Venga, en serio, déjame que te invite a algo. Y... te presento a mi novia.

El mundo no era un lugar justo. Era lo contrario a justo. Me puse roja como un tomate. Daniel le hizo un gesto a una chica rubia guapísima y esta se acercó trotando como buena niña pija reconvertida en *hipster*. Era tan

maravillosa que hasta a mí me gustó.

—No..., gracias, en serio..., estoy..., estoy con amigas. Solo quería decir hola. Ya sabes..., en plan... fan... Adiós.

—¡Hasta luego! —Me sonrió la novia sin ninguna maldad mientras se ponía de puntillas para besar a Daniel.

Moví la cabeza suavemente intentando sacudir el recuerdo. No necesitaba sentirme así de pequeña e insignificante otra vez. Y menos delante de un chico tan guapo. Si mi maltrecho ego no era capaz de soportar mi sencillo día a día, ¡no hablemos ya de ligar! Y seamos sinceros: no es que estuviera desesperada, pero si equiparásemos mi vida sexual a una dieta, estaba a punto de morir por inanición.

Dos cervezas después ya me había olvidado de todo. Reíamos como si lleváramos años haciéndolo, como si nos conociéramos de toda la vida. Olvidé quién era, olvidé quién fui, y me dejé llevar por la eterna complicidad de un brindis bien servido.

En algún momento no identificado de la noche decidimos que sería buena idea bailar. La música estaba lo bastante alta como para vivir la vida locamente. Peter se levantó, extendió la mano y me atrajo hacia él con lo que en el momento me pareció un paso de baile de lo más sofisticado, pero seguro que no fue para tanto. O sí. Nunca lo sabremos.

En algún recóndito rincón de mi cabeza sonó el *Bailar pegados es bailar* de Sergio Dalma y casi me meé encima de la risa. Lo paré a tiempo. Menos mal. No habría sido un gesto muy atractivo.

Miré a mi alrededor. Dios mío..., estaba en Escocia. Aún no acababa de creérmelo del todo. Trabajaba en una librería y tenía nuevos amigos. Estaba tomándome cervezas con ellos como si lleváramos toda la vida bebiendo y riendo juntos, como si realmente perteneciera a aquel lugar. Y sería tan fácil pertenecer... Sería tan fácil como respirar.

Cerré los ojos y volví a imaginarme a mí misma en un escenario, a oscuras, esperando a que se encendieran las luces, meciéndome en el leve murmullo de un público expectante que ha venido a jugar. El estómago me dio un vuelco. Puede que una parte de mí estuviera como en casa en aquella ciudad, pero había otra que no encajaba y empezaba a dudar que pudiera hacerlo nunca: la parte que nació en el primer escenario que pisé jamás, y que había capitaneado mi vida desde entonces. Y ahora, relegada al papel de

grumete, me retorció el estómago de vez en cuando, en señal de protesta.

Pero estaba allí. Y estaba respirando. Podía sentir cómo el aire entraba y salía de mi cuerpo, desmenuzándome por dentro, deshaciendo un nudo que mi corazón parecía haber estado estirando durante años. Sentía el suelo bajo mis pies, golpeando con fiereza el mundo al ritmo de una nueva realidad, una nueva yo.

Volví a casa flotando. No recuerdo haber dado ni un solo paso. La noche se tragó el incesante ruido de mi cabeza y me dejó paladear poquito a poquito, sin ninguna ceremonia y sin darle la más mínima importancia, el inesperado placer del silencio. La ciudad crujía dulcemente a mi alrededor, con autobuses nocturnos, pasos apresurados de desconocidos que se besaban en los portales entre risas furtivas y el suave ronroneo de unos pocos coches que pasaban despacito, casi acariciando la calzada.

Nunca me había sentido tan sola. Y nunca antes me había sentido tan bien. Tan en paz conmigo misma. Como si la soledad fuera el mejor regalo que podían haberme hecho jamás. Sonreí en la oscuridad. Hay pequeños momentos en la vida en los que todo tiene sentido. Pequeños momentos que pasan corriendo, te arremolinan el pelo, te roban un sueño y algún que otro miedo, y se marchan, dejándote como siempre. Dejándote como nunca imaginaste que podrías llegar a ser.

Y a dos pasos de entrar en la casa de mi abuela no me reconocía. No podía parar de sonreír. Un elefante hiperactivo hecho de burbujitas de champán saltaba en mi estómago, robándome el aliento, abrazándome de dentro a fuera, empezando a repararme antes de que me diese cuenta de que estaba rota. Porque lo estaba. Ahora podía notar todos los pedazos, las piezas sueltas que rebotaban contra las paredes de mi ser, haciendo un ruido extraño y ajeno. Ahora que comenzaban a unirse de nuevo, ahora que volvía a ser un proyecto de persona, podía sentir lo que antes había estado destrozado y luchaba por recomponerse. Pensé en todas las grietas internas que iba a tener. En que cuando un espejo se rompe, por mucho que lo vuelvas a pegar, nunca volverá a ser el que era, nunca será un espejo igual de bueno.

Pero las personas no somos espejos en los que se reflejan los demás, a pesar de que para los demás estemos condenados a serlo siempre. A pesar de que los demás intenten condenarnos a serlo siempre.

Las personas somos hermosas y complicadas obras de teatro. Somos

conciertos. Libros. Un puñetero atardecer. Las personas somos arte, y el arte no entiende de errores. El arte entiende de la belleza de volver a empezar.

La vida no es una ecuación, no hay una sola manera de conjugarla; es caótica y maravillosamente impredecible, como un viaje.

Y yo soñaba con desviarme, perderme, y descubrirme en una tierra desconocida, inventando mi propio camino, varando en playas vírgenes llenas de vibrantes sueños embotellados.

Yo siempre había soñado con ser un viaje inesperado.

XII

—Miranda, ¿cuántas cosas has visto de Edimburgo desde que has venido?

—Ehm... Lo... normal. Supongo. —¿Me estaba hablando? ¿James? ¿A mí? Y en tono amable ni más ni menos. ¿Desde cuándo éramos amigos?—. No es la primera vez que vengo..., así que no voy en plan turista. ¿Por?

—Ir muchas veces a un sitio no quiere decir que lo conozcas realmente.

—Eso es cierto, sí, pero qué...

—Lizzy te quiere llevar a hacer turismo. Me está escribiendo por WhatsApp. No sé por qué no quieres darle tu número.

—No, eso no es así... Es simplemente que... se nos ha olvidado intercambiárnoslos...

—Pues si no te importa dárselo, sería genial. Tengo trabajo. Cosas que hacer.

—Sí, sí. Perdona. —Me sonrojé intensamente—. ¿Me puedes pasar su número...?

—Toma. Escríbeselo tú misma. —Me pasó su teléfono. Era un iPhone negro dos o tres modelos anterior al mío. Si no le conociera mejor, diría que había hasta cierta intención *hipster* detrás de ese ladrillo de teléfono.

James estaba molesto. Siempre lo estaba, pero aquel día era peor de lo habitual. Se movía como si el aire le escociera, como si el hecho mismo de respirar le resultara insoportable. No nos habíamos visto desde el viernes por la noche, y esperaba que eso le hubiese animado; a mí me animó, desde luego.

Recordé la mirada de Peter, su mano en mi cintura... Podía sentirme sonreír como una estúpida.

Un gruñido seco de James me sacó de mi ensoñación. Acababa de llegar un paquete nuevo de libros de literatura juvenil. Sacó la navaja suiza que siempre llevaba en los pantalones y lo abrió con la destreza de un cirujano. Aunque con la mirada de loco que traía más bien parecía un asesino en serie destripando a un inocente. Eso unido al hecho de que siempre llevara la navaja encima le convertía en un jefe aterrador. Era como trabajar con Dexter... sabiendo que era Dexter.

Cinco minutos después ya tenía plan para el resto de mi vida. Lizzy estaba organizando una cantidad ingente de excursiones. Le insistí en que por

favor no me llevara a sitios en los que tuviera que estar en silencio mucho tiempo, por el largo currículum que tenía de lugares de los cuales me habían echado por ser patológicamente ruidosa. Pero no hubo manera. Aquella mujer estaba decidida a culturizarme, al precio que fuera.

WhatsApp empezó a temblar.

Lizzy: Quedamos el viernes a las 6pm cuando cerréis y empezamos los tours. Lleva calzado cómodo y vente abrigada.

Yo: ¿Cómo? ¿Qué? Pero ¿qué vamos a hacer?

Lizzy: *Lizzy está escribiendo*

Yo: Lizzy...

Lizzy: *Lizzy está escribiendo*

Yo: Me estás asustando

Lizzy: Tú confía en mí. Déjate llevar. Será una noche genial, lo prometo. Pero eso: calzado cómodo y bien abrigadita, que estamos ya en otoño casi. Esto es Escocia.

Yo: Ay dios. Qué miedo me estás dando.

Lizzy: De miedo nada. Tú solo di que sí y obedece.

Yo: Viernes. Siento pánico.

Lizzy: Jajaja. Tonta. Ya verás qué planazo te tengo preparado. ¡Nos vemos el viernes!

Bloqueé el teléfono y lo guardé en el bolsillo. De viernes en viernes y tiro porque me toca. «Me pregunto si vendrá Peter...», dijo mi cabeza, sin venir a cuenta. Me sonrojé. Sí..., me preguntaba si vendría Peter..., si se acordaría de mí..., si querría bailar conmigo otra vez... Me preguntaba tantas, tantas cosas... Una risita estúpida escapó de mi boca antes de que pudiera parapetarla con las manos. Levanté la mirada y me encontré con los ojos azules como el hielo de James, que se clavaban fríos, duros y salvajes en mí. Me revolví incómoda esperando a que apartara la mirada. Pero por supuesto James había sido fabricado por el universo para torturarme con momentos así. Suavizó su expresión y sus ojos se apagaron, volviendo a su habitual color azul normal, el de toda la vida, retirando la mirada como si estuviera súbitamente aburrido por lo que estaba viendo.

Dios mío. Y solo era lunes...

El resto de la semana pasó relativamente tranquilo. Intenté convencer a Lizzy de no hacer lo que fuera que tenía planeado pero me quedé sin saldo y

decidí volver a vivir en los ochenta. Me dediqué a hacerme la loca, colocar libros en estantes, tomar café con Maggy y escapar de James. Según oía llegar el frufrú de sus vaqueros salía disparada en cualquier dirección. Una vez terminé escondida en el armario de la limpieza. James me encontró allí y fue un momento de lo más incómodo. Cómo me sacaba de quicio su sonrisita de superioridad...

Era jueves, y ese día había decidido esconderme en la sección de ocultismo. James casi nunca entraba allí, era como si le produjera urticaria. Era un buen sitio para esconderse. Desde allí podía ver la puerta, el mostrador y la salida de emergencia. Solo tenía que mover un par de libros para verlo todo, así que me sentía como si fuera un vigilante americano con sobrepeso mirando los monitores de un centro comercial en Ohio.

Cogí un ejemplar al azar y le quité el polvo de un soplido. *Promesas del futuro y cómo verlas cumplidas.*

—Dios santo... —Lo volví a dejar en donde estaba.

La campanilla de la puerta tintineó insistentemente con la promesa de un nuevo cliente. Levanté la cabeza y me asomé entre los libros. Una mujer joven con el pelo largo y rubio se acercaba contoneándose hacia el mostrador. Se quitó las gafas de sol y sonrió con suficiencia. Llevaba los labios pintados de rojo, un ceñido vestido blanco, botines negros muy altos y una cazadora sobre los hombros.

—Hola, James.

Mi jefe levantó la mirada sin ver, como traspasado por el sonido que su nombre arrancaba de la boca de aquella mujer. Su mirada se oscureció y casi pude notar cómo el aire se volvía denso a su alrededor. Se quedó en silencio, clavado en el suelo, mirando a la desconocida con una mezcla de dolor, rabia y... ¿vergüenza?

—Cassandra. Qué haces aquí. —No sonaba a pregunta, sino más bien a reprimenda contenida.

—He venido... a verte —contestó la mujer mientras toqueteaba los libros que había sobre el mostrador—. Sé que hoy es un día... complicado para ti y... te echaba de menos. ¿Es que tú no me echas de menos a mí?

—No. Hace mucho que dejé de echarte de menos. —James le dio la espalda y echó a andar hacia una estantería a su derecha.

—Oh, vamos, no te pongas así. Creía que éramos amigos.

—Creíste mal.

—James... —La mujer rubia ladeó la cabeza, se acercó a James y le tocó

en el hombro como si..., como si fueran pareja. ¡Claro! Sería alguna exnovia o algo así. Sonreí con malicia desde mi escondite. Así que ese era el tipo de chica que le gustaba a mi malhumorado jefe. «Interesante...», pensé, «muy interesante»—. No te pongas así. Quiero volver a ser tu amiga. Quiero estar ahí para ti, especialmente hoy... Ha pasado mucho tiempo, ¿no podemos sentarnos y...?

—No. No podemos. Como ves tengo... mucho trabajo. —Un súbito rubor se hizo con las mejillas de James.

—Te fuiste tan deprisa que no me dio tiempo a explicarte...

—No había nada que explicar. Te acostabas con mi mejor amigo. —La historia se iba poniendo cada vez más interesante.

—Solo fue una vez... Bueno, vale, fue un par de veces. Pero fue un error. En fin. Tú cometiste los tuyos también.

—Seguro que sí, pero ninguno de ellos incluía meterme en la cama con alguna de tus amigas el día que ingresaban a tu madre en la UCI.

—Nos distanciamos..., tú te marchaste de Londres... Estaba muy sola.

—Me fui dos semanas, Cassandra. Dos semanas. Mi madre estaba en el hospital. Tenías que haber venido conmigo, no follarte a mi amigo. —Me tapé la boca con las manos. Menuda novia de mierda...—. Pero nada de esto importa ahora.

—Sí que importa. He venido para... limar asperezas. Para acompañarte. Sé que hoy no es un día fácil para ti...

—¿Limar asperezas? ¿Hoy? ¿Quieres limar asperezas hoy? Empieza por salir de mi vida y no volver jamás.

—Pero James...

—Adiós, Cassandra. —James volvió al mostrador y centró todo su interés en examinar una caja de volúmenes que acababa de llegar esa misma mañana.

—No pienso irme hasta que hablemos de esto James. Yo... te quiero de verdad. Quiero ser tu amiga. Sé que cometí un error pero te sigo queriendo mucho... y tenía que verte.

—Por favor, cállate. —Nunca había visto a James así—. Si no te marchas, me iré yo. Esto..., lo que sea que sea esto, se ha terminado, Cassandra. Para siempre. Encapríchate de otro y haz el favor de dejarme en paz. —Le dio la espalda una vez más y se marchó, dejándola en mitad de la librería, con la boca abierta y un montón de chorradas por decir, podía adivinar.

«Bien por él», pensé. Menuda mierda de exnovia que se había buscado...

Quería seguir pensando mal de James, primero porque era más fácil que conocerle y segundo porque era realmente divertido. Pero después de ver ese despliegue de drama y tontería por parte de aquella rubia tan odiosa, no pude evitar sentir empatía por él. Podía notar cómo empezaba a verle como una persona, y no como una estatua escocesa ajena al mundo que vendía libros por inercia familiar. Sacudí la cabeza. De cualquier manera, seguía siendo James, mi jefe, el motivo de mis mohines matutinos. Y eso, por alguna extraña razón que no era capaz de verbalizar, me reconfortaba. Esa tranquila y casi cómplice aversión era el primer sentimiento de mediana profundidad, aparte de la ira, que había logrado de sobrevivir más de un día en mi caducado corazón desde hacía años.

Decidí quedarme en mi escondite un rato más. No porque estuviera preocupada ni nada por el estilo..., sino para saber cuándo podría bajar al despacho a coger el almuerzo sin tropezarme con la imbécil esa. Vi cómo daba vueltas por la librería, esperando a que James volviera. También vi cómo, casi media hora después, se dio por vencida y se marchó por donde había venido, arrancándole un último tintineo a una campanilla que parecía contenta de anunciar su marcha.

Fui al despacho, cogí mi sándwich de la mochila y volví a mi escondite. «¡Qué demonios!», pensé. Abrí *Promesas del futuro y cómo conseguir que se hagan realidad* volumen uno y me acomodé contra la pared, decidida a no pensar hasta que Liz viniera a buscarme.

XIII

—Por favor, Lizzy, llevaos a James con vosotras.

—Pero tía Maggy...

—Por favor, Lizzy, hazlo por mí. Hoy no ha tenido un buen día.

—James nunca tiene un buen día, tía.

—Lizzy, querida, no te lo pediría si no fuera importante, pero ya sabes qué día fue ayer.

—Lo sé, tía..., lo sé... Pero James no querrá venir. Nunca quiere hacer nada en esta semana. Se encierra en su mundo y no nos deja entrar.

—Ay, ya lo sé, Lizzy. Pero... es mi hijo... Y está vivo. ¿Hago mal por querer que viva? ¿Por querer verle feliz? —Maggy ahogó un suspiro—. No puedo verle más así. Él... es lo único que me queda.

—Tía Maggy, nosotros también estamos aquí... —le replicó con cariño y media lágrima Lizzy.

—Lo sé, cariño, lo sé. Pero ya sabes a lo que me refiero. Cuando le veo..., le veo de niño, jugando... Se parecía tanto a su hermano... Se querían tanto... Edward no querría verle así.

¿Cómo? ¿James tenía un hermano? ¿Murió? ¿Cómo no me había enterado de nada de esto antes? Solté el aire que sin querer había estado conteniendo.

—Lo sé, tía. Tienes razón.

—Tenemos que forzarle un poco..., sacarle de su dolor, poco a poco. Y además..., por si el cumpleaños de Edward no era suficiente..., ella estuvo aquí. No sé cómo ni por qué pero...

—¿Quién?

—Ella. Ya sabes. Ella. Ha venido. Aquí.

—¿Cómo? —Lizzy levantó tanto la voz que casi me caí de mi escondite—. Pero ¿cómo tiene el valor de presentarse aquí así como así?

—Pues ya ves, hija mía. Algunas personas no cambian nunca.

—Pero después de todo lo que le hizo... no me lo puedo creer. — ¿Estarían hablando de la rubia que había venido antes? Dios mío, ¡esto era más interesante que ninguna de las telenovelas esas que solían echar por la tele después de comer! No es que viera ninguna de ellas, claro. Era solo una forma de hablar...

—Ha venido y... en fin. James... necesita salir de aquí. Necesita reírse. Y creo que estar con vosotras le hace bien.

—¿Con nosotras? Pero si James no soporta a Miranda... y creo que a ella tampoco le gusta mucho estar con él. —Solté un bufido. «¡Que no me gusta mucho! ¡No me gusta nada!», grité dentro de mi cabeza. Fruncí los labios con frustración.

—Bueno... —sonrió Maggy—. Te sorprenderías, querida.

—Me sorprendería si no se acaban matando, tía —dijo Lizzy, con mucha sensatez.

—Jijiji... Bueno, bueno, no será para tanto... Yo creo que a James le hace bien pasar tiempo con Miranda.

—No sé, tía Maggy... A lo mejor James necesita... salir con amigos... o con Peter.

—Tú hazme caso, querida. Hazlo por mí. Hazlo por tu primo. Y... hazlo por Miranda también. Ella también necesita salir con gente, reírse..., incluso discutir. Ha sufrido lo suyo...

—¿Quién ha sufrido lo suyo? —James salió de la nada y se acercó a ellas—. Hola, Lizzy.

—Hola, James. No, nada. Hablamos de Miranda —repuso mi amiga, desviando la mirada.

—¿Miranda? ¿Sufrir? —Dejó escapar una sonora carcajada—. Miranda no ha sufrido en su vida. Es una niña mimada.

—No, hijo. A esa muchacha la vida le ha pasado factura.

—Pero qué dices, mamá. Solo hay que verla para saber que...

—James, no sabes nada de ella —le cortó Maggy—. Haz el favor de ser el hijo que he criado y tratarla con cariño y respeto. Conócela antes de juzgarla.

—Sí, mamá... —contestó sorprendido James—. Tienes razón. Lo siento. No debería haber supuesto...

—¿Sabes a qué se dedicaba antes de venir aquí? —siguió Maggy, súbitamente encendida por la pequeña discusión. No podía creer lo que estaba escuchando. Era como si de repente pudiera ver un trocito de mi vida proyectado justo delante de mí. La protagonista en la sombra de mi propia historia. Hacía mucho que no me sentía la protagonista de nada, y la verdad es que sentaba jodidamente bien.

—Pues... no. —James no sabía dónde meterse.

—Era músico. Y de los buenos, por lo que he podido intuir de nuestras

pequeñas conversaciones. Ella no cuenta mucho, pero se le escapan cosas. Y adora la música. ¿A ti te parece lógico que una persona que consigue dedicarse a lo que más le gusta lo deje así porque sí, James? ¿No te suena esta historia a alguna otra? —dijo Maggy con retintín. ¿A quién se estaría refiriendo?—. Me gustaría saber el motivo que la llevó a dejar atrás su sueño. Y creo que a ti, en el fondo, también te interesará, hijo.

—Sí, mamá. —Lo confieso: ver a James tan contrito era un bálsamo para mi corazón. No dejaba de sorprenderme que estuvieran hablando de mí, pero eso había quedado relegado a un segundo o tercer plano al ver la vergüenza que estaba pasando el pobre James. «¿Pobre? Pfff. De pobre nada, que era él quien se esforzaba por ser tan vivamente desagradable todo el rato». Pero ¿qué era eso que había dicho Maggy? ¿Que a él también le interesaría mi historia?

Sacudí la cabeza. Eso era imposible. Éramos dos personas completamente opuestas, apenas nos podíamos ver. La simple idea de sentarme con James a contarle mis cosas casi me arranca una carcajada. La contuve a tiempo y decidí que ya era suficiente por hoy. No era bueno para mi ego este sentirme súbitamente importante. Salí de mi escondrijo y me escabullí entre pilas y pilas de libros hasta el rincón opuesto de la librería. Empecé a colocar libros sin mirar qué estaba haciendo. Quería concentrarme en la tarea, pero era imposible. Acababa de serme desvelada la existencia del misterio de por qué James podría llegar a empatizar con mi historia, y, por algún motivo, no podía parar de pensar en ello. Pero en el fondo, ¿a mí qué más me daba?

—Miranda. ¡Miranda! ¿Dónde estás? ¡Nos vamos!

—¡Aquí! —dije saliendo de detrás de la estantería—. Aquí estoy. ¿Ya nos vamos? Pero hay que cerrar y aún quedan cosas por...

—No te preocupes querida —me interrumpió Maggy—. Yo me encargo. Ya está todo preparado para mañana y solo queda cerrar. Tú coge tus cosas y marchaos. Vamos.

—De acuerdo... —contesté un poco incómoda—. Voy a por..., está en el desp... Ahora vengo. —Me puse colorada y corrí a por mi pequeña mochila y mi abrigo.

Había resultado imposible sacarle nada a Lizzy sobre los planes que había hecho para esa noche, así que sin saberlo me había proporcionado la excusa perfecta para comprarme una parka verde impermeable con capucha y un forro calentito y suave de un material desconocido que seguramente era lo más artificial jamás inventado por el hombre. Puede que aquella parka

estuviera destrozando células sanas de mi cuerpo, puede que aquella parka me estuviera matando poco a poco sin yo saberlo..., pero era preciosa e increíblemente práctica. Tenía un montón de bolsillos, mangas muy remangables y una capucha generosa y suave que me cubría casi por completo. Esa parka era mi nueva mejor amiga.

Me colgué la mochila de un hombro y salí al encuentro de Lizzy, que me esperaba con los brazos cruzados y con un leve aire de frustración.

—Ya estoy. ¿Nos vamos?

—Eh..., sí. Ahora mismo. Estamos esperando a... —Bajó la mirada, como si estuviera súbitamente avergonzada por lo que iba a decir—: James. Se viene con nosotras..., si no te importa.

—No, claro que no —respondí rápidamente con una sonrisa, arrancándole una mirada de estupor a mi amiga. Después de lo que acababa de oír, mezclado con lo que mi fantasiosa imaginación había decidido aportar a la historia del trágico librero atormentado, no tenía la frialdad suficiente como para negarle al muchacho, por muy insoportable que fuera, un rato de desconexión de su dramática existencia. Además, me moría por saber un poco más—. ¿Me vas a decir ya cuál es el plan o...?

—No, no, no. Lo sabrás cuando llegemos. Primero vamos a encontrarnos con los demás... y luego... lo verás. —Sonrió enigmática Lizzy.

«Los demás» resultaron ser un montón de amigos de Lizzy con los que habíamos salido con anterioridad pero que por problemas evidentes de memoria y retentiva era incapaz de recordar. Eran el clásico ejemplo de amigos circunstanciales de cuya compañía disfrutas cuando están y cuando no están no aciertas a echarlos de menos. Es una cualidad que todo el mundo tiene el honor y el placer de poseer para determinadas personas a lo largo y ancho de la vida.

James saludó a todos como si fueran amigos desde siempre y se alejó de nosotras, hundiéndose en el enjambre de desconocidos que nos envolvían. Caminaba erguido, tranquilo, contando chistes que no alcanzaba a oír. Pero en la comisura de sus labios, en la sequedad de sus manos, podía leer que estaba enfadado, y un poco triste. Me cazó la mirada y la aparté como si me hubiera quemado, dispuesta a no mirarle más.

Cenamos unas suculentas hamburguesas en un bar del centro y para cuando levantamos campamento ya llevábamos suficientes cervezas en el cuerpo como para cerrar el chiringuito e irnos a dormir, pero Lizzy había

declarado aquella noche fiesta nacional del absurdo y había preparado algo para nosotros. Una sorpresa, decía. Aunque sospechaba que la única sorprendida iba a ser yo.

—Lizzy, si no me dices ahora mismo qué es lo que vamos a hacer te juro que me cojo un taxi y me vuelvo a casa —amenacé.

—¿Un taxi? Pero si vives a cuatro manzanas de aquí.

—Pues eso. Si estuviera más lejos tendría que volver andando. No soy rica.

—Tu lógica me abruma, de veras.

—Suele pasar. Ahora dime: qué vamos a hacer.

—Shhhh, ahora mismo lo vas a ver. Sígueme, anda. Ya lo verás, ya lo verás. —Me medio empujaba mi amiga calle arriba hacia soportales antiguos y en completa oscuridad. La verdad es que aquello parecía cualquier cosa menos una buena idea, pero me dejé arrastrar por aquella pequeña escocesa que parecía saber más que yo sobre cómo pasarlo bien y no pensar demasiado después.

Tres callejones muy sospechosos después, llegamos a una gran puerta de madera. Lizzy nos mandó parar a todos y me miró como un niño pequeño mira a un gordo disfrazado de Papá Noel. Con mucha expectativa y algo de miedo. Miré a mi alrededor, esperando que pasara algo.

—¿Y bien? ¿Dónde está mi sorpresa?

—Aquí mismo —contestó infinitamente divertida mi amiga.

—¿Dónde?

—Mira. —Señaló un pequeño cartel medio desconchado que colgaba como sin ganas justo encima de mi cabeza. «Ghost Town Tours»—. «¿Visitas guiadas por la ciudad de los fantasmas?» —leí—. ¿Qué narices...? —acerté a preguntar.

—¡Sí! ¡Un *tour* por los lugares más fantasmagóricos de la ciudad! Es una cosa muy de turistas, pero ¡qué narices! Seguro que es superdivertido.

—Y además yo soy medio turista, ¿no? —Se me escapó un mohín de disgusto.

—Efectivamente, Miranda, efectivamente. Eres nuestra excusa para hacer las cosas más horteras que nuestra maravillosa ciudad ofrece.

—Genial. Ahora me siento mucho mejor —dije en un monotonó nada agradecido. —Bueno, pues vamos.

—¡Sí! ¡Esa es la actitud! Ya verás, será muy divertido. Y además... tienes dónde elegir para agarrarte cuando tengas miedo... —Lizzy soltó una

risita mirándome de forma muy significativa—. Todos menos Colin, claro. Colin es mío —añadió deprisa, sonrojándose intensamente.

—Claro que sí. Ni se me habría ocurrido agarrarme a Colin. Aunque la verdad es que tiene su punto... —dije con fingida picardía.

—¡Ni lo mires! —me chistó mi amiga riéndose. Hacía mucho que no se fijaba en ningún hombre y echaba de menos la acción. Lo sabía porque cada vez que bebíamos lo gritaba a los cuatro vientos, y bebíamos cada vez que nos veíamos. Había conocido a Colin en una de nuestras noches de bacanal y desde entonces emanaba una energía de quinceañera dopada que no podía con ella.

—Todo tuyo, Liz, todo tuyo —dije ahogando una risa.

—¡Eh! ¡Liz! —Peter se acercó a nosotras en dos rápidos, largos e increíblemente atractivos pasos. Si se hubiese caído de bruces, también habría sido una hostia increíblemente atractiva—. He invitado a unos amigos, ¿te importa?

—Pues... no, claro que no me importa... Voy a avisar al guía. ¿Tardarán mucho en llegar?

—Qué va. Están a un minuto.

—Genial. Pues diles que se den prisa. Seguro que no hay problema. ¿Cuántos...?

—¡Gracias, hermanita! —interrumpió Peter a su hermana con un beso en la cabeza—. Hola, Miranda. Te veo bien —dijo con una media sonrisa a lo Han Solo recorriendo cada rincón de mi cuerpo con la mirada.

—Hola... —Medio sonreí, medio me derretí y me hice una con el suelo—. Yo también te veo bien... Quiero decir que te veo, puedo ver, no soy miope, y que, bueno, que estás... ahí. Entero. —Mierda. ¿Por qué aprendería a hablar?

—Vaya, ¡gracias, Wanda! —Odiaba mi mote ya, y solo llevaba unas semanas en mi vida—. Esta noche va a ser una noche... muy interesante. —Utilizó un tono de voz altamente sugerente que no daba lugar a dudas. ¿Me había depilado esa mañana? «Por favor, señor, que me haya depilado hoy, por favor», recé en mi cabeza mientras Peter se alejaba hacia su grupo de amigos que acababan de llegar—. ¿Por qué no me dijiste que venía tu hermano? —siseé enfadada a Lizzy.

—Porque era una sorpresa. —Pretendía sonar provocativa, pero parecía más Peggy de los Teleñecos alisándose el vestido. Por supuesto que había invitado a su hermano, ¿cómo no iba a hacerlo? Le miré alejarse. Caminaba

como si todo aquello fuera suyo. Sacudí la cabeza. Saludó a tres chicos con un golpe en el hombro y abrazó a dos chicas.

—Liz..., ¿quiénes son esas? —Un mal presentimiento empezaba a apoderarse de mí poco a poco.

—Pues... la verdad es que no lo sé. La morena me suena de haberla visto antes..., pero la rubia es nueva. No sé... —La voz de mi amiga iba haciéndose cada vez más fina y suave mientras su hermano le tocaba el pelo a la desconocida y le dedicaba una arrebatadora sonrisa—. Peter es..., bueno, es amigo de mucha gente. En serio. Seguro que se conocen de hace, ¡puf!, no sé, mogollón.

—¿Y tú no la conoces? —contesté socarrona a las excusas de mi amiga.

—Bueno..., puede ser... Quiero decir: soy bastante desastre. No sé...

—Da igual, Liz, en serio. No me importa —dije de repente, dándome cuenta de que era cierto.

Hacía tanto tiempo que no sufría realmente por nada que no fuera trabajo que empezaba a plantearme en serio la posibilidad de sufrir ataraxia selectiva. Ataraxia selectiva LETAL. Me había convertido en una de esas personas que no sienten dolor y tienen que andar con mil ojos porque lo mismo se están quemando enteras y muriendo y no son conscientes de ello. Pues esa era yo, a nivel emocional.

—Miranda, tú le gustas, ¡lo sé! Es mi hermano. Le conozco. Le gusta tontear y eso, pero tú le gustas de verdad. A lo mejor es una táctica para ponerte celosa.

—Liz, olvídale, en serio, me da igual. —Reí—. Ah, y... Liz: los chicos no tienen tácticas. Tienen necesidades —argumenté con un guiño y una socarrona media sonrisa bien aprendida de Clint Eastwood.

—Mira que eres bestia —replicó Liz ahogando una carcajada.

—Venga, vamos. Hemos venido a pasarlo bien, ¿no? Pues pasémoslo bien. Vamos a presentarnos a esa gente que no conocemos de nada, va. —Le di un empujoncito a Liz y nos acercamos al grupo.

Los amigos de Lizzy se presentaban a los de Peter. Una maraña de holas y otras modalidades de saludo me envolvieron. Sonreía a todo el mundo con la sensación de haber nacido para ello. Me envolvió la cálida sensación que me recorría el cuerpo cuando sentía que estaba agradando a los demás. Cada sonrisa que les arrancaba era mía, cada destello de sus ojos, cada sonrojo y cada piropo. Todo mío. Y yo, toda suya. Y me parecía un trato justo para pasar el rato.

Mis ojos tropezaron con los de James y por un incendiario segundo nos miramos sin conocernos, sin medirnos, sin odiarnos. Un escalofrío me erizó el alma y aparté la mirada, sintiéndome extrañamente expuesta, como si estuviera bailando desnuda por la ciudad y solo James me hubiese visto.

Miré a Lizzy. Habría querido quedarme a su lado durante el resto de la noche, beber, reír; una noche de chicas, nosotras contra el mundo. Pero ella tenía otros planes. Miraba a Colin embelesada. Orbitaban el uno alrededor del otro, como queriendo fusionarse en una sola ruta gravitacional. Y cualquier cuerpo ajeno a su pequeña ecuación sería probablemente aplastado hasta la muerte, así que decidí alejarme lo suficiente como para quedarme con la duda.

Eché a andar en la creciente oscuridad, dejándome llevar por el mudo impulso de mis pies, que parecían saber adónde iban. Los amigos de mis amigos se movían envueltos en chistes privados y suaves risas, cayendo cada vez más en el silencio mientras el guía nos llevaba de callejón en callejón contándonos historias. Algunas de ellas tenían una base real, podían ser verificadas en parte. Y otras muchas sonaban a maravillosos cuentos de viejas.

Caminaba con los ojos entrecerrados y el corazón muy abierto, paladeando la sensación de pertenecer. Era algo nuevo para mí. Cada andar sonaba como un *bodhran* levemente desacompañado. Parecíamos músicos de orquesta, afinando el alma, esperando a que llegara el director y nos invitara a tocar la canción más épica de nuestras vidas. O al menos así me sentía yo, en mi patetismo irremediabilmente musical. Los demás estarían pasándolo bien, como las personas normales. Como debería de ser.

Lizzy caminaba agarrada al brazo de Colin, fingiendo estar convenientemente asustada de vez en cuando. Se giró y me lanzó un guiño. Ya lo tenía, estaba claro. Sentí una levísima punzada de envidia. Tomé nota mental de preguntarle a Liz cómo conseguía fingir tan bien el papel de damisela en apuros en los momentos clave. Seguro que era algo que se podía aprender. Solté aire bruscamente. Seguro que no.

—No te crees nada de lo que el guía está contando, ¿verdad? Yo tampoco termino de creérmelo. Y habré escuchado esa misma historia trescientas veces ya. —James se había acercado en algún momento de mi monólogo mental.

—Ahm..., pues... la verdad es que no estaba escuchando —confesé—. ¿Qué historia es?

—Bueno, más que una historia es una teoría. Los romanos no llegaron nunca a Edimburgo, así que no tuvimos alcantarillado hasta bastante tarde. Lo suficientemente tarde como para sufrir la peste varias veces. Una de ellas fue tan devastadora que el rey decidió enterrar la vieja ciudad y con ella a todos los enfermos. Y edificar la nueva ciudad encima dejando a todos los infectados enterrados vivos debajo, pudriéndose poco a poco hasta morir. —Tragué saliva con dificultad—. Por eso es tan alto el casco antiguo. Está construido encima de otra ciudad.

—¿Me estás diciendo... que bajo nuestros pies hay un montón de cadáveres?

—No me acabo de creer esa historia..., pero Edimburgo está plagado de muertos. —James se acercó un poco más y clavó sus ojos en los míos—. Y fantasmas, claro.

—Me cago en t... —Golpeé a James, haciéndole callar. Pude sentirle sonreír en la oscuridad, maliciosamente divertido.

—Y ahora si me seguís —me interrumpió el guía—, entraremos en uno de los cementerios urbanos más famosos de la ciudad. ¿Queréis ir con linterna o sin linterna? ¿Os sentís valientes esta noche?

—¡Sí! ¡Sin linterna! ¡Sin linterna! —gritaron unos insensatos cuyos nombres no me llegaría a aprender. «Serán capullos», pensé—. ¡No necesitamos linterna! —Un escalofrío me recorrió la espina dorsal.

—Tranquila, Miranda. Solo son fantasmas. ¿Qué pueden hacerte? —dijo James en mi oído antes de adelantarse y unirse a los demás, que ya estaban cruzando la puerta del cementerio.

Pensé en quedarme ahí hasta que terminaran la visita, pero la idea de estar sola a escasos metros de un montón de tumbas terminó por convencerme y me apresuré para no quedarme atrás. Liz y Colin se cogían, muy monos, paseando entre los muertos como si estuvieran en los Jardines de Sabatini de Madrid, como si todo aquello fuera de lo más normal y romántico. Peter se afanaba en hacer chistes para las dos chicas que revoloteaban a su alrededor, encantadas por las atenciones. Solté un bufido de profunda apatía emocional. Miré a mi alrededor, valorando las demás opciones que la vida me ofrecía para charlar y reírme de mí misma..., y, en caso de necesitarlo más que el orgullo, agarrarme fuerte y pasar el mal trago. Pero la idea de aferrarme a un desconocido, o peor, hablar con él, no me llamaba lo más mínimo. Puse los ojos en blanco y me acerqué a James.

—Eh..., James..., ¿te importa si...?

—¿Si qué?

—Esto..., que si te importa si... hablamos un poco... —Me quería morir ahí mismo.

—No me digas que tienes miedo... —dijo James con un engreído tono de superioridad y divertidísima sorpresa.

—«Miedo» es una palabra muy fuerte. Digamos que... no me gustan mucho estas cosas.

—Ya. Que estás acojonada.

Me encogí de hombros y fruncí los labios en un gesto indefinido de no saber de qué me estaba hablando.

—Esta tumba parece ser una tumba normal, ¿verdad? —El guía nos llevaba de lápida en lápida contándonos historias terribles—. Bueno, mirémosla por detrás.

—Que miremos el qué, si no se ve nada sin linternas... —susurré sarcástica.

—¡Shhh! —me reprendió la rubia. Y en la oscuridad de la noche escocesa, sobrecogida por su fuerza y misticismo..., le hice el corte de mangas más majestuoso de la historia. James rio para sí.

—No seas tan cría, Miranda. Te ha levantado el ligue limpiamente.

—¿Qué me ha... qué? —respondí indignada.

—Sí. Peter. Míralo. Sería capaz de tirar su chaqueta al suelo para que la rubia esa no pisara el barro. Patético.

—A mí..., a mí Peter me da igual. —Levanté el mentón—. Me parece mono, claro. Pero no me importa. Quiero decir que me da lo mismo.

—Casi te creo —sonrió James.

—Por desgracia, es cierto. Soy... ¿cómo se dice...? ¿Emocionalmente inaccesible? —Me encogí de hombros—. Creo que así es como lo llamó mi ex.

—Vaya... Qué forma tan elegante de decir que eres difícil —sonrió sarcástico.

—Y que lo digas. Fue precioso. Me lo echó en cara muy galantemente mientras le dejaba en mitad de un restaurante. Pero, bueno, también dijo que era mala en la cama y eso sí que no es cierto, así que no sabría decirte. Fue bastante cómico, ahora que lo recuerdo. —Me llevé el dedo índice a la barbilla, pensativa—. Todo en él era calculado y preciso. —Suspiré—. Echo de menos cómo ordenaba mi armario.

—¿Cómo? ¿Qué? —dijo James invadido por la risa. Entrecerré los ojos.

Su risa sonaba a inviernos de libro, chimenea, sexo y coñac. Sonaba a subir montañas, comprar cachorritos y perderse en conciertos de rock.

—¡Y ahora vamos a iluminar un poquito esto y os voy a enseñar la verdadera cara de este cementerio! —exclamó teatral el guía sacándome de mis vacaciones mentales.

Empuñó su linterna y enfocó el reverso de la tumba. Una cara horrorosa, desfigurada por el dolor y la angustia, se dibujaba en la totalidad de la superficie de la lápida, junto con las dos manos de aquel desdichado que parecía luchar por salir fuera de la tumba. Pegué un grito, me apreté contra James y oculté mi cara en su abrigo. Desde allí pude oír murmullos de apreciación, sorpresa y algún que otro gritito de miedo dulzón de alguna chica del convoy. Estaba tan aterrorizada por aquella imagen que tardé un rato en darme cuenta de que todos los demás habían seguido andando y yo estaba inmóvil, anclada al suelo, sin poder moverme. Tardé otros dos segundos más en darme cuenta de que James me estaba abrazando suavemente, como quien sostiene una ráfaga de viento.

Mi estómago, mi cuerpo entero, empezó a burbujear. Podía notar cómo el calor se hacía con mis mejillas. Me estaba poniendo roja como un tomate. «¡Mierda!». Tomé aire y decidí arriesgarme. Me separé lentamente de James, y mantuve la mirada fija en el suelo.

—Eh..., ¿y los demás? ¿Dónde están los demás? —Giré la cabeza intentando encontrar al grupo de idiotas que dijeron que querían entrar a oscuras en el cementerio.

—Pues..., no lo sé, la verdad —respondió James con una calma absoluta—. ¿Estás bien? —Sus ojos, antes de frío azul oscuro, ahora parecían más bien del color de un lago al atardecer. «¿Un lago al atardecer...? Pero ¿qué...?».

—Sí, sí..., estoy bien. Gracias. —Era consciente de que cada vez estaba más colorada, y no podía parar. En cualquier momento entraría en combustión instantánea—. Solo me he asustado un poco..., ya sabes..., esa cara..., ¡puf! Prefiero no pensarlo. —Me pasé una mano por el pelo—. Deberíamos intentar encontrar a los demás...

—Sí..., mejor no quedarnos aquí..., solos. —Esa pequeña pausa antes del «solos» me puso la piel de gallina. ¿Qué narices le estaba pasando a mi cuerpo? Era como si los muñecajos de la película *Inside Out* estuvieran jugando a los bolos en la mesa de mando del cerebro. Estaba fuera de control—. ¿Quieres seguir con el *tour* o...?

—¿Cómo? —Abrí los ojos como platos. ¿Qué estaba pasando?

—No, lo digo porque si te da mucho miedo..., y aprovechando que los demás han desaparecido..., podemos irnos de cañas sin tener que dar explicaciones de por qué nos vamos.

—Ah, sí, sí... Buena idea, James... —asentí despacio, intentando darle tiempo a mi cerebro a pensar, pero estaba claro que algo raro estaba pasando allí y solo podía oír el eco de mi corazón, palpitando cada vez más y más fuerte—. Sí..., vámonos.

—Venga, te invito a tomar algo. —Me puso la mano en la cintura y me empujó con delicadeza hasta la puerta del cementerio.

Echamos a andar en completo silencio. La ciudad chisporroteaba a nuestro alrededor, melodía de viernes que sonaba a un estribillo que siempre te has sabido. La iluminación tenue, casi ámbar, rozaba con suavidad las paredes de las casas, hechas con piedra antigua, madera y siglos creciendo en enredaderas.

Le eché un vistazo rápido a James. Caminaba con la mirada perdida en algún punto delante de nosotros; una leve sonrisa parecía asomarle en los labios, siempre prontos a la ironía, y había en su paso un indescriptible aire aventurero que nunca antes había visto. Parecía cambiado. O a lo mejor era yo la que había cambiado la forma en la que le miraba. Sonreí en la oscuridad.

—Ya estamos. Es allí —dijo James sacándome de mi ensoñación. Señalaba a un antiguo pub de madera y grandes vidrieras multicolores.

—¿Es que todo lo escocés mola? —Pensé levemente molesta en voz alta.

—¿Crees que todo lo escocés mola? —me preguntó con una media sonrisa llena de sorpresa y genuino interés. Era una media sonrisa tierna, sólida, tremendamente atractiva, a diferencia de la que esgrimía su primo, que se limitaba a una manida arrogancia. «¿Les estoy comparando? Sí. Lo estoy haciendo».

—Eh..., bueno, casi todo. Sí. —Sonreí nerviosa cerrando los ojos—. ¿Entramos?

—Claro. Detrás de ti. —Me abrió la puerta y entré en la confortable semioscuridad del pub preguntándome cuándo narices había empezado James a ser amable conmigo y por qué.

Nada más entrar descubrí algo más. Le gustaba la música en directo. El pub estaba estructurado de manera que todas las mesas miraban a un escenario de buen tamaño y su correspondiente pequeña pista de baile. Eché a andar hasta la mitad de la pista, que esperaba vacía a que el grupo de la noche empezara a tocar. Di una vuelta sobre mí misma, arrancando una sonrisa a James, y señalé a una mesa pequeña cerca de la pista de baile, y un poco alejada del escenario. Un sofá curvo rodeaba por la parte esférica una mesa semicircular, dejando la parte plana justo enfrente de donde sucedía toda la magia. Una mesa privilegiada que no muchos sabrían apreciar.

—Curiosa elección de mesa.

—Aquí se escuchará mejor. ¿Ves esos monitores? Sí, mejor aquí — sentencié con el ceño fruncido, valorando la situación.

—Estoy de acuerdo. —Rio suavemente James.

—Este sitio es genial... —dije mirando alrededor.

—Me alegro de que te guste —exhaló con una media sonrisa él.

—¿Cómo lo descubriste?

—Mi hermano solía venir aquí siempre. —Un destello de dolor se hizo con sus ojos por un instante—. Te traeré algo de beber.

—Ok... —Algo había pasado, pero mi intuición me dijo que era mejor dejarlo correr.

Me senté complacida en el sofá curvo. No resultaba muy amplio. Estaba claro que era una mesa para dos. Apoyé el codo en la mesa y dejé caer mi barbilla en la palma de la mano. Solté un pequeño suspiro y casi sin quererlo me di cuenta de que era una de las mesas más oscuras de todo el local. Sin duda estaba sentada en la zona de las parejitas. Yo, como un halcón, había elegido esa mesa sin pensármelo dos veces o darle opción a James a decir nada. Yo solita.

«Pero qué estoy haciendo...». Tres cervezas después dejé de preguntármelo. Reíamos como si nos conociéramos de toda la vida. Contábamos chistes malos, nos rozábamos sin querer. Todo era tan perfecto que parecía sacado de un anuncio de El Corte Inglés. La banda tocaba versiones de clásicos rock, y nos las sabíamos todas. Nos testeábamos y James siempre me pillaba cuando fingía saberme la letra en inglés inventado. Yo me tocaba el pelo, él me sonreía por encima del vaso... y pasaron dos horas antes de que pudiera darme cuenta de que la noche, para todos los demás, había terminado. La música desapareció, el alegre murmullo del bar

se fue apagando, y para cuando se encendieron las luces éramos prácticamente los únicos rezagados que aún apuraban el sabor de la complicidad en ese último trago.

—Venga, te acompaño a casa. —James se levantó y me tendió la mano, en un gesto de galantería tan antiguo, tan pausado, que me pilló completamente desprevenida, como si nunca antes lo hubiera vivido. Y a lo mejor así era.

—Gracias. —Sonreí mirando al suelo, cogí su mano y dejé que me llevara de vuelta al mundo real, al frío de la noche escocesa, que resonaba en el fondo de mi corazón como el camino de vuelta a mi hogar.

Andábamos en silencio. Era muy tarde, y los pocos que aún quedaban despiertos vagabundeaban por la ciudad en busca de la última cerveza, el último baile, el último beso que robar antes de regresar a casa y volver a empezar otra vez, un día más.

Me temblaban las manos. Las metí en los bolsillos intentando recuperar el control sobre mí misma pero era imposible. Parecía como si mi cuerpo quisiera liberarse de mi mente, o al revés.

—James..., quería..., quería darte las gracias... por sacarme de ese horrible *tour*. No sé en qué estaría pensando Lizzy...

—No hay por qué darlas. Yo tampoco lo estaba pasando muy bien, si te soy sincero.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso? —James caminaba con las manos en los bolsillos del pantalón, mirando hacia el infinito, como si pudiera ver algo que yo no podía ver.

—Bueno..., digamos que octubre no es mi mes favorito del año... Ayer..., hoy no era un buen día para mí. Y además lo estabas pasando mal, sin ninguna necesidad. —Me miró a los ojos.

Aparté la mirada un bendito segundo antes de volver a sonrojarme por enésima vez en la noche. Me reprendí mentalmente. Parecía la absurda protagonista de una novela de amor barata. O peor aún: un personaje adolescente de un *anime* lleno de micromachismos lacerantes y absolutamente gratuitos.

Sacudí la cabeza con suavidad. Aquel hombre era un escurridizo y atractivo enigma y me veía a mí misma descifrándolo. Pero no pasaba nada. Siempre podría atribuirle mi estupidez a la irresponsable ingesta de alcohol de la noche. Siempre podría echarle la culpa al *rock'n'roll*, a Bob Dylan, al chocolate, o a París. No sería la primera vez e intuía que tampoco sería la

última. Y de todos modos, qué más daba. ¿Qué más daba si me sonrojaba pensando en James? ¿Qué más daba si quería seguir andando junto a él durante horas, si me hacía sentir como una mariposa o como la puñetera Sissi Emperatriz? ¿A quién podría llegar a importarle?

Sonreí en silencio, aceptando mi intoxicado monólogo interior como la certeza más absoluta de mi vida, y me acerqué a James, pasito a pasito, en lo que imaginaba como un movimiento sutil y de sinuosa cadencia. Vamos, que casi me caigo encima de él.

—¿Estás bien?

—¿Eh? Eh..., sí. Sí, gracias James. Sí. Estoy bien.

—Casi te caes. ¿Quieres que llamemos a un taxi mejor...?

—No. No. Quiero andar. Gracias. —Sonreí en mitad de mi patetismo extremo intentando parecer normal—. Prefiero andar. —«Mentira, ahora mismo prefiero morir achicharrada por un rayo y dejar de hacer el imbécil, gracias».

Me enderecé y seguí caminando, muy concentrada en poner un pie delante del otro y no caerme encima de nadie; tanto que no vi la puerta de mi casa hasta que la tuve a palmo y medio de distancia.

—Aquí es —dije con un hilo de voz.

—Bonita casa. ¿Vives... sola?

—Ahm..., no. No. Vivo con mi abuela. Ella... me ha acogido. Cuando llegué no tenía un duro y tampoco tenía muy claro qué hacer... Es una mujer... muy peculiar. Y tiene un gato que estoy segura de que fue un asesino en serie en otra vida, pero... la quiero. —No podía parar de hablar a velocidad supersónica—. Y le estoy muy agradecida. Tengo un cuarto enorme. Toda la buhardilla de hecho. Es bastante espectacular. Puedes subir y te la enseño si quieres... —Palidecí en cuanto las palabras salieron de mi boca.

—Gracias, Miranda... Quizá otro día. —James sonreía con tierna sorpresa. O al menos eso me pareció a mí. Que lo mismo era una mueca de desprecio absoluto, pero elegí «tierna sorpresa» mejor para apuntarlo en mi diario mental de «Momentos de mierda que no olvidaré jamás». Episodio IV. No puedo parar de hacer el imbécil. Ese podría ser un buen subtítulo.

—Sí..., otro día. BuenasnochesJamesquedescanses —solté de corrido mientras abría la puerta, cruzaba el umbral y volvía a cerrarla detrás de mí sin mirarle siquiera.

—Buenas noches —oí desde el otro lado de la puerta.

Subí las escaleras a medio trote, me desmaquillé con desgana y me tiré encima de la cama como si volviera de una guerra larga, fría y polvorienta. Tropecé con mis pensamientos y me concentré en ser una mota de ese polvo que, evidentemente, no iba a echar. Reí en la oscuridad de mi confuso fusilamiento interno. ¿Cómo podía ser tan desastre? ¿Cómo?

¿Y cómo podía ser que, en el fondo, lo disfrutara tanto?

XIV

Amaneció ruidosamente y sin mi permiso, mucho antes de que mi cuerpo decidiera que podía volver a ser persona. Intenté moverme con cierta coordinación para salir de la cama, pero solo conseguí enredarme más en las sábanas. Menos mal que no había nadie para verme fracasar tan aparatosamente como ser humano. Esta vez. En realidad había fracasado tantas otras veces antes como persona que ya ni importaba. Había perdido la cuenta y las ganas de contar. Para qué seguir engañándose a una misma pretendiendo ser lo que no se es.

Me enderecé entre el revoltijo de pensamientos y alcohol y aspiré con fuerza. «Ah, qué bien sienta un poquito de autodesprecio por las mañanas...». Me estiré y saqué un pie de aquel bucle de muerte y destrucción que tan bien conocía. Siempre es inteligente tomarse un café antes de empezar a odiarse a uno mismo. Y si puede ser con un poquito de *whisky*, pues mejor que mejor.

Me quité la ropa de la noche anterior y me metí en la minúscula ducha que mi abuelo había conseguido apañar en una esquina del desván. Según iba explorando mi nuevo hogar, tenía más y más motivos para sospechar que mis abuelos no vivían realmente juntos en sus últimos años. Sabía que era terrible, pero no podía dejar de fantasear con la idea de que mi abuelo se volvió un viejo ermitaño obsesionado con las estrellas y los libros, huyendo de todo contacto humano, hasta que murió. Aunque, bueno, lo mismo se hartó del gato y se refugió allí arriba sin más.

Salí de la ducha embutida en una toalla enorme y caminé de puntillas hasta el armario del fondo, donde había tenido la decencia de colgar mis cuatro prendas de ropa, alimentando la fantasía de que tenía una vida normal y esa era mi casa. Miré largamente mis dos pantalones, debatiéndome entre cuál de los dos ponerme.

Era muy extraño y maravillosamente liberador no poder elegir. Después de tantos años devanándome los sesos para que mi ropa y mi imagen casaran a la perfección con mi discurso artístico, con la identidad de mi música, con el imaginario de melodías que me traían y me llevaban por el camino de la amargura sin mirar muy bien por dónde pisaba..., de repente nada de eso importaba. De repente era solo yo. Y nadie estaba mirando.

No tenía que estar a la moda. Mi ropa no tenía que decir nada de mí, más allá de las cuatro evidencias que no puedes evitar ondear a tu paso. Mi imagen podía corresponder simplemente a mi circunstancia, no tenía por qué expresar mis inquietudes artísticas ni generar un contexto para mi música. Mis pantalones no tenían que elevarme a la enésima potencia, y mis camisetas no tenían que transmitir ninguna verdad universal. No tenía por qué ponerme tacones para que mi culo estuviera a la altura de las expectativas de los demás. Y tampoco tenía que pintarme para parecer.

No tenía que intentar decir nada con mi imagen, no tenía que fingir sonrisas en *selfies* de mierda ni ponerles filtro a mis fotos de Instagram. ¡Qué coño! ¡No tenía ni por qué subir una puñetera foto a Instagram!

Una carcajada tembló en mi estómago, explotándose en la garganta con el sabor de mil amaneceres por contemplar. De repente el mundo parecía un lugar deliciosamente inmenso, y yo una mota de polvo saliendo de la oscuridad, en completa libertad, anonimato y paz.

Dios. Podía ser que estuviese haciendo una soberana estupidez con mi vida. Allí sola, lejos de todo lo que conocía, trabajando en una librería, abandonando mi carrera a su suerte. Pero era mi vida. Y nunca me había sabido así de libre. Jamás.

Cogí los vaqueros más rotos, las bambas, una camiseta gris y un jersey de lana fina, color verde botella, que había encontrado en el armario y que imaginaba había sido de mi abuelo. La primera vez que lo puse en la lavadora la abuela me miró como si hubiese visto un fantasma. Cogió el jersey, lo sostuvo delante de su cara con los ojos cerrados durante casi dos minutos y me lo devolvió sin decir nada.

Cogí el abrigo que había dejado tirado en el suelo al lado de la cama la noche anterior y bajé las escaleras a pequeños saltitos, con las puntas del pelo un poco mojadas y la cara recién lavada de quien no tiene nada que demostrar.

—Vaya, estás despierta. Empezábamos a pensar que habías muerto.

—Buenos días, abuela... Buenos días..., Míster White... —dije negándome a decirlo.

—Que no me llames abuela. Me haces sentir mayor. Y a Míster White no le gusta. Nosotros nos sentimos unos jovencitos todavía, ¿verdad que sí? ¿Verdad que sí? —Cada vez que veía a mi abuela haciéndole carantoñas a ese asqueroso gato me entraban unas ganas loquísimas de tirarlo por alguna ventana.

—Sí, perdona, Agatha. Es muy temprano. No me funciona el cerebro bien.

—Muy temprano, muy temprano tampoco es, niña, que ya son las diez de la mañana. Llegaste muy tarde de fiesta. —No era una pregunta. Agatha nunca preguntaba nada.

—Un poco tarde, sí... —Bajé la mirada a los zapatos. Mierda. ¿Me pondría ahora alguna norma de convivencia aparatosa? «Con lo bien que he fingido ser normal hasta ahora...».

—A ver si aprendes a utilizar bien las palabras, niña. Llegaste muy tarde, y ahora es un poco temprano. A saber qué te enseñaron en el colegio. Qué desperdicio de infancia. Nunca creí en los colegios. Son fábricas de paletos sin talento ni nervio. Ya le dije a tu madre, ya..., que estarías mejor en casa... o aquí conmigo.

—¿Con..., contigo? —Mi madre nunca me había contado nada de eso. ¿Yo? ¿Vivir en Escocia con mi abuela? Abrí los ojos horrorizada por la idea..., y los volví a cerrar en cuanto terminé de imaginar cómo habría sido mi vida. Dios mío. Podría haber sido cualquier cosa. El romanticismo de una infancia en los bosques, leyendo libros demasiado avanzados para mí mientras tomaba café con mi excéntrica abuela en alguna pastelería rococó del centro, antes de que me bajara la regla por primera vez..., se hizo con mi imaginación. Sacudí la cabeza suavemente. No había sucedido. Nunca sucedería. Mi infancia en una fábrica de paletos no estuvo tan mal en realidad... En fin. Siguiendo.

—Sí, conmigo. ¿Por qué no? Yo crie y eduqué a tu madre. Que esto no es una competición, pero no sé yo cuál de las dos lo hizo mejor... —Me lanzó una mirada de superioridad y dejé escapar un pequeño resoplido.

—Tú, abuela. Tú lo hiciste mejor. —Sacudí la cabeza entregándome a la obviedad—. Me marcho a desayunar.

—¿Cómo que te vas a desayunar?

—Estoy muerta de hambre. Desayunar es normalmente lo que hago cuando tengo hambre por las mañanas..., abuela —dije desafiante.

—Me alegra comprobar que aún sabes qué se hace por las mañanas, aunque lleves tanto sin vivir una.

—¿Cómo que tanto? —pregunté con desconfianza.

—Hoy es domingo, querida —paladeó mi abuela mientras se ponía unos viejísimos guantes blancos de encaje.

—¿Domingo? Pero ¿y el sábado?

—El sábado muy bien, gracias.

—¿Qué? Espera..., ¿he dormido un día entero?

—Si no has salido de casa por el balcón, entonces sí; has dormido todo un día entero. No sé de qué puedes estar tan cansada, si te pasas el día colocando libros. ¡Tsk! Vayamos a desayunar, anda. Hoy eliges tú. Así haces algo. Te sentará bien —sentenció mientras salía de casa esperando ser obedecida. Me froté las sienes invocando a la divina paciencia pero nada. Suspiré, como triste sustituto.

—Pues vámonos.

Cerré la puerta tras de mí con resignación y una dulce sensación de familiaridad, la misma que sentí el día que salí de mi primer día de trabajo en el estudio de grabación. Qué poco sabía entonces y cuántas verdades había acumulado desde aquel día.

Eché a andar detrás de mi abuela siguiendo el paso de una idea a medio formar que no dejaba de revolotear en el fondo de mi cerebro, aleteando de manera intermitente, aferrándose a un recuerdo que no alcanzaba a vislumbrar. Fruncí el ceño queriendo atraparla, pero no había manera. Sacudí levemente la cabeza y la dejé marchar.

No me hacía faltar pensar adónde quería ir a desayunar. Adelanté a mi abuela, no sin esfuerzo, y la llevé casi a rastras a mi cafetería favorita del mundo entero.

—Nunca había visto a James así.

—Así, ¿cómo? —pregunté atragantándome levemente con el café. Nos habíamos sentado al lado de la ventana, en la zona de Lizzy. Agatha dio su aprobación a la mesa y a la cafetería quitándome el mejor sitio y siendo muy abuela, piropeando los ojos color miel de Lizzy cada vez que nos traía algo a la mesa y pidiendo siempre una cosa nueva.

—Pues entre enfadado y preocupado..., y un poco culpable también. Bueno, no lo sé. Al menos eso me pareció a mí. Claro, como ya no tienes teléfono, pues no te he podido avisar... —Lizzy hizo un gesto de impaciencia con la mano, interrumpiendo momentáneamente su continuo teclear en el móvil—. De todos modos ya lo verás en... diez minutos.

—¿Dief minutof? —pregunté con la boca llena.

—Sí. Viene hacia aquí. —Le lancé una mirada asesina con los mofletes hinchados de tostada con mermelada—. Me dijo que le escribiera si te

veía..., ¡en cuanto te viese! No sé qué has hecho pero prefiero mil veces que esté enfadado contigo a que lo esté conmigo. ¿Qué? ¡No me mires así! —La furia se hizo con mi entrecejo—. Nosotros somos familia, y tú acabas de llegar, ¡mejor que te odie a ti! —Se rio mientras volvía a la barra con su estúpida bandeja y su estúpido delantal.

—Mierdamierdamierdamierda... —espeté entre dientes.

—¿Quién es ese tal James? —Di un respingo en la silla. Me había olvidado por un instante que estaba desayunando con mi abuela.

—Es... mi jefe. —Bajé la mirada al plato y empecé a untar la segunda tostada con mermelada. Tenía que darme prisa en terminarme el desayuno.

—¿Tu jefe? ¿Y ya está enfadado contigo? Pero si solo llevas unos meses trabajando, niña. Qué capacidad de fastidiarla...

—Pero ¡si no he hecho nada! —repliqué con los ojos abiertos como platos. ¿Me estaba echando la bronca? ¿La abuela que me escribía una vez al año para hacerme llegar un estúpido juguete de madera?

—Ya veremos, ya veremos... —Soltó un aparatoso suspiro, metió la mano en su macrobolso, sacó dos agujas de tejer y un ovillo de lana verde lima y lo lanzó al suelo como si estuviera en su casa.

Volví a mi desayuno, derrotada. ¿Qué había hecho? ¿Qué había hecho? Lo último que recordaba era volver andando a casa por la noche con James... ¿Y qué más? Estaba un poco borracha, de eso estaba segura. ¿Tonteeé con él? «Dios mío, ¿tonteeé con James?». Me llevé las manos a la cabeza. ¿Me gustaba?

—Pero qué digo, si hace años que no me gusta un tío... Si soy una acelga con patas.

—Ah —dijo mi abuela levantando la mirada de su labor—. Ahora sí que se pone interesante la cosa. ¿Así que te gusta tu jefe? Genial. ¡Genial! Estaba a punto de darme por vencida contigo.

—Pero ¡qué dices! Yo no he dicho nada de que me guste James.

—Creo que es un buen momento para informarte de que piensas en voz alta. Al principio creía que lo sabías, pero luego me di cuenta de que no y me hacía tanta gracia... —Se llevó las manos a la boca como si fuese una niña de cinco años robándole los zapatos a su padre.

—Joder...

—De todos modos lo de años es exagerar. ¿No tenías un novio en Madrid?

—Sí, bueno, pero..., en realidad no me gustaba, creo... Creo que tenía un

novio porque me salía más barato que tener un perro. —Terminé la frase levemente escandalizada porque acababa de darme cuenta de cuán cierto era y cómo de tremendo era mi pasotismo emocional.

—Buena razón. —Y volvió a su labor, como si nada—. Y también por el sexo, imagino. Mucho mejor con un hombre que con un perro.

—Eh..., sí. Eso también —respondí horrorizada. ¿Estaba hablando de sexo con mi abuela? ¿De sexo con animales? «Por favor, que venga James YA».

Apuré el café del tazón y levanté la mirada. Lizzy estaba nerviosa. La podía ver manoseando las tazas, cambiándolas de sitio sin parar. Me miró y me hizo un gesto con la cabeza, abriendo mucho los ojos. Ya estaba aquí.

Cinco segundos después James entraba en la cafetería como un vendaval. Alto, fuerte y decidido. Con ese jersey verde oscuro que tanto me gustaba. Solté un suspiro involuntario, vanagloriándome en cada movimiento suyo mientras esquivaba sillas y mesas, fijándome en los pliegues de su ropa, en la poesía contenida de sus movimientos..., en sus facciones duras y su expresión... de cabreo absoluto. «Ay, dios». Un delicioso escalofrío me recorrió de la cabeza a los pies, dejándome una melosa sensación de picante calidez. ¿Estaba... cachonda?

—¡Miranda! —gritó en un susurro—. ¡Dónde cojones estabas!

—Ehm..., ¿en la cama? Espera: ¿de cuándo estamos hablando? —Me llevé la mano a la barbilla, en intensa concentración.

—¡Ayer!

—Ah. Entonces en la cama —contesté con una sorprendente calma bajando la mano.

—¿Estás enferma? No tienes cara de estar enferma. —Su cabreo dio paso a una suavísima nota de preocupación.

—Pues ¿sabes? Estoy empezando a pensar que lo estoy. O que lo soy. No lo sé. Puede que sea una persona muy enferma o una acelga increíble. Quién sabe —dije levantando el dedo como si fuera un profesor explicándole una cosa muy obvia a un alumno un poquito espeso.

—Pero ¿qué? —Se estaba exasperando. Normal. A veces era insoportable de verdad—. Miranda, ayer tenías que haber venido a trabajar. Y no te presentaste, ni avisaste de que no ibas a venir. ¿Qué tienes que decir al respecto?

—¿Que ayer tenía que haber ido a trabajar? ¡Y por qué nadie me lo dijo! —Me levanté de la silla de un salto. «¿Qué había dicho Maggy cuando nos

despedimos el viernes? Que ya estaba todo preparado para mañana... ¡Mañana! ¡No el lunes!»—. ¡Mierda! —solté mientras cogía mis cosas a toda prisa.

—¿Y ahora adónde te crees que vas? —resopló James perdiendo el raquítrico porcentaje que había heredado de la fuente inagotable de paciencia que tenía su madre.

—Voy a... ¿trabajar? —pregunté con una mueca de inseguridad.

—Vas veinticuatro horas tarde. —Toda la rabia adherida a su voz se esfumó en un corto suspiro. Mi abuela nos miraba embelesada, sin decir palabra, tremendamente divertida. Abrió la boca y antes de que pudiera decir una palabra le lancé una mirada de «a Dios pongo por testigo» que milagrosamente la hizo recapacitar. Se atusó el moño y siguió con su labor. —Te espero mañana en la tienda. Harías bien en comprarte un puñetero teléfono para que te pueda llamar cuando pasen cosas. —Apartó la mirada un segundo—. ¿Por qué no tienes un teléfono como una persona normal?

—Bueno, para empezar sí que tengo un teléfono, lo que pasa es que lo tengo siempre apagado. Tenía otro escocés, pero se me ha acabado el saldo. Y para terminar, se me da fatal ser una persona normal, la verdad...

—¿Y por qué narices lo tienes siempre apagado?

—Cosas malas pasan cuando lo enciendo. Es como la caja de Pandora pero peor —dije abriendo mucho los ojos y mirando a mi alrededor.

—Es verdad que se te da fatal ser normal. Sí. —Fruunció el ceño, aún más—. Mañana te quiero ver en la tienda a las ocho en punto. En punto, Miranda. —Y salió por la puerta hecho tormenta, sin que me diera tiempo a elaborar un último chiste de esos dolorosamente absurdos que solo me salían cuando estaba con él.

—Si ese muchacho fuese un animal, sería un lobo. Y yo le daría algo por lo que aullar —soltó mi abuela. Abrí tanto los ojos que pensé que iba a perderlos, víctima del horror y la risa que me causaba la imagen de mi abuela y James... «Basta, ¡basta! ¡No!». Eliminé ese tórrido pensamiento de mi cabeza y suspiré.

Me dejé caer en la silla. Todo lo hacía mal. Clavé la mirada en el techo. Podía sentir cómo una terrible y maravillosa sonrisa se hacía con mis labios poco a poco. James... ¿Cómo podía sentirme tan estúpida y tan increíble a la vez? Repasé con la mirada mis pintas de *enfant terrible* venido a menos, paseé los dedos por los pantalones y el jersey y los enredé en mis agonizantes rizados, que ya no me preocupaba en recoger. Cerré los ojos y me dejé mecer

por la cálida y suavemente agujoneante sensación de querer cometer un error menor... por primera vez en mucho tiempo.

Yo también querría darle algo por lo que aullar.

Hora y media después subía los escalones de casa de mi abuela en sincronía con mis pocas ganas de hacer nada. Cogí una de las hamacas de madera que encontré un día explorando, tiradas en un rincón, abrí la terraza y me tumbé al solecito de Edimburgo. Me puse las gafas de sol, los *in-ears* carísimos que me compré para los conciertos y que ahora usaba como cascos de música normales y los enchufé al iPhone para poner mi lista de reproducción favorita de Spotify y desaparecer.

Giré el teléfono en mi mano. Desde que llegué a Edimburgo lo había tenido en modo avión constantemente. Así que estaba virtualmente desconectada de todo lo que tenía que ver con mi vida de antes. Había comprado una tarjeta de prepago, pero cuando se me acabó el saldo, decidí no cargarla más, volver a poner la tarjeta española y dejar pasar el tiempo. Había algo muy liberador en vivir sin móvil. Y tan rápido como cociné esa paz temporal, me empaché de su espejismo.

La culpa surgió de la nada. Del mismo sitio del que salían las risas vacías y las bocanadas de aire ahogado, cojeando en la negación de una ácida y evidente verdad: que, frente a la opción de luchar, elegí correr. Huir. Desaparecer. Quise volver a empezar..., sin terminar primero con lo que me estaba matando por dentro. Y ahí seguía ese maldito virus. Esa sensación de que no me merecía ninguna alegría, que no valía una mierda y que iba a morir sola, desesperada y sin nada por lo que luchar. Que era un montón de basura circunstancial andante. Un fracaso parlante.

Me tapé los ojos con los brazos. «Hala, mi pequeño momento de paz, a la mierda». Espiré con brusquedad y me re Coloqué en la hamaca. Qué hacer, qué hacer... Mi cabeza iba a mil por hora. ¿Qué podría pasar si encendía el teléfono? Lo mismo no pasaba nada. Lo mismo todo el mundo se había olvidado de mí, como yo me había olvidado de ellos. Negué con la cabeza bajo mis brazos. Si se habían olvidado de mí como yo de ellos estaba jodida, porque era incapaz de irme a dormir sin pensar en quién fui, en quién intentaba ser cada mañana cuando estaba en Madrid.

Me incorporé y dejé vagar la mirada de tejado en tejado. No quería..., pero tenía que hacerlo. No podía seguir huyendo por huir. Tenía que

enfrentarme a mi pasado para fabricarme un presente, como en toda buena telenovela. «Joder».

Quitó el modo avión del teléfono.

En cuestión de segundos todos los iconos de la pantalla se llenaron de globitos rojos con números. Y las cantidades no paraban de subir. Una pequeña pompa de ego me hinchó el pecho, para explotar segundos después sabiendo lo que realmente significaba todo aquello: problemas.

Tenía cientos de llamadas perdidas. Tomás me había estado llamando incansablemente, todos los días. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Pobre Tomás. Me lo imaginaba preocupadísimo, pensando lo peor, preocupándose sin descanso por mí. Conociéndole, lo más probable era que se hubiera culpado a sí mismo de toda la situación. Una amarga acidez se hizo con mi estómago. Me sentía fatal. ¿Cómo podía haberle hecho eso?

Le seguía un porrón de llamadas de la discográfica y de mi *manager*, que parecía haber encontrado su verdadera vocación en hablar con mi contestador automático. Escuché un par de mensajes y colgué. Pensé en eliminarlos todos pero me gustaba la idea de que mi buzón de voz se llenara de desesperación ajena y nadie pudiese dejar más mensajes nunca jamás.

Abrí WhatsApp y escribí a Tomás el primero, asegurándole que estaba bien y que había decidido irme un tiempo porque no aguantaba más la presión de Madrid. No quise ahondar demasiado. Hay cosas que no se pueden explicar por un mensaje. Tomás se conectó justo en ese momento y dejé caer el teléfono en mi regazo. ¡Quería hablar con él pero no enseguida! Corrí a cerrar la aplicación y volví a poner el móvil en modo avión. Hablaría con él el primero. Pero aún no. Aún no.

Me levanté de la hamaca y puse mi mejor cara de Gladiator mientras fingía tocar campos de trigo con la mano. Suspiré tranquila. Si aun en momentos de mierda era capaz de ser tan existencialmente gilipollas, es que aún no estaba todo perdido.

Pasé el resto del día escuchando música y navegando por internet, tomando decisiones vitales como no volver a comer mantequilla normal nunca más y dejar los refrescos de manera definitiva porque menudos vídeos te encontrabas por ahí. ¿Es que la gente no tenía nada mejor que hacer que limpiar váteres con Coca-Cola y grabarlo en vídeo? No entendía nada pero, bueno, yo nunca entendía nada. Vi el vídeo otra vez y decidí no volver a beber otra cosa que no fuera agua, cerveza o café.

Me fui a la cama después del decimosegundo vídeo de *castings* de niños

asiáticos en programas de talentos musicales. Estaba hecha un mar de lágrimas. No entendía ni papa de lo que decían, pero eso era lo de menos. ¡Qué voces! ¡Qué maravilloso todo! Me puse el pijama canturreando en coreano inventado y me metí entre las sábanas de la cama con la sensación de tener el cuerpo más usado que de costumbre. Estaba agotada, cansada de huir emocionalmente de mis problemas. Esos niños de cinco años tenían tres veces más cojones que yo, que estaba camino de los treinta dejándome morir lentamente, aplastada debajo de sueños que no eran míos. Cerré los ojos. Mañana sería un nuevo día. Mañana empezaría a vivir otra vez, decidí. «A ver qué tal».

XV

Llegué a la librería media hora antes de las ocho, es decir, casi una hora antes de lo que solía llegar de forma habitual. Me acerqué con timidez a la puerta cerrada y golpeé suavemente con los nudillos. «¿Qué es lo que acostumbra hacer la gente cuando llega a estas horas a su trabajo?». Volví a llamar dando golpecitos en el suelo con la punta del pie. Era la impaciencia personificada. ¿Qué era lo que se suponía que tenía que hacer? Giré sobre mí misma y miré a mi alrededor. Era temprano, pero la calle ya estaba llena de movimiento. Gente que iba y venía, hablando por teléfono, escuchando música, subiendo y bajando de autobuses, leyendo el periódico o aparcando la bicicleta. ¡Uh! Quería una bicicleta...

La ciudad burbujeaba, llena de vidas por vivir, y se me escapó una sonrisa de secreta satisfacción pensando que la mía era una de ellas. Me había despertado con la decisión que esbocé la noche anterior adherida a los pliegues de mis manos, como si tan solo hiciera falta alargar los dedos para tocarla, y ahora podía sentirla, escalando por mis brazos para hacerse con mi sonrisa. Me sentía exultante y llena de vida. ¡Me sentía capaz de todo! Capaz de...

—Brrrrrrmmgrrrrmmmm.

—¿Qué cojones...?

Mi estómago rugió con tanta fuerza que por un momento pensé que dentro de poco me pediría la paga y me presentaría a su novia. Me llevé las manos al vientre. Había salido tan deprisa de casa que ni siquiera pensé en desayunar.

—Sí, sí. Vamos a por un café. Sí...

Eché a andar y tras cinco minutos callejeando sin mirar por dónde iba, alcé la mirada y allí, al otro lado de la calle, me devolvía al pasado la cafetería que encontré nada más llegar a Edimburgo rezando por una nueva vida. Tan bonita como recordaba la primera vez que la vi, con esas grandes cristaleras llenas de colores y las macetas colgantes llenas de flores que empezaba a sospechar que a esas alturas del año debían de ser de plástico.

Crucé la calle dando saltitos de impaciencia, reconstruyendo en mi cabeza los cruasanes que vi entonces, ese olorcillo a donut recién hecho y el café..., ese maravillosamente espeso café que parecía deslizarse a cámara lenta por la

garganta cuando lo bebías a sorbitos, intentando que durase lo máximo posible. ¿Por qué no habría vuelto desde entonces? Me hice a mí misma un mohín de desprecio y abrí la puerta con ilusión. Una suave ola de calor salió a recibirme.

Aún no era diciembre, pero ya no estaba en Madrid y el invierno ya hacía tiempo que se había hecho con la ciudad. Suspiré, levemente impresionada por el paso del tiempo. Llevaba casi tres meses en Edimburgo y parecía que llevaba allí toda la vida y tan solo una semana a la vez. Me desabroché el abrigo y me acerqué a la barra. Pedí un café y un bollo y, aferrada a ellos, busqué una mesa en la que deshacerme un rato. Había un montón de gente. Paseé, sorteando mesas y cafeinómanos, intentando encontrar la mesa en la que me senté entonces. Iba tan centrada en mi misión que de milagro no atropellé a una chica que quería salir y casi me comí a un hombre que estaba sentado tranquilamente con su periódico.

—Uy, perdone —dije sin mover la mirada de mi codiciada mesa. ¡Estaba libre! Tendría que llegar antes de que lo hiciera aquella señora mayor del abrigo blanco...

—¿Miranda? —Bajé la mirada reticente hacia el señor del periódico, que por supuesto resultó ser James. Pero ¿de qué iba la vida? ¿Acaso estaba atrapada en una estúpida novela romántica?

—Ho-hola, James. Perdona, no te había visto.

—Ya me imagino. —Dobló el periódico como lo haría un padre y me miró con una mezcla de reproche y diversión—. ¿Vienes mucho a desayunar aquí?

Había kilos de ironía en su pregunta. Tardé dos segundos más de lo que habría querido en pensar exactamente cuántos. El muy imbécil sabía perfectamente que a estas horas solía estar soldada a mis sábanas.

—Ya sabes que no. Lo mío es llegar tarde con cafés del Starbucks en la mano —respondí alzando la barbilla, como si tuviera motivos para estar orgullosa de tal afirmación.

—Sí, lo sé. Que nunca me traes uno, que la verdad es que ya que vas... —Hizo un gesto con la boca como de haber chupado un limón sin querer. ¿Quería que yo le comprase café? ¿Qué era ahora?, ¿su criada?

—Le llevo uno a tu madre, que bastante tiene con aguantar...nos —reulé en el último momento recordando que, técnicamente, él era mi jefe—. Y otro para mí, que hasta que no me tomo un par de cafés no soy persona. —Lancé una mirada hacia mi querida mesa, que había sido ocupada por la señora del

odioso abrigo blanco de plumas. Un abrigo blanco de plumas. ¿A quién se le ocurre? ¿Es que acaso iba a un concurso de imitadores de Michelin?

—¿Y cuántos llevas hoy? —preguntó divertido, el muy imbécil.

—Ninguno. Se podría decir que ahora mismo somos de la misma especie. —Le lancé una mirada lo más maligna posible y busqué desesperada algún otro sitio en el que sentarme. «Que no me tenga que sentar con él, que no me tenga que sentar con él...».

—Oye, quería disculparme si te hablé muy mal ayer. Yo... estaba un poco estresado, supongo. —¿Me estaba pidiendo perdón? Pero ¡si había sido yo la que había faltado al trabajo!

—¡N-no hace falta que te disculpes! Fue culpa mía. Me quedé dormida sin más. ¡Un día entero! ¿A quién le pasan esas cosas?

—Supongo que a ti —Sonrió con... ¿dulzura?

—Sí, a mí siempre me pasan cosas, la verdad. Ahora mismo una señora que en un ratito irá a competir en un concurso de imitadores del muñeco de Michelin me acaba de quitar la mesa que quería. Fíjate tú. —James se rio otra vez, con esa cascada de ronca masculinidad hecha música. «Jo-der Miranda...».

—Ven. Siéntate aquí. Yo ya me iba. Alguien tiene que abrir la tienda. Te puedes quedar mi mesa. —Estaba siendo amable. Otra vez. Abrí mucho los ojos—. Pero siéntate antes de que se den cuenta esos de ahí, que llevan un buen rato esperando para sentarse a esta mesa.

Me senté obediente y observé cómo recogía sus cosas. Cómo doblaba el periódico dos veces y lo alisaba contra la mesa. Cómo apilaba cuidadosamente los platitos y las dos tazas de café que, adiviné, eran ambas tuyas y lo dejó todo en la barra con una sonrisa para la camarera. Y cómo limpió la mesa, que apenas lucía unas pocas miguitas de pan, con un par de servilletas de papel, con el ceño levemente fruncido, como si no estuviera del todo satisfecho con el resultado.

—Listo —dijo divertido.

Había estado mirándole con la boca abierta todo el rato, como una imbécil, y me había pillado. No había podido apartar la mirada de sus manos, sus preciosas, elegantes y poderosas manos, sus movimientos cuidadosos, esos hombros, el hueso de la cadera que se adivinaba bajo la ropa, las arruguitas que le hacían los pantalones y... en fin. Que no había parado de mirarle como si fuera el primer puñetero hombre que hubiese visto jamás.

—Ahora ya es tu mesa. Puedes hacer con ella lo que quieras. —Sonrió

con picardía. Maldito bastardo... Ya estaba riéndose de mí otra vez.

—Bueno, lo que quiera, lo que quiera... —respondí sin pensar. «¡Mierda, Miranda! Eso tenías que pensarlo, ¡no decirlo!»—. Quiero decir que no podría llevármela a casa si quisiera, vaya. —Demasiado tarde. El daño ya estaba hecho. James se reía con esa suave risa suya tan profunda y ronca. Entrecerré los ojos. ¿Qué me estaba pasando?

—No, imagino que no te dejarían llevártela. —James se puso el abrigo en un solo movimiento y cogió su mochila de cuero negro del suelo—. Me voy a abrir. Te veo en... —miró el reloj— unos quince minutos. No te retrases. — Me miró con severidad para después dulcificar su mirada—. Si hubieras llegado diez minutos antes, te habría invitado a desayunar conmigo. —Sus ojos azul oscuro chisporrotearon con picardía. ¿Sería posible? ¿Estaba coqueteando conmigo?

Antes de que me diera tiempo a regañarme a mí misma por pensar semejante estupidez, James se inclinó, me cogió suavemente de la barbilla y rozó mi mejilla en un gesto tan liviano, tan etéreo que casi me pareció imaginarlo. El mundo quiso prenderse fuego a sí mismo en ese momento. Para cuando se marchó aún no había terminado de procesar el hecho de que James me había tocado, y mi cuerpo, tantísimo más sabio que yo, había comenzado a vibrar intensamente en lo que la parte más vergonzosa de mi cabeza llamaría «la danza del amor», porque en el fondo soy una puñetera cursi y doy mucho asco.

Tragué saliva con fuerza y clavé la mirada en mi café. «Bueno, podemos empezar a dar por cierta la afirmación de que me gusta un poco James». Bufé impaciente. ¿Un poco? Me gustaba James. Me gustaba mucho.

Me bebí el café de un trago y en dos mordiscos di cuenta de mi bollo. Me puse el abrigo. Sonreí a los directivos *wannabes* que querían mi mesa, «nuestra» mesa, y salí por la puerta de la cafetería decidida a pretender que todo estaba bien y que no había pasado nada. Iba a necesitar mucho café para afrontar el día.

Decidí pasar por el Starbucks como todas las mañanas y crucé la puerta de la librería un pelín pasada mi hora, como todas las mañanas. Dejé mi abrigo y mi mochila en el perchero del despacho y, como todas las mañanas, busqué a Maggy para darle su café y tomarme el mío con ella. Miré a mi alrededor y, como ninguna otra mañana antes, dejé un café *latte* largo en la mesa en la que solía trabajar James. Me escurrí entre las estanterías antes de que volviera y me fui a comenzar mi día con las risas de Maggy. Nos reímos

como colegialas, me sonrojé cuando me preguntó por el fin de semana, le conté un poquito más de mi drama personal y mis pequeñas desventuras en el mundo de la música y me disculpé mil veces por faltar el sábado. Aún no me sabía bien las fiestas de aquella pequeña ciudad. Decidí disculparme también un poco más por las futuras cagadas que cometería a este respecto. Maggy no paraba de reír. No sabía muy bien cómo, pero había terminado contándole a aquella mujer toda mi absurda historia. Me miraba con infinito cariño y me daba consejos que no eran en absoluto aplicables a mi situación pero que me hacían sentir calentita y tranquila, como si estuviese bebiendo ponche caliente en Navidad, sentada en la terraza al solecito, en casa de mis padres.

Pasé el resto del día colocando libros y reajustando estanterías. No vi las dos cajas de libros nuevos hasta bien entrado el mediodía. Estaban apiladas en una esquina del despacho, como si no quisieran estar allí. Era normal que no las encontrara: James solía estar en ese cuartucho siempre, revisando cuentas, haciendo llamadas o tecleando en el ordenador como si no hubiera un mañana, así que yo me pasaba el día intentando fingir que el despacho no existía y evitando entrar a toda costa.

Entré a hurtadillas en busca del sándwich y el batido de chocolate que me llevaba todos los días a la librería en la mochila para comer porque aún tenía el gusto culinario de una niña de primaria. Pensaba que con el tiempo iría adquiriendo un poquito de sofisticación, que los años me enseñarían a ser una mujer elegante y misteriosa, pero nada. Seguía siendo yo.

Estaba saliendo con mi preciado almuerzo cuando las cajas me saludaron tímidamente. «Eh, que aún te queda un porrón de trabajo», parecían decir, las muy putas. Me acerqué derrotada y abrí la de arriba. Eran libros de metodología y cursos de mierditas. *Cómo plantar tu primer árbol*, *Los secretos de una buena cocina* y cosas así. Bajé la caja y la arrastré hacia fuera. Esto tenía que ir al pasillo cuatro, así que la empujé hasta allí y la pegué contra una estantería. Luego los colocaría.

Me fijé de nuevo en los libros sin querer. Con el traqueteo había movido los que estaban más arriba y no pude evitar fijarme en uno. *Todo lo que debes saber sobre la industria de la música*. Le clavé la mirada como si fuera, yo qué sé, mi ex probándose algún vestido mío, y lo odié. Se me escapó una pequeña sonrisa imaginándome a Mateo con mi mejor vestido, uno largo de corte sirena de color granate que por supuesto me compró él. La sonrisa desapareció cuando me di cuenta de que probablemente le quedaría mejor a él que a mí. Cogí el libro con determinación y me fui a mi escondite favorito, en

la sección de fábulas y magia y demás cosas raras que James tanto odiaba y que a mí, por alguna extraña razón, me hacían sentir en casa. A ver qué era todo eso que tenía que saber.

Me senté a lo indio, saqué mi sándwich y le di un mordisco. Coloqué el libro sobre mi regazo, dando por hecho que todo lo que encontraría en sus páginas serían cosas que sabría de sobra. Pobre de mí. No me hicieron falta ni quince páginas para echarme a llorar.

«Lo primero que debes hacer si quieres dedicarte a la música es buscarte un buen abogado».

A buenas horas, mangas verdes.

Cerré los ojos y me pareció volver a estar allí.

Cerré los ojos y volvía a ser el 23 de febrero de 2010. Acababa de entrar por la puerta de Kooling Art y estaba a punto de terminar con mi futuro sin saberlo. Casi podría verme allí, con veintitrés años y sin tener ni puñetera idea del lío en el que me estaba metiendo.

—Pero ¿no debería buscar un abogado?

—Un abogado ¿para qué? Solo perderías más dinero y, Miranda, aquí estamos todos contigo. Todos queremos ganar dinero y para eso necesitamos que tú triunfes, así que no malgastes tu cabecita con esas cuestiones tan aburridas, que para eso tenemos al abogado de la empresa. Tu trabajo es crear —dijo Rodrigo con determinación.

Era mi primera reunión con Kooling Art y estaba nerviosísima. Había ido a la peluquería y, milagrosamente, habían conseguido domar mis rizos en un precioso recogido grecorromano. No parecía yo, y después de ese comentario de aquel desconocido en el que tendría que aprender a confiar, tampoco me sentía yo. Me estrujé las manos con tanta fuerza que por poco me rompo un dedo.

—De todos modos me gustaría buscar uno para llevar mis cosas personales..., ya sabéis, facturas y esas cosas...

—Miranda, no necesitas nada de eso. ¡Ahora has firmado con una gran empresa! Nosotros nos ocuparemos de todo lo que haga falta. Tú solo tendrás que hacer música... y cuidarte. Claro. Lo más importante es que... —clavó su mirada en mis pies y fue subiendo muy poco a poco, desmontando mi cuerpo pieza por pieza— te cuides mucho.

Aquella reunión sería la primera y única en la que vería a todos los

directivos de la empresa juntos, demostrando que eran conscientes de mi existencia. Había un total de nueve hombres trajeados, con sonrisas de pega, esperando pacientes a que firmara el contrato.

—Ja... —Intenté reír—. Sí, supongo que tienes razón..., pero antes me gustaría leer el contrato si os parece bien.

—¡Por supuesto! Por supuesto. También podemos leerlo aquí contigo. Estamos todos reunidos, así que cualquier pregunta que tengas, la podremos comentar entre todos, sin ningún problema. ¿Verdad, chicos? —Todos respondieron con movimientos de cabeza y miradas ausentes. Realmente les importaba una mierda cualesquiera que pudieran ser mis preguntas. Estaban entrenados para contestar palabras vacías que podrían significar cualquier cosa, pero eso yo no lo sabía, por supuesto—. Lo más importante es que dejemos esto firmado hoy, para que podamos trabajar y estemos todos motivados y contentos por esta nueva gran amistad, jajaja. —Su risa era como papel de lija mojada. No me gustó nada.

Media hora y cuatro preguntas después me sentía tan acorralada que solo quería llorar. Maldije mentalmente la negativa que le di una y otra vez a mi padre de que me acompañara a esa reunión que, según creía, era solo de contacto. Odiaba la idea de necesitar a mi padre para cosas de trabajo, pero aquello no era una cuestión laboral: era un festín de lobos y yo era el corderito, asustado e idiota, que no sabía dónde se había metido. Pero en ese momento, sin saber qué estaba haciendo, pensé: «¿qué es lo peor que podría pasar?», sin tener ni la más mínima idea del mundo en el que me estaba adentrando. No era capaz de imaginar las consecuencias. Cogí el bolígrafo que me tendían y firmé el peor contrato que se haya escrito jamás, con tantas lagunas como promesas vacías y con unas intenciones veladas tan elevadas como los porcentajes que se pensaban cobrar. Firmé el final de mi vida tal y como la conocía. El comienzo del fin de mí misma.

Aparté la mirada del libro con lágrimas en los ojos. Dios mío. ¿Cómo había podido ser tan idiota? ¿Cómo? Me sequé las lágrimas con la servilleta en la que había envuelto el sándwich y me puse a sorber con fuerza el batido de chocolate, notando cómo las lágrimas me seguían cayendo por las mejillas a tropel, mojando un libro que no era mío, ilustrando una vida que ojalá tampoco fuera mía. Y así, acurrucada contra una estantería y hecha una auténtica mierda, peleándome con un batido de chocolate, me encontró mi

jefe.

—¿Se puede saber qué haces? —Me miraba con una mezcla de enfado e incredulidad de lo más graciosa.

—Nada. Llorar.

—Ya veo, ya. ¿Se puede saber por qué?

—La verdad es que no. —Me levanté con las migas de una dignidad devorada durante años por el miedo y la vergüenza y fingí una sonrisa—. Estoy bien. Era una chorrada.

—No parece una chorrada. —Me estaba mirando tan profundamente que por un segundo pensé que podría verme las bragas. Me sonrojé y aparté la mirada.

—Lo es. En serio. Yo... me compraré este libro. Lo he echado a perder y... de todos modos me vendrá bien tener algo que... leer para distraerme —terminé, dejando que mi mirada vagara por los cientos de libros que nos rodeaban.

—*Todo lo que necesitas saber sobre la industria de la música.* Sí, desde luego es una lectura ligera y divertida —se mofó James mientras me quitaba el libro de las manos—. ¿Y se puede saber qué parte es la que te ha emocionado tanto?

—Eh..., bueno..., el autor se ha puesto a poner... ejemplos de éxito... —mentira— y ha contado una historia de una chica que... —mentira—, contra todo pronóstico, consigue triunfar... —mentira— a pesar de estar enferma de cáncer. —Mentira, todo mentira y además iría al infierno por usar el comodín de la enfermedad—. Y me he emocionado, claro. —«Pero qué estoy diciendo...».

—Ya... En ese caso tendré que leérmelo. Suena interesante. Déjame cuando lo acabes —sonrió socarrón el muy imbécil, dejándome ahí, sola con mi vergüenza y mi soledad. Sola con mi batido.

Me llevé el libro a casa. Lo sentía arder dentro de la mochila. Parecía palpitar con rabia y desazón. Cogí un poco de pan y queso de la cocina según llegué, subí de dos en dos los escalones que llevaban a mi cuarto y me disculpé con mi abuela a voz en grito por no acompañarla para la cena. Necesitaba leer un poco más. Necesitaba pensar.

El resto de la semana pasó sin sentir. Me pasaba las noches enteras

leyendo mi nueva biblia y recordando sin parar cada uno de los errores cometidos. Cómo firmé lo que no debía firmar, cedí en lo que no debía ceder, hice lo que no debía haber imaginado ni siquiera y di mucho más de lo que tenía para dar. Me revolví en mi mierda, flagelándome mentalmente, obligándome a recordar todo aquello que me moría por olvidar. Me retorcí en los rincones más oscuros de mi mente, envenenándome lentamente, devorando mis días convirtiéndolos en una pasta maloliente llena de vergüenza, pus y soledad.

De cuando en cuando un tímido destello de sentido común se hacía con mi cabeza diciendo cosas como «no es para tanto», «aún estoy viva» y «no hay nada que no se pueda arreglar», pero cada vez que eso ocurría un ejército de arañas mutantes trepaba por mi garganta derritiendo con ácido y bilis las pocas excusas que podía encontrar para sentirme dichosa.

Antes creía que sabía lo que era estar mal, pero aquella semana fue, realmente, la peor de mi vida. Me había alejado de todo aquello, pero todo ese asco, ese dolor, esa rabia que había estado conteniendo a duras penas durante años se hizo con mi alma y me ardía el cuerpo entero de indignación y odio. Sí. Odio. Ese sentimiento que pensé que jamás sentiría. Y ahí estaba yo. Colocando libros a miles de kilómetros de los bastardos que me habían jodido la vida. Sin luchar. Sin pelear por lo que era mío. Y no podía soportarlo más.

El fin de semana lo pasé en casa, absolutamente deprimida y avasallada por mi dolorosa verdad. La rabia se quemó a sí misma y dejó paso a la apatía más apabullante que jamás había sentido. Me daba todo igual. No quería comer. No podía dormir. Ni pensar en ducharme, salir a la calle o hablar. Llegó el lunes y no fui capaz ni de salir de la cama para avisar de que no iba a ir a trabajar. Mi abuela subió para comprobar que seguía respirando, intentó hablarme pero me abandonó a mi suerte al cabo de un rato, enrabiada por verme así.

Yo sabía que en realidad no tenía motivos para estar tan hecha mierda, pero no lo podía evitar. Sí. Me habían explotado. Sí. Me habían robado mis canciones y un porrón de dinero. Sí. Se habían aprovechado de mí y me habían hecho dudar de mí misma. Me habían hecho sentir como una vaca absurda y fea que no sería capaz de triunfar jamás. Me habían intentado convencer de que no valía nada, que era un puñetero despojo humano que ellos podían ordeñar..., pero mi pena, mi dolor, mi rabia residían en el hecho de que habían conseguido convencerme de que me merecía todo aquello y

que durante años esa fue mi verdad. Estaba realmente enfadada conmigo misma. Cuando me di cuenta, empecé a llorar. Era todo culpa mía, y una vez que empecé a llorar, no pude parar.

Para cuando consiguió llegar el martes apenas me quedaban lágrimas. Estaba tirada en la cama, cuarto día sin duchar, decidiendo qué raja del techo me gustaba más, cuando oí que alguien subía por las escaleras. Supuse que era mi abuela para comprobar que seguía viva e intentar convencerme de que comiera algo otra vez. Giré la cabeza hacia la ventana, dándole la espalda a la escalera, dejando el cuello expuesto para que Agatha pudiese comprobar mi pulso y me dejara en paz. Sabía que no estaba siendo justa, pero ¿qué era justo en la vida? Solo quería desaparecer un poco, nada más.

XVI

—Dios mío, estás hecha un asco. —Lizzy me miraba como si fuera un sapo diseccionado que tuviera que reanimar con el boca a boca.

—Li..., Lizzy, ¿qué haces aquí? —Entrecerré los ojos, levemente sorprendida dentro de mi pasotismo absoluto.

—Tu abuela me avisó de que algo iba mal y he venido a verte. No me esperaba que fuese tan, tan mal. ¿Cuántos días llevas sin ducharte?

—Pues..., no..., no lo sé, la verdad.

—Qué asco. Pues vamos a empezar por ahí.

—No, no quiero, de verdad... No hacía falta que vinieras... Estoy un poco... enferma, sin más —mentí fingiendo una tos de lo más absurda.

—Sí, claro. Enfermísima. Vamos. Levanta.

—No, en serio. Si pudieras decirle a tu primo que estoy fatal y que aún no puedo ir a trabajar, yo... te lo agradecería mucho —dije apartando la mirada.

—Se lo puedes decir tú misma. James está aquí.

—¿Cómo? —Abrí los ojos como platos.

—Llevas dos días sin aparecer por la tienda sin avisar. Está realmente preocupado, la verdad. Yo pensaba venir a verte al terminar mi turno pero se ha presentado en la cafetería y cuando le he dicho que aún no sabía nada de ti me ha obligado a salir corriendo y dejar mi turno a medias. Verás la bronca que me va a caer mañana...

—Lo siento..., yo... Pero ¿que está aquí de verdad? —dije incorporándome en la cama.

—Sí. No quiso subir directamente porque..., ya sabes..., podías haber estado... menos decente que ahora... Aunque estás hecha una mierda, no me puedo imaginar qué podría ser peor que esto.

—Joder, cómo te pasas, Lizzy. Estoy deprimida. Es lo normal. —Abracé las mantas sintiendo cómo mis mejillas se encendían de la vergüenza.

—Tú lo que estás es gilipollas. Sal de la cama. Ya.

—No.

—He dicho que salgas.

—Que no voy a salir.

—Ah, ¿sí? —Lizzy me miró con absoluta maldad—. ¡Jaaaaaames!
¡Jaaaames!

—¡Espera! ¡Nonononono! —siseé.

—¿Sí? —respondió James desde abajo—. ¿Puedo subir ya?

—¡Nononono, por favor, Lizzy, NO! —grité en un susurro.

—¡Aún no! —Sonrió triunfante, la muy guarra—. ¡Enseguida te aviso, pero todo va bien! ¡Está bien!

—¡De acuerdo! ¡Avísame cuando pueda subir! —No podía creerme que James hubiese venido a mi casa y que estuviera preocupado por mí, una bolsita de mierda hacedora de canciones que pertenecían a otros.

Mi corta pero intensa carrera en la música había destrozado mi autoestima como un petardo revienta un pastel. Y uso esa imagen mental porque es bastante inocua, absurda y letal. Para el pastel. O sea, yo. Y ahora ese pastel destrozado era incapaz de sentir que era nada más que deshechos de una ilusión ajena, que no se merecía ni la más mínima atención de los demás. Quizá por eso había estado saliendo con el impresentable de Mateo, porque me hacía caso y a la vez conseguía que me sintiera mal conmigo misma, me recordaba lo pequeña e insignificante que era en ese y cualquier otro mundo. Y quizá por eso no me había enamorado desde hacía años. No me sentía digna de nada.

Lizzy llamó a mi abuela y me sacaron de la cama a rastras. Me arrancaron el pijama con más determinación que delicadeza y me empujaron a la ducha. Parecía que llevaban desnudando y duchando a gente toda la vida. Lizzy bajó la mirada, un poco cohibida por verme ahí, como dios me trajo al mundo, pero a mí me daba igual. Había conseguido una chispa de actividad neuronal en mí cuando mencionó a James, pero poco a poco había vuelto a mi encefalograma plano emocional en el que tan bien me sentía.

Lentamente empecé a hablar. Mientras Lizzy me lavaba el pelo y mi abuela me pasaba la esponja por el cuerpo con extenuante delicadeza, yo empecé a hablar. Las palabras parecían encontrarse las unas a las otras en medio del caos, desgranando mi vida para consumo ajeno. Les conté mis patéticas aventuras, y un poquito más. Cuando empecé a formular en frases mi rabia, mi arrepentimiento, la vergüenza que me daba no haberme querido nunca y lo ridícula e impotente que me sentía, no pude parar. Me miraban en silencio, dejándome perder el norte de mi discurso.

Me secaron con la toalla y me ayudaron a vestirme de nuevo. Me puse otro pijama, uno limpio y de algodón muy fino que no reconocí como mío. Mi abuela me sentó en el diván, se colocó a mi lado, cogió mis manos entre las suyas y me miró fijamente, terroríficamente seria. Alzó una mano y la

acercó a mi mejilla. Cerré los ojos, esperando la caricia..., y me dio la madre de todas las tortas. Si hubiese un santoral de hostias, aquella habría sido santa Torta de Asís probablemente, adorada por siempre por las abuelas coléricas.

—Puede que tú no te quieras, pero yo te quiero. Tus padres te quieren. Tus amigos —señaló a Lizzy, que me miraba levemente sonrojada por ser testigo del momento más patético de mi vida— te quieren. Eso debería significar algo. Por lo menos tienes un sitio por el que empezar a construirte. Idiota.

Me echó una última mirada, se levantó y, sin decir media palabra, quitó las sábanas de mi cama, puso unas nuevas y desapareció escaleras abajo. Lizzy se había quedado helada en mitad de la habitación. Abrió todas las ventanas, me tocó el hombro sin mirarme y bajó las escaleras en silencio. Poco más había que decir en realidad.

El frío se hizo con mi piel, arrancándome una sensación de paz y libertad maravillosa. Estaba hecha para el frío, estaba claro. Dejé que el viento me enredara el pelo. Una leve sacudida de ansiedad me volcó el estómago. Las palabras de mi abuela se arremolinaban a mi alrededor, como niños pequeños acechando a una piñata. Me habría gustado quererme a mí misma sin más, pero intentar merecer el amor gratuito de amigos y familia... definitivamente era un buen sitio por el que comenzar.

Pensé en mi familia y una punzada de culpabilidad me atravesó el estómago. Nunca les había contado la verdad. Resoplé. Empezaba a pensar que la hostia que me había dado Agatha había sido poca cosa en realidad. Cerré los ojos, intentando no pensar.

Noté una leve presión en la mano derecha. Dos ojos azul oscuro me miraban con una intensidad animal. Mi corazón perdió un latido cuando procesó que era James. Se acercó un poquito más y tiró de mí hasta que me levantó del diván. Tenía el pelo mojado y el pijama se me pegaba un poco al cuerpo porque no me había terminado de secar, y empecé a temblar. James me atrajo hacia él y me abrazó suavemente. Dios mío, qué bien olía ese hombre. Su cuerpo irradiaba calor. Me acurruqué en su pecho y cerré los ojos. «Podría quedarme aquí para siempre...», pensó una parte de mí. «Claro, a ver cómo le convences para que se quede aquí contigo a vegetar para siempre, bolsita de basura». Sonreí ácidamente. Tenía razón. La peor parte de mí siempre tenía razón. James me arrastró hacia la cama. Se sentó conmigo y yo no le solté. Y me quedé dormida ahí mismo, aferrada a él. Oyendo su corazón palpar una y otra vez. Hasta que el universo se hizo lluvia, ceniza y

miel.

Desperté a las pocas horas. No recordaba muy bien qué había pasado, pero nada más abrir los ojos sabía que algo había cambiado. Me sentía... distinta. Me sentía. Lo cual ya era una novedad en sí misma. Relamí el tiempo un poco más y terminé de abrir los ojos.

James.

James estaba en mi cama. Dormido. «¿En mi cama? Pero ¿cómo ha llegado hasta aquí?». Mi cerebro iba a mil por hora. ¿Qué había pasado? ¿Cuándo había aparecido este hombre aquí? ¿Y qué hacía... ¡en mi cama!? ¡A mi lado! ¡Abrazándome! Tenía que salir de ahí. Tenía que encontrar respuestas. Intenté no moverme mucho. Quería salir sin despertarle y... «¿Y qué? Pero ¿tú estás imbécil? ¿Hay un hombre de toma pan y moja en tu cama y tu primer instinto es salir pitando? ¿No pensar en follar ni en meterle mano ni nada? ¡Estás fatal!». Me sonrojé como un tomate y paseé la mirada por su cuerpo. Estaba tumbado en el lado derecho de la cama, con una pierna fuera, apoyada en el suelo. Estaba relajado, tranquilo. Sus músculos se extendían por mi colchón como si este pudiera absorber todo su estrés de una tacada. Tenía el entrecejo levemente arrugado y los labios relajados, como si estuviera a punto de hablar en cualquier momento. Alcé la mano dubitativa y la hundí en su pelo. James se movió levemente, como un gatito complacido con una caricia. Le pasé la mano por el pelo un par de veces más, incapaz de contenerme.

Me acerqué a él y pegué mi cuerpo al suyo. Le tenía tan cerca que podía oler su *aftershave*, su jabón, su desodorante..., todo en una embriagadora fragancia llena de posibilidades y sexo salvaje. A eso olía James. A posibilidades y sexo salvaje. Mi cuerpo pareció encenderse por mil sitios distintos con tan solo formular el pensamiento. Incapaz de contenerme, bajé la mano, acariciando su torso, y la dejé en su entrepierna. James dio un ligero respingo en sueños. Seguía respirando con normalidad. Palpé el terreno con delicadeza. Parecía estar muy bien dotado. Aumenté la intensidad de mi tocamiento, tan lascivo como ilegal, rozando la violación en realidad, mientras mi propia entrepierna no paraba de agitarse, vibrar y gritar. Alcé la mirada para hundirla en la suavidad de sus labios y su pelo y su forma de preocuparse en sueños y me encontré con unos ojos hambrientos de más. De más tocamientos, de más descaros. De más. Me quedé inmóvil,

completamente anclada en él. James pasó de la ardiente sorpresa a una pícaro sonrisa de complicidad.

Sin decir nada, metió la mano debajo del pantalón de mi pijama y me buscó. Y me encontró. Me frotó con fuerza e insistencia hasta que mojé las bragas tanto que ya no podía ni pensar ni moverme. Me sobraba toda la ropa, el tiempo, el universo... Solo le quería a él. Como si me hubiera leído el pensamiento, me arrancó los pantalones y las bragas y me dejó ahí, debajo de él, a una distancia terrible, medio desnuda y sin saber muy bien qué parte de su anatomía mirar. Tenía tanto en lo que perderme...

Con un movimiento le tumbé de nuevo en la cama y me senté a horcajadas sobre él. Le desabroché los pantalones y se los bajé hasta que pudo deshacerse de ellos con los pies. Me miraba divertido, dejándose hacer. Llevaba los típicos calzoncillos bóxer ajustados. Los únicos que puedes ponerte si esperas follar alguna vez. Metí la mano por debajo y le toqué. Cogí su glorioso pene (porque no había otro adjetivo para aquello) y lo surqué de norte a sur. Un gemido escapó de sus labios, denso y ronco, encendiéndome más de lo que creía que era capaz de aguantar. Me deshice de esa desdeñable prenda de ropa, tan molesta a veces, y me deslicé sobre su glorioso pene, sin dejarle penetrar. Un escalofrío de placer me recorrió el cuerpo cuando James volvió a gemir, de esa manera tan grave y rasposa que encendía cada nervio de mi cuerpo. Me deslizaba hacia delante y hacia atrás, cada vez más rápido, montándole sin montar, dejando crecer las ganas de más. Me apoyé sobre las palmas de las manos y acerqué mi cara a la suya. No acababa de creer del todo que estuviera follándome a James. Yo. Y era fantástico, era genial. Acerqué mis labios a los suyos y le besé, por primera vez, con ansia viva de él. Su lengua se hizo con mi boca y gemí. Le quería dentro de mí. Todo el rato. Sin parar. Alcé la pelvis y permití que, totalmente erecto, tanteara mi cuerpo. Estaba tan excitada que no podía ni pensar. Noté que James encontraba el camino y solté un suspiro de satisfacción. Un suspiro de libertad. Dios mío. Era genial. Me incorporé y galopé. Con decisión y coraje. Iba a llegar al orgasmo. Iba a llegar. Iba a...

—¿Miranda? Miranda, ¿estás bien?

—James, James...

—Sí, soy yo. ¿Estás bien? ¡Despierta! —James me zarandeaba, completamente vestido con cara de incómoda extrañeza. Me llevé las manos a la vagina de manera instintiva—. Estabas teniendo una pesadilla.

—Una... ¿pesadilla? —pregunté, completamente colorada.

—Sí, no dejabas de gemir y de retorcerte. Parecía que estabas pasándolo fatal.

—¿Sí? —Sí. Estaba pasándolo fatal. FATAL.

—Sí. La idea era que durmieras y descansaras, pero no podía verte sufrir más... —Parecía realmente preocupado. En ese momento descubrí que poco a poco había aprendido a interpretar cada pequeño pliegue de su cara, y una susurrante preocupación se había hecho con su entrecejo. Cuándo, cómo y por qué había aprendido a hacerlo era otra cuestión mucho más difícil de entender—. ¿Estás bien? ¿Qué estabas soñando?

—Esto... —«Estábamos follando salvajemente, James. Estábamos follando salvajemente y era maravilloso»—. Esto... —Me moría de la vergüenza. Podía sentirme hervir por dentro. Seguro que se podía freír un huevo en mi cara—. No lo recuerdo. —Desvié la mirada. «Por favor, tierra, trágame ya. YA».

—Bueno, ahora estás despierta y creo que un poco mejor. Aunque pareces acalorada. ¿Tienes fiebre? Déjame mirar. —Y apoyó su mano en mi frente. A lo loco. Sin avisarme antes ni nada. Un pequeño escalofrío de placer recorrió mi cuerpo y se hundió profundamente en los pliegues de mi entrepierna. Solo cuando retiró la mano lentamente me di cuenta de que había estado conteniendo la respiración—. A lo mejor tienes unas décimas... Pero no parece gran cosa. —Pues yo me sentía morir en una hoguera de pasión, como si fuese una actriz de telenovela mejicana de bajo presupuesto.

Los ojos de James parecían desprender calor. Calor que gustosísimamente mi cuerpo absorbía, dichoso de sufrir un calvario tan dulce, lento y tortuoso. James se apartó de mí con suavidad y murmuró algo de una sopa, no sabría decir muy bien el qué; estaba demasiado ocupada prestando atención a diferentes partes de mi anatomía. Había pasado de sentirme desaparecer en la nada a ser el puñetero centro de una supernova. Y todo por culpa de un tío. No de un tío cualquiera, es verdad, pero joder: por culpa de un tío. Mi feminista interior y la exterior rugían de indignación y amor propio. Pero mi vagina decía otra cosa totalmente distinta y hacía tanto que no hablaba que la dejé hacer, qué queréis que os diga. Tampoco sería la primera vez que alguien conseguía salir de una semidepresión gracias al sexo..., ¿no? Aunque a lo mejor solo necesitaba vomitar mi dolor para quedarme vacía y volver a empezar. A lo mejor había sido gracias a la pobre Lizzy, que en menudo cuadro de amiga me había convertido. Ladeé la cabeza, con una media sonrisa cómplice, sabiendo que la cura había sido la hostia que me acababa

de dar mi abuela... y probablemente lo de hablar con alguien con absoluta franqueza y deshacerme del peso del aislamiento emocional en el que me había enclaustrado a mí misma. Mucho más que destrozar un libro y tirarme cuatro días en cama, estaba claro. Me pasé la mano por el pelo y fingí que estaba fenomenal. Barajé en mi cabeza la posibilidad de alegar necesidad extrema de sexo curativo para poder tirarme a James todos los días. Como si fuera una medicina infalible, la única que me podría curar. Sí. Quería que me curara pero bien.

James apareció a los pocos minutos con un bol humeante y una cuchara, así que lo de la sopa parecía que iba en serio. Se sentó en la cama obligándome a incorporarme del todo y me puso el bol en las manos sin mediar palabra. Me llevé la cuchara a la boca bajo la atenta mirada de mi nueva niñera y comí sin ganas, concentradísima en el ir y venir del cubierto. Satisfecho con la ficción de mi inexistente apetito, se levantó y empezó a merodear por mi ático. Se movía con tranquilidad, como si conociera todo aquello, como si ya hubiese estado allí antes. Me removí en la cama. Estaba terriblemente incómoda y cachonda y no podía tomarme la sopa en serio.

—¿Qué es esto? —James se agachó para recoger algo del suelo. Era el libro que me había obligado a mí misma a comprar la semana pasada. En un arranque de ira lo había destrozado y pateado, le había arrancado varias páginas y había terminado tirándolo contra una pared, intentando poner espacio entre mi conciencia y yo.

—Un libro —contesté desafiante, con un leve temblor en los labios. No quería hablar de ello con James. Me sentía estúpida y ridícula por haber sufrido tanto con mi carrera musical de mierda... y no quería que él lo supiera. Él, que por la poca información que había sido capaz de rescatar de aquí y de allí, tenía pinta de haber sufrido de verdad.

—Querrás decir que en algún momento fue un libro. Ahora es un montón de papel destrozado, sin más.

—Pues eso.

—¿Y se puede saber qué hizo el pobre para merecer este maltrato? —Zarandeo el libro sujetándolo por una solapa. Trozos de papel caían con cada leve movimiento. Era terrible.

—Él lo sabe muy bien. —Parecía Escarlata O'Hara hormonada. James le dio la vuelta al libro, lo miró un poco más y lo dejó donde estaba, con una mirada de extrañeza, como si acabase de aprender algo que no era capaz de entender.

—Ya..., ¿has terminado la sopa? —No podía creerme que cambiara de conversación tan rápido, él que todo tenía que saberlo—. Dame el plato. Lo llevaré abajo. Deberías descansar un poco.

—Gra..., gracias —contesté a media voz.

—Ah. Y si no vienes a trabajar mañana, volveré y te llevaré a rastras —dijo sin mirarme mientras bajaba por las escaleras.

Joder. Justo cuando parecía que era una persona normal, con sentimientos, delicado incluso..., aparecía la gran y apabullante verdad: que era un imbécil y solo había venido para cerciorarse de que no estaba tan mal. Y lo peor de todo es que tenía razón. Había estado comportándome como una idiota. «Pero no lo podías evitar...». «Tú calla —contestó la parte más sensata de mí—, que no haces más que meternos en problemas. Cuando estés triste te vistes, te bebes unas birras y sigues para adelante, que lo que te ha pasado en la vida no ha sido nada. ¿Me oyes? Nada».

Solté un bufido de resignación. Pues tenía razón. Pero por primera vez había sido capaz de mirar a mi situación de frente, de llamarla por su nombre y conjugar todos sus verbos. Había entendido exactamente qué había pasado y por qué, y había descubierto que, si bien yo no me había robado ni abusado de mí misma, yo tenía la culpa por dejar que otros lo hicieran. Y me sentía sucia y torpe y absurda. No tenía muy claro si me merecía la pena luchar por recuperar lo que era mío, pero sí empezaba a sentirme con derecho a querer vivir y disfrutar de ser la persona que quería ser.

Me levanté de la cama de un salto. Era como si toda la fuerza que me había abandonado durante días volviese a mí de golpe. No podía parar de moverme. Busqué mi teléfono por todas partes hasta encontrarlo debajo de un cojín en el armario. Cómo había llegado hasta ahí permanecería siendo un misterio. Lo encendí y tecleé el pin con dedos temblorosos. Cualquier cosa podía ocurrir.

Inmediatamente todos los iconos del iPhone se encendieron con numeritos que no paraban de subir. Solo de pensar que debía leer todos los mensajes que según WhatsApp tenía pendientes me entraban los siete males. Abrí la aplicación con cautela, queriendo hacer cualquier otra cosa en vez de eso, como por ejemplo, no sé, cavar una zanja. Tomás, mis padres, Diana, Rodrigo..., casi todo el personal de Kooling Art y los tropecientos grupitos en los que la gente me había metido pensando que me gustaba socializar me

saludaban con numeritos grises, a cada cual más escandalosamente alto.

Diana: Miranda! No sé dónde andas pero que sepas que los capullos de tu discográfica no paran de llamarme preguntando por ti. Tres veces van ya! WTF!

Diana: Oye tú. Que me han llamado tus padres. Que parece ser que están mu pesaditos los tontos esos. Qué coño está pasando?

Diana: Miraaaandaaaa! Como no contestes me presento en casa de tu abuela y te tiro de los pelos por petarda! Que vale que no estemos todo el día en WhatsApp haciendo el capullo pero te estás pasando ya!! Contesta, joder!

Yo: Perdona Diana! No pasa nada. Pasa de esos tíos. Vuelvo enseguida a Madrid y te cuento. Parece ser que quieren ponerme una demanda porque me he pirado y no me están pudiendo ordeñar y, claro, les jode.

Diana: *Diana está escribiendo.*

Diana: Vuelves ya? Joder yo que pensaba ir a visitarte! No me ha dado tiempo! Qué asco de gente, en serio... Pues avisa cuando estés! Aquí te espero!

Yo: A will do. Nos vemos en nada!

Decidí no leer ningún otro mensaje. La inocente preocupación buen rollista de gente con la que apenas hablaba podía esperar. Cerré la aplicación con un suspiro. Ahora tendría que empezar por los *emails*...

El teléfono empezó a sonar. Tomás me estaba llamando.

—Dios mío, dios mío, dios mío, ¡dios mío! Qué hago... ¡Qué hago! —
Dejé caer el teléfono a mis pies.

—Riiiiing riiiiing.

—Debería cogerlo. Sí. ¡Es Tomás! Debería... —Recogí el teléfono con determinación y justo dejó de sonar—. Uf... —suspíré aliviada. Ya no tendría que hablar con él y decirle que...

—Riiiiing riiiiing.

—¡Joder! —Era Tomás otra vez—. Está bien, ¡está bien! —Respiré profundamente—. ¿Sí?

—¡Dios Santo! ¡Miranda! ¿Eres tú? —Tomás parecía realmente sorprendido y preocupado.

—Sí, soy yo. Me estabas llamando a mí, ¿no? —pregunté extrañada.

—Sí, sí. Joder, ¡sí! ¡Llevo meses intentando hablar contigo!

—Sí, perdona. Tenía el teléfono apagado. Necesitaba..., necesitaba

tiempo y... un poquito de distancia... Perdona que no te avisara, Tomás..., no puedo ni imaginarme...

—Ya me pedirás perdón, ya. Te has metido en un marrón de los gordos, Miranda —dijo Tomás con dureza.

—Sí, lo sé. Me imagino que estarán bastante molestos conmigo...

—No. Están furiosos. Y lo que es peor: saben dónde estás. Van a por ti, Miranda. Van a por ti con todo lo que tienen. —«Mierda...». Noté cómo el peso de todo el universo caía sobre mí. ¡Mierda! ¡Me habían encontrado!

—Pero..., pero ¿cómo me han...?

—Miranda, céntrate: tienes que volver a Madrid YA, antes de que te pillen. Te quieren denunciar por incumplimiento de contrato.

—¿Incumplimiento de contrato? Pero ¿por qué?

—Parece ser que había una cláusula que te obligaba a entregar un número de canciones por año o algo así. No lo sé. No me han dejado leer tu contrato. ¿Tienes el tuyo a mano?

—No... Quiero decir, lo tengo en Madrid. Lo tiene mi padre.

—¿Lo sigue teniendo?

—¿Qué quieres decir?

—Han ido a ver a tus padres. Imagino que ellos, de buena fe, les habrán dicho dónde estás.

—¡Mierda!

—Miranda, esto es serio. Tienes que venir cuanto antes y hacerte con ese contrato. Necesitas un abogado, y uno muy bueno. Yo te ayudaré a encontrarlo pero no dejes que te cacen antes.

—Pero por qué...

—Esta gente no tiene ningún escrúpulo, ya lo sabes. Podrían intentar obligarte a firmar algo más, cambiar cualquier cláusula del que ya firmaste... Les sales muy rentable. Las dos últimas canciones que sacaron con Louis Holt han sido un éxito brutal a nivel internacional. ¿No lo sabías?

—Pues..., no...

—¿No enciendes la radio o qué? Mira, tienes que salir por patas. Vuelve a Madrid pero no le digas nada a nadie. En cuanto llegues, ven a mi casa. Sabes que te quiero y que te ayudaré pero necesitas venir ya. No te retrases, no hagas ninguna estupidez o no podré hacer nada por ti.

—De acuerdo, de acuerdo... —No podía pensar. Estaba absolutamente abrumada por todo. Lo primero que debía hacer era llamar a mi padre y cerciorarme de que aún teníamos el contrato. Joder...—. Lo dispondré todo y

te llamaré cuando sepa cuándo llego. Estaré allí..., pronto.

—Miranda, ni se te ocurra seguir huyendo. Esto no lo vas a arreglar dejando pasar el tiempo. Tienes que volver y enfrentarte a ello.

—Sí, lo sé. —Solté un largo y brusco suspiro—. Volveré pronto. Te llamo. Gracias, Tomás. Muchas gracias.

—Calla. Ya me las darás cuando lo solucionemos. Llámame.

—¡Ah! Y Tomás...

—Qué.

—Yo también te quiero mucho. —Le colgué antes de que pudiera contestarme. Las lágrimas volvían a aflorar en la comisura de mis ojos, porque dentro de lo malo tenía un amigo. Un amigo de verdad. ¿Cómo de complicado es conseguir uno de esos?

Me pasé la mano por el pelo y llamé a mi padre. Por favor, que tuviera el contrato, por favor...

—¿Sí? ¿Hija?

—¡Papá! Papá, ¿cómo estás?

—Muy bien, hija, ¡muy bien! ¿Tú qué tal? Que hace mucho que no oímos nada de ti más allá de unos pobres wasaps de Pascuas a Ramos... Que ya te vale, hija, ya te vale... ¿Qué te cuesta llamarnos de vez en cuando para contarnos cómo te va...? Yo de verdad...

—Eh, sí, papá. Tienes razón. Oye, necesito que me hagas un favor —le interrumpí con todo el cariño que pude.

—Claro, hija, dime. —Su tono de voz se oscureció un poco al notar el nerviosismo en el mío.

—¿Tenemos aún el contrato discográfico que firmé con Kooling Art en casa?

—Pues... creo que sí. Es curioso que me lo preguntes: vino hace nada Rodrigo para ver si lo teníamos, que decía que tenía que echarle un vistazo que tenían que cambiar algo o no sé qué...—. «MIERDA».

—¿Y se lo diste?

—¡Pues es que no lo encontré! Estoy venga a buscarlo pero no hay manera. Dijo que volvería en un par de días otra vez, a ver si lo había encontrado, pero por ahora nada...

—Vale, papá. Escúchame bien. Esto es muy importante. —Cómo me estaba costando mantenerme serena, ¡cómo me estaba costando!—. Necesito que encuentres ese contrato y lo guardes donde nadie vaya a encontrarlo. O en la caja fuerte o en el banco. Me da igual. Pero que no lo encuentre nadie,

especialmente Rodrigo o cualquiera de Kooling Art. ¿Me has entendido?

—Sí, hija, pero ¿por qué...? —Parecía realmente preocupado el pobre.

—No tengo tiempo para explicarlo pero me he metido en un pequeño lío y si consiguen ese contrato me pueden joder la vida bastante, papá. ¿Lo entiendes? Es muy, muy importante que no lo encuentren nunca.

—De acuerdo. No te preocupes. Lo encontraré y lo esconderé. Pero, hija..., tienes que explicarme qué está pasando. —Casi podía verle, con el ceño fruncido y los labios apretados, con esa cara que ponía cuando las cosas no iban bien y que, por desgracia, conocía tanto.

—Sí, te prometo que te lo explicaré todo. Estaré allí pronto y te lo contaré con pelos y señales. Lo solucionaré, estate tranquilo. Solo necesito que me hagas ese favor.

—Dalo por hecho.

—Gracias, papá. Te veo pronto. ¡Ah! Y no le cuentes nada a las chicas... Se preocuparían de más.

—Hecho. Te quiero, hija. Avísame cuando sepas cuándo vienes, por favor.

—Lo haré. Te quiero, papá.

Colgué el teléfono sintiéndome vacía. Necesitaba un abrazo de mi padre. Solo él podía hacerme sentir que todo iba a salir bien aun en pleno fin del mundo. Una punzada de arrepentimiento me atravesó el estómago. Debía de haber contado más con mi padre para estas cosas. Debería de haberle tenido al día, hacerle partícipe de mis pequeños problemas y aventuras. En mi afán por evitarles más preocupaciones, había ido alejando a mis padres sistemáticamente, aislándome de todas las personas que me querían para que no sufrieran por mis desventuras y no se preocuparan por mis marrones. En algún momento confundí el ser independiente con estar terriblemente sola y solo ahora, cuando todo mi mundo se me venía encima, me daba cuenta de lo tremendamente estúpida que había sido.

Una solitaria lágrima rodó por mis ya empapadas mejillas. Parecía que parar de llorar no era una opción para mí. Cerré los ojos. Miles de imágenes se sucedían frenéticas. Mi primer concierto. Mi primera sesión de fotos. Mi primer *photocall*. Mi primer problema técnico. Mi primer premio. Mi primera gira.

Mi mente, en un desesperado intento por mantener la cordura, me traía de vuelta los mejores momentos de mi carrera musical, o al menos los que más disfruté en su día. Me invadía con los sonidos y los olores que me envolvían

cuando todo era nuevo y maravilloso, y los recuerdos eran como un bálsamo para mi torturada y deshecha autoestima.

Pero después de las primeras veces llegaron las segundas. Y con ellas, la importancia de ser perfecta, de ser otra persona que no era yo. De repente ya no era lo suficientemente buena para nada. No era ni guapa ni alta ni espectacular. Mis canciones tampoco eran lo suficientemente «pop», divertidas o «casual». De un día para otro me llovían las críticas, las correcciones constantes. Había pasado de ser una compositora con futuro a una niña ñoña que no sabía cómo escribir una buena canción de amor. Me desperté una mañana y mis composiciones eran burdas, patéticas, previsibles, nauseabundantemente tontas.

De repente yo, sin darme cuenta y sin saber muy bien por qué, dejé de molar. Mi oficina me agobiaba con comentarios constantes, minando mi amor propio, haciéndome dudar de mí misma una y otra vez. Y en aquel momento, en la más completa soledad, sin ningún tipo de experiencia ni contacto, les creí. Memorizaba cada comentario. Tomaba nota de todo lo que me decían. Tiraba mis canciones a la basura. Despreciaba mis intentos por escribir algo que mereciera la pena. Cantaba las canciones de mierda que me daban en vez de cantar las mías y me esforzaba por seguir respirando encorsetada en conjuntos ridículos, intentando ser la modelo sueca que ni de coña era. Y volvía a casa a destrozarme delante del espejo una y otra vez. Reprochándome en silencio el ser tan jodidamente absurda y normal. Empecé a desarrollar un odio hacia mí que se expandía, pringoso, por todo mi ser. Con cada nueva crítica, surgía en mí un nuevo dogma que predicaba que no me merecía ni un segundo de atención ajena, y me volví una total desconocida para mí misma. No soportaba estar sola demasiado tiempo, enfrentándome a mi apestoso odio por todo lo que había de malo en mí. Me convertí en una introvertida que no paraba de salir, con las tremebundas consecuencias que tiene hacer algo así. Y cuando creía que ya no podía soportarlo más... me dejé caer. Y empezó a darme todo igual. Lo mismo me arreglaba un día como si fuera a una boda que salía de casa con el pelo mojado sin mirarme siquiera al espejo. Había interiorizado tanto que no merecía la pena que empezaba a no importarme absolutamente nada. Hice del sarcasmo mi modo de vida. Me busqué un trabajo que no me aportaba nada solo para sentir que podía hacer cosas, que servía para algo más que para respirar, que no era una bolsa de basura esperando a pudrirse en verano. Dejé de sufrir con la idea de que jamás triunfaría y empecé a abrazarla ansiosa por

las noches, soñando en secreto con vivir el más estrepitoso fracaso y desaparecer, disfrutando del sadismo de ver mi vida morir delante de mí.

Suspiré profundamente.

Y un buen día, sin saber muy bien por qué, me desperté y sabía que todo aquello tenía que terminar. Cogí mi bolso grande de viaje y metí cuatro cosas, cancelé todos mis pagos domiciliados y en dos cajas guardé mis pertenencias más preciadas para dejarlas un par de horas más tarde, junto con mis delirios de grandeza muertos y en estado de descomposición, en el trastero de casa de mis padres, sabiendo que no se darían cuenta. Dejé las llaves de mi minipiso con el dinero del alquiler de un mes más en el buzón del casero, con una carta inventándome un motivo medianamente creíble para mi repentina desaparición. Cogí el primer taxi que vi y no miré atrás ni una sola vez.

Bueno, a lo mejor una sí.

Para cuando llegué al aeropuerto tenía bastante claro que mi vida había terminado. Que hacía meses que estaba muerta en vida. Y aquella actuación en la gala de música más importante del país..., ver al malnacido de Louis Holt robándome mi canción, mi éxito, lo que yo creía que iba a ser mi vida... había sido la gota que colmó el vaso. Prendió la mecha que hizo que mi mundo volara por los aires. Ardí por completo. Y de las cenizas salió una enclenque ilusión por ser otra persona. Otra Miranda para otra vida.

Cerré los ojos. Me tapé con la manta hasta la barbilla y decidí dormir. Me acababa de dar cuenta de que la que había ardido era yo, sí. Pero ahora que empezaba a reconocirme en el espejo, ahora que volvía a sentir el suelo debajo de mí... debía arder Roma también. Era lo justo. Kooling Art debía morir.

XVII

Crucé la puerta de la librería con la última campanada del reloj. Las ocho en punto. No recordaba haber sido tan puntual en la vida. Dejé el café para James en el mostrador.

—¿Maggy? —llamé suavemente—. ¡Maggy! —Necesitaba hablar con ella. Tenía que contarle todo lo que había averiguado. Necesitaba saber exactamente cómo de cobarde creía que había sido para enfadarme del todo conmigo misma y luchar. ¡Luchar hasta la muerte!—. ¡Maaaa...!

—No está. —James surgió del despacho con una mirada rara.

—¿Cómo que no está? ¿Por qué? ¿Dónde está?

—En el hospital. —Sus ojos azul oscuro se hicieron agua—. Está... pasando unos días allí. —¿Iba..., iba a echarse a llorar? «Dios mío...».

—¿En el hospital? ¿Por qué? ¿Qué ha pasado? ¿Un par de días? ¿De qué estás hablando? ¿Y qué haces tú aquí? —Un torrente de preguntas y preocupación se hicieron con mis pulmones. Noté que me faltaba oxígeno.

—Estaba esperando a que vinieras. Me voy al hospital. Es posible que no vuelva en todo el día. Te dejaré las llaves para que puedas cerrar por si acaso no vuelvo antes. Es... importante que esté allí con ella. —James bajó la mirada, como si estuviera abrumado por algo.

—Pero yo..., yo... —¿Qué iba a decir? ¿Qué también quería ir al hospital? Por favor, ¡James era su hijo! ¡Por supuesto que tenía que ir él! Ya sabía que Maggy estaba delicada (estaba demasiado débil para lo joven que aún era), que su hijo estaba preocupado por ella... y también que probablemente por eso me habían contratado, para días como estos. No es que yo fuera de gran ayuda ni que realmente necesitaran un par de manos más, yo apenas hacía nada...—. Yo...

—Por favor, Miranda. Te... llamaré si pasa algo. —Su tono de voz se volvió hosco, gris, duro. Sin mirarme siquiera, cogió sus cosas y musitó un adiós seco y un poco hostil. Me quedé ahí plantada, en mitad de la librería más bonita del planeta, con tres cafés y el corazón en un puño.

—Lizzy, necesito que me lo cuentes. ¡Necesito saber qué está pasando!
En un ataque de sentido común cogí el teléfono del mostrador que tantas

veces se esforzó James en inculcarme que estaba en otra dimensión diferente a la mía y llamé a mi nueva mejor amiga para averiguar qué estaba pasando. James se había marchado sin más y yo, después de tres meses odiándole en silencio y a pleno grito, no había encontrado el momento de preguntarle por su madre... y por su trágica historia. Había estado tan estúpidamente centrada en mí que no me había dado tiempo a preocuparme por los demás. Típico de mí. Típico de un puñetero músico torturado. Podías sacar a la chica de la música, pero no la música de la chica. Seguía siendo la misma niñata irresponsable y egoísta que...

—No sé muy bien hasta dónde sabes... ni tampoco sé muy bien hasta dónde te debería contar.

—Cuéntamelo todo, por favor. ¡Necesito saberlo! ¡Necesito ayudarles! He sido una egoísta y una necia y...

—Miranda. Para. No puedes culparte a ti misma por esto.

—Sí puedo. Te sorprendería la de cosas de las que puedo culparme.

—No puedes hacer nada. Solo... ser... más cariñosa... con James — terminó Lizzy dubitativa.

—¿Cómo que ser más cariñosa con James? Estoy siendo... muy cariñosa.

—Me sonrojé enterita. Era mentira. Quería ser cariñosa con él..., pero solo me salía querer matarle o follármelo salvajemente contra la pared. No había término medio.

—Mira, te voy a contar un poco de sus cosas pero negaré haberlo hecho toda la vida, ¿entendido? De mí no has sacado esta información.

—De acuerdo, ¡de acuerdo! —No podía parar de dar saltitos. Benditos fueran los teléfonos y su preciosa intimidad.

—James... James es un tío genial.

—Eh...

—Sí, sí. Ya sé lo que vas a decir. Pero no ha sido siempre así. James es un tío realmente genial, y si le hubieras conocido hace unos cuantos años, sabrías cómo de genial era.

Me contó que, contra todo pronóstico, James había sido un niño adorable, travieso y cómplice que se convirtió en un adolescente romántico e idealista que soñaba con grandes aventuras medievales. Y que, de la noche a la mañana, tuvo que convertirse en James Sinclair y hacerse cargo de un futuro que nunca quiso.

Parecía un personaje de literatura rosa, pero para mi sorpresa eso hacía que me cayera mucho mejor. Desde luego no tenía ni idea sobre mí misma...

Pasó en Londres los últimos años de su adolescencia y estudió allí la carrera de finanzas, sin apenas pisar Escocia. Después de años desaparecido debajo de tanto trabajo, éxito y *glamour*, el pequeño Jimmy volvió a casa de la mano de una mujer rubia escandalosamente guapa. Según Lizzy, era arrebatadora. Tenía una larga melena rubia, lisa y sedosa que parecía de oro puro; unos ojos azules enormes y una boca que no paraba de sonreír, siempre un poco distante.

Me estaba poniendo enferma con la puñetera descripción. Que sí. Que era guapa. A mí qué más me daba que tuviera ojos de gata o labios rojo carmesí. Joder.

Vestía impecable, y decía que era aún más elegante y más grácil que James, cosa que a mí me costaba mucho creer. No podía evitar pensar que la muy imbécil estaba alargando la descripción aposta.

—Que sí. Que vale, Lizzy. Estaba tremenda. ¿Qué pasó después?

—Ay, hija, cómo te pones. Me gusta darle un poco de dramatismo a las cosas... —Podía oírla sonreír con maldad desde el otro lado del teléfono.

—Continúa, por favor.

Todo iba viento en popa para el pequeño Jimmy... Había decidido que a partir de ese momento iba a llamarle «pequeño Jimmy» en mi cabeza. Porque sí. Porque sonaba a personaje de *La casa de la pradera* y no le pegaba nada.

A los pocos meses de presentar a Cassandra (así se llamaba la deliciosa mujer rubia) a su pequeño mundo escocés, anunciaron su compromiso. Fue todo un acontecimiento. La familia de James no cabía en sí de orgullo y satisfacción. Había resultado ser el joven perfecto... y había terminado siendo exactamente la persona que no debería de haber sido.

Lizzy permaneció callada unos segundos.

—¿Qué? ¿Qué pasa? Continúa.

—No, nada —dijo muy triste de repente—. Siempre que pienso en el día del compromiso... me acuerdo de todo lo que pasó y...

—Joder, Lizzy. Me estás matando. Hablas lentísimo, te enrollas mogollón y luego me dejas con un silencio terrible. ¡Cuéntamelo!

—El caso es que James..., James tenía un hermano.

—¿Un hermano?

—Sí. Tenía un hermano mayor. Era... Edward sí que era perfecto. Era el ojo derecho de su padre..., era el que tenía que haber venido a casa del brazo de Cassandra, no James. Edward lo hacía todo bien, ¿sabes? Era... Colin Firth. Y James era el desastre, el pequeño. Se lo permitían todo.

—Vaya... —Era incapaz de imaginarme a James siendo libre y salvaje.

—Cuando James tenía dieciséis años... compró una moto vieja. No era ni una moto en realidad..., eran los restos de una motoreta antigua. Solo era un montón de chatarra vieja que nunca iba a funcionar. Edward estaba entonces en Londres, en la universidad, y cada vez que venía de visita se tiraba horas con James en el garaje, trabajando juntos en la moto. Su padre les regañaba, les decía que estaban perdiendo el tiempo. Discutían mucho... Phillip nunca quiso mucho a James, la verdad... Pero Edward siempre se ponía de parte de su hermano pequeño. Eran uña y carne. Nadie pensó que la moto funcionaría...

—Pero funcionó.

—Sí. Funcionó. La arreglaron y James salió a montar con ella. Estábamos todos en la playa, en la casa de nuestros abuelos, y los chicos estaban orgullosísimos de su logro. James no cabía en sí de la ilusión. Te lo juro. Nunca le había visto así. Subió a la moto y... —Lizzy estaba a punto de echarse a llorar, podía oírlo en el temblor de su voz—. Solíamos ir en bici por ahí, ¿sabes? Había una ruta muy bonita..., pero con una parte un poco peligrosa, muy cerca de los acantilados. Nuestros padres nos obligaban a bajarnos de la bici y hacerlo andando, pero James... trajo la moto, o lo que fuera aquello, y siguió.

—Dios mío... —No quería saber qué pasaría después. Una parte de mí ya lo sabía y no quería oírlo.

—Perdió el control. Edward subió a la bici y consiguió alcanzarle, dios sabrá cómo, y... se lanzó hacia él, consiguió tirar a James de la moto antes de que saliera volando, pero... él... —mis manos estaban temblando—, él..., no había ningún sitio al que agarrarse... y él... cayó. —Lizzy se echó a llorar—. Nosotros... le vimos morir. James jamás se lo perdonó. Jamás.

Sentí cómo un nudo enorme me apretaba las entrañas con furia. No podía ni imaginarme cómo debía de sentirse James... Mentira. Sí. Sí que podía. Solo tenía que recordar la primera vez que ingresaron a mi hermana pequeña en la UCI. El médico vino a avisarnos de que nos hiciéramos a la idea de que a lo mejor no saldría de esa. Si le añades a esa completa y aplastante desolación, a ese letal y lacerante dolor, la sensación de culpa y la tortura de la responsabilidad, y te lo inyectas todo de una sola vez..., imaginaba que podría acercarse muy tímidamente a lo que James debió de sentir cuando vio a su hermano mayor caer por el acantilado por salvarle la vida a él, al irresponsable y loco de su hermano pequeño que había estado cavando su

tumba durante meses sin darse cuenta.

—Dios mío, Lizzy. Eso es terrible...

—Sí que lo es. Después de eso, nada fue igual. Su padre... dejó de hablarle. Era como si James no existiera. Como si nada existiera en realidad.

—Lizzy soltó un suspiro largo—. Cayó en una depresión tremenda y a los dos años murió, sin haberle dirigido la palabra a su hijo ni una sola vez.

—Joder...

—James se convirtió en lo que todo el mundo esperaba de Edward. Se desvivía por complacer a su padre, pero nada era suficiente. Phillip le despreciaba. Era un capullo, en serio..., y..., bueno, James estaba destrozado. Pensaba que todo era culpa suya. Que no merecía vivir. Había matado a su hermano y ahora también a su padre... Se sumió en un silencio terrible. Se hundió. Pasó meses en la cama sin moverse. Su madre le salvó, la verdad. Le obligó a salir de su burbuja y poco a poco le ayudó a encontrar la salida.

—«Por eso James había sabido cómo tratarme cuando estaba hecha mierda. Sabía cómo me debía de sentir porque él pasó por algo infinitamente peor». Una sensación de calor inundó mi cuerpo—. Maggy vendió todo lo que tenían, compró un pisito pequeño, montó la librería y le mandó a Londres a estudiar. Allí, con la distancia, poco a poco parecía que volvía a tener ganas de vivir. Su madre se convirtió en todo para él.

—Maggy es lo puto más.

—Maggy es lo puto más, sí. Y cuando hace unos años cayó enferma...

—¿Enferma? ¿De qué?

—Del corazón. Le dio un ataque de los grandes. Estuvo muy grave un tiempo y el médico dijo que necesitaba cuidados constantes y que no podía estar sola. James no lo pensó ni un segundo: dejó su trabajo en Londres, su piso, todo, y volvió aquí para instalarse con su madre durante el tiempo que hiciera falta.

—Vaya...

—Maggy no lo llevó muy bien al principio. Se enfadó con él por dejar sus sueños y su vida por ella, ya sabes cómo es..., pero él fue inflexible.

—Sí, eso me suena.

—El caso es que la zorra de su novia, la deliciosamente perfecta, aprovechó ese momento para irse con su «mejor» amigo..., que llevaba tirándoselo unos ocho meses antes de que él se fuera...

—Menuda putada...

—Y le hicieron la trece catorce: el amigo le robó el puesto con ayuda de

la puta de su novia y le dejaron en calzoncillos. Le pusieron a caldo y para cuando James quiso volver, ya nadie le quería de vuelta. Fue terrible. Parece ser que el mundo de las finanzas en Londres es muy pequeñito y todos se conocen. Un golpe a tu reputación... puede ser tu fin. —Lizzy estaba cabreada y no era para menos.

—Así que esa era la rubia despampanante que vi el otro día... ¡De haberlo sabido le habría partido la cara!

—Tú..., ¿tú viste a Cassandra? —Lizzy sonaba divertida.

—Sí..., bueno... Estaba escondida detrás de la estantería de libros de cocina y bricolaje..., digo... que los estaba colocando, vaya. No pude evitar oír parte de la conversación. —Me puse colorada.

—¿Y qué pasó?

—Básicamente ella le pidió perdón pero sin sentirlo una mierda y le pidió volver con él... y James la mandó a paseo. Literalmente, la echó de la tienda —dije con una nota de orgullo en la voz.

—¡Bien por él! ¡Joder! ¡Qué bien! Él se merece mucho más, ¿sabes? Es un tío guay. Simplemente está solo y triste, y bastante perdido.

—¿Y no estamos todos así en el fondo? —pregunté con pesadumbre.

—Imagino que unos más que otros, sí... —Lizzy parecía maquinarse algo con ese tono de voz tan meloso—. El caso es que Cassandra no le pegaba nada de nada. Nunca entendí muy bien qué veía en ella...

—Pues una cascada de oro líquido, parece ser —respondí ácidamente.

—No era para nada su tipo. Hazme caso. A él le va... otro tipo de mujer. —De verdad que Lizzy a veces parecía sacada de una telenovela barata.

—Bueno ¿y qué sabes de Maggy ahora? —dije, cortando de raíz lo que fuera que estaba pasando en la cabeza de mi amiga.

—Ah, sí. Está bien. Está estable. Anoche le dio una leve arritmia y James la llevó corriendo al hospital. No era nada grave, pero James está cagado de que le pase algo. Imagínate.

—Sí. Pobrecito... —Podía imaginármelo con dieciséis años, culpándose por la muerte de su querido hermano, sintiéndose morir. Mi corazón explotó de ternura. Quería verle y abrazarle y decirle que todo iba a salir bien... y luego follármelo contra la pared, por supuesto. Pobre James...—. Gracias por contarme todo esto, Lizzy...

—De nada. Solo tienes que prometerme una cosa.

—Lo que sea.

—Esto es serio, Miranda.

—Que sí, que sí. —Moría de impaciencia y no sabía por qué.

—Sé más cariñosa con James, por favor.

—Sí, lo seré. —Era cierto. Pensaba ser cariñosa y comprensiva con ese misterioso y tosco escocés que me sacaba de mis casillas.

—Ah. Y otra cosa más.

—Lo que sea.

—No le rompas el corazón. —La oí sonreír al otro lado del teléfono—. ¡Adiós! —Y la muy guarra colgó antes de que me diera tiempo a decir «este coño es mío».

XVIII

Las horas pasaban lánguidas y tediosas delante de mis ojos. Eran las cinco de la tarde y no tenía noticias de Maggy ni de James ni de la madre que los parió. Me había traído el móvil conmigo para encenderlo y abrir los *emails* de Kooling Art con Maggy, porque no era capaz de leerlos sola, y ahora no podía parar de mirarlo. Ahí estaba. En mitad del mostrador. Comparando mi mierda de desgracia con la terrible vida del pequeño Jimmy. Era una historia espantosa la suya. La podía haber escrito cualquier hermana Brönte.

Faltaba una hora para que tuviera que cerrar. Nunca antes había tenido que cerrar la tienda y no tenía ni idea de qué era lo que tenía que hacer. Miré las llaves con desconfianza. A ver si me iba a dejar algo abierto o la puer...

—¿Hola? ¿Hola? —Una voz llamaba desde la puerta. Una voz que me sonaba vagamente familiar—. ¡Hola! Estoy buscando a Miranda Nieves. ¿Miranda?

—¡Mierda! —mascullé. Me escondí debajo del mostrador. ¿Cómo cojones me había encontrado Rodrigo? ¿Cómo?

—¡Hola! ¿Hay alguien? La puerta estaba abierta...

¡Qué hacer, qué hacer, qué hacer! Miré a mi alrededor, sopesando la situación. Si Rodrigo daba un par de pasos más vería el mostrador. Vería mi móvil. Se acercaría y me descubriría ahí, acuclillada, siendo la versión más patética de mí misma. No podía dejar que eso ocurriera.

—¡Miranda! ¿Estás aquí? —dijo en español—. Si estás aquí deja de esconderte, por favor. Es imperativo que hablemos.

No me lo pensé dos veces. Saqué el brazo, cogí el móvil y, reptando, me metí en el despacho. Rodrigo no dejaba de acercarse. Había visto el mostrador y en un par de segundos llegaría a la puerta. Pensé en esconderme debajo de la mesa. «No seas ridícula, Miranda», me reprendió mi cerebro. ¡El pestillo! ¡Claro! Lo cerraría antes de que intentara abrir la puerta y le parecería una puerta cerrada sin más. Me abalancé hacia la puerta justo cuando Rodrigo, desde el otro lado, empezaba a girar el picaporte.

—Miranda... ¡Miranda! Si estás ahí, abre de una vez. ¡No me moveré de aquí hasta que salgas! ¡Esto es importante! ¡Mir...!

—Disculpe. ¿Se puede saber qué cojones está haciendo aporreando la

puerta de mi despacho? —¿Ese era..., era James? «Oh, dios mío, James. ¡Te amo!», soltó mi cerebro con un terrible acento mejicano. Puse los ojos en blanco. Ni siquiera en momentos de estrés era capaz de tomarme las cosas en serio.

—Oh, perdone. Estaba... Me pareció ver... Busco a Miranda Nieves. ¿La conoce? —dijo Rodrigo recuperando rápidamente la compostura.

—Lamento informarle de que no conozco a nadie con ese nombre. — James parecía muy seguro de la mentira que acababa de soltar.

—¿Seguro? Me han informado de que trabajaba aquí. —Rodrigo no iba a dejar ir la presa tan fácilmente.

—¿Pretende informarme de cómo llevo mi negocio, señor...?

—Rodrigo Gómez de la Torre.

—Señor De la Torre...

—No, señor Gómez de la Torre —corrigió con tonito prepotente de niño de barrio bien.

—Perdone, me confunde con alguien a quien le importa una mierda. ¿Podría hacer el favor de salir de mi establecimiento de inmediato? —Por poco me arranco a aplaudir.

—Pero aún no he encontrado a Miranda...

—Le sugiero que siga buscando en algún otro sitio. Adiós. —Oí cómo se abría la puerta de la entrada con el tintineo de la campanita del techo, y me imaginé a James, guapísimo, por supuesto, echando ceremoniosamente al capullo de Rodrigo. Me llevé las manos a los labios. Qué imagen tan maravillosa..., la guardaría por siempre en la memoria. La campanilla volvió a sonar y se hizo el silencio.

—Miranda, ya puedes salir.

¿Salir? No, no creía que fuera a hacerlo. Se estaba muy bien ahí, debajo de la mesa de James, rodeada de sus papeles y libros de cuentas y... Un momento: allí, debajo de aburridos balances y hojas de pedidos, había un libro que desentonaba claramente con el resto del despacho. *Todo lo que necesitas saber sobre la industria de la música*. Cogí el libro con dedos temblorosos y dejé correr las páginas. No solo lo había leído, sino que lo había subrayado entero. Tenía apuntes en los márgenes, folios doblados con cosas escritas a mano por James. ¿Qué narices...?

—Miranda, ¿estás bien? —Levanté la mirada y me encontré con la de James, cansada, furiosa y levemente dubitativa. Había abierto la puerta con sus llaves. Vio el libro entre mis manos—. Ah, sí. Eso. Yo... quería saber de

qué iba. Lo vi en tu casa y pensé... que si te interesaba a ti lo mismo a mí también podía interesarme... —¿Estaba imaginándome cosas o James estaba nervioso? Se llevó la mano a la nuca en un gesto de incertidumbre que no le había visto nunca antes—. Está bien, es muy... instructivo. Fue este libro el que te afectó tanto, ¿verdad?

No sabía qué contestar. «Sí, James, este libro me demostró lo increíblemente estúpida que he sido durante años. Este libro ha ilustrado exactamente cómo y cuánto han abusado de mí unos descerebrados asquerosos que solo querían ganar dinero conmigo, ordeñándome como a una vaca idiota, robándome la vida entera». Quise contarle toda mi historia pero en vez de eso solo dije:

—Sí. —Y bajé la mirada.

—Mi madre me ha contado tu... aventura en el mundo de la música. —Abrí los ojos como platos—. Aunque aventura implicaría que fue divertido y genial y está claro que no fue así... —se apresuró a añadir James—. No te enfades con Maggy... Ella... solo quiere ayudar y una vez que empezó a hablar ya no pudo parar y... No te enfades con ella, por favor. Solo quería que supieras que lo sé. Me parecía justo que lo supieras...

—Sé lo de Edward —le interrumpí. Abrió los ojos y se le tensó la mandíbula. Parecía que se había convertido en piedra—. Y lo de tu padre. Y lo de Cassandra. Lizzy me lo contó. Por favor, no te enfades con ella...

—La voy a matar.

—Ella solo quería... ayudarte. Bueno, ayudarme a mí a... comprender y... la pobre una vez que empezó a hablar ya no pudo parar. Por favor, no te enfades con ella —dije parafraseando su propio discurso.

—La voy a matar. —Eché a andar con decisión hacia la puerta.

—¡No, no, no, no! ¡Espera! Antes de matarla..., ¡por favor, cuéntame cómo está Maggy! —Le adelanté corriendo y le puse las manos en el pecho como si pudiera realmente pararle. James me miró con un destello de ternura.

—Sí, perdona. Venía a contártelo... ya que no tienes teléfono —me recriminó.

—Bueno, lo estoy solucionando. También me viene genial que hayas venido porque no tengo ni idea de cómo cerrar la tienda y habría tenido que pasar la noche aquí, delante de la puerta, pasando un miedo terrible. Soy muy miedosa. Me da por ver cosas donde no las hay, ya lo sabes. Me da terror todo y pensar que iba a estar aquí sola con todos estos libros, ¡buf!, solo de pensarlo... —No podía parar de hablar. En mi impetuoso intento por evitar

que saliera corriendo por la puerta seguía plantada delante de él, apoyando mis manos en su pecho, y ahora podía sentir sus latidos en mis dedos. Mi brazo, mi corazón, mi cuerpo entero se movía al ritmo del suyo—. Todos esos libros..., yo... —Mi discurso iba perdiendo velocidad. Era incapaz de pensar con esos ojos azul oscuro clavados en mí—. Te agradezco que hayas venido a... —follarme, agradezco que hayas venido a follarme salvajemente — salvarme.

—¿Tú crees que puedo salvarte de algo, Miranda? —¿Eran imaginaciones mías o se estaba acercando a mí?

—Bueno..., de los libros asesinos yo creo que sí... —Pero ¿qué mierdas estaba diciendo? James se rio con fuerza, con esa risa suya tan profunda, grave y un poco ronca que me revolucionaba entera. Se me erizaron los pelillos de la nuca del placer que me causaba ese maldito sonido que salía a borbotones por sus labios. Entrecerré los ojos y me dejé invadir por la satisfacción absolutamente física que me daba escucharle reír.

—Sí. Creo que de eso sí que te puedo salvar. —James se acercaba cada vez más a mí. Pero ¿qué estaba haciendo? Intenté dar un paso hacia atrás pero mi culo se estrelló contra una estantería. El muy capullo sonreía de satisfacción. Llevaba unos cuantos días sin afeitarse y era evidente que no se había peinado. Tenía pinta de escocés desatado y fiero. Y me encantaba. Dios mío. A todas las partes de mi cuerpo les encantaba.

—Eh... James...

—Miranda. ¿Te puedes quedar callada un segundo, por favor?

—Técnicamente podría, pero no es muy típico de mí, la verdad.

—Cállate ya, por dios. —Pasó una mano por detrás de mi espalda y con la otra me acarició el pelo. Cerré los ojos. Olía a jabón y café. Olía a buen hombre y a sentido del humor. Me sentía embriagada de paz. ¿Qué me estaba pasando?—. Miranda.

—Hmmm... —Estaba en el séptimo cielo.

—¡Miranda! —dijo con suavidad.

—¿Sí? —Abrí los ojos, maravillosamente perezosa.

—No te duermas. —Sonreía divertido.

—No me estoy durmiendo. —Me sonrojé, encantada con la idea de dormirme en sus brazos.

—No me gustaría meterte mano si estás dormida, la verdad. —Ya. Ya estaba despierta del todo. Me puse tan colorada que emanaba calor.

—Estoy despierta. Estoy despierta —dije rápidamente.

—¿Seguro?

—Seguro, seguro. Mírame. —Me pellizqué en la mejilla.

—Chss. Para. Te creo. —Pasó un dedo por la pequeña marca que me había hecho—. Te creo.

Y sin más... me besó. Me apretó un poco más contra él y me dejó llevar. Era un beso de esos que no olvidas. Un beso de esos que cuentas una y otra vez cuando quedas con tus amigas y os habéis tomado un mojito de más... o de menos. Un beso que hace palidecer a todos los demás, que me mantendría despierta por las noches ardiendo de impaciencia y quemazón sexual.

Llevé mis manos a su pelo y le acerqué más a mí. Quería comérmelo entero. No podía esperar. Respondió a mi deseo estampándose contra la estantería. Nuestros cuerpos se acoplaban a la perfección. Podía sentir cómo su anatomía respondía a la mía. Noté su erección y, sin poder evitarlo, me froté contra ella. «Dios...». Solté un largo gemido. Quería más. Necesitaba más...

—Miranda, te dije que fueras un poco más cariñosa con él, no que te lo tiraras contra una estantería. —Lizzy nos miraba divertida con los brazos cruzados.

—Lizzy..., ¿qué haces aquí? —Estaba horrorizada, muerta de la vergüenza pero sobre todo, muy molesta. Menuda forma de joderle el día a alguien...

—Qué bien que estás aquí, querida prima. Me has evitado ir a tu casa a matarte. —James pretendía sonar amenazante, pero la burlona sonrisa de satisfacción que asomaba en sus labios le quitaba toda la autoridad que pretendía tener. Satisfacción por estar besándome a mí. A MÍ. Me sentí crecer. «Pues claro que estaba satisfecho de besarme a mí, ¡si soy lo puto más!». «Baja. Baja Modesto que sube Miranda. Pero ¿tú te has mirado últimamente? Estás hecha un desastre y tu vida..., ¡tu vida es un puto campo de minas!». «Pues también es verdad». Mi cerebro hablaba consigo mismo mientras veía a James y Lizzy discutir con poca o nula violencia. Parecían dos gatitos reprendiéndose mutuamente por no compartir una madeja de lana. Yo sería la madeja. Venga. Va—. ¡No te correspondía a ti contarle nada! —seguía James.

—¿Y tú se lo ibas a contar? ¡Por favor! No podéis parar de tontear pero hablar no. ¡De hablar nada!

—¿Tontear? —preguntamos James y yo a la vez.

—Sí. Tontear. Maggy y yo nos mandábamos mensajes todos los días para

poner en común vuestros adelantos. La verdad es que llevamos unos meses la mar de entretenidas..., pero ya no podíamos esperar más. Maggy me hizo prometer anoche en el hospital que hablaría con Miranda. ¡Y eso he hecho! —terminó desafiante Lizzy—. Hablando de tu madre, ¿se sabe algo más?

—Sí. Está bien. Efectivamente, solo era una pequeña arritmia. La van a tener en observación esta noche y mañana por la mañana le darán el alta. Estaba muy mandona. Me ha enviado para casa y ha dado orden a los enfermeros de que me echen si me ven por el hospital. Me ha pedido que te diga que la recojas mañana en el hospital..., y no sé qué de tu madre. No me he enterado muy bien.

—¡Ay, sí! No te preocupes. —Sonrió mi amiga—. Yo me encargaré de recogerla y me la llevaré a casa de mamá. Están haciendo una colcha. Acaban de llegar unas telas que pidieron. Así pasan un par de días juntas, que les hace bien. ¡Pues un pequeño susto, primo! —dijo abrazando a James.

—Eso es. Un pequeño susto, sin más. —Sonrió con dulzura James. Ahora solo podía ver dulzura en el muy cabrón. Dulzura y la perenne promesa de un sexo maravilloso. Suspiré—. Bueno —James me miraba con intensidad—, Miranda y yo tenemos una conversación pendiente, así que, si no te importa, Lizzy, esfúmate.

—¡Joder! Vale, vale, ya me voy. Menudo par que os habéis ido a juntar.

—¡Largo! —dijimos James y yo a la vez. Lizzy desapareció y nos quedamos maravillosamente solos, otra vez.

—Creo que ha llegado el momento de que me lo cuentes todo tú misma. Desde el principio.

Y eso hice. Seguí a James mientras iba recogiendo la librería, cerrando ventanas y apagando luces. Cuando terminó con la tienda, empezó conmigo. Me puso el abrigo y me lo abrochó lentamente. Yo no paraba de hablar. Me puso la bufanda y la mochila. Me encasquetó el gorro hasta la nariz con una suave risa, un poco infantil, y me dio un levísimo beso en los labios, interrumpiendo momentáneamente mi verborrea. Pero seguí hablando. No podía parar. Empezamos a andar por la calle y dejé que el frescor de la noche manchara mi monólogo. Cuando por fin me callé, me di cuenta de que llevábamos un buen rato caminando y no tenía ni la más mínima idea de dónde estábamos.

—Bienvenida a mi hogar —susurró James detrás de mí, empujándome suavemente hacia la puerta. ¡Me había traído a su casa! «Un poco rapidito todo esto, ¿no?», pensó una estúpida y absurda parte de mi cerebro. Arrugué

la nariz ante ese arranque de mojigatería y seguí a James hacia el interior de su mundo.

Era un pequeño edificio de dos plantas del año de la tana, así como medieval según mis rápidos cálculos y mis nulos conocimientos de arquitectura. Nada más entrar por la puerta principal vi una casa pequeña y acogedora en la penumbra, llena de sofacitos y cojines que conjuntaban en colores crema con cuadros de paisajes luminosos, bucólicos y románticos. Había paz en esa casa.

Justo enfrente de la puerta principal unas escaleras de metal forjado en forma de caracol subían al piso de arriba. Decidimos seguir las. El diseño de la casa no era muy escocés que digamos. Más bien parecía una preciosa casita de la costa azul.

Pero el piso de arriba era otra cosa. Era obvio que allí vivía un hombre. Inspiré profundamente, intentando captar con el olfato la magnética presencia de James. Parecía una recién exfumadora en una tienda de puros cubanos. Todo olía a él. Era maravilloso.

—Pasa. Siéntate. ¿Qué quieres beber?

—Ahm..., ¿tienes cerveza? —pregunté con timidez. ¿Ahora me daba vergüenza existir? ¿Ahora que estaba en su casa rodeada de sus cosas?

—Pero qué pregunta más tonta para un escocés... Pues claro que tengo cerveza. —Rio James, desapareciendo de mi campo de visión.

No sabía qué tenían las guaridas de los hombres que siempre me fascinaban. A lo mejor era porque solía haber hombres en ellas, quién sabe. Caminé hacia el desgastado sofá de cuero color café con parsimonia, dejando caer la mirada en cada pequeño detalle.

Era un ático, como el mío, solo que el mío era unas tres veces más grande, pero la falta de metros no lo hacía menos espacioso. Estaba tan bien organizado que daba la impresión de que de haber sido un pelín más grande, ya no molaría tanto.

Las paredes eran de madera oscura, como las mías. Cuatro grandes vigas marcaban el cuadrado central de la casa con la elegancia de un barco. Sí. Definitivamente tenía cierto toque náutico. Como de aventurero romántico. Como si hubiera visto demasiadas veces las películas de Indiana Jones de pequeño, y de mayor.

El techo en forma de pirámide era muy alto y tenía una claraboya enorme en el centro, justo encima del sofá. Había ventanas grandes en todas las paredes y ver tanto cielo dentro de esa pequeña y maravillosa cueva de

madera producía la sensación de estar pasando el rato en la guarida secreta de Peter Pan.

Busqué con la mirada a James. Estaba trajinando en la cocina. El concepto totalmente abierto del piso me cohibió un poco y seguí examinando el territorio mirándole cada poco por el rabillo del ojo. Por si me pillaba, yo qué sé, abriendo el cajón de sus calzoncillos y oliéndolos. Quién sabe. Esas cosas pasan a veces.

Había pulsado el interruptor que había al lado de las escaleras, pero parecía que encendía muy pocas luces, las justas para crear una maravillosamente etérea atmósfera, dejándote admirar el cielo y las estrellas..., así que me tuve que conformar con admirar la sombra de su culo. Menudo trasero. Nunca fui muy de mirar los culos de los hombres, pero, bueno, por James haría una excepción. Todo el rato. Sin parar.

La cocina se adivinaba práctica, elegante y minimalista, de madera oscura y piedra clara. Ocupaba, en forma de una generosa ele, una esquina de la casa. La más cercana a la escalera de caracol. Al otro lado, justo enfrente, había una puerta. Debía de ser el baño. Era la única habitación cerrada en ese magnífico espacio abierto, diáfano y misterioso a la vez.

Le seguían estanterías llenas de libros, un piano de pared, un tocadiscos antiguo y una hamaca colgada de un muro y una de las vigas. Justo al lado podía adivinarse un escritorio enorme de madera oscura y una silla giratoria de cuero negro que definitivamente tenía que ser del siglo pasado, un armario enorme, con un espejo elegantísimo en la puerta, y una mesilla de noche. Y muchos libros. Libros apilándose en el suelo, a orillas de la cama, que, para mi sorpresa, estaba hecha y con varios cojines encima. ¿Era gay? «Por favor, por favor, por favor, señor, no permitas que James sea gay, por favor...».

Tenía una larguísima lista de amigos gays. Todos maravillosos. Todos geniales. Todos emparejados con otros gays maravillosos y geniales. Y hacía tiempo ya que había cumplido el cupo de ver a hombres atractivos pasando de mí. De hecho, ¡hasta había tenido un novio gay que pasaba de mí! Pensar en Mateo me daba pereza, rabia y risa al mismo tiempo. ¿En qué narices estaría pensando?

«Pero, bueno, qué dices, imbécil, si ya te ha besado. ¿Es que no lo recuerdas?». Me burbujeó el estómago tan intensamente que me entraron ganas de reír. Era verdad. ¡Si ya me había besado! No tenía por qué estar tan nerviosa...

Seguí inspeccionando la casa. En busca de un televisor o algo que le

hiciera parecer una persona normal. Pero nada. Al otro lado de la cama había una preciosa pared vacía, que dejaba respirar al resto del apartamento. Un mueble bajo alargado, un perchero, una preciosa maleta de mano antigua, de cuero oscuro, y una bicicleta holandesa completaban el piso. Parecía estar dentro de una puñetera sesión de fotos para una revista de decoración para hombres muy masculinos y torturados, si dicha revista llegase a existir. Que de ser así, la compraría. Para abrazarla y fantasear con tocar al responsable de tan indómita y sexual belleza. ¿Desde cuándo todo lo que fuera mínimamente masculino me parecía tan sexual? A mí, ¡que llevaba años siendo una deprimente acelga con patas! Sacudí la cabeza. Estaba realmente salida. O quizá lo había estado siempre. A lo mejor mi verdadera yo era un poco así, y esa yo, tantísimo mejor que la que me había arrastrado de error en error, se había pasado años observando mi aburrido patetismo desde ese rincón de mí misma en el que llevaba escondiéndome tanto tiempo que no era capaz de recordar cuándo me metí allí.

—Toma. —Me tendió un botellín de cerveza medio helado—. ¿Qué?, ¿pasa la inspección? —dijo mirando alrededor.

—¿Que si pasa la inspección? ¡Me mudaría aquí ahora mismo! —Nada más decirlo mis mejillas se encendieron como un puto árbol de Navidad. James se descojonaba. Normal.

—Bueno, lo mismo estás yendo un poco deprisa para mi gusto, pero la verdad es que —me cogió de los brazos y me hizo andar por el piso— aquí estarías estupenda. —Se alejó para mirarme bien y me puse aún más colorada. Me había colocado justo delante de su cama—. No, espera. —Se llevó la mano a la barbilla. Dios mío, ¿cómo podía ser tan jodidamente atractivo? Me estaba poniendo enferma. Me cogió la cerveza y me dio un empujón. Caí en su cama con la que probablemente sería la cara más absurda del mundo—. Ahora mucho mejor, sí. Perfecto. —Sonreía como una hiena a punto de comer.

Un escalofrío de deseo y anticipación me recorrió el cuerpo. Me levanté despacio, me acerqué a él un poco más de lo necesario, le quité mi cerveza de la mano y le miré fijamente a los ojos.

—¿Eso es todo lo que tienes? —«¿Quééééé?». ¿De dónde había sacado esa frase de mierda? Por dios santo, parecía una actriz secundaria de una *sitcom* americana de los setenta. Ah..., otra vez ese sonido. Entrecerré los ojos. La risa de James era bálsamo para mi vagina..., ¡digo mis oídos! Mis oídos, ¡por dios!

—Tengo mucho más. —Sonrió provocador—. Tengo toda una colección de buenas ideas. Y no me importaría compartir un par contigo, la verdad.

—Vaya, James. Eres todo generosidad cuando quieres. —Su risa otra vez. No podía parar de decir chorradas. Mi cuerpo ardía por dentro. Solo tenía que alzar la mano y tocarle. ¡Le tenía ahí mismo! Solo tenía que...

—Por ti, lo que sea. —Y me besó.

Me cogió por la espalda con la cerveza aún en la mano y con la otra me atrajo aún más hacia él. No había puesto música romántica ni había encendido velas, y tampoco me había ofrecido vino blanco. Era perfecto. Perfectamente auténtico y natural. Hacía tanto, tanto tiempo que no me sentía así de cómoda, tranquila y excitada... Sus labios recorrían los míos con ansia, devorando mis sonrisas, mis inseguridades y todos los chistes malos que me quedaban por contarle. Quería tocarle. Por todas partes. Había atrapado mi brazo derecho debajo del suyo así que aposté fuerte por el que me quedaba libre. Recorrí su espalda, hundiendo los dedos en su camisa, queriendo arrancársela a cada maldito segundo. James emitió un suave sonido de satisfacción, sazonando nuestros besos. Bajé la mano hasta la cadera. Quería explorar un poco más por esa zona. Desabrocharle el pantalón. Deshacer toda esa maraña de ropa estúpida que no entendía muy bien por qué se empeñaba en llevar... «Pero primero...». Primero me debía a mi púbcico..., ¡digo púbcico! Bajé la mano y ahí estaba. Ese portentoso culo. Estaba prieto y duro y ¡uf! Se lo estrujé. No lo pude evitar. James dio un respingo y abrió mucho los ojos. Y se echó a reír. Maldita sea. Se echó a reír y con esa risa se fue todo mi autocontrol, mi firme intención de no enamorarme locamente de él y, lo peor de todo, se fue su culo, que había apartado de mí en su ataque de risa de lo más inoportuno, la verdad. Justo cuando...

—Dios mío, Miranda. Creo que me gustas demasiado. —Le chisporroteaban los ojos. Me preguntaba si los míos también lo harían. Con que fueran capaces de expresar la mitad del tumultuoso suceder de fuegos artificiales que estaban avasallando mi corazón, mi alma, mi cuerpo entero... me conformaba.

—Tú también me gustas demasiado, James. —Sonreí con timidez. Después de haberle manoseado el culo a base de bien. Una ración de pudor, por favor. A tope. Mi cerebro puso los ojos en blanco. Como si pudiera verlo.

James cogió mi cerveza y la puso en el suelo, junto con la suya. Se quitó

los zapatos con los pies y me miró con una media sonrisa arrebatadora. Maldito Indiana Jones escocés. Me tenía apabullada. Bruta, ciega, sordomuda. Solo existía él. Ni la música. Ni los contratos. Ni los hijos de puta de mi discográfica. Todos mis problemas se redujeron a la nimia acción de quitarme los zapatos con los pies, como lo había hecho él. Asintió satisfecho. Se desabrochó los pantalones. «Ay, dios...», pensé. Me moría de impaciencia. Recordé en un delicioso relámpago aquel precioso sueño erótico y me estremecí. Hasta el sueño de sexo más sucio e inapropiado era precioso si era sobre James. ¿Sería su pene tan glorioso como me lo había imaginado? Me moría por descubrirlo.

Me mordí el labio. Yo nunca hablaba ni pensaba así. James había desatado una parte de mí de lo más pervertida, provocativa y suicida. Y esa nueva yo me caía francamente genial.

Se estaba bajando los pantalones y me miraba con impaciencia. Estaba tan embelesada con el contenido movimiento de sus músculos que se me había olvidado que esto era un juego de dos. ¿Me follaría con esa majestuosidad en los movimientos? ¿Me tocaría con esa elegancia tan dolorosamente masculina? Solté un breve suspiro, exasperada conmigo misma, y me desabroché los pantalones.

Nunca me había gustado mi cuerpo. Como todas las mujeres, tenía mil inseguridades, y las mías habían llegado a tal punto que dejé de prestarles atención por completo. Y de paso a mi cuerpo también. Haber sido víctima del escrutinio social durante años, de las críticas veladas, las miradas reprobatorias y los comentarios salidos de tono me había ayudado a generar una coraza emocional que me distanciaba de todo aquello. Ni sentía ni padecía. Ni era humana ni estaba viva. Dejé de mirar mi cuerpo y dejé de pensar en mí como una persona. Era una máquina de hacer música y punto. No lloraba ni me ponía triste, y nunca paraba de trabajar. Y allí, por culpa de esa ciudad, ese hombre, y esa nueva yo que se moría por empezar a respirar con tranquilidad, en tan solo unos meses había destrozado esos muros, había empezado a existir de verdad y volvía a ponerme nerviosa pensando en si me había depilado bien o si se me notaría la celulitis si me ponía de lado.

«Dios mío..., ¡¿qué bragas me he puesto hoy?!». Sabía que no eran unas Bragas del Mal. Estaría de un humor de perros y con el culo escocido de ser así y me sentía bastante cómoda. «Que no sean bragas de la regla, por favor, que no sean...». Miré hacia abajo. «¡Uf!». Eran bragas normales. Azulitas con nubecitas blancas. Desde luego no eran las bragas más molonas para

follar, pero por lo menos no parecían sacadas de la beneficencia de la Segunda Guerra Mundial.

James sonrió. Este hombre iba a matarme. Llevaba unos bóxers cortos ajustados, se le marcaba la vida entera y estaba feliz. Mi estómago no paraba de saltar. Se quitó la camiseta y en dos pasos cogió la mía y me la sacó por encima de la cabeza.

—Eres asquerosamente lenta, Miranda. Me va a dar algo si te tengo que esperar. —Notarle tan cerca de mí, tan ansioso de... mí era lo más bonito que me había pasado nunca. Estaba segura de ello.

—Lo bueno se hace esperar. No seas impaciente —dije riéndome. Yo sí que no podía esperar. Me estaba deshaciendo entera. Sentía gritar a mis braguitas de postadolescente problemática. Me giré, le puse de espaldas a la cama y, con un pequeño empujoncito con los dedos, le tiré sobre la colcha. Y me abalancé encima de él. Porque ya no podía más. Quería ser la mejor amiga de su glorioso pene y lo quería ya.

James rio. Me iba a explotar el corazón, lo sabía. Tapé su boca con un largo y lento beso. Me respondió con avidez, acelerándome el pulso, el beso, el mundo entero. Me hizo rodar por la cama hasta quedarse encima de mí. Sonrió complacido consigo mismo.

—Por fin en mi cama, señorita Nieves. —Sonreí como una gacela resabiada. No quise preguntarle cuánto hacía que me quería ahí, preferí pensar que toda su puta vida.

—Por fin. No aguantaba más rato con las bragas puestas —bromeé. Me encantaba hacer reír a James, ver cómo le brillaban los ojos y cómo se sacudía dulcemente, sonriendo de verdad, de dentro hacia fuera. Y todo eso lo conseguía yo solita.

—Basta. No hables más. Necesito un poquito de solemnidad. Llevo esperando este momento toda mi puta vida. —*Et voilà!* Decidí que después de esa frase se había ganado mi cachondísima solemnidad, sí.

Le miré con seriedad. Ya no había más risas. Nos quedamos inmóviles durante unos segundos, mirándonos en silencio. El aire se volvió fuego. Sentía como si una corriente eléctrica arañara todo mi cuerpo, palmo a palmo. Y me costaba respirar. James me clavó la mirada y se hundió en mí. Ni juegos preliminares ni hostias. Habíamos venido a ganar.

Sentí que iba a explotar. Olía su piel, su pelo, su casa... Me inundaba su universo y quería más. Me agarré a su espalda y abracé sus caderas con las piernas con fuerza. No quería que se fuera a ningún lado. Quería que partiese

en dos mi realidad, que destrozara todas y cada una de mis verdades... Quería que me doliera la tremendísima satisfacción de haber encontrado mi casa por fin. Aumentó la velocidad. No podía ni quería pensar. Entraba y salía de mí como si hubiéramos nacido para conocernos, para follarnos salvajemente. Como si hacer el amor con James fuese tan natural para mí como respirar, comer, dormir o cantar.

Los músculos de su cuerpo se tensaban. Con cada embestida soltaba un ronco y corto gruñido. Yo me oía gemir suavemente. Me oía decir su nombre, suspirar y gemir un poco más. No podía creer que mi cuerpo pudiera sentir tantas cosas a la vez. James se acercó un poco más a mí, espaciando la deliciosa tortura, cogiéndome del pelo, obligándome a entregarle mi boca, mi cuello, mi pecho. Temblaba de deseo y placer. Quería morirme en ese preciso momento. ¿Para qué despertarme otro día? Nunca habría nada como aquello. Sonreí entre gemidos. No. Me quedaban muchos días así. Muchos días de comerme a James una y otra vez. Más días para que me devorara entera, para que me deshebrara, me deshiciera en caricias y me reconstruyese poco a poco, beso a beso.

No pude aguantarlo más y me derretí por completo. James sonrió y medio segundo más tarde me acompañó a la paz más embriagadora que había saboreado jamás. La bebía a sorbitos, relamiéndome, moviéndome despacio entre las sábanas, con James ahí, aún en tierra conquistada. Cuando salió de mí, me sentí vacía e insulsa. No me gustó nada. Me consolé pensando que aquella repentina soledad era una cosa temporal.

Al poco tiempo, volvíamos a empezar. Esta vez más despacio. Esta vez saboreándolo todo un poco más. Mi cabeza se deshacía en colores, texturas, sabores... Mi mundo se destensaba y se arremolinaba creando tornados de luz que arrancaban notas de nuestro sudor. Sabía al comienzo de una canción que solo podíamos tocar los dos.

¿Que ya no sabía escribir canciones? Estaba componiendo la mejor canción de amor jamás escrita. Era una balada poderosa, inquietante, tan bonita que daba miedo dejar de escucharla. Se deslizaba por la piel de James y contaminaba la mía. Prendía fuego al viento. Arañaba el silencio y se aferraba a mis huesos, definiéndome, cambiándome, moldeando una fuerza y un hambre por vivir que creía imposibles en mí.

Sonreí en la oscuridad. James devoraba mi mundo, mis pezones, los últimos vestigios de soledad que pululaban por mi alma. No. No me había perdido del todo. Seguía siendo yo. Y por supuesto que aún sabía cómo

escribir una buena canción de amor.

Dos horas después intentaba respirar con normalidad en la cama de James. Dos putas horas después. No podía creerlo. Quería encontrar la manera de fotografiar la experiencia en mi cabeza y poder contárselo luego, no sé, a nuestros nietos, pero empezaba a dudar de que se hubieran inventado las palabras adecuadas. Había sido *fantabuloso. Eroticósmico. Legincreíble. Divirilloso*. Y estaba total y absolutamente enamorada de él. Así. A lo loco.

Me retorcí de alegría y me tumbé de lado para poder observar a James dormir. Su pecho subía y bajaba, rítmico, sosegado, tranquilo. Una leve sonrisa aleteaba en sus labios. Era tan guapo que dolía. Imaginaba que, objetivamente, otras personas podrían pensar que era atractivo o bien parecido sin más. Pero para mí su pelo rubio oscuro, todo alborotado e indomable, era lo más. Su mentón marcado, la nariz generosa y recta, la frente alta y despejada y las cejas espesas y siempre levemente fruncidas le daban un aire de autoridad tan natural, tan obvia, que hacía que los demás hombres parecieran peleles a su lado. Y para rematar, ese cuerpo. Que no estaba artificialmente musculado y trabajado. Era un cuerpo fuerte, sincero, sencillo; hecho a base de vida y no estúpidos gimnasios. Me flipaba. Me podría tirar horas mirándole. Quería tirarme horas mirándole. Y aún más horas tirándomelo. Claro.

Me llevé las manos a la cara. Qué terriblemente vulgar sonaba eso ahora que sabía que le quería... o, bueno, que estaba enamorada. Una nube de nerviosismo cubrió mi extasiado corazón. ¿Le quería? ¿Y si él no me quería a mí? «¡Me moriría!». «Ya será menos», contestó la parte más cínica de mi cerebro. Pero por primera vez no pude darle la razón. Quería quererle y quería que él me quisiera. Nunca había tenido una relación de verdad. ¡Nunca me había enamorado! Y dentro de mi maravilloso y acertado discurso feminista de tener mi propio mundo y destino... me moría de ganas de poder contar con alguien que estuviera siempre en mi equipo. Suspiré.

Verle dormir era una tentación demasiado grande. Sabía que debía de estar cansado. No habíamos parado desde que empezamos. ¡Yo debería estar cansada! Intenté obligarme a dormir otra vez, pero no había manera. «Él está durmiendo. No le vas a despertar, depravada. Pero podrías dormir y soñar con él...». Una lasciva sonrisa se hizo con mi cara. Sí..., podría...

Me sonrojé de golpe cuando recordé la última vez que soñé con él. Miré a

James. Y ahora él estaba desnudo. A mi lado. Cubierto por una sábana finísima y aún más estúpida. Estúpida sábana. Me acerqué lentamente y le besé con suavidad en los labios. Luego en las comisuras, en las mejillas, en la frente, en el mentón...

—Miranda... —dijo James, somnoliento—. Me vas a matar. —Sonreía. Dios mío, que no se echara a reír o tendría que matarle a base de hacer realidad sueños eróticos.

—No, no te mueras, por favor. Aún no. —Imité su sonrisa y seguí besándole con suavidad el cuello, los hombros, la nariz, las sienes...—. Tú duerme. Te necesito fresco por la mañana. —James sonrió una vez más y se volvió a quedar dormido, perfectamente satisfecho, perfectamente él. «Uy, por poco dices “perfectamente mío” y te conviertes en la petarda esa que anuncia compresas. ¡Has estado a puntito, Miranda!». Me reí en silencio. «Pues es verdad. Cada día doy más asco». Me acurruqué contra James y me quedé dormida escuchando el latido de su corazón.

XIX

Amanecí con el delicioso olor a beicon recién hecho. Me desperecé como si fuera la primera vez que había dormido en años. Y tal vez así era. Me restregué los ojos y me aparté el pelo de la cara. Normalmente me lo recogía en dos trenzas para poder dormir tranquila pero esa noche... Bostecé con ilusión. Abrí los ojos.

James.

Me incorporé rápido y salí de la cama de un salto. «¡James! ¡Dios mío, James! ¡Me he acostado con James!». Parecía incapaz de parar de gritar su nombre en mi cabeza.

—Buenos días, dormilona. —James me sonreía desde la cocina. Estaba en calzoncillos. Espléndido, por supuesto. «Que está cocinando Miranda, ESTÁ COCINANDO».

—Buenos días —respondí con timidez. Miré a mi alrededor. No encontraba mi sujetador por ningún lado. «¡Mierda!». Divisé mis bragas y su camiseta a un lado de la cama y me las puse.

—Ven. He hecho tortitas con beicon, para que te enamores un poco de mí —dijo con picardía.

—Pues mal hecho. ¡Con este desayuno me enamoraré bastante!

—Me conformo con «bastante». —Rio. Sacó dos taburetes altos de madera de debajo de la isla de la cocina que no terminé de ver la noche anterior y me hizo sentar. Me puso un plato lleno de comida y me dio un beso en la cabeza—. Y ahora saca el teléfono. Vamos a leer todos esos *emails*.

Casi me atraganto con las tortitas. Me había olvidado de mi vida. «Qué pereza más grande volver a existir», pensé. Me bajé del taburete de un salto y busqué el teléfono en las profundidades de mi mochila. Lo encendí y activé los datos. Tenía cuatro nuevos mensajes de WhatsApp de Tomás.

Tomás: Miranda, vuelve YA. Saben que trabajas en una librería. Saben cuál es.

«Sí. Sí. Me he dado cuenta».

Tomás: Han hablado con tu padre. Le están presionando mucho. ¿Has hablado con él?

«Menos de lo que debería, pero sí», contesté en silencio.

Tomás: Saben que estoy hablando contigo. Me voy a meter en un buen lío

por tu culpa. Por lo menos contesta, renacuaja desconsiderada. ¡Llámame!

Pobre Tomás. Se estaba arriesgando mucho con esto. En la industria de la música todos se conocían y uno no podía permitirse caer en desgracia con nadie.

Tomás: Creo que tienen un plan B si no encuentran el contrato. No sé qué es. VEN YA MIRANDA.

Cerré la aplicación. Sabía que debía volver pero... ¿y si me quedaba en ese ático toda la vida? ¡Podría esconderme en el cajón de la ropa interior de James para siempre! Arrugué la nariz. Estaba pensando tonterías. Suspiré y le di el teléfono al adonis celta que más cerca me pillaba. James echó un vistazo a los *emails* y me devolvió el iPhone con cara de hermano mayor cansado de tus chorradas. Claro. Estaban en español. Después de traducir en voz alta el décimo nos habíamos hecho una idea de por dónde iban los tiros y más o menos cómo de grande era el lío en el que me había metido. James caminaba muy rápido de un lado a otro de la cocina, en intensa concentración. Seguía en calzoncillos y sin peinar. Era una imagen bastante cómica y sorprendentemente tierna. Ese hombre tan delicioso estaba verdaderamente preocupado por mí.

—Deberías llamar a tu amigo Tomás y preguntarle qué más sabe. Imagino que no te estará contando todo para no asustarte... —dijo de pronto. Tenía razón, por supuesto. Hacía días que debería de haber hablado en serio con Tomás, pero me daba miedo que estuviera enfadado conmigo y me daba miedo saber más...—. Está claro que ya no está enfadado contigo, si es que alguna vez lo estuvo, y no puede ayudarte si tú no le dejas.

—Tienes razón, tienes razón.

Llamé a Tomás, inundada de disculpas y vergüenza. Mucha vergüenza. Le había dejado tirado sin más y no había contado con él para nada. Rezaba para que no lo cogiera, que estuviera ocupado o...

—¡Miranda! ¿Cómo estás? ¿Estás bien? ¿Estás en Madrid?

—Hola, Tomás. No, no. Aún no. —Puse el teléfono en altavoz.

—¿Y a qué coño estás esperando? —Su voz retumbó por toda la cocina. Sonaba realmente enfadado.

—Perdona, es que... no es tan fácil. Estoy intentando entender qué está pasando y además... —inspiré hondo— antes quiero averiguar qué quiero hacer.

—¿Cómo que quieres averiguar qué quieres hacer? Pues tendrás que hacer lo que tengas que hacer. —James me lanzó una mirada de «no entiendo

ni papa de lo que te está diciendo pero seguro que me está dando la razón todo el rato» desde su plato de tortitas. Puse los ojos en blanco. Qué afortunada era de tener a dos hombres en mi vida portadores de la luz de la humanidad—. Tienen un abogado muy bueno. No dispongo de demasiados detalles pero van a matar. Probablemente te pongan una denuncia, te obliguen a pagar o a estar muchos más años..., no lo sé. La verdad que no lo sé. Pero tienes que volver ahora.

—De acuerdo, ¡de acuerdo! Hay que ver cómo sois los tíos de pesados...

—Un respeto a tus mayores, enana.

—Vale. Mira: ahora mismo voy a llamar a mi padre y comprobar que todo va bien y que tiene el contrato y te llamo. ¿Trato hecho?

—Trato hecho. Yo también hago un par de llamadas, a ver si tengo alguna buena noticia que darte... ¿Sabes? A veces eres realmente imposible, Nieves.

—Yo también te quiero, Roldán —sonreí. A veces nos llamábamos por el apellido porque éramos gilipollas.

Marqué el número de casa sin mirar.

—¿Sí? —contestó mi padre al primer tono.

—Hola, papá, soy yo.

—¡Hola, hija! ¿Cómo estás? —Parecía aliviado de oír mi voz.

—Estoy bien, estoy bien. ¿Qué tal todo por ahí? ¿Encontraste el contrato? ¿Lo tienes guardado?

—Sí, está bien guardado. La verdad es que no paran de llamar. Y se presentan en casa cada dos por tres. Estamos empezando a preocuparnos.

—No, papá, de verdad. No te preocupes... Lo solucionaré, ya verás. Solo..., bueno...

—¿Qué pasa, hija?

—Pues... lo mismo necesito que me dejéis un poco de dinero. Creo que..., creo que necesito un abogado —sentenció, derrotada.

—No te preocupes por eso..., veremos de dónde lo sacamos. Tú vuelve a casa y ya cruzaremos ese puente cuando lleguemos. ¿Te parece?

—Muy bien. —Sonreí sin querer—. Volveré a Madrid pronto. No hables más con los de Kooling Art..., y te llamaré cuando esté allí, ¿vale?

—De acuerdo, hija. Cuídate mucho, ¿vale? Y cuenta conmigo... para lo que sea. Aquí estamos para ayudarte. —Una lágrima de culpabilidad salpicó mi plato de tortitas con beicon.

—Lo sé. Gracias, papá. Te llamo pronto. Te quiero.

—Y yo a ti, hija.

Colgué como una autómatas. Y ahora tenía que llamar a Tomás de nuevo. Me sentía como en un partido de ping-pong, solo que yo era la pelota. Justo cuando empezaba a sentirme dueña de mí misma, de mi mundo..., me daba cuenta de que solo era un precioso y caduco espejismo.

—¿Sí?

—Tomás. Ya he hablado con mi padre. Tiene el contrato y no va a hablar más con la discográfica.

—Genial. Una cosa menos de la que preocuparse. —Le oí suspirar desde el otro lado del teléfono—. Bueno, ya es oficial: saben que estoy hablando contigo. No sé cómo cojones se han enterado pero lo han hecho. He buscado un abogado. Es caro, pero es el mejor. Creo que..., bueno, creo que deberías hablar con él y contratarle. Le vas a necesitar.

—Sí..., creo que es buena idea. —Articulé en silencio la palabra «abogado» en inglés para James. Asintió con animosidad.

—Te mando su número por WhatsApp y... a ver qué te dice. Llámame cuando hayas hablado con él y vemos qué hacemos. Pero compra un billete para Madrid ahora mismo, por favor, Miranda.

—Sí, mi comandante. —Reí secamente.

—Eres imbécil. Llámale luego, anda. —Y me colgó.

Una espesa neblina de pesimismo emborronó mi sonrisa. Comprar un billete. Genial. Solo tenía que coger un avión y aterrizar en Madrid, en mitad de todos mis marrones, y batallar con gente sin escrúpulos durante dios sabía cuánto tiempo para conseguir mi libertad, o lo que fuera que pudiera llegar a arañar. Y estaba cansada. Joder. Estaba tan cansada...

Solté un suspiro. «¿Y James?». Mierda. Ahora que por fin me lo había tirado... Me mordí el labio. Esta podía haber sido mi gran historia de amor... Y qué, ¿solo iba a ser una estúpida aventura de un par de días? Sacudí la cabeza.

—¿Y bien?

—Tengo que comprar un billete y hablar con un abogado —admití, derrotada.

—Esa es mi chica. —Sonreía como un puñetero colegial. ¿Era yo su chica? ¿Desde cuándo? ¿No veía que si me marchaba no iba a poder volver a Edimburgo en..., puf..., meses? Quizá incluso un año. A lo mejor hasta dos.

Solo de pensarlo me ponía enferma. ¿Años de litigios y problemas? No estaba hecha para sufrir tanto. No creí que pudiera hacerlo—. Te va a ir genial, ya verás. Lo conseguí.

Seguía sonriendo. ¿Cómo podía estar tan seguro? Apenas estábamos empezando a conocernos, y ya me tenía que ir con la música a otra parte. Literalmente.

—¿Y..., y tú? —pregunté con un miedo atroz.

—¿Yo?

—Sí, ¿qué va a pasar contigo?

—Bueno... —Parecía incómodo—. He estado hablando con Maggy... y me ha convencido para..., bueno, volver a Londres. Recuperar lo que quede de mi carrera. Seguir adelante..., supongo.

—¿A Londres? —Una ola de culpabilidad me abofeteó de pronto. Yo aquí con mis mierdas y sin pensar ni un segundo en la vida de James—. Eso suena... bien, ¿no?

—Sí... —No parecía muy convencido—. Aún tenemos que hablarlo pero sí. Tengo ganas de volver a hacer cosas y sentirme... útil. Me gustaría encontrar un trabajo interesante. Me gustaría que mi tiempo significara más para mí mismo. No sé si tiene mucho sentido lo que estoy diciendo. — Recogió los restos del desayuno y metió los platos en el lavavajillas. ¿Se había sonrojado o me lo estaba imaginando?

Le entendía perfectamente. Pero ¿podía parar de ser tan jodidamente perfecto para mí, por favor? Solo de pensar que no iba a poder verle todas las mañanas me entraban los siete males. Quería discutir con él, comprarle café del Starbucks y desordenarle todos los papeles sin darme cuenta. Quería robarle camisetas para pasearme en bragas por su casa, emborracharme con él, comerme toda su comida y su... En fin, que quería estar con él. Y punto.

Mi teléfono protestó. Tomás me había mandado el número del abogado. «Héctor Robles», leí. Clavé la mirada en la pantalla del móvil mientras repetía su nombre una y otra vez en mi cabeza, como si el murmullo constante fuera a chivarme lo que me iba a encontrar cuando le llamara. Me encomendé a todos los dioses y le di a «llamar».

—Héctor Robles —contestó una voz grave y seca.

—Ho-hola, señor Robles, soy Miranda Nieves... Tomás Roldán me dijo que le llamara.

—Ah, sí, señorita Nieves. —Su voz pareció suavizarse un poco—. Sí. Estaba esperando su llamada.

—Bueno, si le digo la verdad..., la he estado posponiendo lo máximo posible.

—Suele pasar. —Rio levemente. Era una risa tranquila, hecha a su suerte, un pelín condescendiente—. Nadie quiere aceptar que necesita un abogado. Pero, bueno, aquí estamos.

—Sí, aquí estamos... —repetí, reticente.

—Tomás me ha comentado un poco por encima el asunto. Me gustaría que me contaras tu versión y que nos tuteáramos, si te parece bien.

—Sí, sí, por supuesto.

—Pues adelante, Miranda. Cuéntame qué ha pasado.

Suspiré.

Casi media hora después había conseguido resumir mi vida para aquel extraño en el que tendría que aprender a confiar si pretendía sobrevivir. Héctor me interrumpía de vez en cuando para pedirme una aclaración o ahondar en alguna declaración mía. La mañana parecía transcurrir a su rollo a mi alrededor. James iba y venía, recogiendo cosas, duchándose, vistiéndose. Me mordí el labio, infinitamente seducida por el frufú de sus pantalones mientras se los ponía y la hipnótica visión de sus dedos abrochándose el cinturón. Dejé de escuchar a Héctor por un segundo.

—¿Tú qué piensas? —Silencio—. ¿Miranda? ¿Sigues ahí?

—¿Eh? Sí, sí, perdona. Estaba... —salida, Héctor, estaba y estoy salida— mirando una cosa. Perdona. Haremos lo que tú digas. Yo... no tengo ni idea, sinceramente.

—Muy bien. —Le noté sonreír al otro lado del teléfono. ¿Cuántos años tendría? ¿Cuarenta? ¿Cincuenta? Me lo imaginaba con el pelo cano, una calva incipiente y barriga, delante de un escritorio repleto de papeles y carpetas a rebosar. Posiblemente tuviese una botella de coñac escondida en algún sitio. A lo mejor hasta tenía un minibar en la oficina. Algo así como la versión marca blanca de Don Draper—. Entonces haremos eso: ven a Madrid, reúne todos los documentos que tengas de las transacciones, acuerdos, facturas, lo que sea que hayáis intercambiado estos años Kooling Art y tú y les echamos un vistazo. Obviamente aquí está pasando algo, así que no te preocupes: tenemos de dónde rascar, y podremos darle la vuelta a esto. De hecho... —hizo una pausa dramática— se me ha ocurrido una idea un poco loca, pero podría funcionar.

—¿Una idea un poco loca? Pensaba que los abogados no hacíais esas cosas... —se me escapó. Héctor rio.

—Pues ya ves. Has ido a dar con un abogado con imaginación. —Sonreí. Me gustaba este tío.

—¡Genial! Pues cuéntame. —Me acomodé en el sofá de James y escuché atentamente, entre risas y suspiros de dulce expectación, el plan más absurdo jamás tramado.

* * *

—Muy bien. Os preguntaréis por qué os he reunido aquí. —Caminaba por el salón de mi abuela con paso errático. No podía parar de moverme—. Os tengo que contar algo... a todos. —Miré a mi público. James se había acomodado en uno de los silloncitos histriónicos de mi abuela, Lizzy había optado por sentarse en el suelo encima de un cojín enorme con estampado de boas y mi abuela iba y venía de la cocina con bandejas llenas de dulces y jarras de piña colada con extra de alcohol porque «¿hay alguna otra manera de hacer piña colada?».

—Bueno, algo sí que nos estamos preguntando, querida, pero siendo tú, la verdad es que podría tratarse de cualquier cosa... —dijo Agatha con un aleteo de manos mientras repartía los copazos.

—Sí. Gracias abuela —repuse marcando las palabras—. El caso es que..., bueno, ya tengo un abogado.

—¡Un abogado! —exclamó Agatha con horror—. ¿Para qué podrías querer tú una de esas... criaturas?

—Abuela, por dios, que son personas... —acerté a decir por encima de las carcajadas de Lizzy.

—No todas, querida, no todas... —Mi abuela chasqueó la lengua y me hizo un gesto para que siguiera.

—Bueno, pues el caso es que esa «criatura» y yo tenemos un plan. Un plan absurdo y terrible, y para el que voy a necesitar mucho alcohol, pero... podría funcionar. —La esperanza se colaba entre mis palabras. Los tres clavaron la mirada en mí, queriendo entender—. ¡Voy a romperlo todo! —dije triunfante.

—¿Qué? —preguntaron a la vez, con cara de no hablar mi idioma.

—Pues eso. Que voy a destrozarlo todo lo que hemos hecho... —Moví las manos sin comprender por qué no me entendían—. Voy a boicotear mi propia

carrera, lo que sea que están planeando para mí. —Nada. Silencio. James afiló la mirada, con una mezcla de sorpresa y orgullo. Mi abuela se servía otra piña colada—. A ver: me obligarán a hacer canciones y yo haré canciones de mierda..., me harán dar conciertos y lo haré como el culo..., cosas de esas...

—Ah... —verbalizó Lizzy en representación del pueblo—. Espera, a ver si lo he entendido: ¿entonces vas a hacer el capullo todo el rato para hundir tu vida?

—No. No mi vida. Mi carrera, que es diferente. —Sonreí, con la secreta satisfacción de saber que por fin había comprendido que eran cosas distintas, que tenían que serlo.

—Pero ¿para qué?

—Para que me dejen en paz. ¡Para que se harten de mí! Para que piensen que me he vuelto loca, que he perdido la inspiración, que me he desgastado... y simple y llanamente ¡me dejen en paz!

—Me gusta. ¡Me encanta! —Mi abuela daba palmas como una colegiala saliendo de la última clase un viernes—. ¡Oh, qué divertido! Me parece maravilloso, Miranda, maravilloso. —Sonreí.

—¡Gracias, abuela! Digo Agatha...

—Anda, anda. Toma una piña colada, te la has ganado. Y ahora vamos a maquinar de qué manera vas a darle a esta gente en las narices.

Y así empezó uno de los mejores días de mi vida escocesa. Bebimos jarras y más jarras de combinados extraños que Agatha no dejó de traer en ningún momento, pedimos unas pizzas y, totalmente borrachos, ideamos las situaciones más absurdas y locas que podían diseñar nuestras desatadas mentes. Anoté en un bloc de notas con estampado de fresas y mandarinas que me dio mi abuela, todo lo cuidadosamente que mi monumental pedo me permitía, cada una de las tramas que discutíamos a carcajada limpia.

Cuatro horas después, exhaustos por nuestra inagotable imaginación colectiva, y totalmente borrachos, decidimos ir a dormir. Teníamos cuarenta y ocho planes increíbles y unas ganas intempestivas de dormir. O algo parecido.

Me despedí de Lizzy y de mi abuela con un largo abrazo colectivo y me marché con mi escocés a su casa, que la mía la tenía muy vista. Según llegamos, James cogió su portátil y me obligó a comprarme un billete para Madrid. Salía en tres días. Teníamos hasta el sábado para hacer de esta aventura la puñetera historia de amor más flipante de la historia.

No intercambiamos ni media palabra al respecto, pero decidimos no ir a trabajar los dos días siguientes. Me mudé a su piso y nos pasábamos el día haciendo el amor. Comíamos, dormíamos y follábamos. Solo me puse los pantalones una vez para ir a visitar a Maggy a casa de su hermana y, en mi caso, despedirme hecha un mar de lágrimas preguntándome si no estaba cometiendo el mayor error de mi vida... otra vez. La pobre mujer lloraba a moco tendido. Nos dijo unas trescientas veces que formábamos la pareja más adorable del universo y yo no podía hacer otra cosa que darle la razón porque cuando alguien tiene razón, ¡pues tiene razón!

Y si aún quedaba la más mínima posibilidad de marcharme a Madrid sin estar locamente enamorada de James, murió aplastada por un porrón de chistes malos, palomitas y sexo. Ah, y sí que tenía televisor. Esa enigmática pared desnuda era para la pantalla de un proyector. Definitivamente ese piso lo tenía todo, incluido el hombre de mis sueños. LO QUERÍA PARA MÍ.

El último día fui a casa a hacer la maleta y comer con mi abuela. Abrimos una botella de champán caro y nos contamos todos y cada uno de nuestros momentos más vergonzosos. Agatha me ganaba por goleada, y no dejaba de sorprenderme lo mucho que nos parecíamos y lo muchísimo que quería parecerme a ella cada día más. Una lágrima cayó de mi mejilla a mi copa de champán. Mi abuela sonrió y contó otra anécdota ridícula, rompiendo la tristeza con un chisporroteo de vida.

Volví al piso de James para acurrucarme en su pecho y fingir que éramos los protagonistas de una trágica novela de amor que nunca terminaron de escribir, pero el muy pesado insistió en que saliéramos a cenar. Me puse los vaqueros que me compré el primer día que pasé en Edimburgo, el jersey negro de cuello vuelto que me traje de Madrid y los botines, que prácticamente había olvidado desde que empecé a trabajar en la librería. Me recogí el pelo en dos pinzas a los lados y dejé caer el resto de los rizos. Me había crecido un montón. Casi me tocaba el culo. Me miré espantada. Tenía que ir a la peluquería urgentemente. Me eché un poco de base de maquillaje y rímel y me miré en el espejo. No pensaba arreglarme más. Había decidido que me gustaba más mi cara limpia. Mi decisión no tenía nada que ver con el hecho de que no tuviera ni la más mínima gracia maquillándome, por supuesto.

Habíamos quedado en el pub donde me pilló criticándole salvajemente con su prima porque en el fondo éramos unos románticos de cuidado. Crucé las puertas sintiéndome culpable por no haber llamado a Lizzy para

despedirme.

—¡¡SORPRESAAA!!

—¡AAHH! —Pegué un bote que casi me abro la cabeza con el techo.

Estaban todos allí. Lizzy, su guapísimo hermano Peter, que ahora me parecía la cosa más sosa sobre la faz de la tierra, los amigos con los que nos emborrachábamos todos los fines de semana y Maggy. Y... ¿era esa mi abuela? Dios mío, ¡sí que lo era! Tenía una pinta en la mano y era evidente que llevaba por lo menos otras dos entre pecho y espalda. Sonreí tan fuerte que pensé que me iba a hacer daño porque, por supuesto, delante de todos ellos, mirándome como un niño diabético mira una tarta de chocolate, estaba James. Mi cuerpo entero reaccionó al mirarle y verle ahí, tan satisfecho consigo mismo. Quería explotar, condensarse, flotar y derretirse, todo a la vez. Me abalancé sobre él y con mi metro sesenta y dos casi tiré al suelo a ese maldito escocés.

—Miranda, por dios, compórtate, que estás en un sitio público —me dijo Lizzy con malicia. Me arrancó de los brazos de James y me estrujó con fuerza entre los suyos—. No puedo creerme que vayas a irte ya... ¡Si apenas habíamos comenzado a ser las mejores amigas del mundo! —Tenía lágrimas en los ojos y yo también. Iba a echar de menos a esa rubia revoltosa e incendiaria. Le debía tantas cosas...: el trabajo en la librería, Maggy, James y un millón de risas compartidas. La abracé con fuerza—. No me puedo creer que me vayáis a dejar sola. Os vais todos mañana. ¡Mañana mismo! ¡Sois lo peor! —dijo liberándose de mi abrazo y golpeando a James en el hombro.

—¡Au!

—De «¡au!» nada, ¡payaso!

—¿Cómo que nos vamos todos mañana? ¿Quién más se va?

—¿Qué? ¿No se lo habías dicho, James?

—¿Decirme qué? —Ya no sabía a cuál de los dos mirar con ojos suplicantes. Lizzy tenía un currículo de contarme cosas bastante más largo pero James era..., era... ¿mi novio? Dios. ¿Teníamos que hablar de esto antes de que me fuera o se daba por hecho?

—Ejem —carraspeó James—. Mañana yo también me voy... a Londres. He cogido un vuelo un par de horas antes que el tuyo. Yo... necesito volver ya. —Me miraba con una intensidad que me abrasaba. ¿Se marchaba tan rápido? «A lo mejor es que no soportaba la idea de estar en Edimburgo sin ti», dijo embelesada una parte de mi cerebro. Bufé. Baja Modesto que sube M...

—Y a mí me dejáis aquí sola, ¡aburrida! ¡Con el tonto de mi hermano! —gritó Lizzy en pleno arranque de desesperación.

—¡Eh! ¡Que estoy aquí! —Se quejó Peter acercándose a nosotros, con una cerveza medio vacía y una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Tú calla y persigue a la primera rubia tonta que veas, que alguna te faltará para la colección! —Peter se convirtió en un tomate murciano y huyó a por más cerveza. Estaba claro que Lizzy seguía desaprobando los gustos románticos de su hermano—. ¡Hombres!

—Sí..., ¡hombres! —repetí con media sonrisa, acercándome más a James para que pudiera abrazarme por detrás.

Me besó el pelo y dio un largo trago a su cerveza. Podía sentir cómo el líquido iba bajando por su cuerpo, mi nueva casa. ¿Cómo iba a poder subirme al avión al día siguiente? Me parecía imposible. Me giré sin separarme ni un ápice.

—¿A qué hora sale tu vuelo?

—A las ocho de la mañana —respondió muy serio. El mío salía a las once.

—Vaya. Tendremos que... madrugar. —James me sonrió muy tierno.

—Yo madrugaré, tú podrás despertarte tranquilamente. —Le miré sorprendida.

—No, yo quiero despertarme conti...

—¡MIRANDA NIEVES! —Una voz asquerosamente conocida acuchilló el dulce murmullo de las risas entre viejos amigos—. ¡TE ENCONTRÉ! —Rodrigo se acercaba hacia mí con una sádica sonrisa que no prometía nada bueno—. Maldita hija de puta. Me has tenido meses buscándote, ¡meses! Y resulta que estabas en este pueblo de mierda. Ahora mismo te llevo de vuelta al aeropuerto y nos vamos a Madrid. ¡No vas a salirte con la tuya! Vamos a llevarte a los tribunales y...

Y no le dio tiempo a terminar la frase. James le pegó un puñetazo maravilloso que tuve el lujo de ver a cámara lenta porque soy una dramática patológica y a veces me puedo permitir esos lujos estéticos. Rodrigo cayó al suelo redondo. Su cara reflejaba miedo, sorpresa y una oscura y putrefacta ira.

—Pero ¿qué cojones...? ¿Tú otra vez? ¿Quién coño eres? —Estaba fuera de sí.

—James Sinclair —respondió mi (ya lo había decidido, definitivamente era mi...) novio levemente divertido.

—¿James Sinclair?

—Así es.

—Pues, pues... —Parecía un niño al que le habían quitado una chuche en el recreo—. ¡Pienso ponerte una denuncia!

—Sí, por favor. Ponme una denuncia. Nada me haría tan feliz —dijo burlón el puñetero padre de mis hijos.

—Eso haré. ¡Eso haré! —Podía ver el cerebro de Rodrigo funcionando a mil por hora. Las cosas no estaban yendo como él quería, y eso constituía una desagradable sorpresa para su absurdo ego—. James Sinclair era, ¿no? —Asentimos todos—. Muy bien, muy bien... Y tú, Miranda, si supieras lo que te conviene, vendrías conmigo ahora mismo. —Me agarré a James—. Como tú quieras. —Escupió rencoroso—. Te vas a arrepentir de esto, Miranda Nieves. Recuerda mis palabras, porque voy a hacer que te arrepientas cada día de tu vida. —Se dio la vuelta y se marchó, con el ojo morado y una nueva enemiga, aunque eso él aún no lo sabía.

—¡Menudo tipo tan ridículo! ¿Quién era ese, querida?

—Ese era mi *manager*, abue..., digo Agatha —admití con cara de póker.

—Pues menudo imbécil —sentenció mi abuela con una risa cantarina. Tenía razón, por supuesto. Como siempre.

—Venga. Brindemos por ti, Miranda. —James me pasó la mano por la cintura y me colocó una pinta en la mano.

—¡Eso! ¡Por Miranda! Por... ¡¡NUWANDA!!

—¡¡POR NUWANDA!! —Rugió ese absurdo conjunto de gente a la que tanto había llegado a querer, incluso cuando me ponían motes absurdos y me daban demasiado de beber.

Las horas pasaban volando y antes de que nos diéramos cuenta, el dueño del pub nos lanzaba miraditas de «por favor, idos a vuestra puñetera casa que yo me quiero ir a la mía».

Había estado bromeando con todos, intercambiando anécdotas y números de teléfono ahora que volvía a tener uno. Lizzy tan pronto reía como lloraba. Me abrazaba cada dos por tres y me llamaba «hermanita» con la voz entrecortada. La iba a echar mucho de menos. Pero si tenía algo claro esa noche era que James en un par de meses se había convertido en el jodido hombre de mi vida, y que él se iba a Londres y yo bien podía haberme ido a Nueva York, porque vaya: sabía que no había tanta distancia entre Madrid y

Londres, pero me hacía una idea sobre cómo eran las relaciones a distancia. Había visto muchas películas y por eso mismo me consideraba una experta al respecto. Y eran una mierda. Una soberana mierda. Pero ¿qué más podía hacer? Le quería. Le necesitaba.

—Déjame que te lleve a casa. —James se me acercó por detrás y me dio un maravilloso abrazo de los de «igual que soy supertierno, te empotro contra la pared cuando menos te lo esperas». Asentí, invadida por completo por la idea de que me llevara a casa, nos quitáramos toda esa absurda ropa y me trasladara a mi verdadero hogar, que se escondía entre orgasmo y orgasmo, atrapado en un suspiro de desatada complicidad.

Caminamos de la mano por las calles de Edimburgo, sin decir ni media palabra. No había nada más que decir en realidad. ¿Cómo condensar en palabras lo absurdamente apabullantes que eran mis sentimientos? Me había enamorado locamente en cuestión de días..., aunque imaginaba que en realidad había comenzado a enamorarme de él en cuanto le vi. Me quedaría con la duda porque un par de años atrás decidí que dejaría de leer *El diario de Bridget Jones* una vez al mes, así que había perdido práctica a la hora de entender cómo funciona mi corazón... o mi vagina.

Le miré de reojo. Sonreía. Había un leve rumor de tristeza en sus ojos, pero se le veía tranquilo, feliz incluso. «A lo mejor se alegra de perderte de vista...», susurró la maldad hecha una mitad de mi cerebro. Sacudí la cabeza, entre molesta y divertida conmigo misma. Eso era imposible. Hundí mi mirada en él. Iba tan ensimismada que apenas me di cuenta de que habíamos parado enfrente de mi casa y no de la suya.

—Pero... qué...

—Tienes que descansar. Mañana vuelas temprano —expuso James con infinita ternura.

—Pero ¡yo no quiero descansar! Yo quiero... estar contigo... —dije sonrojándome. La risa de James cayó sobre mí como una tormenta de verano.

—Yo también quiero estar contigo, Miranda. Y he pensado que..., si te parece bien... —Me miró a los ojos con nerviosismo. «¡Qué! ¡QUÉ! ¡Si me parece bien QUÉ!»—, me gustaría ir a visitarte a Madrid. —Me miraba con tanta ilusión que sentí que me iba a explotar el corazón—. Si te parece bien.

—Pues claro que me parece bien. —Estaba temblando. Él tampoco quería separarse de mí. ¡Quería verme más! Sentí que me faltaba el aire.

—Y podrías venir a verme a Londres tú también —sonrió con picardía.

—Podría, podría. —Me acerqué más a él, me puse de puntillas y le

obligué a abrazarme por la cintura. Levanté los brazos y hundí mis manos en su pelo. Soltó un leve gemido de satisfacción.

—Miranda Nieves, qué estás haciendo conmigo... —dijo con la voz un poco ronca.

—Lo que puedo, James Sinclair. Hago lo que puedo. —Se inclinó sobre mí y me dio un beso de película. Nuestro último beso de película hasta que nos fuéramos a encontrar de nuevo. Alargué el contacto todo lo que pude, saboreando cada pliegue de su piel, el olor de su pelo, el tacto ligeramente áspero de sus manos. Me estrechó con fuerza y recé para que el tiempo se detuviera en ese momento en el que nos metíamos mano por debajo de los abrigos, queriendo crear un planeta solo para nosotros dos, dejándolo todo atrás. Una lánguida lágrima cayó, traicionera, sobre nuestros labios. James sonrió con tristeza.

—Buenas noches, Miranda. —Me besó en la nariz—. Llámame mañana cuando aterrices en Madrid. Te he apuntado mi número en tu móvil. No lo tenías guardado. —Me sonrió como lo habría hecho Paul Newman en *El golpe* y me empujó hasta la puerta de mi casa—. Nos veremos pronto. Lo prometo. —Me dio un último y corto abrazo—. Hasta pronto.

Y ahí me quedé, clavada en mitad de la noche escocesa, deseando con todas mis fuerzas no tener que marcharme de allí jamás, anhelando una vida que nunca tendría, y una tranquila y sencilla historia de amor que no sucedería jamás. Me abracé en silencio y crucé la puerta de casa. Mañana sería un nuevo día que olvidar.

XX

Llevaba horas tumbada en la hamaca de la terraza de mi grandioso y destartalado ático esperando a ver amanecer, adentrándome en la espesa niebla de mi recién robada libertad, dejándome llevar por el silencio. Aún quedaban un par de horas para tener que marcharme y Edimburgo me hizo suya, sin una sola pregunta. Ninguna mirada de pena, ningún reproche a medio hilar. La ciudad y yo éramos una en nuestra soledad y nada ni nadie podrían cambiarnos. No ahora.

Un pequeño huracán de miedos rugía en mi estómago. Mi vida parecía una canción de José González. Me sentía arder y morir de frío al mismo tiempo. ¿Qué estaba haciendo? Me llevé las manos a los ojos en un acto reflejo. Mis ojos estaban secos. Empezaba a pensar que había gastado todas mis lágrimas. El aire me golpeaba por dentro, arrancándome áridos sollozos de agotamiento emocional. Después de tanto tiempo sin sentir nada, me había sumergido en una vorágine de punzantes arcoíris que me zarandeaban sin descanso, forzándome a chocar conmigo misma una y otra vez..., y tenía que dejarlos atrás.

Ahora que por fin volvía a sentirme como un ser humano, ahora que parecía tener voluntad propia otra vez y no me limitaba a trabajar, fingir sonrisas y respirar..., ahora tenía que volver a sumergirme en el mundo que había construido durante años sin darme cuenta, regalándome a los demás, quedándome sin nada más que tristes «y si», que se habían quedado desnudos de tanto intentar hacerme imaginar una vida de verdad.

Me pasé la mano por el pelo, en busca de ese rizo perfecto que me hiciera sentir mejor. Enredé mis miedos en él y solté un dramático suspiro. ¿Cómo iba a poder sobrellevar toda esa basura sin James? Parecía patético, lo sabía perfectamente, esa repentina dependencia de un hombre que había conocido hacía apenas unos meses, pero no era por él, sino por la persona en que me convertía yo cuando estábamos juntos. Me hacía recordar quién era antes de perderme en aquella vorágine de expectativas, exigencias y postureo musical. Y, por muy yo que me sintiera en ese momento, sabía que iba a necesitar pequeños recordatorios para no perderme de vista de nuevo.

Ser artista era una mierda. Y trabajar de artista era aún peor, pero eso podía solucionarlo. Solo tenía que aprender a tomar decisiones distintas y

encontrar la manera de vivir con ellas. Los dramáticos cambios de humor, la hipersensibilidad, la patológica búsqueda de la belleza y la escandalosa facilidad para obsesionarse con cualquier cosa era otro asunto.

Tenía que hacerlo. Tenía que recuperar quién fui de las garras de esos malnacidos. Tenía que conseguirlo, o al menos me merecía intentarlo.

«Y James también». Sonreí al frío amanecer del invierno escocés, que tanto me recordaba al magnético, tosco y agrisado hombre del que me había enamorado, que se empeñaba en querer ser mejor cada día, conjugándose a sí mismo en imperativos llenos de la nobleza de tiempos mejores.

No podía evitar querer estar con él. No tenía ni idea de que enamorarse fuese así. Nadie me avisó nunca de que el amor era esa fuerza gravitatoria, esa necesidad física de tenerle cerca. «Alguien debería escribir una canción sobre esto», reí a medio suspiro.

Me levanté despacio. La ciudad empezaba a funcionar y yo también tenía que hacerlo. Me vestí en silencio y cogí mi bolso de viaje, demasiado ligero para lo que me esperaba. Eché un último vistazo a mi queridísimo ático, donde aún me quedaban tantas cosas por soñar, y bajé las escaleras en busca de «lo que tenga que ser, será».

—Míralo. Qué ridículo. Qué hombrecillo tan estúpido, Miranda, de verdad.

Mi abuela estaba entretenidísima mirando a Rodrigo dar vueltas en la calle, enfrente de nuestra casa, esperando a pillarme saliendo por la puerta en algún momento.

Estaba fantástica, ahí plantada delante de la ventana, saboreando cada pequeño gesto de impaciencia del impresentable de mi *manager*. Había llegado de fiesta mucho más tarde que yo, pero para cuando bajé las escaleras, ya estaba vestida y fresca como una lechuga esperándome con ceremonia, como si la noche anterior no se hubiera bebido hasta el agua de los floreros del pub mientras contaba los chistes más soeces que había escuchado en mi vida. Cada día me gustaba más mi abuela.

—No te preocupes. Vamos a ir a desayunar a un sitio muy bonito y ese hombrecillo sin gracia no nos lo va a chafar. Saldremos por la puerta de atrás. No se dará ni cuenta. ¡Pobrecillo! —Rio con maldad.

Miré con desconfianza a través de los visillos. No quería que me viera. No quería tener que enfrentarme a él otra vez..., esa mañana no. Mis tripas

rugieron con fuerza. «Pues nada, habrá que hacerlo más tarde o más temprano». Tenía hambre, y mi abuela tenía un plan. ¿Qué podía ir mal? Cogí mi bolsa, me puse los zapatos y la seguí con parsimonia hacia la puerta de atrás de la casa.

Diez minutos de vigorosos pasos de los que no creía a mi abuela capaz, llegamos a un precioso y minúsculo café, medio escocés, medio francés, en mi querida calle Victoria. Bajé la cabeza cuando pasamos por delante de la tienda de artículos de broma.

—*Bonjour* —saludó mi abuela con perfecto francés—. *Deux café, s'il vous plait.*

—*Mais bien sur, mademoiselle* —replicó un pulcrísimo camarero con una radiante sonrisa detrás de la barra mientras desaparecía entre el delicioso olor a café recién hecho y bollería francesa casera.

—Dios mío, Agatha, qué sitio tan maravilloso... —dije dejándome caer sin ninguna elegancia en una delicadísima silla de hierro forjado y cojines de encaje.

—Sabía que te iba a gustar. —Sonrió, muy complacida consigo misma—. Antes de que te vayas, Miranda, quiero decirte una cosa... —Nunca había visto a mi abuela tan seria.

—Yo también quería decirte una cosa abuela —la interrumpí—. Muchísimas gracias por acogerme y por todo lo que has hecho por mí. No sé qué habría hecho sin ti... Y quiero decirte que eres una mujer fabulosa y que estoy feliz de poder llamarte abuela y...

—¡Mira que te tengo dicho que no me llames abuela! —estalló Agatha, cortando mi emotivo y precioso discurso de eterno amor de nieta. La miré arrepentida—. Bueno, que sí. Que yo también te quiero. Eres un desastre, pero te quiero. Me recuerdas bastante a mí, si he de ser sincera... Que no tengo por qué, porque soy vieja y a nadie le importa. El caso es que... —metió la mano en su enorme bolso que parecía la unión catastrófica y absurda de un montón de otros bolsos— quería darte esto. Es... un poco de dinero que tenía ahorrado. Para que lo uses con los abogados o con lo que necesites para luchar contra el imbécil de tu *manager*.

Los ojos se me llenaron de lágrimas. ¿Cómo podía empezar a darle las gracias a aquella mujer?

—Gracias, Agatha. Muchas gracias —dije con voz temblorosa.

—Bah. No es para tanto. ¿Para qué quiero yo el dinero de todos modos? Venga, guárdate el sobre, que no te lo vea todo el mundo. —Me lo metió en

el bolso y se removió incómoda en su asiento—. Yo... soy muy mala con las despedidas. Por eso nunca iba a veros. No..., no sé decir adiós..., así que ¿qué te parece si yo me quedo aquí pagando la cuenta y tú coges un taxi? Yo haré como si te fuera a ver luego en casa y así será..., hasta que vuelvas. — Una pequeña lágrima cayó en su mejilla derecha. Me temblaban los labios. No quería irme—. Ale, ale. Ya estás tardando. Te veo luego..., en casa. Y... destrózalos. Rómpelo todo. Vuélvete loca. ¡Diviértete! Con que hagas un par de las tonterías que planeamos el otro día... —Rio con nostalgia—. No te quedés nada dentro, niña. Tú puedes, ¡eres una artista! —Me dio un levísimo beso en la frente y me instó a que me fuera con una pálida sonrisa y un impaciente aleteo en sus manos.

Me levanté de la silla con torpeza. Murmuré un «te veo luego, Agatha» y salí de la cafetería con el corazón en un puño. Yo también odiaba las despedidas. Bajé andando a una calle más transitada y cogí el primer taxi que pasó. La iba a echar mucho de menos. Envejecer no parecía tan mal plan si pudiese llegar a parecerme a ella, y con la genética podía contar.

Me permití un segundo de maliciosa alegría imaginándome la cara que pondría Rodrigo cuando viera a mi abuela entrar por la puerta principal sin haberla visto salir antes y cerré los ojos, dispuesta a guardar en un cajón la vida que había empezado a construir en aquella ciudad.

Sí.

Iba a romperlo todo.

XXI

Llegué al aeropuerto antes de que estuviera preparada para enfrentarme a él. Una masa de personas, maletas y prisas se deslizaba por los largos y pulidos suelos blancos de la terminal de salidas al ritmo de una melodía cansina y repetitiva que no contaba ninguna historia en particular, y sí muchas en general. Me dejé abatir por la negatividad. ¿Qué hacía ahí, sola, otra vez? ¿Qué iba a hacer en Madrid? En los últimos días había estado trazando un modesto plan con la ayuda de James y Tomás. No era gran cosa, pero al menos era un sitio por el que empezar. Sobre el papel parecía que podía salir bien, pero la mera idea de ponerlo en práctica me deprimía profundamente. Iba a ser un proceso largo y aburrido y muy, muy duro.

Pasé el control de seguridad como quien se lava las manos antes de sentarse a la mesa a comer. Buceé en los paneles de información para encontrar mi puerta de embarque y me sumergí en aquella masa de pies y rueditas de maletas de mano para alcanzarla. Con cada paso que daba, menos ganas tenía de llegar. ¿Y si perdía el vuelo por casualidad? Sonreí abatida. Sabía que tenía que subirme a ese maldito avión. No solo debía volver a Madrid, sino que tenía que salir de Edimburgo, ahora que sabían dónde había estado escondida estos meses. ¿Y si me subía al avión equivocado? ¿Y si terminaba en Japón, Roma o las Fiji? «¿Y si me subo al siguiente vuelo que salga hacia Londres, así sin querer?», dijo esa parte de mi cerebro que siempre tenía la puñetera razón. Pero... ¿y si lo hacía? ¿Y si me iba a Londres? Mi corazón dio un vuelco solo de imaginarlo. Podría llamar a James... Estaría aterrizando en ese momento. Podría ir a recogerme al aeropuerto (o con esperar un ratito ya valía), con un cartelito con mi nombre o un ramo de flores. Yo correría hacia él y de fondo sonaría algo como *Purple Rain* de Prince. Y seríamos los protagonistas de la secuela de *Love Actually*. Uno de mis sueños más cursis hecho realidad.

Puerta 9. Ahí estaba. Vuelo directo a Madrid. Mi estómago se retorció con la insistencia de una canción de Skrillex. Me faltaba el aire, se me aceleraba el pulso y quería vomitar al mismo tiempo. Estaba realmente asustada. Cerré los ojos, recordé mi canción favorita de los Four Tops y recuperé parcialmente la calma. Podía hacerlo. Iba a hacerlo. Y todo iba a salir bien. Iba a ser feliz. Podía hacer todo lo que me propusiese. Sí.

«Yo creo, sí creo».

Saqué el teléfono y llamé a Tomás.

—¿Miranda?

—Tomás. Ya estoy en el aeropuerto.

—¡Genial! Por fin. ¿Estás nerviosa? No lo estés. Todo saldrá bien.

—Sí. —Sonreí—. Lo sé.

—Así me gusta. Oye, cuando llegues a Madrid, ve directa al Metropolitano, ¿te acuerdas de ese restaurante? Está en plaza de Castilla.

—Sí, me acuerdo. —Empecé a pulular entre las sillas de plástico que se amontonaban delante de la puerta de embarque de mi vuelo, buscando el rincón perfecto en el que posar mi portentoso trasero. Puse una mueca de autocensura, que mi culo no estaba tan mal.

—Genial. He hecho una reserva para dos. Te espero allí. Nos ponemos al día y luego he quedado con Héctor para que os conozcáis y empecemos lo que sea que tengamos que hacer..., y después vemos qué hacemos contigo, si te dejas en casa de tus padres o te vienes a la mía con Amelia y las niñas... Lo que veamos.

—Genial. Gracias, Tomás. —Sonreí a la nada. Había un montón de gente esperando a subirse a mi mismo avión. Dejé que mi mente vagara de cara en cara, de maleta en maleta.

Me quedé petrificada. Tomás seguía hablando por teléfono, pero no podía oírle. Una maleta de mano *vintage* preciosa, de color marrón oscuro, se apoyaba como quien no quiere la cosa contra el cristal, como si estuviera observando ávidamente los aviones entrar y salir de la zona de embarque. Yo había visto esa maleta antes. Me acerqué con miedo de asustarla y que echara a correr. ¿Cómo era posible?

A su lado un hombre se recostaba cómodamente, estirando las piernas, con la mirada perdida en el infinito. Conocía a ese hombre. Llevaba toda la vida preparándome sin saberlo para conocerle. Mi cuerpo empezó a burbujear. El pelo rubio oscuro, rebelde y elegante al mismo tiempo. La nariz recta, los labios arqueados en una leve sonrisa... Tenía los ojos cerrados y parecía estar soñando despierto, mirando algo que solo él podía ver en la profundidad de sus recuerdos. Contuve el impulso de sumergir mi mano en su pelo. Quería mirarle un poquito más.

Ahí estaba yo, pensando si sería o no capaz de dejarlo todo e ir a Londres con él. Dudando. Sufriendo. Deseando tener el valor de hacer lo que él, de una forma tan natural y sencilla, había hecho por mí. ¿Cómo no iba a estar

tan espantosamente enamorada de él?

—Tomás. Esa reserva... mejor que sea para tres.

Epílogo

No tenía muy claro qué hacía ahí. Me había despertado temprano, había metido en la maleta de mano lo mínimo indispensable y me había despedido de mi madre con la firme intención de subirme al vuelo que me correspondía para aterrizar en Londres y empezar mi vida de nuevo. Pero ahí estaba. Recorriendo con la mente cada pliegue de su piel, dándome cuenta de que había memorizado cada una de sus caprichosas pecas sin darme cuenta.

Estaba jodidamente enamorado de aquel desastre de mujer. Me volvía loco. Especialmente su estúpido sentido del humor y la capacidad que tenía de sacarme de mis casillas. Fue acordarme de ella y me resultó físicamente imposible subirme al puñetero avión. Tuve que comprarme un billete para Madrid y suplicar por un asiento en el mismo vuelo. Me había salido un poco caro, pero solo imaginar la cara que pondría al verme valía mil veces más.

Salí de mi cabeza de un plumazo y me giré en el asiento, buscándola con la mirada. Estaba hablando en español, pero sabía que era ella. Podría haber estado hablando en suajili, con la voz ronca, imitando el canto de los grillos del monte Kilimanjaro, que aun así la habría reconocido.

Me había encontrado. Se quedó clavada en el suelo, a medio metro de mí. Estaba sonrojada de los pies a la cabeza. Podía adivinarlo porque ya la había visto sonrojarse así estando desnuda, así que podía imaginarme cómo su cuerpo reaccionaba ante algo tan sencillo como el rubor. Se mordía el labio. Me excitó tanto que decidí quedarme sentado. La cogí de la mano, tiré de ella hacia mí y la senté en mi regazo.

Ella obedeció, con esa terca dulzura que tanto me gustaba. Me besó y me di cuenta de que había tomado la decisión correcta. Esta mujer me había devuelto a la vida, ¿qué sentido tenía seguir viviéndola sin ella?

—Y ahora ¿qué? —me preguntó con la voz bañada en esperanza.

—Ahora todo lo que tú quieras. —Le sonreí, encantado con mi suerte.

—¿Todo, todo? —preguntó con picardía. Joder. Si no existiese, habría tenido que inventarla.

Subimos al avión de la mano y supe que nada volvería a ser lo mismo para mí.

Bueno.

Probablemente porque me pasaría un tiempo indeterminado a un país del que sabía más bien poco y no hablaba ni una sola palabra del idioma; pero eso ya lo descubriría más adelante. En ese instante me sentía el puñetero Indiana Jones y acababa de encontrar el Santo Grial.

Y sí.

Había elegido sabiamente.

Agradecimientos

Nunca pensé que este libro fuera a existir. Empezó como una gracieta, un chiste demasiado largo sobre la industria de la música y las experiencias y sensaciones que, según he ido descubriendo con los años, prácticamente todos los músicos terminamos compartiendo tarde o temprano. Nunca me atreví a imaginar que esta pequeña historia, que escribí para mis amigos y mi familia, por las risas, pudiera terminar en tus manos.

Es un honor y un placer inmenso que estés hoy leyendo estas palabras y, cómo no, tengo a muchas personas a las que agradecer por todo esto.

Soy famosa entre mis amigos y conocidos por tener la peor memoria del mundo, así que, como seguro que me voy a dejar a alguien en el tintero, me voy a limitar a dar las gracias a todos los que han hecho posible que este libro exista.

Gracias a los amigos que leyeron y criticaron con amor el manuscrito. Gracias en especial a Koi, Virginia y Caro por el tiempo y el cariño que me regalasteis comentándome cosas y dándome consejos para mejorar la historia.

Gracias a Mónica Adán, a la editorial y a su magnífico equipo por creer en el libro y dirigir con tanta ilusión este proyecto. Gracias a todos los músicos, colegas y compañeros que he ido conociendo en estos últimos diez años, por las risas, las cañas y los cables de guitarra, y por la eterna inspiración que supone conoceros cada día un poco más.

Gracias a todos los compañeros de viaje con los que he tenido el honor de crecer, especialmente a Gema y Koi por compartir el día a día, y a Javier y Jaume, por vivir conmigo la maravillosa experiencia de descubrir Edimburgo y un universo de posibilidades juntos.

Gracias a mi familia. Mamá, Papá, gracias por ayudarme a ser yo, pasara lo que pasara. Gracias por escuchar cada maqueta que salía de mi ordenador y leer cada borrador de este libro como si fuera lo más importante que teníais que hacer. Gracias por enseñarme el verdadero significado de la palabra «triunfar» y a ser digna de mi libertad. Y gracias por mis hermanos, que tener tres hijos no puede ser fácil, gracias por regalarme a mis mejores amigos y cómplices en todo lo que hago.

Gracias a mis sempiternos compinches Víctor y Virginia, por el apoyo incondicional, el vino y la certeza de que en el mundo aún hay gente buena.

Y gracias a la industria de la música. Gracias por hacerme sentir como en casa, desnuda, rodeada de cactus venenosos y «el suelo es lava». Gracias por los pequeños momentos de odiarme a mí misma, los «tierra trágame» y los contratos abusivos. Gracias por inspirarme para convertirme en otra persona, y por no dejarme otra salida que escribir un libro riéndome de todo, y sobretodo de mí misma, porque hay para reírse... y hay mucha vida más allá de la que los demás imaginan para uno; y por fin soy libre. Estoy agradecida de verdad. Siempre quise ser escritora... y de no haber sido por vosotros me hubiese quedado toda la vida haciendo solo música.

Y gracias a ti, querido lector. Gracias por darle una oportunidad a ésta histriónica historia de amor y desamor sobre la música y la vida, ¡así en general! Gracias por llevarte a casa este pedacito de mí. Espero que te haga reír tal y como lo haría yo con unas copas de vino blanco encima, y que te haga sentir como tuya una pizca de la realidad que algunos inconscientes hemos elegido como propia. Eres flipante. Y si has llegado hasta este libro porque te gustaba mi música, te mando un abrazo, porque yo sí que soy tu fan, joder. Y puede que ya me haya tomado esos vinos. O no. Quién sabe. Te dejo con la duda.

Con cariño,

Mónica

***El arte de romperlo todo* es el estreno literario de @ElectricNana, seudónimo de Mónica Vázquez, una novela descarada, caótica, atrevida y profundamente libre.**



A veces la vida consiste en bailar en los charcos y brindar en el barro por cada error cometido.

Esta es la historia de Miranda, pero bueno, para cuando termines de leer, será la historia de tu hermana, de tu mejor amigo, de la chica que te gustaba en la universidad o del hijo que puede que un día tengas.

Esta es la historia de alguien que se atrevió a todo, la lio parda, rio, lloró, se dejó llevar y peleó contracorriente. Es difícil cambiar el rumbo en plena caída, pero nada es imposible.

Entre las calles de Madrid y Edimburgo, Mónica Vázquez imagina a la protagonista de esta historia, Miranda, una joven cantante que decide salvarse, que huye a Escocia en un gesto de valentía, que decide volver a empezar haciéndole una peineta en la cara a un futuro preconcebido que se niega a aceptar, un futuro que, si está escrito, quiere tachar de un plumazo.

¿Mónica Vázquez o Electricnana?

Da un poco lo mismo; a la hora de pagar facturas son la misma persona: escritora, músico y compositora de Madrid que escribe de manera compulsiva. Estudió periodismo entre Madrid y Estados Unidos, trabajó en publicidad, empezó un doctorado en lingüística, ganó un concurso online de música y fue número uno de los 40 Principales. Viajó, dio conciertos, sacó su primer disco y se metió en líos. Lo dejó todo, volvió a empezar dos veces y ahora nos trae su primera novela con el que espera dar el pistoletazo de salida a un nuevo capítulo de su vida.

electricnana.es

Twitter: [@ElectricNana](https://twitter.com/ElectricNana)

Instagram: [electricnana](https://www.instagram.com/electricnana)

Facebook: [@ElectricNana](https://www.facebook.com/ElectricNana)

Youtube: [ElectricNana](https://www.youtube.com/ElectricNana)

© 2017, Mónica Vázquez Ruiz
© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-9129-170-1
Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Yolanda Artola
Ilustración de portada: Carne Griffiths
Conversión ebook: Arca Edinet S. L.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com



Índice

[El arte de romperlo todo](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[Capítulo XXI](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre este libro](#)

[¿Mónica Vázquez o Electricnana?](#)

[Créditos](#)

Table of Contents

[El arte de romperlo todo](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[Capítulo XXI](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre este libro](#)

[¿Mónica Vázquez o Electricnana?](#)

[Créditos](#)